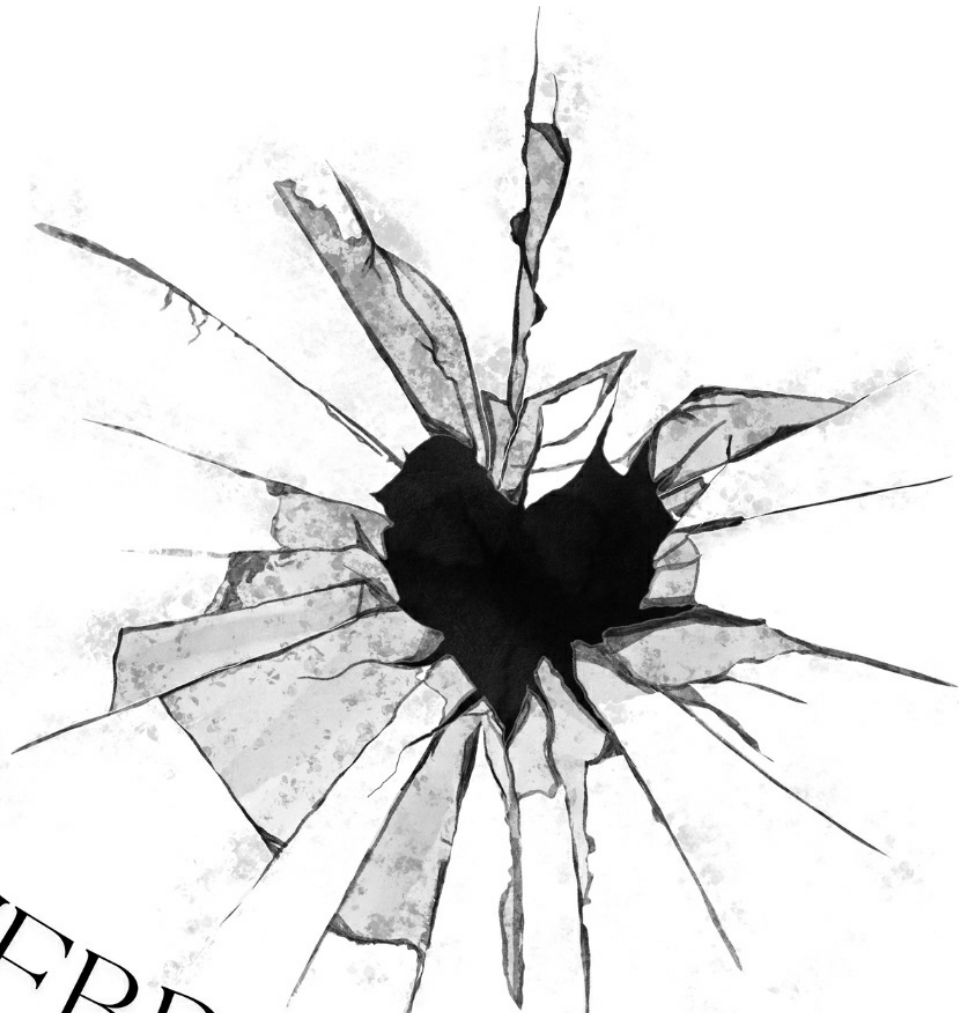


— P.P Trillos —

DEBER DE *Sangre*

Amor Prohibido
Pasión y secretos en el mundo de la *mafia*.

P. P Trillos



QUEBRANTABLE

Porque hasta las convicciones más arraigadas se pueden romper

Libro I

DEBER DE *Sangre*

P. P Trillos

Título: Deber de sangre

Primera edición: Octubre, 2024

Diseño de cubierta: © Leonardo González

Corrección: Milka López

Revisión: Milka López

Maquetación: Milka López

© 2024, P.P. Trillos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informativo ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Registrado en derechos de autor Canadá bajo el registro N° 1227496

Para todos aquellos a quienes la maldad les intentó apagar su luz y los dejó titilando: que encuentren en eso la fuerza para brillar aún más. La próxima vez que intenten apagar tu luz, asegúrate de encender un fuego que los queme.

Índice

[Aviso Importante](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

Epílogo

Agradecimientos

AVISO IMPORTANTE

En respeto a la sensibilidad de nuestros lectores, advertimos que este libro contiene contenido explícito de violencia y sexualidad, elementos que pueden no ser apropiados para todo público. Estos aspectos están presentes como parte integral de la trama y se incluyen para representar fielmente las realidades y experiencias de los personajes. Agradecemos su comprensión y respeto hacia la intención artística y narrativa de esta obra.

PREFACIO

Después de más de cuarenta años de trabajo, procurando mantener todo bajo control, nunca hubiera creído llegar a este punto, pero las cosas se habían salido de mis manos. Pensar que este era el mismo recorrido que hacía todos los lunes, muy temprano por la mañana; sin embargo, hoy no me iba a encontrar con mi socio y mejor amigo para verificar que los negocios marcharan según lo acordado. Hoy mi objetivo era otro.

No pude evitar recordar muchos de los momentos vividos con Dante, pero uno de los que tenía más claro en la mente era aquel en el que estábamos en medio de un tiroteo con los hombres de Egor Ivanov. Ese maldito era un cobarde que dejaba el trabajo sucio a sus soldados; no era capaz de enfrentarse al fuego él mismo. Esa había sido nuestra lucha eterna con la Bratva, y teníamos claro que, mientras él siguiera al mando, sería una batalla interminable.

Pero aquel día, Santino se acercó para decirme que Luigi le había informado que Angélica había roto fuente y estaba en camino a la clínica. Nuestro primer hijo venía en camino y, por primera vez, sentí un miedo profundo: el miedo a no salir de allí, a no regresar a casa para ver a la mujer que amaba y conocer a mi primogénito. No sé cómo, pero mi mejor amigo percibió el terror en mi rostro y, con una seguridad absoluta, me dijo: “Lárgate a casa con tu mujer, conoce a tu hijo que yo me encargo de estos malditos”. Señaló a Santino que, en medio de mi aturdimiento, me arrastró alejándome del lugar mientras veía a Dante girarse para continuar con una pelea que debíamos librar juntos, pero que él asumió solo para que yo pudiera regresar con mi familia.

Ese día ganamos la batalla y el territorio volvió a ser nuestro, pero Dante terminó en la clínica con dos disparos en las costillas y su cuerpo lleno de golpes.

Frené en seco el Ferrari de colección, uno de mis tesoros.

—¡Maldición! —exclamé. Me había perdido en mis pensamientos al punto de no darme cuenta de que un venado se había atravesado en mitad del camino.

A pesar del maldito frío, algo normal para esta época del año: febrero, en pleno invierno, unas gotas de sudor se deslizaban por mi frente, y no era por el hecho de haber estado a punto de estrellarme contra un animal, al fin y al cabo, era algo normal que los animales se sintieran en plena libertad de transitar un camino como este, tan poco transcurrido y a estas horas de la mañana. Más bien, era el hecho de estar dirigiéndome a cumplir con el deber ser, aunque eso implicara traicionar a una de las personas que más apreciaba. Habíamos pasado por mucho juntos al punto de creer que habíamos construido un lazo inquebrantable. Yo no era ningún santo, pero jamás me imaginé llegar a esto.

«Lealtad».

Se me pasaba una y otra vez esa palabra por la cabeza.

Hay diferentes clases de fidelidad, o por lo menos, eso quería creer. Más allá de ella, deberes que, de no ser cumplidos, podrían poner en riesgo no solo tu vida, sino también la de aquellos a quienes quieres, algo que siempre está en juego cuando perteneces a la maldita mafia.

Estacioné en la entrada de la casa de campo. A pesar de que siempre estaba rodeada de unos tres o más vigilantes, solo había otro auto al lado del mío: el de Dante. Nosotros éramos la cabeza de esta organización, entre los dos habíamos erigido este imperio y todos los lunes nos reuníamos para verificar los movimientos del negocio: ganancias, pérdidas, entregas, nuevos clientes, pagos recibidos y realizados y, por supuesto, la lista negra. Todo debía estar en orden antes de reunirnos con las otras cabezas de la jerarquía. A menudo veníamos acompañados por nuestros hombres de confianza, pero hoy solo estábamos él y yo.

Eran cuatro familias de descendencia italiana las que conformaban el último nivel de la Sacra Corona Unita, aunque la decisión de pertenecer a la mafia no tenía que ver con nuestro origen, pues yo nací en América. Tenía que ver con la necesidad y el desamparo social. Parece increíble que una potencia mundial pueda tener esa clase de problemas; pero, a veces, la gente no tiene ni idea. Muchos dejan sus países de origen, a sus seres queridos, y una historia detrás de ellos para perseguir lo que llaman el sueño americano, pero es eso lo que te puede faltar en un país como este: el sueño, porque la gente no trabaja para vivir, vive para trabajar.

No todos tienen la misma suerte, pero a mi familia le había tocado esa y yo decidí dejar de creer en el azar para crear mi propio destino, aunque, lastimosamente, con el tiempo, la avaricia y las ansias de poder fueron más grandes, y hoy en día somos la representación más grande de la Sacra Corona Unita en América y gobernábamos todo el Medio Oeste. La verdad, no me siento muy orgulloso de mi pasado, ni de la mayoría de las decisiones que tomé. Estoy seguro de que en un futuro me sentiré igual, pero a estas alturas ya no había vuelta atrás, y Dante y yo lo sabíamos.

Cuando entré a la casa, las manos me sudaban. No era la primera vez, pero sí una situación única.

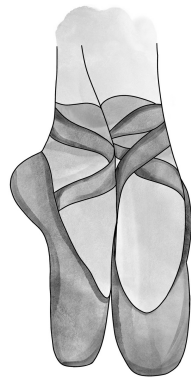
Me dirigí al estudio donde acostumbraba a reunirme con Dante. Ahí estaba él, sentado enfrente de la laptop, junto a dos vasos con lo que parecía ser *brandy*. Se dio cuenta de mi presencia, levantó su cabeza y extendió una copa hacia mí. Tomamos el trago al mismo tiempo, sin cruzar palabra. No había mucho por qué brindar. Después de unos segundos de silencio, dijo:

—Hay más ganancias que pérdidas esta vez. —Lanzó una sonrisa forzada, y bajó su cabeza para concentrarse en su laptop.

Sin pensarlo dos veces, saqué mi arma con silenciador y disparé...

CAPÍTULO 1

Protector



Michaela

Me preguntaba cómo me había dejado convencer por Jack para venir a esta fiesta. El ambiente estaba oscuro y había luces robóticas. Cuando giré mi cabeza para decirle a Jack lo que pensaba de su genial idea, óigase el sarcasmo en la expresión, mi mirada se encontró con la de un chico corpulento que tenía una expresión perdida, su boca estaba medio abierta. Él presionaba algo entre sus piernas, al bajar la mirada me di cuenta de que era la cabeza de una chica que estaba arrodillada ante él. Desvié la vista de inmediato, solo para encontrarme con una chica vomitando en una maceta mientras su amiga le sostenía el cabello. Todas a nuestro alrededor estaban intoxicadas, y no creía ni por un momento que solo fuera por alcohol. Cualquiera podría pensar que, en un colegio privado, donde asistían todos los hijos de la gente más adinerada y respetada del sector, no se veían estos comportamientos, sin saber que es allí donde son más comunes. Lamentablemente, en ese tipo de ambiente hay más carencias, y no precisamente materiales. Ellos estaban llenos de abundancia, lo que les facilitaba acceder a todo aquello que intentaba llenar ese vacío emocional, aunque solo fuera por un rato. Respiré profundo; en algún momento pensé que eso era lo que necesitaba, pero la verdad era que no podía hacerle tal cosa a mi mamá. Ella ya tenía suficiente.

Escuché el grito emocionado de algunos chicos ante una canción que últimamente se escuchaba en todos lados, pero yo no estaba de ánimo para nada de eso. Creo que, en estos días, nunca estaba de ánimo. Ni siquiera unas semanas atrás quise celebrar mi cumpleaños y, casi siempre, amaba celebrarlo en casa, ya sea viendo una peli con mi familia, comiendo las recetas típicas colombianas de mamá o con un delicioso pastel y helado para después terminar metida en mi cómoda cama leyendo un libro, pero ya mi familia no estaba completa.

Boté la respiración de golpe.

Hoy lucía más demacrada que nunca, me tuve que cambiar como tres veces porque en cada pantalón que me ponía, quedaba espacio suficiente para dos de mí. Definitivamente, no es como te ves, sino cómo te sientes, y yo me sentía como una mierda.

—Cambia esa cara, parece que hubiéramos venido a un funeral y no a una fiesta.

Me congelé y sentí el aire estancarse en mi pecho ante las palabras de Jack—. Lo siento —se disculpó enseguida, reflejando la preocupación en su rostro. Boté suavemente el aire que se había quedado estancado. Sé que él tenía las mejores intenciones, sin embargo, sus comentarios no estaban siendo útiles, y tampoco lo era el clima en este pequeño pueblo de Indiana llamado Newburgh; en primavera, las tormentas eran implacables

—La verdad, es que todavía me siento en uno.

Bajé la mirada, no quería que viera cuánto dolor había en ella. A pesar de que la muerte de mi padre fue hace tres meses, yo sentía como si a partir de ese momento el tiempo se hubiera congelado; sobre todo, porque el dolor seguía siendo el mismo, como si tuviera un hueco en medio del pecho, que, al pasar los días, crecía y crecía. Realmente, no entendía ese dicho de “el tiempo lo cura todo”.

—Vamos, Mica. —Me envolvió entre sus fuertes brazos—. El sr Dante hubiera querido que continuaras, que fueras feliz.

Me deshice de su abrazo, lo último que deseaba era terminar tirada llorando en un rincón de esta concurrida fiesta. Lo miré con asombro fingido.

—¿Quién se iba imaginar que dentro de ti pudiera haber algo de dulzura? —bromeé, y él negó suavemente con su cabeza.

—Déjalo ya, Mica, de verdad quiero que te sientas bien, que vuelvas a ser la chica encantadora que le sacaba conversación a cualquier persona, que le encantaba bailar y siempre estaba llena de energía. —Sus palabras hicieron que la sombra de una sonrisa apareciera en mi rostro y deseé, de todo corazón, que las cosas fueran tan fáciles como él lo hacía ver, que, con tan solo decirlo, la oscuridad que me estaba consumiendo desapareciera.

—Lo sé y te lo agradezco —dije de corazón.

Respiré profundamente tratando de recomponerme. Este era mi dolor, no quería arrastrar a nadie con él, y menos a mi mejor amigo.

Empecé a observar alrededor, tratando de distraerme y olvidar esa horrible sensación que me oprimía el pecho, cuando de pronto vi a Lilli en una esquina observando a Jack desde la distancia.

—Lilli no ha dejado de mirarte. —Fruunció el ceño confundido. Señalé a donde se encontraba la susodicha y él miró disimuladamente, o por lo menos lo intentó. En él no había ni rastro de delicadeza. Negué despacio con mi cabeza—. Creo que está suplicando que le dediques un poco de tu tiempo.

—¿Y? —Se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia mí, quitándole importancia,

pero no pasé desapercibido el brillo en su mirada.

—Yo voy a estar bien, es más, creo que necesito un vaso de ponche. —Le di la espalda, empecé a caminar lo más rápido posible a la cocina, dejándolo con la palabra en la boca—. Ni se te ocurra —le advertí, antes de que empezara a caminar detrás de mí y seguí mi camino antes de que pudiera protestar. Me conocía bien como para seguir discutiendo conmigo.

Cuando me giré para asegurarme de que no me estaba siguiendo, noté que caminaba hacia Lilli. Suspiré aliviada, en este momento no era la mejor compañía para nadie, así que seguí mi camino en busca de ese ponche.

La casa de David era grande y lujosa, perfecta para hacer este tipo de fiestas, sobre todo, cuando sus padres viajaban, que por lo que parecía, era bastante seguido. Él era el capitán del equipo de basquetbol y esta clase de eventos aumentaba su popularidad, no quiero decir que lo necesitara, pero nadie se quería perder una fiesta en casa de David Carter.

Me servía ponche cuando, de repente, una mano me jaló por la cintura y me hizo girar con brusquedad. El líquido se desbordó por los bordes del vaso de plástico, salpicando mi blusa de caricaturas de los noventa, una de mis favoritas. Molesta, busqué quién me había jalado.

—Dulzura, ¡qué placer tenerte en mi fiesta! —Alejé lo que más pude mi rostro del suyo. Sus ojos inyectados de sangre, su aliento alcohol y sus aires de grandeza me asqueaban.

Todo en mí gritaba que me alejara y, aunque me intimidaba; sobre todo, por el estado en que se encontraba, alcé una ceja tratando de ocultar mi temor con molestia y respiré profundo llenándome de paciencia, no estaba para esto.

—Hola, David, linda fiesta. —Traté de quitármelo de encima, pero él me apretaba y se acercaba más.

—Me encanta que te guste, pero tengo un plan mejor para nosotros. —Me observó con una mirada pícaro, que me hizo estremecer de desagrado. Luego se acercó a mi oído y susurró—: Podemos hacer una fiesta más divertida y en privado, podemos ir a mi cuarto. —Abrí los ojos de golpe, sintiendo cómo el palpitir en mi pecho se aceleraba.

—No, gracias —respondí enseguida, tratando que no se me quebrara la voz, negué con disgusto e intenté alejarme nuevamente, pero él no me soltaba.

—Vamos, dulzura, no te resistas. Sabes que quieres esto. —Me señaló con su dedo índice y luego se señaló a sí mismo—. Tanto como yo.

No podía creer lo que estaba pasando, lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía pensar este narcisista que yo quería lo mismo que él? ¿En qué cabeza cabía eso?

—Te aseguro que tú no tienes ni la más remota idea de lo que yo quiero, y por favor... no me llames dulzura. —La ira se estaba anteponiendo al miedo y mi voz sonó más agresiva de lo que pretendía.

La gente a nuestro alrededor empezó a notar el enfrentamiento entre nosotros y nos observaban con más atención. Algunos hasta empezaron a sacar sus celulares, no querían perderse lo que podría ser el *show* de la noche y él se dio cuenta.

—Todas quieren lo mismo —dijo en voz alta, mientras me apretaba más fuerte sonriendo con malicia.

—No sé a qué te refieres con “todas”, pero yo no. —Traté de susurrar para evitar que los otros escucharan nuestro intercambio de palabras. No me interesaba ser la diversión de nadie, pero parecía que él moría por eso.

Ese era el problema cuando engrandecían el ego de un hombre que tiene más hormonas que neuronas, y las chicas del instituto habían puesto por los cielos el de David, y si a mí me tocaba bajárselo, lo iba a hacer.

—Por favor, suéltame... me estás lastimando —pedí con una calma que no sentía.

Tenía que agotar todos los recursos y empecé por la amabilidad. David respiró con desespero, moviendo su cabeza de lado a lado. Mi pulso se disparó aún más cuando noté que iba a seguir insistiendo. Respiré hondo para tomar valor, si me iba tocar usar la fuerza bruta, no lo iba a dudar. No era que tuviera mucha oportunidad de causar algún daño, pero, al menos, el ruido llamaría la atención de Jack, o eso esperaba.

—No oyes, quiere que la sueltes. —Oí decir a alguien con firmeza, en tono amenazador, a mis espaldas. Ni siquiera tuvo que levantar la voz para ganar nuestra atención. David giró su cabeza de forma tan brusca que tuvo que equilibrarse para no caer, y empezó a mirar a nuestro alrededor buscando a la persona que había hablado. Lo observó frunciendo el ceño.

—¿Quién demonios eres tú y qué haces en mi fiesta? —preguntó con rabia, la sonrisa había desaparecido de su rostro. Me soltó para quitarme de en medio y me hizo girar, entonces, pude observar al valiente hombre que se atrevió a intervenir a mi favor—. Lárgate de aquí, maldito sapo, esto es entre ella y yo. —Alzó su cabeza de forma retadora, pero el chico se acercó más a David con aire despreocupado y, aun así, destilaba peligro.

Él era más alto y robusto que él, y eso es decir bastante, un hombre hecho y derecho que no reconocía de ninguna parte. Cruzó los brazos en su pecho, dejando ver como se le tensaba el buzo a causa de sus músculos. Él tenía cabello castaño oscuro con unas ondas en las puntas que lo hacía ver desordenado, unos ojos penetrantes, al parecer, negros, portaba una barba de segundo día y una pinta de chico malo, con un tatuaje que sobresalía en su cuello y otro en sus manos, además, estaba vestido todo de color negro. Tragué en seco nada más con verlo. Él se fijó por un segundo en mí y luego volvió a dirigir su mirada hacia David.

—Déjala en paz, o es que no entiendes lo que te está diciendo, porque si quieres te lo puedo explicar. —Sonrió con tranquilidad, como si David no hubiera dicho nada.

Había algo en su mirada que me inquietaba, él se veía como la clase de chico patea traseros, estilo *mortal combat* y si eso ocurría, David estaba en una gran desventaja, no es que le tuviera aprecio y menos después de lo que acababa de hacer, pero lo conocía de toda la vida.

Aclaré mi garganta, la cual se había quedado seca en cuanto noté su mirada intensa, que parecía penetrar hasta el alma, y esos músculos que resaltaban bajo su ropa.

—Ya pasó, ya me soltó —dije alzando mis brazos en forma de rendición.

Él no dijo nada, solo asintió hacia mí y miró fijamente a David esperando a ver si protestaba.

Ante su silencio, se giró y siguió su camino.

—Menudo idiota. —Oí decir a David, pero no le prestaba atención. ¿Quién era ese hombre? Era lo único que pasaba por mi cabeza en ese momento.

Me alejé de la cocina para poner distancia entre David y yo, pero, sobre todo, porque me urgía un poco de aire fresco para poner en orden mis ideas.

¿Quién era él?

Yo no era la persona más sociable, pero tampoco era tímida. Estaba claro que su presencia me incomodaba, apenas y pude decir unas cuantas palabras frente a él y, por raro que pareciera, a pesar de ser un desconocido, me hizo sentir una sensación de protección que no experimentaba desde hace exactamente tres meses y diecisiete días; algo muy raro porque, aunque se veía muy guapo, era la clase de hombre que me haría cruzar la calle para no pasar junto a él, solo por seguridad. Tal vez era novio de alguna de las porristas, estaba segura de que no lo había visto antes, lo hubiera recordado, alguien así no pasa desapercibido; además, se veía mayor. Bueno, ya qué más daba, ni las gracias le pude dar.

Observé el reloj en mi muñeca, sin prestarle mucha atención a la notificación de unos minutos antes sobre el aumento de mi ritmo cardíaco, me di cuenta que ya eran pasada las once, ya era tiempo de ir por Jack para marcharnos a casa, mi cuota de socialización diaria había rebosado. Me dirigí al lugar donde lo había visto por última vez, pero no había rastro de él, ni de Lilli. Decidí buscarlo en la sala, donde habían quitado un par de muebles para improvisar una pista de baile en la oscuridad, cuando alguien tomó mi mano dirigiéndome hacia el centro del tumulto de gente que bailaba.

—¡Pero qué demonios! —susurré para mí misma, era la segunda vez hoy y traté de soltar mi mano, cuando sentí un aliento rozar mi oreja.

—Camina —susurró, haciéndome estremecer.

Levanté suavemente el rostro, temerosa de con quién me iba a encontrar, y terminé frente a unos ojos oscuros que me observaban de forma penetrante, era como si, con tan solo verme, supiera exactamente lo que estaba pensando, o peor, sintiendo. Me desconcerté de tal manera que quedé congelada y estoy segura de que él lo notó. Su sonrisa engreída lo decía todo. Sacudí un poco mi cabeza, recomponiéndome, pero antes de que pronunciara alguna palabra.

—Baila conmigo —prácticamente ordenó, pero en el momento en que lo iba a mandar al demonio, agrandó su encantadora sonrisa lobuna y sus ojos se iluminaron, causando un corto circuito en mi cerebro porque, aunque mi cabeza gritaba que me alejara de él, lo dejé guiarme a la pista de baile, sin objeción alguna. Mis pensamientos y mi cuerpo dejaron de coordinar.

Con la penumbra envolviéndonos y nuestras manos entrelazadas, recé en silencio para que la mía no empezara a sudar. Nos acomodamos entre la multitud que disfrutaba de la música, y él me giró para quedar frente a él, obligándome a alzar la vista y encontrarme con su rostro.

—Siento haberte arrastrado a bailar, no quería hacerlo. —Empezó a mirar hacia la puerta principal y a la que dirigía al patio trasero, como buscando a alguien.

Ahí fue cuando mi cerebro hizo clic, reseteándose y volviendo a su capacidad al cien por ciento.

—Pues si no quieres no bailamos y ya está —le dije con fingido desinterés.

¿Acaso había sido yo quien lo traje hasta acá? Yo no lo estaba obligando a nada.

Sonrió por mi reacción, lo que me molestó extremadamente, pero tenía que controlar mis emociones. Aunque sí me molestaba, mas no quería que se diera cuenta de que me afectaba de alguna manera. Por mínima que fuera, era hiriente. A ninguna mujer le gustaría que le dijeran que no quieren bailar con ella, y ese era el punto de mi disgusto... que, por alguna extraña razón, ahora sí quería bailar con él, lo que me desconcertaba porque desde la muerte de papá no había sentido la necesidad de liberar mi alma con la música, como me encantaba y que, finalmente, mi cuerpo despertara un poco del letargo en el que me encontraba por culpa de este desconocido y que él no quisiera era vergonzoso.

—No me malinterpretes. —Me observó por un segundo de forma evaluativa—. Es que no quería pedírtelo de esa manera.

Fruncí el ceño con sospecha, sin estar segura si lo decía sinceramente o intentaba arreglar una verdad dicha con imprudencia. Todos bailaban alrededor, pero yo no deseaba moverme en lo absoluto. ¿Qué creía?, ¿qué me estaba haciendo un favor? Él levantó una ceja y volvió a sonreír, pero de forma más amable. Espabilé varias veces, tratando de ocultar mi reacción a sus sonrisas, esperando a que mi cerebro no volviera a hacer un corto.

—Parece que se me dificulta comunicarme contigo, lo que quería decir es que... hubiera preferido traerte algo de tomar, platicar de algo banal, hacerte reír e invitarte a bailar. —Hizo una pausa, analizándose de nuevo, y yo traté de seguir sin mostrar ninguna expresión, pero, a pesar de no estar segura de sus palabras, cuando miré sus ojos, vi sinceridad—. Vamos, bailemos o... nos podemos quedar aquí, de pie, en lugar de disfrutar un poco —dijo de forma sarcástica mientras me seguía observando—. Por lo menos una canción, o es que acaso no sabes bailar, porque te puedo enseñar.

Me dedicó una sonrisa cínica, alzando una ceja, es que, ¿cuántas clases de sonrisas puede tener una persona? Pero esta vez no me hizo ni cosquillas, aunque estaba segura de que ya no podía ocultar ninguna expresión en mi rostro, y no era por haber quedado deslumbrada como una estúpida, sino por el reto en sus palabras.

Empezó a sonar *Get Busy* de Sean Paul, canción que amaba. Podían pasar los años, pero no había quien se quedaría sentado al escucharla. Sin dudarlo ni un segundo, me giré y empecé a mover las caderas al ritmo de la música. Al principio, se quedó paralizado, al menos, esta vez, el punto era mío, pero después puso sus manos en mi cintura de forma firme y posesiva acercándose a él, lo suficiente para que mi espalda descansara en su pecho, que parecía estar bastante definido. Mi trasero rozaba con su ingle cada vez que me movía. Empezamos a bailar al ritmo de la música, de una manera... algo intensa, rozando nuestros cuerpos. Él me sujetaba fuerte con sus brazos, acercándose más. Entre los dos dábamos una muestra de cómo se bailaba de verdad y lo mejor de todo fue que empecé a disfrutarlo, mi mente estaba vacía, no había dolor, ni pérdida, solo existía el aquí y el ahora.

Todo fue tan natural, éramos como dos piezas que encajaban, mi cabello suelto caía por sus hombros, sentía su respiración en mi oído y mi pulso se aceleraba a medida que nos movíamos como uno solo. Sentía como si no existiera nadie más, solo él y yo. Cuando la canción acabó,

nuestras frentes estaban juntas y nos mirábamos el uno al otro, no me di cuenta ni en qué momento me giré, pero ahí estábamos frente a frente, con nuestra respiración agitada. Él me sostenía por las caderas, manteniendo mi cuerpo tan cerca del suyo, que sentí el subir y bajar de su pecho, no había ni un centímetro de espacio entre los dos. De un momento a otro, levantó la cabeza de golpe y empezó a mirar a todos lados.

—Genial, nos hemos robado el maldito espectáculo. Podría ir a la cárcel por esto, ¡qué puta ironía! —dijo con molestia y un sarcasmo que no entendía.

Di un paso atrás y empecé a observar las miradas curiosas a nuestro alrededor al tiempo en el que sentía el peso de su mirada sobre mí nuevamente—. Acompáñame —dijo otra vez en ese tono exigente, haciendo que lo observara a los ojos mientras tendía la mano hacia mí.

Yo no estaba segura de si debía tomarla o no, claramente, era un hombre muy imponente, no era solo su actitud demandante, era su esencia lo que me intimidaba mucho, a tal manera, que perdía toda capacidad de raciocinio y, aunque las miradas curiosas y los cuchicheos a nuestro alrededor también me incomodaban, prefería eso a seguir en su presencia, era un temor desconocido.

—No, creo que ya es hora de irme —me negué.

Lo vi cerrar los ojos y respirar profundo, mientras que maldecía en otro idioma, al parecer, italiano, entre susurros y decía unas palabras que no llegué a entender.

—Por favor —dijo entre dientes, tratando de persuadirme, aunque las palabras se escucharon pesadas y poco sinceras.

Lo miré nuevamente a los ojos y traté de analizarlo, algo que no era muy fácil de hacer, porque no parecía la clase de persona que con un simple vistazo pudieras descifrar, pero, a pesar de sus palabras forzadas y de su poca expresión facial, sus ojos hablaban, y lo que vi fue una mezcla de angustia y necesidad, como si para él, salir de este lugar era cuestión de vida o muerte. Por absurdo que pareciera. Suspiré y tomé la mano que volvió a extender hacia mí. Deseé no estar tomando la decisión equivocada. De esa manera, empezamos a caminar hacia la puerta de atrás. Salimos al patio, donde el frío de la noche recorrió mi cuerpo haciendo que se me erizara la piel, ya estábamos a un poco menos de un mes para el verano, pero, aunque en el día hacía un poco de calor, en las noches seguía bajando la temperatura. Él me observó sobre su hombro, se detuvo por un segundo, que, si no hubiera sido porque en ese momento apretó un poco más mi mano, no me hubiera dado cuenta, pero luego negó con la cabeza y siguió caminando hacia el solitario lugar donde no había más que dos chicos fumando.

—Gracias.

Creo que vi suavizarse un poco su intensa mirada, pero no estaba segura, como tampoco lo estaba del porqué me agradecía. Me quedé en silencio sin saber qué decir y él, dándose cuenta de la confusión en mí, aclaró:

—Por bailar conmigo, me salvaste.

Fruncí el ceño, algo confusa. ¿De qué lo pude haber salvado?

—Además, sí sabes bailar —declaró, haciendo que me sonrojara sin poder evitarlo.

—No creo que un baile conmigo te dé la salvación —bromeé, tratando de liberar la tensión que crecía en mí, era como un nudo en mi estómago que se tensaba cada vez más.

—No, está claro que eso no bastaría, pero, por lo menos, me distrajiste, algo que no pasa a menudo. —Me sorprendió su seriedad a un simple comentario para aligerar el ambiente.

Sin ser capaz de sostenerle más la mirada, desvié la vista observando que los fumadores se habían ido y también pude ver a un hombre mucho mayor, bastante fornido, con barba y vestido de traje, que nos observaba atentamente desde la entrada al patio. Era muy raro, pero de pronto podía ser familiar de David, aunque, sinceramente, lo dudaba. Entonces, ¿quién era ese hombre y por qué nos observaba? Era inquietante. Él me miró curioso al percatarse de que mi atención estaba puesta en otra parte. Se giró, siguiendo mi mirada. Cuando notó al grandote que nos observaba, su cuerpo se tensó y más aún cuando de manera pausada empezó a caminar hacia nosotros.

—¡Mierda! —Se volteó hacia mí de nuevo, aunque por su reacción podía suponer que el hombre que se acercaba no era nada bueno, su rostro seguía totalmente relajado, sin expresar una sola emoción.

—¿Qué pasa? —pregunté dudosa, no sabía si debía preocuparme o no, pero él no dijo nada, solo me tomó del brazo, llevándome hacia una esquina de la cerca que rodeaba el patio, colocándome detrás de él. Quedé atrapada entre su espalda y la cerca

—¿Qué pasa? —volví a preguntar con exigencia

—Sé que no me conoces y tal vez sea mucho pedirte esto, pero necesito que confíes en mí. —Aunque sus palabras eran una petición, su tono sonaba a exigencia, de nuevo.

Antes de que tuviera tiempo de preguntar qué cacahuete estaba pasando, escuchamos un ruido del lado izquierdo, nos giramos al mismo tiempo, dándonos cuenta de que nunca estuvimos solos. Atrás, en las sombras, notamos a otra persona; no distinguía quién era, pero se veía igual de robusto que el hombre que caminaba hacia nosotros.

—Por un demonio, ¿es que no me van a dejar en paz? —susurró para él mismo, en tono molesto y cerrando sus manos en forma de puño—. ¿Puedes confiar en mí? —me preguntó demandante por encima de su hombro.

Observé a los dos hombres que venían hacia nosotros sin pausa, y el pánico empezó a apoderarse de mí, el ambiente estaba cargado de mucha tensión. Cuando volví a observarlo a él, recordé lo que me hizo sentir cuando me defendió de David y la respuesta se deslizó con facilidad de entre mis labios.

—Sí. —Enderecé mis hombros.

No conocía a este chico, pero por alguna razón inexplicable confiaba en él, a pesar de la situación y de su actitud desconcertante, tal vez sentía que se lo debía por ayudarme anteriormente.

—Te vas a quedar en silencio, detrás de mí y en el momento en que te dé la señal, sales por la puerta que se encuentra a tu espalda —me ordenó en voz baja.

Mis ojos se abrieron de golpe al entender sus palabras. No me cabía en la cabeza dejarlo solo a su suerte, tal vez no era la decisión más inteligente, pero sí la correcta.

—No. —Mi voz sonó entrecortada, tragué en seco y me recompuse tratando de sonar más segura—. No —volví a repetir en un tono más firme. Realmente, ni siquiera me había dado cuenta de que la puerta de la cerca estaba detrás de mí—. ¿Cómo crees que te voy a dejar solo? No creo que esos dos sean amigos tuyos —susurré a sus espaldas.

—No tienes ni idea. —Creí escuchar sarcasmo en sus palabras, pero no era ni el momento, ni el lugar para analizar sus comentarios.

—¿Por qué no salimos ahora mismo los dos? —pregunté, desesperada, no me gustaba el rumbo que estaban tomando las cosas.

—Nos seguirían y todo se podría salir de control —dijo con una molesta resignación.

Lo miré a sus espaldas, como si me hubiera dicho que la tierra era cuadrada.

—¿Es que acaso ya todo no está fuera de control? —Él suspiró ante mi expresión.

—Mira, niña, tú corre y yo me encargo de ellos. —Sentí autoridad tras sus palabras y, aunque no me gustó la forma en que se dirigió a mí, no pude evitar notar que era un hombre acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido, pero yo no estaba segura y sabía que en mi cara se reflejaba la indecisión—. ¿Puedes hacer lo que te digo? —preguntó molesto, pero no hubo tiempo de dar ninguna respuesta, el hombre que se aproximaba desde la puerta estaba justo enfrente de nosotros.

Era aún más alto de lo que había imaginado, su piel como el color del olivo, totalmente calvo y con una barba perfecta de color negro, la cual caía en punta hasta su pecho. Apestaba a tabaco, eso sí, vestía muy elegante, con un traje color marrón y una actitud que te podía hacer orinar en tus pantalones, pero el hombre frente a mí solo levantó su cabeza con una autoridad única, y yo me pegué más a su espalda, buscando su protección.

El grandote estaba a punto de abrir la boca cuando escuchamos a alguien desde la puerta.

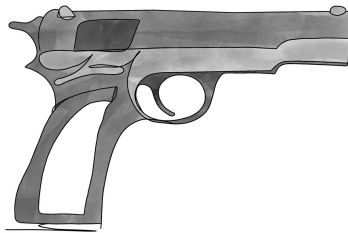
—¿Alessandro, eres tú?

—¡Cazzo!

Lo escuché maldecir, de nuevo en italiano.

CAPÍTULO 2

Explicaciones



Alessandro

Había venido a esta puta fiesta de colegio a buscar a mi hermanita, la única persona en este mundo de mierda que me importaba, era mi única oportunidad de contactar con ella sin tener que encontrarme con mi padre. Ya habían pasado tres largos meses sin saber de ella y después de estar evitando cualquier contacto con mi progenitor me pareció la mejor opción. Qué equivocado estaba, había olvidado los estragos que hacen las hormonas en la adolescencia, lo irritante que es lidiar con eso y toda la mierda con la que te encuentras cuando tratas con estúpidos niños de papi y mami que creen tener el mundo en sus manos. Resoplé con disgusto.

Llegué y lo primero que me encontré fue a un imbécil tratando de presionar a una niñita. Sabía que era necesario dejarlo pasar y seguir buscando a mi hermana. Sin embargo, al observar cómo su espalda se movía rápidamente, evidenciando su incomodidad, y al escuchar sus palabras: "Por favor, suéltame, me estás lastimando", supe que no podía ignorar su sufrimiento. Aunque no suplicaba, sentí que no debía pedir nada de esa manera. Así que no lo pude dejar pasar, no me arrepentía, menos cuando vi unos ojos como el color de la miel líquida atravesarme. En ese momento, solo quise cortar le las manos con un cuchillo y generarle todo el dolor posible a ese hijo de puta que la estaba presionando. La ironía más divertida fue que ella misma acabó defendiéndolo. Porque si no él hubiera sido mi entretenimiento de la noche, el pobre imbécil no sabe que le debía la vida a la chica.

Pero la noche no terminaba de mejorar, estaba tan acostumbrado a escanear siempre mi alrededor, a detectar cualquier potencial peligro, que en el momento en que mis ojos observaron lo que me rodeaba descubrí en la oscuridad la silueta de Santino. No era que con semejante tamaño pudiera pasar desapercibido, pero tampoco había manera de que no lo descubriera. Toda

mi vida había entrenado para eso, para mantenerme a salvo, para detectar y acabar cualquier peligro. En un intento de perderle el rastro antes de escabullirme del lugar, irónicamente terminé en la pista de baile con la niñita que había ayudado unos minutos atrás. Noté cómo al principio quedó embobada ante la fachada, como todas, pero me sorprendió gratamente que, cuando la desafié, no se dejara engañar por mi falsa sonrisa, la misma que solía utilizar para hipnotizar a mis presas antes de atacarlas y acabarlas. Ella solo me observó con desafío, se giró y empezó a mover las caderas de una manera que, por primera vez en mi vida, el que terminó malditamente hipnotizado fui yo.

Me quedé congelado por un segundo, algo que nunca pasaba, ya que en un segundo podías terminar muerto, pero de espaldas a ella, frente a su hermoso y grande trasero, parecía que la muerte era mi aliada. Recobré el sentido, la agarré fuerte por las caderas y la acerqué a mí. Sentí el calor de su cuerpo envolverme y despertar mi lado posesivo, meneándose al ritmo de la música mientras mi cuerpo la acompañaba. Todo a nuestro alrededor desapareció en la oscuridad y me dejé llevar por el momento. La giré para tenerla de frente y observar sus ojos, pero cuando me di cuenta de que la canción había terminado, con mi frente pegada a la suya, nuestras respiraciones agitadas, y llenando mi cabeza de imágenes de ella después haberse venido con mi pene llenándola hasta el fondo, recordé que podía terminar en la cárcel por cruzar la línea con una niñita que podía ser, mínimo, diez años menor que yo. Deseché el pensamiento de inmediato, era una puta sátira que no había terminado en la cárcel por todos los delitos cometidos hasta el momento, que con mis veintinueve años no eran poquitos, para terminar tras las rejas por acercarme a una menor. No, ni por una mierda. Brinqué alejándome de ella.

—Genial, nos hemos robado el maldito espectáculo, podría ir a la cárcel por esto. ¡Qué puta ironía!

Empecé a mirar a nuestro alrededor, siendo consciente que, a pesar de no ver a Santino por ninguna parte, era muy probable que él sí me hubiera visto bailando cuando de imbécil dejé de estar alerta. Bajé la mirada y observé a la niñita mirar a su alrededor con incomodidad, dándome cuenta de dos cosas: la primera, no le gustaba ser el centro de atención; y la segunda, no podía marcharme y dejarla aquí sola si había una mínima posibilidad de que el maldito de Santino la hubiera visto conmigo porque eso la podía convertir en su objetivo y no iba permitir que ella estuviera en peligro por mi culpa. No supe en qué momento me surgió una puta conciencia, pero no lo iba a permitir.

Al principio, no estaba segura de acompañarme, pero logré persuadirla utilizando una palabra que hasta hace unos minutos estaba fuera de mi vocabulario, la cual dejó un maldito ácido en mi boca.

¡No sirvo para una mierda! No solo Santino, sino también Luigi nos terminaron encontrando en la soledad del patio trasero. Estaba listo para hacerla salir por la puerta de la cerca y enfrentarme a los lame culo de mi padre, cuando a mi izquierda escuché una voz que reconocería en cualquier parte del mundo.

—¿Alessandro, eres tú? —Escuché preguntar a Sofía, mi hermana. Santino se encontraba frente a mí y Luigi estaba situado a mi izquierda, por lo que también la escucharon, lo que los hizo parar en seco, sabían bien que a mi padre no le agradaba en lo más mínimo que Sofi se viera envuelta en los negocios de ninguna forma.

—¡Cazzo! —maldije entre dientes.

—¿Santino, Luigi? —continuó preguntando, con las cejas fruncidas, confundida por este encuentro—. ¿Qué pasa aquí? No entiendo nada —siguió cuestionando, mientras de fondo se escuchaba el ruido de la música y la gente dentro de la casa, disfrutando de la fiesta totalmente ajenos a nuestro encuentro.

—No pasa nada, Sofi —respondí con una mueca que se asemejaba lo más posible a una sonrisa en mi rostro. Ella era la única que me hacía sonreír de verdad.

—No, Alessandro, no me vengas con que no pasa nada, cuando llevo tres meses y una semana sin verte, sin saber de ti. —La preocupación cubrió su rostro, al mismo tiempo en que la angustia y la rabia cubría el mío.

La rabia era una vieja amiga que me había acompañado a lo largo de mi vida, el resultado de la impotencia frente a la única cosa de la que no tenía control: quién era y lo que debía ser. Pero esta vez tenía un sabor diferente, porque esta vez mi rabia iba dirigida hacia una persona que antes respetaba con cada fibra de mi ser, quien me había enseñado todo y quien ahora detestaba con todo lo que tenía, mi padre; lo odiaba por mostrarme que en este mundo no se podía confiar en nadie, y que estaba destinado a la maldita soledad. Eso sumado a mi angustia por ella, que, como yo, se vio obligada a crecer en esta vida de mierda, aunque su integridad seguía intacta y por mi vida que iba seguir de esa manera. Si bien, ella tenía una idea de a qué nos dedicábamos para subsistir, nunca iba conocer la profunda maldad que nos rodeaba, esa que nosotros mismos creamos. Esa era una de las razones por las cuales no le podía mostrar al mundo lo importante que era mi pequeña hermana para mí y, muy dolorosamente, a ella tampoco, porque eso la convertiría en un objetivo para hacerme daño, para llegar a mí, y eso jamás lo iba a permitir.

No la podía sacar completamente de este mundo, pero sí haría todo para mantenerla a salvo.

—No seas tan exagerada, Sofi —dije en tono despreocupado, cuando en realidad cada músculo de mi cuerpo estaba tan tensionado que sentía que me podía romper.

—¿Exagerada? —preguntó en un susurro lleno de dolor, pero al mirar alrededor y observar a Santino, Luigi y detrás de ella a Bruno, su guardaespaldas, cerró los ojos y respiró profundo. Sabía muy bien que no podía perder los estribos delante de nadie, tampoco mostrar una debilidad que luego podrían usar en su contra. —Llevo días tratando de comunicarme contigo —continuó en tono más calmado—. Y vengo a encontrarte aquí y con...

Señaló con su mano detrás de mí, recordándome la presencia de la niñita pegada a mis espaldas. Vi el reconocimiento en la cara de Sofi y el cambio drástico en su actitud, pues pasó de ser la hermana consternada a la abeja reina de su grupo social de niñitas estúpidas. Ella, al igual que yo, tenía un papel que jugar por su propia seguridad y aunque lo detestaba, lo hacía mejor que nadie.

—¿Cómo es que es tu nombre? —preguntó con un fastidio fingido que solo yo noté. Movió un mechón de su corto cabello y lo situó detrás de su oreja, alzó una ceja, la miró fijamente con actitud exigente y empezó a acercarse a nosotros. Había aprendido muy bien su lección.

Para mi sorpresa, la niñita se alejó de mi espalda, enderezó su postura, repitió el mismo gesto de

Sofi, llevando un largo mechón de cabello oscuro detrás de su oreja, exponiendo un cuello largo e impecable, que me dieron ganas de morderlo hasta dejarlo totalmente marcado. Cerré los ojos y respiré profundo, alejando el pensamiento y centrándome en la situación.

—Mi nombre no es importante, como tampoco lo es mi presencia aquí. —Resopló, mientras susurraba con fastidio para ella misma—. No sé en qué momento terminé en medio de una pelea de novios.

Intentó dar un paso hacia adelante, pero Santino se interpuso en su camino. Di un paso al frente dispuesto a quitarlo del camino, este alzó las manos en forma de rendición, haciendo que cayera en cuenta de mi error, mostrar interés, un error que no entendía, porque claramente, esa niña no me interesaba, solo quería asegurarme de que no estuviera en peligro por mi culpa. Ya tenía suficientes pecados encima como para seguir sumando a la lista. La tomé con delicadeza por el codo llevándola junto a mí, mientras ella abría de golpe los ojos; al principio, pensé que era por la sorpresa de mi contacto, y lo estaba confirmando cuando el sonrojo se empezaba a esparcir desde su cuello hacia su rostro. ¡Maldito cuello tentador! Hasta que dijo:

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó, mientras miraba mi rostro y luego mi mano, que la sostenía impidiendo que se alejara de mí.

Sofía estaba a mi otro lado, Santino y Luigi frente a nosotros, y Bruno observando desde la entrada.

—Creo que es mejor que te lleve a tu casa, así alguien mayor tendrá la seguridad de que llegues sana y salva a tu destino.

Era una explicación razonable, pero también era un mensaje claro para los hombres que nos rodeaban, nadie le tocaba un pelo a la niña, de eso me iba asegurar yo.

Escuché a Santino aclarar su garganta y me giré hacia él.

—Vinimos hasta aquí para llevarte con tu padre y no podemos regresar sin ti. —Alcé una ceja y sonreí con malicia, quería verlos intentar ponerme un dedo encima—. Son las órdenes —agregó Santino en tono de disculpas y dando un paso hacia el frente.

La adrenalina empezó a correr por mi cuerpo. Con una delicadeza inusual en mí, sobre todo, en un momento como este, corrí a la niña y me preparé para atacar, no los podía matar, eso me traería más problemas, pero si les cortaba unos dedos, o una mano completa era suficiente, por ahora.

—Creo que esto no es necesario —volvió a interrumpir Sofi, poniendo un mano en mi pecho—. Podemos llevar a la casa a... —Volvió a señalar a la niña, sin pronunciar el nombre que sabía que ella conocía, pero que no pronunciaba apegándose a su papel—. Y luego, Aless me deja en la casa, aprovechando así para arreglar lo que sea que tenga que arreglar.

Terminó diciendo con fingido desinterés, lo notaba por la forma rígida de su cuerpo y la fuerza con la que sujetaba el bolso, ella solo quería evitar un derramamiento de sangre.

—Los seguimos —anunció Santino, mientras que le hacía señas a Luigi para que saliera del lugar con él.

Observé a mi hermana con una sonrisa de satisfacción en su rostro, todavía era muy inocente para notar que solo había dilatado lo inevitable y que, claramente, no iba a arreglar nada con nuestro padre, por lo menos hoy no. Observé a Santino y a Luigi entrar a la casa, y a Bruno a un lado de la puerta del patio, indeciso sobre qué hacer.

—Llévate el carro de Sofía, ella se va conmigo. —Sin dudarlo ni por un segundo asintió con la cabeza y desapareció detrás de los otros dos grandotes.

Me giré para quedar frente a la niñita que debía tener una muy mala suerte para terminar envuelta en esta mierda... y con una persona como yo. Respiré profundo.

—Vamos, te llevo a tu casa.

A pesar de que sus ojos reflejaban una sombra de temor, respiró profundo y enderezó su postura.

—Ya te dije que no es necesario, vine con un amigo y me voy con él —. Observó sobre mi hombro y continuó—. Además, creo que tú y tu novia tienen cosas que hablar.

—¿¡Novia?! —preguntó Sofi junto a mí.

—¿Y dónde estaba tu amigo cuando el otro niñito te estaba jodiendo? —pregunté, sin pasar desapercibido que era la segunda vez que aseguraba que Sofi era mi novia—. Si él hubiera estado junto a ti, seguro que me hubiera ahorrado la molestia de defenderte —le dije con frustración.

Si vino con un puto amigo, ¿dónde estaba? Si hubiera estado con ella, no habría sido necesario intervenir y, tal vez, nunca se hubiese tropezado conmigo. Dónde estaba el imbécil que tenía que cuidarla para que no terminara bailando en mis brazos, rodeándose de un peligro del que no tenía ni idea, debía haber estado bailando con él en lugar de conmigo; aunque, solo el simple pensamiento hizo que la rabia inundara mi pecho, haciendo que empezara a respirar con dificultad y viera rojo. Prefería una noche así para ella, en vez de verse envuelta en esta situación. Respiré profundo y empecé a abrir y empuñar las manos, esperando que el universo se apiadara de mí y me llenara de una paciencia con la que nunca había contado.

—Eso no es de tu incumbencia —declaró sin dar más explicaciones.

—Tú te vienes conmigo y punto —contrarresté, tratando de mantener mi ira a raya—. Claramente, el imbécil con el que viniste no puede mantenerte a salvo así su vida dependiera de eso. No sé qué piensan los padres de hoy en día dejando salir a sus hijos con cualquiera. Dime, ¿dónde está tu padre?

Observé su máscara romperse y la tristeza bañar su rostro.

—Muerto —contestó apretando sus dientes, como si el solo hecho de decirlo la rompiera.

Tragué en seco cuando un sentimiento más grande que la rabia me invadió. No lo entendía, estaba acostumbrado a destrozar a las personas, física y mentalmente, pero en este momento lo único que quería era alejar la maldita tristeza de ella y hacerla mía, que fuera yo el que sufriera, estaba acostumbrado a eso, pero ella no, no quería ver la luz en sus ojos apagarse como ahora.

—Entonces déjame honrarlo y llévate sana y salva a tu casa, seguro que eso es lo que él esperaría de la persona con la que estuvieras.

Bajó su mirada, observando sus propias manos.

—Gracias por tratar de honrarlo, pero no es necesario —prácticamente susurró—. Además, tú y yo no estamos juntos —dijo en un tono más fuerte.

—Claramente... no, niñita —traté de enfatizar en lo de niñita—, pero como adulto es mi respon...

—No, no lo decía en ese sentido —me interrumpió, levantó la mirada tropezándose con la mía—. Solo que ni siquiera nos conocemos, tu novia está aquí contigo y esos grandotes, que se ven peligrosos, entraron a dónde está mi amigo —trató de explicar. Dejó la frase al aire, sin necesidad de terminar de decir que temía por la seguridad del inútil de su amigo.

—No sé cuál es tu insistencia en decir que Aless es mi novio —interrumpió Sofi.

—Tu amigo no corre ningún peligro —interrumpí, impidiendo que Sofía terminara de aclarar, lo que me llevó a ganarme una mirada de: “¡Qué mierda!” por parte de ella—. Ellos me quieren a mí, así que no tiene ningún caso que sigas aquí; es más, te puedo asegurar que ya están en su carro listos para seguirme. —Vi la sospecha en su mirada y su intento de seguir discutiendo, así que utilicé una palabra que, aunque a mí me envenenaba, en ella rompía las barreras y las dudas—. Por favor, por mi tranquilidad mental, déjame llevarte y honrar a tu padre.

Su respiración se quedó estancada en su pecho por unos segundos, pero luego resopló y asintió con la cabeza. Si esas eran las palabras que necesitaba utilizar para que ella obedeciera, entonces tendría que prepararme mentalmente. ¡¿Qué mierda estoy diciendo?! Hoy fue la primera y la última vez que veo a esta niñita y, aunque por una razón inexplicable eso amargaba aún más mi alma, estaba consciente de que tenía que ser de esa manera, por su propio bien y por el mío.

Me giré para darle paso a mi hermana, encontrándome con una mirada llena de asombro y de duda. Negué con la cabeza, tratando de quitarle importancia, le puse la mano en la espalda a Sofi tratando de ayudarla a salir de su trance, e impulsándola a caminar, luego tomé a la niña por el codo para guiarla detrás mi hermana, listo para cargarla si era necesario con tal de sacarla de aquí. Pero, a pesar de ver hacia el interior de la casa con duda, empezó a caminar.

Los tres atravesamos la puerta de la cerca que estaba detrás de nosotros y caminamos dos cuadras hacia abajo donde se encontraba mi auto, aunque estábamos en uno de los barrios más seguros y acaudalados de este pueblo, no podía dejar de mirar a mi alrededor, con el peso de las armas escondidas en mi cuerpo, siempre alerta, porque el peligro que me acechaba no era el de un simple ladrón callejero, ellos lo pensarían más de diez veces antes de meterse conmigo. Lo que me acechaba era mucho más peligroso.

Sumidos en un silencio que se sentía más reconfortante que incómodo llegamos a mi auto. Observé la cara de la niña cuando hundí el bip para abrir mi precioso Masserati, y las puertas se abrieron hacia arriba como unas alas. Miraba el carro con ojos abiertos de par en par.

—¿Solo un puesto de copiloto? —preguntó sorprendiéndome. Se me había pasado que el auto que llevaba hoy solo era de dos puestos y, aunque esperaba un “wow”, salir de su boca y no esa pregunta estúpida, no pude evitar sonreír.

—Parece que les va tocar compartir puesto —dije, encaminándome hacia la puerta del conductor. Las vi observarme anonadadas, Sofi solo botó fuerte la respiración por la nariz.

—Sube tu primero —pidió mi hermana, quitándole importancia al hecho de que tenían que compartir asiento. Ella sabía que no era seguro estar aquí y que había cosas más urgentes que resolver. Aunque arrugó su nariz fingiendo fastidio.

—Tal vez debes sentarte en las piernas de tu novio y dejarme el asiento para mí, así te evitas la molestia de tener que compartirlo conmigo —respondió la niña exasperada por las reacciones de mi hermana.

—Qué te digo —empezó a responder Sofi, fingiendo estar pensando—. Sería muy extraño sentarme en las piernas de Alessandro, ya que es mi hermano. —Ahí estaba la respuesta saliendo de la boca de mi hermana, haciendo que el sonrojo cubriera a la chica nuevamente —. ¿No te parece, Michaela?

Terminó mi hermana revelando por fin el nombre de la niña.

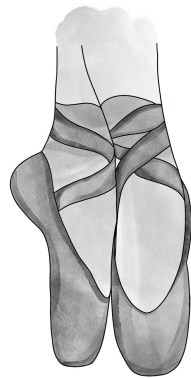
—Mica —corrigió ella de inmediato, mientras se sentaba en el borde de la silla, dándole espacio a mi hermana para entrar. Esperé a que Sofi cerrara la puerta antes de preguntarle a Michaela, quien evitaba a toda costa mirarme a los ojos.

—¿Cuál es tu dirección, Michaela?

Pregunté saboreando el nombre de ella en mi boca, esperando a que me corrigiera, pero para mi sorpresa, solo tragó en seco y levantó su mirada que brillaba aún en la oscuridad.

CAPÍTULO 3

Familia y amistad



Michaela

La alarma irrumpió en el silencio de la habitación a las seis de la mañana. Me incorporé en la cama, enfocando toda mi atención en un solitario zapato abandonado en el suelo. Me hallaba en ese limbo entre el sueño y la plena conciencia, cuando el suave golpeteo en la puerta anunció la llegada de mi hermanito.

—Michaela, ¿estás despierta? —Él era la única persona que me llamaba por mi nombre completo, aunque sabía que lo detestaba. «Era», pensé por un momento, pero enseguida alejé el pensamiento—. Mamá dice que te apures. —Escuché sus pasos alejándose de mi habitación.

Benjamín, con sus nueve años de edad, era un reflejo vivo de papá. Sus ojos azules eran suaves como los de nuestro padre, al igual que su rostro redondeado, el cual exhibía rasgos finos; y su piel blanca. Lo único que compartía con mamá era el cabello color chocolate. Otra cosa que resaltaba mucho de él era esa expresión constante que denotaba la planeación de alguna travesura próxima; era un niño intrépido. Formaba parte del equipo de fútbol y destacaba verdaderamente en el campo, aunque sus habilidades académicas no estaban a la par. La ausencia de papá había complicado las cosas; siempre era él quien encontraba las palabras precisas para motivar a Ben a esforzarse. A pesar de los intentos de mamá, nunca lograba llenar ese vacío de la misma manera.

Me dirigí hacia el baño, me detuve frente al lavabo observándome en el espejo. Mis pensamientos se fueron más allá de mi propia imagen, veía a un hombre del cual lo único que conocía era su nombre, un hombre en el que, claramente, no tendría que estar pensando. Tenía la sospecha de que era el tipo de persona difícil de descifrar.

«Ojalá yo tuviera esa misma capacidad», suspiré.

Después de lo ocurrido el pasado sábado, no necesitaba conocerlo para intuir que su apellido debía ser «peligro», y para colmo, como si fuera la cereza en el pastel, resultaba ser hermano de Sofía, con su cabello corto enmarcando su hermoso rostro, piernas largas y una figura perfecta, era una de las chicas más populares del instituto al que asistíamos. Ella siempre observaba a todos desde arriba, con aires de superioridad e indestructibilidad. Esa actitud, respaldada por pertenecer a una de las familias más acaudaladas del pueblo, la colocaba en una posición de dominio indiscutible. Me concentré en ver mi reflejo en el espejo y me repetí lo mismo que hacía un momento: tenía que dejar esos pensamientos atrás. Probablemente, nunca volvería a ver a ese hombre, y lo mejor sería eliminarlo de mi mente. Solo esperaba que mi propia represión funcionara mejor que antes, porque Alessandro no abandonaba ni un segundo mis pensamientos. Me apresuré a terminar de arreglarme, no podía llegar tarde y quería comer algo antes de irme.

Estaba en medio de la cocina, cuando vi a mamá bajar las escaleras.

«¿Cómo alguien podía lucir tan bien a estas horas de la mañana?»

Yo tenía mi cabello recogido en forma de tomate y el típico uniforme de colegio en primavera: falda azul turquí con camisa tipo polo en color blanco. No podía verme más desaliñada, en cambio ella, tenía el mejor *outfit* empresarial: una falda gris, que iba desde la cintura hasta la rodilla y una blusa sin mangas en color blanco con ondas en el pecho; claro, aunque ella se veía divina hasta en pijama.

Mi madre era latina, había nacido en Colombia, pero mis abuelos emigraron cuando ella tenía cinco años. Había crecido con todas las costumbres americanas, pero sus rasgos latinos resaltaban: era trigueña, con ojos grandes de color marrón oscuro, su cabello de color marrón como el chocolate lo llevaba siempre con hondas sueltas y era largo hasta la cintura. En ella resaltaban unas curvas de muerte, aun luego de tener dos hijos. Después de la muerte de mi padre, me preocupaba que ella encontrara a otra persona; sé que ha pasado poco tiempo, pero no sería raro, ella aún es joven y muy atractiva, aunque siempre decía que todo su tiempo y energía están puestas en Ben y en mí, que éramos lo más importante y, por supuesto, también en su nuevo trabajo de inmobiliaria.

Los recibos se tenían que pagar y aunque papá había dejado un seguro de vida, que adquirió en su trabajo, no era suficiente para cubrir todos los compromisos, colegiaturas, el equipo de fútbol de Ben y mi escuela de baile. La casa era propia, gracias a Dios, pero generaba muchos gastos; además, la gasolina, comida, la lista era interminable. Tal vez sonaba egoísta, pero por lo menos me agradaba que las cosas fueran así y que mamá solo estuviera dedicada a nosotros, aunque muy en el fondo sabía que eso algún día tendría que cambiar.

—Buenos días, cariño. —Me observó mientras tomaba el cereal y la leche de la nevera.

—Buenos días, mami —respondí, sonriendo automáticamente y tomé asiento frente al mesón de la cocina.

—Cariño, ¿será que puedes recoger a Ben después del colegio o tienes práctica?

—No tengo práctica hasta el jueves. —Lo último que quería era bailar. Desde que papá ya no estaba, esas ganas que me llenaban el alma habían desaparecido. Tragué en seco tan solo

de pensar en eso—. Pero hoy me lleva Jack —seguí la conversación, alejando esos pensamientos.

A pesar de que tenía mi propio auto, un Mazda que me había regalado papá dos años atrás, siempre que podía me iba con Jack, mi vecino y compañero de instituto. Era una forma de ahorrar gasolina y, por qué no, de ayudar al medio ambiente, no es que fuera una ecologista, pero era consciente y si tenía en mis manos alguna forma de contribuir lo hacía.

—Podrían pasar los dos —propuso mamá, dando la vuelta a la isla de la cocina para quedar justo detrás de mí—. ¿Eso es lo único que vas a comer, Mica? El desayuno es la comida más importante del día, por lo menos come una fruta. —Se quedó pensativa, arreglándome unos mechones de cabello que se habían salido de mi moño.

Antes de que papá muriera, era ella quien hacía los desayunos y eran los más ricos del mundo: con huevo, tocino, arepas, mmm... pero desde que trabaja, Ben y yo hemos tenido que encargarnos y creo que eso le pesa. No es que creyera que no fuéramos capaces, Ben con nueve años y yo con dieciocho, más bien ya era hora, pero creo que esa era una forma de consentirnos.

—Está bien, mamá, yo le pido el favor a Jack, no te preocupes. —Quería hacer las cosas lo más fácil posible para ella. Ya bastante hacía por nosotros. Me dio un beso en la mejilla.

—¡Ben, nos vamos! —gritó, tomando dos bolsas de lunch de la cocina, caminó hacia la mesa, junto a la puerta principal, agarró las llaves y se giró hacia mí—. Mica, tu lunch está junto al microondas. —Sonrió—. Y muchas gracias por tu ayuda, agradece a Jack de mi parte. —Me arrojó un beso con su mano—. Ben, si no estás en el auto en tres minutos me voy sin ti —gritó nuevamente a mi hermano—. Que tengas un buen día, cariño —me dijo cerrando la puerta a su espalda.

Ben bajó muy apresurado, y comenzó a buscar algo por toda la cocina.

—Tu lunch lo lleva mamá —le dije, adivinando lo que buscaba.

—Adiós, Michaela, no llegues tarde —comentó con malicia.

Alcé una ceja. ¿Qué creía que era, su chofer?

—Nos vemos, Benjamín... si llego. —Mi sonrisa apagó la suya.



Jack acababa de parquear en el instituto.

—Entonces sales directo de tu clase de gimnasia para acá. —Apunté mi dedo índice hacia él—. Tenemos que ir por Ben.

—Relájate, Mica, ya hablas como toda una novia posesiva. —Puso sus ojos en blanco.

—¡Ja! ya quisieras —le dije, con mi mejor intento de cara sexy, abanicando insistentemente mis pestañas. Rompimos a reír al mismo tiempo.

Siempre había sido más de amigos que de amigas, pero los hombres tienen la tendencia a malinterpretar las situaciones. El hecho de mostrar amabilidad no quiere decir que nos queremos

meter en sus pantalones, pero con Jack nunca fue así.

Lo conocía desde siempre. He visto cada una de sus facetas: desde niño intenso y mocoso, hasta pasar por la entrada de la adolescencia. Aún recuerdo su cara llena de granos, ¡puaj! Y ahora, se convirtió en uno de los chicos más lindos del instituto: mide alrededor de 1,80 metros, su piel morena lo hace resaltar, lleva unos hermosos crespos marrones, tiene los ojos de un color azul divino y cuerpo de atleta, debido a que pertenece al equipo de basquetbol, pero lo más lindo de él, era su forma de ser. No había conocido un ser más noble. A pesar de que había un montón de problemas en su casa, él siempre tenía la mejor actitud, yo lo quería muchísimo, tal cual era, pero como a un hermano y estaba segura de que el sentimiento era mutuo, pues él también había presenciado lo peor de mí: desde una niña intensa y llorona, pasando por una adolescente con *brackets* y problemas respiratorios, hasta el día de hoy.

Cuando me bajé del auto, tuve la extraña sensación de que me observaban; obviamente, el parqueadero estaba lleno de estudiantes, pero ninguno en particular centraba su atención en mí. Negué con la cabeza, acomodé mi falda de forma nerviosa, ajusté mi suéter y seguí a Jack hacia nuestros casilleros. Tenía ciencias a primera hora y a la señorita Red no le gustaban los retrasos.

—Mica, nunca me dijiste por qué te fuiste el sábado de la fiesta —soltó Jack de repente, con cara de sospecha, sacándome de mis pensamientos—. Todavía no puedo creer que te hayas ido sin mí.

No tuve la oportunidad de contarle a Jack lo que había sucedido y a estas alturas, no creía que contarle lo que ocurrió pudiera ayudar en algo, eso llevaría a un montón de preguntas, de las que ni yo misma tenía respuestas.

—Estaba cansada y quería regresar a casa, fui a buscarte a donde te vi por última vez, pero no dejaste ni el rastro. —Puse mi mejor sonrisa tranquilizadora.

Jamás le había mentido a Jack, aunque, realmente no le estaba mintiendo, solo estaba omitiendo unos pequeños detalles, por su seguridad mental. Él me miraba con duda, como si no le terminara de convencer mi explicación

—¿Dónde te habías metido? —Fruncí mis cejas, mirándolo con sospecha. En estos casos, el ataque era la mejor defensa.

—Lilli quería que probáramos algunas cosas nuevas. —Giró los ojos y escuché algo de incomodidad en su voz, aunque no dijo nada más.

—Veo que las cosas no salieron muy bien con ella. —Encogí mis hombros, con cara de disculpa y sin entender muy bien a qué cosas nuevas se refería.

—Digamos que habría preferido acompañarte a casa. —Puso cara de fastidio.

Observé que por el pasillo se aproximaba Lilli con dos de sus amigas, entre ellas, Sofía.

Le hice señas a Jack con la boca para indicarle por dónde se acercaban. Él se giró enseguida, nada disimulado, buscando a lo que me refería. Coloqué mi mano sobre mi cara, negando con la cabeza, como si eso fuera suficiente para hacerme desaparecer. Ellas, que obviamente se dieron cuenta de la reacción de Jack, empezaron a secretear.

Me quedé observando a Jack que tenía la vista fija en ellas o en ella.

—Para haber querido devolvarte a casa conmigo, miras sus piernas como si quisieras que te encadenaran a ellas —dije con diversión.

—Nos estamos conociendo. —Se le entrecortó la voz.

En ese momento, creí saber lo que le ocurría.

Lilli era como la mayoría de los estudiantes de este instituto: vivían para lucir y mostrar los lujos que le compraban sus padres, tenían físico perfecto, pero de materia gris no tenían nada, y esa no se podía comprar, ni operar. Todos allí eran como un regalo con una linda envoltura, que cuando lo abrías estaba vacío, todo superficial. No quería juzgar por las apariencias porque terminaría actuando como ellas, solo era un hecho del que muchas veces había sido testigo, la forma en que menospreciaban y eran crueles con todo aquel que no cumplía con sus inventadas expectativas. Aunque eso no cambiaba el hecho de que su apariencia era bonita y cautivadora.

—Me doy cuenta, pero cierra la boca, ¿qué va a pensar de ti? Que eres un idiota. —Jack no era el único que las miraba con la boca abierta. Giré mis ojos negando con la cabeza.

Por supuesto, ellas llevaban la falda del uniforme a un dedo de que se les viera el trasero, y tacones que hacían resaltar sus piernas. ¿Quién iba al colegio en tacones?! El cabello lo llevaban como recién salido de la peluquería y su manicura era impecable. Todos babeaban por ellas.

Teniendo suficiente del espectáculo diario, me volteé hacia mi casillero tomando lo necesario. Luego de cerrarlo, traté de marcharme lo más rápido posible a clases, evitando la mirada penetrante de Sofía, no es que creyera que se fuera acercar a mí, pero veía cómo cada poco sus ojos curiosos chocaban con los míos, así que me alejé, dejándola atrás, junto con Jack que hablaba con su despampanante Lilli.

Cuando llegué al laboratorio de ciencias, me senté en mi habitual mesa, con mis pensamientos en lo que había hablado con Jack, realmente no le había mentado, me quería convencer de eso; también quería pensar que lo hice por su tranquilidad y no por proteger la reputación de un chico que no conocía y que, probablemente, nunca volvería a ver. Mientras le daba vueltas al asunto, recordé paso por paso lo ocurrido, llegando a varias conclusiones. Primero; el hombre conocía a nuestros atacantes; segundo, él tenía la completa seguridad de que iban detrás de él y tercero; él sabía cómo defenderse. Tal vez era un delincuente, aunque realmente no creía eso, o no lo quería creer. Él era un completo misterio para mí, algo que me frustraba totalmente. Es que pensar en que tal vez nunca lo llegaría a descifrar, que no había posibilidades de que lo volviera a ver, me enloquecía. Intenté buscarlo en *Instagram* y *Facebook*, por amigos en común, partiendo desde Sofía, pero nada, ni rastro.

En ese momento entró la señorita Red llamando a la clase y regresándome a mi presente.



Era jueves por la tarde, estaba en los cambiadores del estudio de danza donde asistía desde que tenía uso de conciencia, aquí había dado mis primeros pasos de baile, aprendí a combinar ritmos y a vibrar con la música, era algo que iba en mí. Mamá decía que la música se llevaba en la sangre y yo sentía que dentro de la mía fluía sin parar, mas no había sido así en los

últimos meses... algo en mí se había apagado.

Acababa de hablar con Dani, mi profesora de baile y me preguntó algo que yo misma me había estado preguntando: ¿Por qué no había enviado el video de audición para *Juilliard*? *Juilliard* es una de las academias de arte más prestigiosas del mundo, ya la fecha límite había pasado y según ella, yo tenía muchas posibilidades de haber quedado. Además, Dani tenía un contacto en admisiones; es decir, su carta de recomendación iba a ser de mucha ayuda, pero ahora me cuestionaba todo. No sabía si ser una bailarina sería suficiente para poder subsistir en la vida. Sé que no me debo dejar guiar por el ingreso monetario en una profesión para escoger lo que quiero ser en el futuro. Estoy consciente de que aquello que debe motivarme es la vocación, pero yo estaba en la obligación de ser realista, y mi realidad era ver a mamá trabajando sin parar en estos últimos meses para poder cubrir todos los gastos.

Papá ya no estaba para respaldarme, ya no había, un lugar a donde regresar si las cosas no salían bien y, últimamente, todo tenía ese sin sabor, ni siquiera, pensar en que mañana iba a ser mi último día en el *high school* despertaba algo en mí. A pesar de que todos estaban llenos de esa emoción de haber subido un escalón más, en unos pocos días iban a ser los grados y todo terminaría, yo no dejaba de preguntarme si en cada fecha importante iba a sentir ese vacío que me consumía. Algo en mí no estaba bien y lo confirmé cuando Dani me dijo: «No importa, podemos aplicar nuevamente para primavera», y mi corazón se aceleró ante sus palabras, pero no de emoción, sino de una ansiedad inmensa ante algo incierto.

Terminé de recoger mis cosas y me encaminé a la salida del estudio, atravesé la puerta y me estremecí ante el viento fresco que me cubrió entera. Después de haber estado bailando toda la tarde, el sudor me bañaba de los pies a la cabeza, por lo que no me apeteció cubrirme, así que salí con tan solo mi leotardo, la falda *chiffon* y las mallas, lo único que había cambiado eran mis zapatillas por unos tenis. En ese momento, como en los últimos días, sentí el peso de una mirada en la lejanía, pero después de mirar a mi alrededor con disimulo, pues temía estar empezando a sufrir de delirio de persecución. Nuevamente no encontré a nadie, boté la respiración fuerte por la nariz y seguí caminando hacia mi auto.



Escuché el timbre de la puerta y luego a mamá llamándome.

—Mica —gritó ella—, Jack está aquí.

Dejé el fascinante libro, en el que estaba metida de cabeza, junto a la mesa de noche y bajé a reunirme con mi mejor amigo. Estar con él me ayudaba a mejorar mi ánimo. Lo encontré sentado muy a gusto en el sofá, frente al televisor.

—Siempre he pensado que tu sofá es el más cómodo del mundo.

Todo el tiempo decía lo mismo. Crucé los brazos en mi pecho e incliné mi cabeza un poco, mirándolo fijamente.

—Has estado desaparecido todo el día. —Alcé una ceja mirándolo con sospecha, él tenía cara de *poker* sin decir absolutamente nada, pero yo lo seguía mirando insistentemente, levantando aún más mi ceja.

—Está bien —dijo por fin, alzando sus manos y dejándolas caer en sus piernas—. Fui a Lic's... con Lili —pronunció el nombre de ella más bajo y algo avergonzado.

—¿Y? —pregunté emocionada y curiosa a la vez.

—Nada —contestó y soltó fuertemente la respiración por la nariz.

—¿Cómo así que nada? —Brinqué para sentarme a su lado, me mataba la curiosidad. Jack negó con su cabeza girando los ojos.

—¿Por qué las mujeres siempre quieren una historia detallada de principio a fin, si la conclusión va a ser la misma? —preguntó fastidiado. Bote la respiración de golpe.

—¿Por qué los hombres son tan cuadriculados y no se dan cuenta que, en los mínimos detalles, están las más grandes diferencias? —pregunté exasperada y sacudí mis manos a los lados de mi cabeza—. Vamos a mi cuarto.

Nos levantamos del sofá y nos encaminamos hacia las escaleras. Pasando junto a la cocina vimos a mamá en manos a la obra, con lo que creía que era un pollo. Jack se detuvo, inhalando, cerró los ojos, imagino que para disfrutar del delicioso olor que se extendía por la casa. Mamá levantó la mirada y sonrió al ver a un Jack hambriento.

—¿Vas a comer con nosotros, Jack? —le preguntó, observándolo con gracia.

—Encantado, señora De Luca.

Respondió este con una enorme sonrisa que podría dividir su rostro en dos. Él evitaba de cualquier forma pasar mucho tiempo en su casa, las discusiones de sus padres lo enloquecían, pero cualquiera que haya presenciado un enfrentamiento entre ellos pensaría igual, a mí me había tocado ser testigo de unos cuantos y me entristecía por Jack, no podía hacer mucho para ayudarlo con respecto a esa situación, no entendía por qué sus padres no terminaban por divorciarse, pero lo que sí podía hacer era recibirlo en mi casa cada vez que él quisiera; realmente, pensaba que se la pasaba aquí más que por la comida, por el ambiente familiar.

—Lucy, Jack, Lucy —regañó mamá con dulzura—, ¿para dónde van? —preguntó en un tono demasiado dulce, alzando sus cejas de forma sospechosa.

Ya sabía yo que venía detrás de esa pregunta.

—A mi cuarto —incliné un poco la cabeza y sonreí con inocencia.

—Dejen la puerta abierta, por favor. —Aunque hace mucho tiempo dejó de preocuparse de que pasara algo más que una amistad entre Jack y yo, no se confiaba, siempre decía que la ocasión hacía al ladrón.

—Sí, mami, como siempre.

Ya en mi cuarto, Jack se sentó en la cama, recostándose en el espaldar y extendiendo sus piernas, yo me senté en la parte de abajo, enfrente de él y lo miré fijamente con curiosidad

—¿Qué pasa? —preguntó ante mi insistente y curiosa mirada.

—¿Qué pasó con Lili? —pregunté. Él respiró profundo, mirándome con resignación.

—Fuimos por unas malteadas, pero resulta que ella es bastante, como decirlo... intensa a probar cosas nuevas y yo no puedo, por mi aplicación a la beca para deporte en la universidad.

Me quedé en silencio absorbiendo la información ¿Qué le pasaba a esa estúpida?

—No puedes Jack —supliqué—. Es tu pase a una nueva vida.

Traté de recordarle su verdadero propósito más allá del gusto momentáneo. Él tenía todo más claro que yo.

—No te preocupes, le dejé claro que yo soy más tranquilo, más de disfrutar el momento de otra manera.

—¡Ay, qué romántico! —exclamé en forma de burla, tratando de aligerar el momento.

—Bueno, suficiente de mí. —Se enderezó y dobló sus piernas. Apareció un brillo en sus ojos que yo conocía muy bien. Lo miré prevenida—. Mañana hay una *spring party* en el *club* que queda en Evansville.

—Qué bien por los que pueden ir —respondí distraída, mientras tomaba el celular que había vibrado en la mesa de noche.

Me habían llegado unos correos que tenía que revisar, dejé el teléfono en la cama para dirigirme hacia al escritorio que estaba al lado de la puerta, encendí mi *MacBook*, emocionada, era la confirmación de unos libros que había comprado *online* y solo Dios sabía lo mucho que los estaba esperando.

Las novelas de romance que tanto amaba, eran las culpables de mi inexistente vida sentimental porque me enamoraba enloquecidamente de personajes ficticios con estándares muy altos, que en mi realidad no iba a conseguir. Eso no era nada saludable. Empezaron a rodar por mi cabeza imágenes de un hombre alto, trigueño, con un cuerpo de infarto, lleno tatuajes, ojos oscuros y mirada penetrante. Sacudí mi cabeza, eso tampoco lo era.

—Tierra llamando a Mica, tierra llamando a Mica —dijo Jack, mientras chasqueaba los dedos en mi cara. Espabilé varias veces y centré mi atención en él —. No has escuchado ni una palabra de lo que dije, ¿verdad?

—La verdad es que no. —Puse un pequeño puchero y una mirada triste —. Me distraje, lo siento.

—Bueno, ¿ahora si me vas a decir qué es lo que te pasa? —me miró muy serio, con curiosidad y algo de preocupación—. Esta última semana has estado distraída. Hoy que fue el último día, el maldito último día de *high school*, por fin, era como si tu cuerpo estuviera ahí, pero tu mente a miles de kilómetros.

Había tantas cosas que estaban pasando por mi cabeza, que mi mente estaba muy lejos de donde estaba mi cuerpo, pero no sabía cómo poner en palabras ni mis sentimientos ni mis pensamientos. Tampoco le había contado a Jack nada de lo que había pasado con Alessandro, ni siquiera le hablé de él y no me sentía muy bien al respecto. Tomé una profunda respiración.

—El sábado en la fiesta. —Bajé la cabeza y levanté la vista, observándolo sobre mis pestañas—. Conocí a un chico. —Jack abrió mucho los ojos y antes de hablar nuevamente aclaró

su garganta.

—Un chico...—dijo arrastrando las palabras en tono burlón. Suspiré.

—Si te vas a burlar, no te cuento —dije con fingida molestia

—Okey, okey. —Alzó sus manos, como si le estuviera apuntando con un arma—. No quiero perderme esto. La última vez que hablaste de un chico fue de Jacob y eso fue como en octavo grado. —Abrí mucho los ojos, asombrada porque desde entonces nadie había despertado algún interés en mí.

Me acordaba de Jacob, jugaba béisbol, era blanco, cabello color negro y ojos azules, pero, sobre todas las cosas, era encantador y todas las chicas estaban locas por él, creo que, por eso, en realidad, me llamó la atención. Era como un juguete que todas deseaban tener y yo no quería quedarme atrás.

—Y no es que en el *High School*, nadie se haya interesado en ti —continuó—. Saliste con Mason, pero solo una vez y ni siquiera hablaste del tema, y por más que David ha insistido, no le has dado más que evasivas. —Me retorcí con disgusto al escuchar el nombre de David. También recordaba a Mason, pero era muy pegajoso e intentó meter su asquerosa lengua en mi boca. Me volví a retorcer, la cita fue un desastre.

—¿Quién es?, ¿cómo lo conociste?

—¿No que somos las chicas las que morimos por los detalles? —Incliné mi cabeza un poco, alzando una ceja, provocándolo. Vi la vergüenza reflejada en su rostro y me apiadé de él.

—La verdad no hay mucho que decir —respiré profundamente ante la verdad en mis palabras, no tenía ni idea de quién era él—. Se llama Alessandro y lo conocí el sábado, cuando me sacó a bailar. —Me encogí de hombros, no había mucho más que contar, excepto el tenso, y creo que peligroso momento que ocurrió después. No sé por qué, pero no quería que Jack supiera de eso, tampoco es que tuviera mucho que contar al respecto, tan solo sucedió y no tenía ni idea del porqué, así que, lo dejé así.

—Sí, había escuchado que te vieron bailando muy... pegadita a un chico que nadie conoce. —Giré mis ojos y negué con la cabeza, pensando lo inadecuada que era la palabra “chico” para describir a Alessandro y en lo rápido que circulaban los rumores.

—Es que no va al instituto. —Vi cómo juntaba sus cejas de forma interrogativa—. Estaba ahí por su hermana —le conté, ahorrándome detalles.

—Y ¿eso es todo? —Me miró con incredulidad—. ¿Por eso has estado como trastornada todos estos días? —Respiré profundo.

—No. —Desvié la mirada, girándome hacia el *MacBook*—. Simplemente, creo que no soy de su tipo, y tampoco creo que él sea lo mejor para mí.

«Además, de que, probablemente, ya no lo volveré a ver nunca», suspiré suavemente, cuando oímos que mamá nos llamaba para cenar.

—¡Vamos! —grité a mamá y me levanté junto a un entusiasmado Jack.

Pasó el tiempo y ya eran más de las diez de la noche, habíamos comido y ayudado con los platos después de la cena. Ben ya se había ido a su cuarto, mamá se había instalado frente al televisor viendo un drama latino de los que le encantaban y yo acompañé a Jack a la puerta.

—Y bueno, ¿qué dirás respecto a mañana?

—¿Sobre qué? —Lo miré confusa.

—La fiesta en el *Club*. —Me miró como si fuera una niña de tres años, a la que hay que explicarle con manzanas—. Tengo entradas, ¿recuerdas?

—No van a dejarnos entrar. — Ahora, era yo quien lo miraba como a un niño a quien hay que explicarle lo simple.

—Bueno, respecto a eso. —Me miró con cautela, lo que despertó la sospecha en mí y arrugué la frente—. Lois vende esto. —Sacó un ID de su bolsillo con mi foto, lo agarré asombrada, observando que no era mi nombre ni mi fecha de nacimiento.

—¿Qué es esto? —pregunté en voz baja, exaltada por el asombro —, ahora resulta que soy Jessy Davies y nací en 2001, ¡estás loco! —le dije susurrando en forma de afirmación, no de pregunta, porque estaba segura de que estaba completamente loco.

—No podemos perdernos una fiesta así, Mica; además, va a ir mucha gente del instituto, es como una despedida. —Veía el brillo en su mirada ante la expectativa de poder ir a la fiesta.

—No hay forma de que vaya. —Fruncí el ceño y negué con la cabeza —. ¿Sabes lo que pasaría si se dan cuenta? —Vi cómo su entusiasmo decaía un poco—. *Tentazione* es uno de los *Clubs* más populares de Evansville.

Sin embrago, siguió insistiendo.

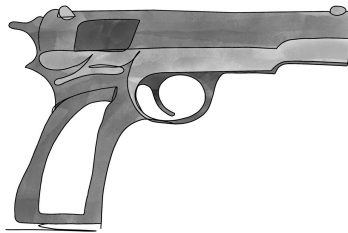
—Por lo mismo, tenemos que ir, además... otros chicos del equipo ya lo han intentado y dicen que no se fijan mucho en los IDs. —Dudaba mucho que un *Club* tan conocido como ese no tuviera cuidado con las regulaciones de seguridad, pero no dije nada. Ver a Jack tan ilusionado me entusiasmaba, aunque sabía que no era correcto—. Por favor, Mica, vamos. —Vi cómo alzaba las cejas y ponía ojitos de gatito degollado —. Seré tu esclavo todo el verano. —Sonrió con suficiencia, lo que me causó mucha gracia.

—Me encanta cuando negociamos. —Su sonrisa creció aún más, haciendo que yo también sonriera.

—Tú ponte sexy, pero no tanto, que te veas mayor, pero que no llames mucho la atención... bueno tú sabrás. — Mis ojos se abrieron con pánico, qué se supone que debía entender por eso.

CAPÍTULO 4

Acosador



Alessandro

A través de la pared de vidrio en la parte trasera de mi oficina, en el piso noventa y ocho del edificio de estructura tubular que diseñé, observaba el mundo a mis pies. Aunque no pensaba ni por un momento que fuera tan perfecto como lo había imaginado, veía como empezaba otro maldito sábado más con el sol introduciéndose en cada rincón de la ciudad de Chicago.

Ser el CEO de unas de las compañías de construcción más prestigiosas de todo Midwest no me daba descanso, menos aun cuando esto era tan solo una fachada. MasterCraft Constructors S. A era la cubierta para todos los negocios ilícitos de la Sacra Corona Unita, aunque la compañía de construcción no estaba solo en papeles, también generaba muy buenas ganancias, tenía los mejores contratos y muchas de las obras arquitectónicas de la ciudad de Chicago y de todo el Midwest de Estados Unidos llevaban nuestro nombre. Pero verdaderamente, era el medio para lavar el dinero que generaba la Sacra Corona Unita; de modo que, en las mañanas vestía los trajes más caros, implementaba mis estudios en arquitectura para manejar la empresa y me codeaba con toda la clase alta de la ciudad mientras hacía contratos millonarios, y por las noches, mis manos se manchaban de sangre mientras gobernaba un mundo distinto, donde reinaba lo ilícito, donde podías pedir lo que no estuviera a la vista, y nosotros lo conseguiríamos para ti, aunque a un costo elevado; sin embargo, lo obtendrías: armas, drogas, papeles, peleas, extorsión, o ver el maldito último suspiro de quien quisieras y de la forma que quisieras, donde se hacían los negocios más sucios y donde mi palabra era ley.

Pertenecía al último nivel jerárquico de la Sacra Corona Unita: la *Segreta Societa* donde se encontraban las cuatro familias más poderosas, Los Franco representados por Alberto, los Rossi representados por Simone, y los Lombrdo y De Luca representados por las dos cabezas de toda

la jerarquía: mi padre y mi tío Dante, bueno, ahora solo estaba mi padre.

Abría y empuñaba las manos varias veces tratando de manejar la ira que me inundaba ante el maldito recuerdo de que no podía confiar en nadie, menos con un nivel jerárquico como el mío. Realmente, el que tomaba las decisiones y el que manejaba todo era yo, muy pronto iba a ser nombrado el líder oficial; eso era estar a la cabeza de las dos empresas más importantes de los alrededores, pero ese recuerdo no me detuvo para observar desde la distancia a la niñita.

Me repetía todo el tiempo que lo hacía para asegurarme de que ni Luigi, ni Santino se acercaran a ella, pero también sabía que después de haber pasado tres días sin rastro de estos, era muy probable que nunca se acercaran, pero no quería correr riesgos y, para ser honesto, no quería dejar de verla.

Me sorprendió descubrir algunas cosas de ella, a pesar de que la conocí en una fiesta, no parecía una persona muy sociable, se la pasaba todo el tiempo con un imbécil que vivía en la casa de al lado: unos días iban al instituto en el carro de él y otros en el de ella. También descubrí que vivía con su mamá y un niño pequeño que suponía era su hermano, quien me recordaba a alguien, pero no podía decir exactamente a quien. Esa niña iba del colegio a la casa y de la casa al colegio, hasta que el jueves me sorprendió cuando salió por la mañana sola, en su auto, y después de clase en lugar de irse directo para su casa se dirigió hacia el *downtown*.

Observé cómo parqueó el carro frente a un local que decía: *DanceFlow Academy*, atravesó la puerta con un maletín en manos, que era diferente del que usaba para el colegio y la pude seguir con la mirada a través de la enorme ventana de vidrio que tenía el lugar en todo el frente, la vi saludar a alguien en recepción y seguir a uno de los salones del fondo, que también tenían un enorme ventanal de vidrio que permitía la visión hacia la parte de adentro, pero luego dobló por una puerta a la derecha desapareciendo de mi vista.

En ese momento, me empezaron a rondar muchas preguntas por la cabeza. Una ansiedad extraña por no poder verla me empezaba a molestar.

Troné los dedos de mis manos tratando de tranquilizarme, pero solo fue hasta que regresó al salón que pude volver a respirar, aunque la maldita tranquilidad no duró mucho. Cuando la vi salir con una especie de vestido de baño enterizo en color negro, que destacaban cada curva de su cuerpo, que solo se podía comparar con la estructura arquitectónica del techo del palacio de la ópera en Sydney, pero de una forma mucho más delicada. Una falda supremamente corta y transparente que destacaba sus largas piernas junto con unas malditas medias. Ella, a pesar de tener unas maravillosas curvas, era esbelta, no era bajita, pero no me llegaba más allá de la barbilla y ese atuendo la hacía ver tan comestible que tube que acomodarme el bulto que empezaba a aparecer entre mis piernas. Todo mi ser se descontroló. Caminó hasta una barra frente al espejo, levantó su pierna derecha y apoyó la parte de arriba del cuerpo sobre ella, de forma muy artística y elegante. Casi me ahogo con mi propia saliva; luego, una mujer mayor se paró al frente del salón que ahora estaba lleno de chicas vestidas como ella, pero mi mirada no se alejaba de la niñita que, al parecer, me estaba trastornando aún más, lo cual era decir bastante; sobre todo, cuando comenzó a bailar. Michaela era una puta bailarina y lo hacía como toda una diosa. Cada curva de su bendito cuerpo se marcaba de una forma deliciosa, podía ser tan solo una nena, pero tenía cuerpo de mujer, un cuerpo que despertaba algo desconocido en el mío.

Mi respiración se volvió a acelerar y unas ganas de poseerla me nublaron la mente y solo se

intensificó cuando me di cuenta de que, si yo la podía ver desde la distancia, otras personas también, solo el pensarlo me enloquecía, y estaba luchando contra mi propio ser para no atravesar el espacio que nos separaba y cubrirla de cualquier hijo de puta que la pudiera observar, mientras le vaciaba la cabeza con un tiro a quien lo intentara. Nadie, absolutamente nadie ponía los ojos sobre lo que era mío.

Fue el choque de ese pensamiento lo que me hizo desistir de mi misión. Sabía que ella sentía mi presencia, porque siempre miraba con disimulo a su alrededor, con temor de estar volviéndose loca, pero la verdad, quien se estaba volviendo completamente loco era yo. No sabía exactamente qué me hacía sentir ella, pero era contradictorio, ya que solo era una niña. ¡Maldita sea!, lo que me hacía querer mantener una distancia de miles de kilómetros, no deseaba ensuciarla con mi vida de mierda, pero, al mismo tiempo, cada vez que la veía, a pesar de tener una actitud segura, notaba en su mirada algo de debilidad, de miedo, provocando en mí la necesidad de querer ir corriendo y hacer todo lo que estuviera en mis manos para alejar esos malditos sentimientos de ella y resguardarla en donde nadie pudiera tocarla, ni siquiera yo.

Ella no era mía para protegerla; yo solo le haría daño. Por eso, decidí que esa sería la última vez que la vería. No me había tomado el tiempo para averiguar sobre ella, no sabía su apellido, los nombres de su familia, ni del idiota que siempre la acompañaba, eso me involucraría más, así que era el momento de cortar con esa obsesión. Entonces me marché a seguir con mi vida de mierda: manejar la compañía, ser la cabeza de una de las organizaciones más poderosas y peligrosas de todo el mundo y matar a todo el que se metiera en mi camino. Había salvado una vida, la de ella, pero eso no significaba que no iba a terminar con cualquiera que se interpusiera en mi camino.

Escuché un carraspeo a mis espaldas, distrayéndome de mis pensamientos. Mi secretaria Amelia, una señora que pasaba los cuarenta años, con la inteligencia suficiente para mantener la boca cerrada y no meterse en donde no la llamaban, con la agilidad para ser mi mano derecha, la paciencia para soportar mis constantes cambios de ánimo y los nervios de acero ante la sangre. A veces, hasta pensaba que tenía un cariño filial hacia mí, pero cualquiera podía fingir cariño con un sueldo que triplica al de una secretaria común. Suspiré, recordando nuevamente que no podía confiar en nadie.

—Qué pena molestarlo, señor —se disculpó cuando me giré hacia ella—, pero el señor Franco insiste en verlo. —Respiré profundo.

—¿Alberto? —pregunte, esperando estar en lo correcto.

—El señor Gabriele.

Había mantenido mis interacciones con Gabriele al mínimo, lo había enviado dos meses a Indianápolis a supervisar una obra que estábamos realizando ahí, pero el tiempo se acabó ayer, debí imaginar que hoy lo tendría frente a mí. Sabía que sospechaba que me pasaba algo, era mi mejor amigo desde que tengo memoria, íbamos a clase de artes marciales mixtas juntos, lecciones de tiro, fuimos al mismo colegio y a la misma universidad; él a estudiar contaduría, era un mago con los números, y yo a estudiar arquitectura. Los dos con la certeza de que los diplomas solo servirían de adorno en una pared, pues sabíamos cuál era nuestro destino y deber.

En la Sacra Corona Unita había muchas reglas inquebrantables, pero solo tres eran sagradas. La

primera: quien entra vivo solo sale muerto; la segunda, la lealtad es a sangre. Estas dos las tenía tatuadas en la parte de atrás de los hombros, pero la última regla no la llevaba en mi piel, la llevaba en la sangre: cada uno de los miembros de la última jerarquía harán partícipe a sus primogénitos para asegurar la continuación de la Sacra Corona Unita, esa era mi condena.

No era el propósito que hubiera querido en mi vida, especialmente porque fue algo que se decidió por mí y si era mi puta vida, era yo el único que podía decidir; sin embargo, nunca lo cuestioné, me gustaba el poder que tenía, los alcances, el mundo era mío para gobernar, tanto en la claridad como en la oscuridad. Todo era perfecto hasta que la persona que más respetaba, quien me había enseñado todo, me dio la lección más grande cuando mató a su mejor amigo y a la otra cabeza de la organización con la bendita excusa de que era la única forma en que toda la jerarquía quedara solo en mis manos.

En este mundo no se podía confiar en nadie, estaba condenado a una vida oscura y jodidamente solitaria, por eso me alejé de mi mejor amigo, no porque no confiara en él, me había demostrado su lealtad desde hace dieciocho años y la seguía demostrando un día tras otro, en el que no confiaba era en mí, porque si mi padre fue capaz de matar a su amigo, porque de verdad fueron amigos, yo lo vi con mis ojos, su complicidad, su lealtad e incondicionalidad, hasta que llegó la traición. Quién me dice que yo no termine haciéndole lo mismo a Gabriele.

Levanté la cara observando a Amelia, quien me observaba con una mezcla de curiosidad y expectativa. Mis pensamientos corrían muy rápido, pero seguro me había demorado más de tres minutos en responder y para una persona que le gusta la eficiencia como a mí, eso era mucho.

—Que siga—respondí, suspirando con resignación y caminando hacia la silla en mi escritorio para tomar asiento. No lo podía seguir evitando por siempre, además, tenía un informe que darme, solo debía mantener la situación en el ámbito profesional.

Lo vi atravesar la puerta de mi despacho con su sonrisa resplandeciente, como siempre. Maldito, siempre con la actitud encantadora, a pesar de que los dos habíamos pasado por mucha mierda y de la más asquerosa, él siempre mantenía la puta sonrisa intacta, lo que le ayudaba a tener a las mujeres de rodillas ante él, todo un *gigoló*.

—Gabriele, espero que me tengas muy buenas noticias de la obra finalizada y un excelente reporte —empecé sin darle oportunidad de hablar.

Lo vi fruncir el ceño y mirarme con duda, nunca lo llamaba por su nombre completo, pero su sonrisa no desapareció ni un segundo.

—Alessandro —imitó mi tono profesional y distante —, sí tengo buenas noticias y unos números que te pueden hacer cagar en los pantalones, pero no te voy a decir una mierda de eso hasta que me digas qué putas te pasa. —Él era la única persona capaz de hablarme así, tal vez porque sabía que era el único que podía salir con vida después de semejante osadía. Empecé a abrir y a cerrar las manos para controlarme.

—Entiendo que te hayas alejado de tu papá después de lo que pasó —continuó, mientras caminaba hacia mí, situándose al otro lado de mi escritorio—. ¡Por un demonio! Entiendo que no quieras saber nada de él, pero ¿qué mierda tiene que ver eso conmigo? —reclamó en tono fuerte.

Me levanté como un resorte.

—En tu puta vida me vuelvas hablar así —dije entre dientes, tratando de controlar la ira que se estaba apoderando de mí. Los dos sabíamos qué pasaba cuando la dejaba salir.

—¿O qué? —respondió altanero, mirándome fijo mientras alzaba una ceja.

Lo conocía lo suficiente para saber que esa era su actitud de ataque, estaba dispuesto a todo para saber qué pasaba.

—Sabes muy bien las consecuencias —sentencié en un susurro, teniendo claro que, a pesar de mi posición de poder, jamás aplicaría esas consecuencias en él.

Ante ese inesperado pensamiento mi rabia empezó a ceder, dejando una sensación de tranquilidad que, últimamente, solo sentía cuando observaba a una nena muchos años menor que yo desde la lejanía.

—¿Y crees que le tengo miedo a las consecuencias? —Resopló por la nariz—. Puede que no hayamos escogido esta vida, pero sí con quien pasamos el trago amargo, como nosotros que nos hemos emborrachado juntos. —Se señaló a él y luego a mí—. Como para que ahora vengas a amedrentarme sin dejarme saber qué es lo que te pasa.

A pesar de que me causó gracia su forma de señalarnos, no pude evitar hacer la pregunta:

—¿Y si te llego a traicionar como mi padre lo hizo con el tío Dante? —Se quedó en silencio y su sonrisa desapareció.

Me observó serio, por unos segundos, luego inclinó un poco su cara a la derecha y, para mi sorpresa, volvió a sonreír con convicción.

—Déjame preguntarte algo, ¿desde hace cuánto sabemos que la organización es primero?

—Desde los siete años cuando nos enteramos de su existencia y nuestro deber con ella —respondí sin dudar, recordando perfectamente el día en el que mi inocencia se fue al demonio.

Mi padre, el tío Dante, el tío Alberto y el tío Simone, nos llevaron a Gabriele con seis años, a Leonardo con nueve y a mí con siete, a una bodega a las afueras de Chicago; todos los primogénitos, excepto el del tío Dante, porque no tenía hijos. Ninguno de los niños teníamos ni idea de dónde estábamos, solo vimos a muchos hombres alrededor que nos observaban como si estuviéramos fuera de lugar, que era tal cual como me sentía, pero ninguno preguntó nada, todos inclinaban la cabeza con respeto hacia nuestros padres y los vieron dirigirnos a un cuarto en una esquina del enorme lugar.

Cuando abrieron la puerta que dividía la estancia, que estaba totalmente a oscuras, un olor muy fuerte envolvió mis sentidos, olía como el aroma que emanaba cuando pasaba la mano por el pasamanos de las escaleras en el lugar donde asistía a clases de natación, pero mucho más fuerte; sin embargo, hasta ese momento, no había notado nada fuera de lo común. Empecé a tratar de que la vista se adaptara a tanta oscuridad con ayuda de la claridad que venía de la puerta que estaba detrás de nosotros y fue ahí cuando vi que algo estaba en medio de esas cuatro paredes. De un momento a otro una luz brillante llenó el lugar. Era una habitación fría, sin ventanas, con las paredes sin pintar, con el piso bañado de un líquido que no parecía agua y en medio de todo el espacio... quedó a la vista un pobre hombre atado por los pies a una silla; aunque, ahora que lo pienso, no sé ni para qué, si ya le habían arrancado las uñas de los dedos, tanto en las manos

como en los pies. Tenía toda su cara golpeada, casi irreconocible, no creo que hubiera tenido fuerza alguna para tratar de huir.

Empecé abrir y a cerrar los manos, tratando de descifrar si aquello era solo una pesadilla, con la esperanza de despertarme pronto, pero cuando escuché a Leonardo vomitando y sentí el apretón de la mano de Gabriele en mi hombro, me di cuenta que era mi realidad, realidad en la que nuestros padres nos explicaron nuestro deber con la Sacra Corona Unita y luego con un tiro de gracia al hombre atado, nos mostraron las consecuencias a cualquier falla. Tal vez aún estoy viviendo una pesadilla, una pesadilla eterna.

—¡Exacto! —declaró nuevamente—, pero eso no impidió, que hace diecisiete años nos cubriéramos las espaldas, antes que cualquier mierda que tuviera que ver con la organización, ¿o sí? —preguntó dejándome sin palabras, aunque tuviera la puta respuesta.

—Eso mismo pensé. — Me observó con suficiencia y guiñó el ojo. ¡Maldito imbécil! —. Tenemos trabajo qué hacer —declaró y su sonrisa se volvió fría y brutal, esa era la expresión que habían visto muchos antes de desaparecer de este mundo—. Hoy tenemos reunión con los miembros, pero quieren que nos veamos en uno de los *clubs* en Evansville.

Solo el nombre del maldito pueblo hizo que mi cuerpo se paralizara y Gabriele se dio cuenta de inmediato. Me observó, ahora con más seriedad y con las cejas fruncidas. Evansville era el pueblo junto al suburbio donde vivía Michaela y quería cualquier cosa menos a la organización cerca de ella, pero el Tío Simone era el que manejaba los clubs, donde también se distribuía la droga.

—¿Pasa algo? —preguntó alerta.

—No. — Tragué en seco, jamás le había mentado a Gabriele, pero entre menos gente supiera de la *piccolina*, mejor.

Maldita sea, ¿*piccolina*?, ¿en serio? La pobre nena apenas y sabe que existo, solo debo ser un pequeño y ya borroso recuerdo para ella y yo ya le tenía un sobrenombre. Boté la respiración fuerte por la boca y me senté, ocultando las manos bajo mi escritorio, abriéndolas y empuñándolas, pero claro que Gabriele lo notó, aunque, antes de que agregara algo, dije:

—Solo que olvidé el nuevo club que abrimos. — Me siguió mirando con una mezcla de curiosidad e incredulidad.

Jamás se me pasaba u olvidaba algo, pero, para mi propia sorpresa, sí había olvidado todo respecto a este nuevo sitio. Los clubs, además de ser muy rentables, si los sabías manejar; sobre todo, en estos pueblos pequeños con pocos lugares para divertirse, eran un lugar perfecto para nuevos clientes y nuestros *dealers* estaban al acecho; solo tenías que agradecer de manera muy generosa a la policía por quitarse del camino y hacer del lugar aún mejor que los clubs en las grandes ciudades y en eso éramos expertos. Ese lugar se había inaugurado hace menos de un mes, revisé y había generado muy buenas ganancias, hasta ahora, mucho mejor que las generadas por los clubs alrededor de Ohio, y Minnesota que ya llevaban muchos años ahí, pero no mejor que las generadas en Missouri y Illinois; sin embargo, ahora que recuerdo, el tío Simone quería discutir la estrategia que estaba manejando ahí para implementarla en los otros clubs.

—Si tú lo dices.

—Sí lo digo y punto —declaré tajante y lleno de rabia, dejándome en evidencia. No quería nada de esa basura cerca de la *piccolina*, ella era demasiado buena para que algo tan turbio estuviera a su alrededor.

Sabía que mi pensamiento tildaba de irracional, ella era menor de veintiún años, no había ninguna probabilidad de que se acercara a un lugar así, por lo menos por ahora, cuando llegara el momento ya me encargaría de mantenerla lejos del *Tentazione Club*.

—¿A qué hora hay que estar allá? —pregunté.

—Temprano —dijo sin cuestionar más sobre mi reacción, sabía que, si quería contarle, o si existiera algo que debía saber, se lo diría —. El capo y su hijo están de visita, quieren ver cómo la nueva mercancía se está distribuyendo, además, abrieron un *ring* en la parte de atrás del lugar —dijo, llamando mi atención—. Creo que te haría bien sacar un poco de la rabia acumulada, ya van varios meses.

No podía estar más de acuerdo. Recibir al capo, nuestro principal proveedor, siempre era algo tenso, y más si venía acompañado de su puto hijo. Carlos Torres era una persona bastante ruidosa, creo que iba con su cultura, pero al mismo tiempo implacable; a diferencia de Cristian Torres que era una persona callada, observadora y astuta, sabía por experiencia propia que cuando las personas hablaban tenían una idea más clara de qué esperar de ellas, pero con él y su puto silencio no sabía qué mierda esperar, lo único que tenía seguro es que era una persona severa.

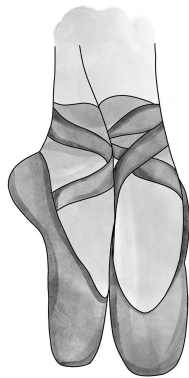
Lo supe cuando le dije que sus hombres estaban entregando la mercancía incompleta y solo me dijo que se encargaría de eso él mismo en la próxima entrega. Cuando sus hombres estaban descargando la mercancía en una de nuestras bodegas, llegó sin avisar y con sus propias manos estranguló a uno de sus hombres, le metió un tiro entre los ojos al otro, en un acto de nobleza, según el muy maldito, después que declara que no tenía ni idea de que al que habían ahorcado se estaba robando la mercancía y al tercero que supuestamente tampoco sabía nada, le cortó ambas manos y se lo llevó con él como ejemplo. Aunque su trabajo fue impecable y de admirar, también me dejó claro que era la clase de persona con la que no se podía joder. Pero yo como jefe de la SCU tenía que estar ahí, lo que significaba que mi papá también, por lo menos iba poder golpear a alguien hasta la muerte y liberar tensión.

—Quiero pelear con el mejor, asegúrate que sea apenas lleguemos, lo necesito para aguantar la noche completa. —Sonrió de manera fría y asintió con la cabeza.

—Salimos al mediodía.

CAPÍTULO 5

Encuentro



Michaela

Me miré en el espejo... no lo podía negar, me encantaba como había quedado, era la otra que había en mí. Con un jean azul que se ajustaba a mi cintura, pero caía holgado, y un body negro con el escote en “v”, que hacía resaltar mi pecho, no es que tuviera mucho, pero con algo de ayuda se podía llegar a ver decente. También me puse unas plataformas en color marrón, que me daban un poco más de estatura, así que podía decir que lucía bien.

Mi cabello caía en ondas por mi espalda y un poco de maquillaje en mi rostro como toque final era lo que necesitaba para lograr el estilo que quería. Yo era más de verme natural, sin casi nada de maquillaje, pero en una noche especial tenía que lograr verme mayor. Quería divertirme, volver a ser un poco de la Michaela que era antes de la muerte de papá. Miré la hora en el celular, ya eran las nueve y Jack pronto llegaría; con una última mirada aprobatoria a mi reflejo, tomé mi pequeño bolso para guardar el celular, las llaves y el ID falso, rogando al cielo que todo saliera bien.



Jack me dio la mano para ayudarme a bajar del Uber. Cuando levanté la cabeza, observé el elegante letrero que decía: *Tentazione* en medio del enorme edificio de tres pisos donde se encontraba el refinado Club, había pasado varias veces por allí, pero de día, cuando estaba cerrado. El lugar se encontraba situado en una de las calles más concurridas de todo Evansville y, ahora mismo, se encontraba a reventar de gente. Por lo que había escuchado el sitio era extraordinario, algo poco común en un pueblo como este, entonces, todo el mundo quería venir, no solo la gente de por aquí sino también la de algunos pueblos cercanos, querían pasar lo que

llamaban “la noche de sus vidas” y en lugar de conducir hasta Chicago, que es el lugar más cercano donde podrías encontrar un Club de este tipo, venían aquí.

—Has estado muy callada —dijo Jack, observándome atentamente. Fruncí el ceño.

—Solo pensaba que para ser un lugar tan exclusivo su seguridad apesta —Jack se encogió de hombros.

—Mejor para nosotros. —Sonrió entusiasmado mientras yo negaba con la cabeza. Nada me generaba confianza, pero Jack desbordaba entusiasmo, y no era capaz de reventarle la nube.

Fuimos hacia la entrada donde nos dimos cuenta de que había una fila que le daba la vuelta al lugar, caminamos hacia el final de esta, cuando nos encontramos algunos chicos del instituto.

—¡Hey! —Jack saludó a las tres chicas más populares del instituto: Lilli, Tiffany y, para mi sorpresa, Sofía quien me observó de arriba abajo, pero no dijo nada, solo agitó la mano en forma de saludo hacia Jack.

Desde aquel encuentro con Aless, nunca había mencionado nada al respecto, y ni siquiera la promesa del mejor helado con pastel del mundo me haría sacar el tema. Así que actuaba igual que ella, como si nunca hubiéramos compartido una experiencia escalofriante con su hermano. También estaban cuatro chicos del equipo de basquetbol y, para terminar de rematar, entre ellos estaba David.

Respiré profundo. La noche pintaba genial, quería ahorcar a Jack.

—Hola chicos —saludé después de tomar valor para lo que me esperaba.

Todos me devolvieron el saludo entre sonrisas y movimientos de cabeza, hasta las chicas, pero para mi decepción, el único que se me acercó fue David. Volteé mi cabeza tratando de ocultar la monumental torcida de ojos y mi fastidio, tal vez solo se quería disculpar, aunque había tenido una larga semana para eso.

—Hola, Mica, te ves impresionante. —Sonrió maliciosamente, como si estuviera desnudándose en su cabeza. Un escalofrío me recorrió el cuerpo ante el repugnante pensamiento.

—Gracias —respondí, sintiendo ganas de cubrirme de él, por lo que empecé a poner la mayor cantidad de distancia entre nosotros.

Me coloqué al final de la fila y... ¡santa mierda!, porque justo en ese momento, pasó por nuestro lado uno de los grandotes que estaban detrás de Alessandro. El alma se me cayó a los pies, bajé la cabeza y gracias a Dios no me reconoció, siguió caminando hacia la parte de atrás del club. Levanté la mirada buscando inmediatamente a Sofía, pero estaba muy ocupada discutiendo con Tiffany acerca de sus zapatos nuevos como para darse cuenta de otra cosa. Un montón de preguntas empezaron a dispararse en mi cabeza, pero la principal era: ¿qué hacía ese hombre aquí? Pensé en seguirlo, pero Jack me observaba atento y a mí no se me ocurría nada para despistar a mi mejor amigo, que no me quitaba la mirada de encima; entonces, como último recurso, saqué el celular.

—Tengo que llamar a mamá —dije dirigiéndome a Jack, quien afirmó con la cabeza y

siguió en su conversación con los chicos mientras yo hacía como si marcaba el número para llevarme el celular al oído.

—Sí, mami, ya llegué —observé que Jack, que, a pesar de estar concentrado en su charla, me miraba de vez en cuando.

—Mami, no te escucho bien, espera un momento —bajé el celular de la oreja y gesticulé a Jack.

—Voy atrás, no escucho. —Él asintió con su cabeza.

Con el celular pegado a mi oreja, tratando de ser lo más discreta posible, caminé hacia el mismo lugar al que vi dirigirse al grandote, atravesando un callejón que daba a la parte de atrás del club donde había un amplio parqueadero lleno de carros. Llegando al final del callejón, ya fuera de la vista de Jack, guardé mi celular y, al ver a dos hombres bajarse de un lujoso auto, me apresuré a esconderme detrás de unos gigantes contenedores de basura. El olor era casi insoportable, y no dejaba de mirar hacia el piso para asegurarme de no haber pisado popó de perro o algo peor. Negué con disgusto y miré hacia otro lado tomando una larga respiración, tenía que enfocarme en lo que estaba.

Volví la mirada hacia los hombres que se acercaban a una puerta lateral junto al garaje, que se extendía por toda la parte trasera del lugar. Golpearon dos veces y, al momento, un tipo grandote, tan imponente como los que habían perseguido a Alessandro el sábado anterior, les abrió. Su pierna se asomó hacia fuera, revelando una enorme arma que colgaba desde su espalda, sostenida por una correa que cruzaba su pecho. Parecía una metralleta, pero los hombres no mostraron ni un rastro de inquietud. Simplemente, sacaron sus celulares y mostraron algo en la pantalla. Con eso, lograron que el grandote les permitiera la entrada. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta nuevamente, su atención se desvió hacia unas luces que aparecían en la distancia.

Un camión se aproximaba, el hombre sujetó la puerta con una silla, dejándola abierta, y salió a la espera de lo que creía eran distribuidores. Mi sospecha se confirmó cuando un enorme camión con el logo de Coca-Cola se parqueó un poco más allá de la entrada, haciendo caminar al grandote, que dejó el acceso al lugar totalmente desprotegido a su espalda. Alterné mi mirada entre aquel hombre que se alejaba y esa puerta que había dejado abierta, así que sin detenerme a pensar en lo que podría encontrarme dentro, corrí hacia la entrada y la atravesé velozmente.

El lugar era una especie de bodega inmensa y estaba repleta de gente, pero nadie se fijó en mí, todos estaban muy concentrados con algo en el fondo del lugar. Ellos gritaban y aplaudían con entusiasmo. Observé que, a pesar del alboroto, todas las personas estaban muy bien vestidas; las mujeres, por ejemplo, lucían muy elegantes, así que enderecé mi espalda tratando de mezclarme entre el público, aunque no llevaba traje y, realmente, nadie me prestaba atención. Lo que estaba pasando en el fondo tenía que ser realmente muy interesante. Empecé a caminar hacia adentro con mi frente en alto, pretendiendo que había estado ahí miles de veces. Pasando con esfuerzo entre la gente, por fin pude lograr ver lo que se encontraba en medio del lugar, que, para mi asombro, era un enorme *ring* de boxeo, mi corazón se empezó a acelerar mientras miraba a dos hombres peleando en medio de él, o más bien, uno masacrando al otro.

Un hombre alto, con unos músculos que marcaban cada parte de su descubierto torso, tenía al otro arrinconado en una esquina que daba hacia donde me encontraba, impidiendo que viera la

cara de la pobre víctima, pero sí logré ver la cara del atacante, y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando observé la mirada concentrada de Alessandro mientras hacía sangrar al otro hombre cada vez que le pegaba en la mandíbula, en las costillas o donde le diera la gana. Ahogué el aullido que se escapó de mi boca con la mano y espabilé varias veces enfocando mi vista en él, en su cabello sudado, en cómo se le marcaban los músculos de los brazos cada vez que levantaba el puño para atacar a su contrincante, sus brazos y torsos estaban bañados en tinta, lo que hacía que se viera aún más salvaje, sus ojos oscuros estaban llenos de determinación. En ese momento, reconocí que había algo muy mal en mí, pero muy mal, porque, a pesar de estar con los pelos de punta, me parecía que no había visto nada más *sexy* en mi vida, incluso con lo siniestro de la situación.

«El boxeo era un deporte y la otra persona tuvo que estar de acuerdo para entrar en ese *ring*», pensé tratando de aliviar mi propia conciencia, pero sabía que Aless estaba más que acabando con su contrincante... lo estaba matando.

Hipnotizada por su presencia, no caí en cuenta de que había caminado hacia el centro del lugar, quedando más cerca del *ring*.

Hasta que una mano tocó mi hombro.

—Hermosura —dijo un hombre con acento latino, alejando mi atención de Aless que le estaba dando los últimos golpes a la pobre víctima—. ¿Puedo saber por qué un espécimen tan hermoso como tú se encuentra tan sola en un lugar como este? —preguntó, mirando a nuestro alrededor, ahora más con sospecha que con cualquier otra cosa.

Mis manos empezaron a sudar y sentía que mi corazón se iba a detener en mi pecho. Miré al hombre que tenía a un lado y, luego, miré al que estaba dentro del *ring* a quien el juez anunciaba como ganador, mientras que el contrincante estaba tirando en el suelo con sangre por doquier y, aun así, nadie volteaba a verlo o intentaba ayudarlo, luego volví a mirar a Aless y como si supiera que lo observaba, se fijó en mí justo en el momento en que el hombre a mi lado tocó mi hombro nuevamente haciéndome retroceder.

La mirada de Alessandro se oscureció y me di cuenta de que su ataque en el *ring* fue solo un juego, porque ahora destilaba un peligro que haría a cualquiera orinarse en los pantalones. El juez, alzando su mano, se alejó, y yo retrocedí nuevamente, intimidada por el hombre a mi derecha y confundida por aquel a quien habían declarado ganador, así como por los extraños sentimientos que despertaba en mí. Alessandro lleno de una ira que se podía sentir en todo el lugar, dio un paso hacia mí, pero en ese momento, una mujer de cabello corto, que llevaba puesto un enterizo que marcaba cada curva de su menudo cuerpo se acercó a él y lo besó. En ese instante, el sabor a traición inundó mi boca sin razón alguna. Un nudo en el pecho, tan agobiante como el que sentí el día que enterré a mi padre, me atravesó sin piedad. Sin pensarlo, me giré y eché a correr, desesperada por escapar del sufrimiento que aquella escena me provocaba. Pero, más que de ese tormento, huía del hombre a quien todos aplaudían y alababan mientras él besaba a la hermosa mujer entre sus brazos.

Salí del lugar aprovechando que la puerta todavía estaba abierta, me topé con el hombre grandote, que, por cierto, hacía un pésimo papel de vigilante, pero no me detuve y giré justo por donde había venido. Corrí sin mirar por donde iba, hasta que me tropecé con unas manos que me sujetaron, retrocedí tratando de alejarme, cuando escuché:

—¿Mica, estás bien? —preguntó Jack.

Observé sus ojos llenos de preocupación y el desconcierto marcó su rostro, tragué el nudo en mi garganta y espabilé varias veces alejando las lágrimas. No iba a lastimar a una de las personas más importantes en mi vida, por una que ni siquiera conocía, y por la cual no tenía derecho a sentirme traicionada.

—Sí —afirmé con toda la convicción que pude —, solo que la nostalgia se apoderó de mí y me alejé un poco esperando que pasara —dije encogiéndome de hombros en forma de disculpa.

Intenté que mi respuesta fuera lo más creíble posible. Desde lo de mi papá, había sido un mar de lágrimas, así que me pareció la mejor opción.

—Si quieres, podemos regresar a casa —dijo sin dudarlo, pero no pude olvidar lo emocionado que estaba ante la oportunidad de conocer el bendito club.

—No, solo fue un momento de debilidad. Ya pasó. —Sonreí.

Él estaba a punto de insistir, cuando sentimos algo a nuestras espaldas. Los dos giramos la cabeza al mismo tiempo encontrándonos con uno de los hombres que habían perseguido a Alessandro el fin de semana pasado. Por supuesto, Jack no tenía ni la menor idea de quién era. El grandote estaba recostado a la pared mientras fumaba un enorme tabaco, sin dirigirnos la mirada, como si solo fueran él y la fuente de su futuro cáncer de pulmón. Sin perder tiempo, tomé a Jack de la mano y lo jalé hacia la fila donde los otros nos esperaban, segura de que el hombre no me había reconocido, sin embargo, la duda persistía: ¿habíamos tomado la decisión correcta al quedarnos?

El guardia de la entrada tomó mi ID, lo observó de forma detallada por un segundo, y sin más me hizo pasar. Casi empecé a hiperventilar ahí mismo, no sé cómo logré mantener la calma. Todos pasamos sin inconvenientes, pero eso en lugar de darme tranquilidad, me causaba más desconfianza. Está bien que uno o dos chicos se colaran por noche en un club, pero nosotros éramos nueve personas y por lo que había observado no éramos los únicos del instituto que estábamos por aquí.

La cabeza me podía explotar entre tantas dudas y con los sentimientos que apretujaban mi pecho, pero cuando entramos al club, por lo menos por un segundo mis pensamientos se vaciaron. El lugar era tal cual como lo describían: de lujo. En una esquina, se alzaba una barra gigantesca en forma de semicírculo. Frente a ella, una amplia pista de baile, rodeada por numerosas mesas y muebles de cuero negro. Dos pisos más se extendían arriba, rodeando la pista de baile. Todo el club estaba iluminado por luces robóticas de colores cambiantes, mientras la música del DJ, situado en una pequeña tarima en el extremo opuesto del lugar, resonaba a todo volumen. Mi cabeza giraba de un lado a otro, absorbiendo cada detalle del lujoso ambiente mientras que nos acomodábamos en una mesa diagonal a la barra y cerca de la pista de baile.

Alessandro

En el momento en que vi como uno de los malditos hombres de Torres ponía sus sucias manos en ella, obligándola a retroceder, una furia, como nunca antes había sentido, se apoderó

de mí. Era tan fuerte que se podía palpar, estaba seguro, pero en el momento en que di un paso hacia al frente para cortarle la mano al hijo de puta, sentí unos brazos envolverme el cuello y unos labios fríos rozar los míos. Mi cuerpo se tensionó, agarré los brazos de Francesca para retirarlos de mi cuello y la alejé de mí, al tiempo en que veía cómo Michaela corría saliendo del lugar.

—¡Alessandro, me estás lastimando! —se quejó esta.

Distrayendo mi atención de la nena que acababa de salir por la puerta de la bodega del club y haciéndome caer en cuenta que estaba apretando sus muñecas, no con toda la rabia que sentía, sino se las hubiera partido, pero sí con la suficiente presión para lastimarla, la solté y me alejé de ella para bajarme del ring. Michaela había desaparecido de mi vista y no sabía si sentirme aliviado o preocupado por cómo estaba vestida. Se veía como toda una mujer, atrayendo la atención de todos los malditos aquí presentes.

Vi a Cristian Torres observar de manera atenta toda la situación y, además, me di cuenta de que no era el único, el tío Simone, su hijo Valerio, el tío Alberto, sus hijos: Gabriele y Claudio, y mi padre miraban hacia la puerta, clara señal de que se dieron cuenta del intercambio silencioso, hasta el hombre de Torres agachaba la cabeza. Desde aquí podía percibir el hedor a mierda de lo cagado que estaba y, aunque disipó solo un poco la rabia que sentía, no podía permitir atraer más atención hacia la *piccolina* y menos de las personas aquí presentes, que solo sumarían dos más dos si mataba al suertudo hombre que puso las manos sobre lo que era mío.

Hice una señal imperceptible con la cabeza hacia Santino que no necesitó de más para ir tras ella. Respiré profundamente y comencé a abrir y cerrar los puños a ambos lados de mi cuerpo, intentando calmarme mientras me acercaba adónde se encontraban todos. Al ver mi pérdida de interés, solo se concentraron en felicitarme por mi triunfo, excepto mi padre, Salvatore Lombardo seguía observando hacia la puerta, mientras que el tío Simone Rossi lo observaba a él. Caminé hacia Salvatore tratando de distraer su atención de la nena vestida como mujer y le dije lo primero que se vino a mi mente para que se concentrara en mí.

—No hay ninguna otra cuenta pendiente o tengo que matar a mi mejor amigo para distraerme —dije con fingido desinterés. Lo vi tensionar los hombros, pero seguía manteniendo una expresión tranquila.

—Querido hijo, uno no hace semejante acto solo para distraerse —me regañó el muy descarado—. Y si no te ha bastado con el contrincante que, no solo pasaste al otro mundo, sino que deformaste con tus propias manos, no creo que haya algo que pueda calmarte —sentenció mientras observaba mis manos—. Además, tenemos asuntos que tratar —terminó por decir, alejó la vista de mí y miró directamente a los Torres.

Asentí con la cabeza, teniendo claro que tenía que salir rápido de nuestros proveedores para dedicarme al verdadero asunto importante: ¿qué hacía Michaela en mi club?

—Los veo en la sala de juntas, me tengo que cambiar —avisé a los presentes mientras giraba y me encontraba con la cara interrogativa de Gabriele quien, claramente, no se había tragado mi falta de interés—. Acompañame a buscar mi ropa al carro.

—Y después lo ayudas a cambiar. —Trató de molestar Valerio, pero cuando mi mirada se

posó en él lo vi retroceder—. O no, como quieran.

—Vamos a la sala, Valerio —ordenó el tío Simone.

Un llamado oportuno para su hijo, porque no tenía la puta paciencia para lidiar con él, y de verdad nadie quería saber lo que pasaba cuando se me agotaba la paciencia. Sin mirar atrás, empecé a caminar hacia la entrada de la bodega hasta que me tropecé con Luigi quien venía a deshacerse del cuerpo sin vida en el cuadrilátero.

—¿Quién estaba encargado de la entrada? —le pregunte. Por ahora solo necesitaba esa respuesta, ya luego me encargaría de obtener las demás.

Luigi señaló a alguien recostado al lado de la puerta por donde todo el mundo estaba saliendo después del supuesto *show* y luego siguió su camino. Empecé a caminar entre los imbéciles que vienen a tirar su dinero mientras me quito el estrés desangrando a un pobre idiota o a dos. En mi recorrido hacia Lorenzo, todos me felicitaban, sin tocarme con un temor claramente justificado, solo usaban palabras de admiración, que no entendía, porque cómo podían sentirse orgullosos de alguien que acaba con la vida de otra persona a sangre fría, lo bueno era que no me interesaba entenderlo.

Cuando me paré al frente de Lorenzo, levantó la cabeza sorprendiéndose, esperando a encontrarse a cualquier otra persona menos a mí.

—Jefe —saludó.

Sin pensarlo dos veces, lo agarré del cuello y lo llevé a un pasillo que estaba al fondo, fuera de la vista de los curiosos a nuestro alrededor, lo levanté con poco esfuerzo y lo apreté dificultando su respiración.

—¿Cómo entró? —pregunté al mismo tiempo en que él empezaba a patallar desesperado en busca de oxígeno, con su rostro pálido y sus ojos llenos de miedo.

Solté un poco mi agarre dándole la oportunidad de responder.

—No lo sé —respondió con voz temblorosa. Sabía que no tenía que decirle por quien estaba preguntando, era la única que se veía fuera de lugar, demasiado buena para rodearse de toda esta gente de mierda.

Respuesta equivocada. Volví a apretar, haciéndolo retorcerse en mis manos, disfrutando de su desespero, conté cinco segundos y solté.

—Solo fui a hablar con un camión que venía a surtir y se coló —respondió agitado con el poco oxígeno que tenía.

—Imbécil, inservible.

Sentía el pulso desmedido en su cuello. Pensaba dejarlo en paz, pero antes dijo:

—No se preocupe, jefe, lo puedo resolver, la vi bien. Puedo hacerla callar.

El muy maldito estaba amenazando a mi *piccolina*.

—¿La viste bien? —pregunté en un susurro mientras lo seguía sosteniendo del cuello,

tratando de contener la rabia que empezaba a quemar.

—Sí, señor —respondió sin dudar, creyendo que podía remediar su pésimo trabajo. Me reí en mis adentros, parecía que después de todo alguien sí iba a pagar por mi ira.

—¿Gab, tienes tu cuchillo? —pregunté a mi amigo que no se había alejado de mí. Extendí la mano hacia él, mientras sentía con la otra cómo el pulso de Lorenzo seguía aumentando.

—Jefe, por favor, se lo ruego. Juro que lo puedo solucionar. —Temblaba el muy maldito.

Gab, sin pronunciar palabra, puso el cuchillo en mi palma, lo agarré por el mango y empecé a pasar la hoja por la cara de Lorenzo hasta que dejé la punta justo al lado de su ojo derecho.

—Así que la viste bien —afirmé de nuevo.

—Sí —prácticamente escupió, con su rostro lleno de terror.

En el momento de su confirmación, enterré el cuchillo con fuerza para extraer el ojo de su órbita. Sus gritos, acompañados de la sangre corriendo por mi mano, fueron alicientes para mi ira. Lo solté dejándolo caer al suelo y me agaché para susurrarle.

—Más te vale que borres por completo el recuerdo de haberla visto alguna vez —empecé a decir con los dientes apretados, callando su llanto con mis palabras, mientras él, con las manos temblorosas apretaba tratando de parar la sangre que chorreaba por su rostro—, al menos que quieras perder el otro ojo.

Me levanté y dejé a Lorenzo atrás con sus gritos y desprendiendo un hedor a orín.

Cuando salí de nuevo a donde estaba la gente, encontré el lugar abandonado, todos ajenos a lo que había ocurrido en el oscuro pasillo. Fue entonces cuando me encontré con Santino y Luigi parado junto a él.

—¿Dónde está?

—Dentro del Club.

—¿Cómo? —pregunté con una mezcla de rabia y desespero.

—Solo la vi encontrarse con su... —Pensó un momento la palabra—. Con su amigo en la fila y entrar al club mostrando un ID que, claramente, tiene que ser falso.

Cerré los ojos y respiré profundo.

—Eso no es lo peor. —Abrí los ojos de golpe preguntándome, ¿qué mierda podía ser peor que Michaela en uno de nuestros clubs? Santino, quien no necesitó que vocalizara mis pensamientos, continuó—. La señorita Sofía también está con el grupo de amigos de la señorita Michaela.

Sentí a Gabriele tensionarse junto a mí, pero no le presté atención porque ahora tenía a las dos personas más importantes de mi vida en uno de nuestros malditos *clubs*, donde vendían droga y donde estaba gente muy peligrosa, pero esa no era toda mi preocupación, lo que más me

preocupaba era cómo maldita sea Santino sabía el nombre de Michaela.

—¿Dónde? —preguntó Gabriele, quien hablaba por primera vez y, para mi sorpresa, sin su sonrisa de engreído.

—No sé exactamente, solo las vi atravesar la puerta.

—¿Cómo? —interrumpí.

—Solo mostraron un ID al que estaba en la puerta y...

—No, eso no, ¡maldita sea! —lo volví a interrumpir. Yo iba matar a todo el mundo o me iba a morir de un ataque al corazón—. ¿Cómo demonios sabes su nombre?

Lo vi tragar en seco.

—El destino es un perro hijo de puta —susurró para él mismo.

—Después le sacas la verdad a golpes —intervino Gabriele—. Ahora lo importante es sacarlas de aquí.

Me giré, dejando atrás a Santino, por ahora, porque sabía que Gab tenía razón.

—Ya voy.

—No, tú tienes que estar en una reunión, yo me encargo.

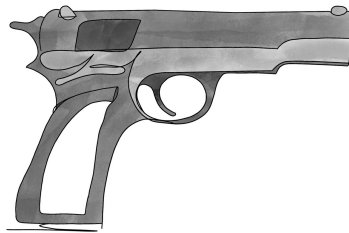
Observé la determinación de mi mejor amigo y recordé que él era la única persona en la que confiaba. No fue necesario pronunciar palabra para que entendiera lo importante que era sacar de allí a Sofía y a Michaela sanas y salvas. Incliné mi cabeza hacia él.

—Luigi, acompáñalo. Santino, tú ven conmigo.

Me di vuelta sin mirar atrás, temiendo que, si lo hacía, terminaría siendo yo quien las sacaría de aquí arrastrándolas, pero antes tenía respuestas que obtener.

CAPÍTULO 6

La verdad



Alessandro

Después de unos minutos y una ducha fría, que me ayudó a organizar mis pensamientos, subí al tercer piso del lugar. El club, de estilo ultramoderno, se elevaba en tres niveles distintos, cada uno diseñado para maximizar la experiencia de los visitantes y hacerlos regresar, como cada uno de nuestros clubs. Pero el tercer piso era el centro de todo, equipado con tecnología de punta y allí se encontraba el personal administrativo y de seguridad monitoreando las actividades sin interrupción. Seguí hacia el fondo, donde se encontraba una sala de juntas insonora. Al entrar a la habitación, a través de la ventana de la izquierda se podía observar todo dentro del club, mientras que por la derecha se veía lo que sucedía en el almacén donde minutos antes había ocurrido la pelea. Sin embargo, nadie podía ver hacia adentro desde afuera.

Entré seguido de Santino, caminé y me senté en la punta de la mesa, puesto que había estado ocupando desde la muerte del tío Dante. Antes eran él y mi padre los que dirigían estas reuniones, pero Salvatore se había hecho a un lado desde entonces, dejándome a cargo. Mi padre ocupaba el puesto a mi izquierda, pero la silla a mi derecha estaba vacía, ese era el puesto de Gab, junto a esa silla estaba el tío Alberto y Claudio, el padre y el hermano de Gab; y al lado de mi padre, Francesca y Valerio. En la otra punta de la mesa se encontraba el padre de los anteriores, el tío Simone quien tenía la falsa idea de que ocupar la otra punta le daba algo de poder. Qué equivocado estaba, yo podía sentarme en el maldito piso si quería; después de todo, el poder residía donde quiera que estuviese yo. Aquí se encontraba toda la Segreta de la SCU y las dos cabezas del cartel que nos surtía, Carlos y Cristin Torres, junto a sus dos guardaespaldas.

—La Bratva se volvió a comunicar con nosotros —empezó hablando Cristian.

Troné mis dedos, pensando la respuesta correcta. Los Ivanov habían estado detrás de nuestras áreas de influencia y de nuestros proveedores. Si no fuera porque sus negocios no coincidían con los nuestros y porque nuestras cifras de ventas eran la puta maravilla, Cristian probablemente les habría dado una oportunidad; después de todo, antes de ser un asesino, era un hombre de negocios. Pero la Bratva cometió el error de traficar con mujeres latinas, específicamente de su zona. Así que nos aliamos para reducir su alcance y disminuir sus clientes en todos los sentidos. Esta estrategia ha funcionado tanto para los Torres como para nosotros.

—Quién sabe, quizás cuando se reúnan, te lleven a una pequeña latina para que te acompañe —dije con sarcasmo.

Vi cómo su cuerpo se tensionaba; sin embargo, no reaccionó como esperaba.

—Voy a dejarte pasar esta —comenzó a decir, sorprendiéndome, aunque mi rostro permaneció imperturbable—. Solo por hoy. Quería informarte sobre la Bratva, tu padre ya me mostró los informes, y estoy conforme con los números. Sin embargo, siempre creo que se puede mejorar, así que más vale que te pongas creativo. Además, parece que no estás teniendo un buen día... no vaya a ser que, si te entretengo más, termines siendo tú quien se encuentre a una niñita conocida en la calle, convertida en prostituta.

Me levanté de golpe, saqué la pistola de la parte de atrás de mis pantalones y apunté a Cristian en la cabeza. Él, con toda la tranquilidad del mundo se levantó y me dio la espalda. Todos en la sala me miraban asombrados, sin entender qué demonios estaba pasando, Carlos se iba a levantar, pero antes Cristian giró su cara hacia mí.

—No eres de los que ataca por la espalda —continuó diciendo—, te gusta que tus contrincantes reaccionen, te hagan gastar algo de energía y hoy no tienes tiempo para eso, pero en otra ocasión me encantaría

Hijo de puta, sabía que era un ambicioso y un observador, como el león a su presa, viendo sus debilidades. También estaba seguro de que esa niña de la que él ni siquiera conocía el nombre se había vuelto mi debilidad. Maldita sea, sin siquiera haberme dado cuenta, la *piccolina* se había convertido en mi debilidad.

—No te confíes, hay personas que nos logran hacer quebrantar hasta nuestro usual ser —empecé diciendo—, pero por suerte tuya, no he conocido ninguna que valga la pena como para sacarle los sesos a mi proveedor.

Sonrió con ironía el muy maldito, que era hermético de pies a cabeza. Era su forma de dejarme claro que no me creía, pero él tenía razón, carecía de tiempo para mostrarle que me tenía que creer y punto.

—Hasta la próxima —se despidió, mientras que el resto de sus acompañantes lo seguían a la puerta.

—Ya conoces la salida —respondí, despidiéndome y esperando no volver a verlo en un buen rato.

Esperé que la puerta se cerrara tras ellos antes de empezar a exigir respuestas.

—¿Por qué están entrando menores de edad al club? —pregunté, intentando calmar el

latido desbocado de mi maldito corazón. Ya habían pasado varios minutos desde que Gab fue a buscar a Michaela y a Sofía, y hasta ahora no tenía noticias de ellos.

—No es una idea magnífica —empezó a explicar Valerio muy entusiasmado—, hacerles creer que tienen la puta suerte de entrar a un club como este. —Extendió los brazos a los lados señalando nuestro alrededor. ¿La maldita suerte, en serio?—. Cuando en realidad están firmando su carta de adicción con nosotros y esa nueva pastilla que estamos distribuyendo —hablaba como si estuviera compartiendo la cura del cáncer, el muy imbécil—. Basta solo una muestra gratis y después están de regreso pidiendo un montón de mercancía, gastando todo el dinero de papi y mami.

Me pregunté si eso no era exactamente lo que hacía este estúpido, pero antes de que dijera algo Francesca interrumpió a su hermano.

—¿Qué fue todo eso entre tú y Cristian? —preguntó.

Francesca era una loba astuta, al fin y al cabo, hija de su padre, pero antes de que la mandara a comer mierda, el viejo lobo habló.

—¿Qué hacía Michaela De Luca aquí? —preguntó Simone y, por primera vez en mucho tiempo, me sentía como un idiota porque no entendía, ¿cómo Simone sabía sobre Michaela? Y ¿por qué el apellido me sonaba tan familiar?

—Por supuesto, nada que tuviera que ver con nosotros —respondió mi padre a la defensiva.

—No parecía, porque no estaba en el bar sino en la pelea —contrarrestó Simone—. El trato era claro, todos hemos sacrificado a nuestra descendencia, yo, más que nadie.

Continuó, haciendo referencia a la muerte de Leonardo, su primogénito, pero no me concentré en eso ni en el apretón que solía provocar en mi pecho el penoso recuerdo, sino en la descendencia y pronuncié el apellido en mi cabeza: «De Luca». Estaba seguro de que el tío Dante había tenido familia, pero que nunca habían sabido de la organización, cosa que cambiaría cuando el primogénito, quien siempre pensé era un hombre, cumpliera la mayoría de edad. Mi corazón se empezó a acelerar y mi padre lo notó, porque en ese mismo instante, deslizó su mano y apretó con firmeza sobre mi pierna, oculta bajo la mesa.

—Además —continuó Simone—, parece que Alessandro la conoce perfectamente bien.

—¿A quién? —preguntó Francesca—. ¿Quién mierda es Michaela? —exigió la muy zorra.

—Nadie —dijo mi padre, antes de que yo cometiera una imprudencia, como callarla con un tiro en la cabeza—. Tengo perfectamente claro el trato y no se ha roto, todo sigue igual.

«Era la única forma de que la organización quedara solo en tus manos». Esas palabras me las repetía mi padre desde la muerte del tío Dante y, aunque entonces esas palabras no tenían ninguna lógica, pues para mí eran solo una pésima excusa para una traición, mas ahora, todo empezaba a tener sentido.

Con la poca paciencia que me quedaba, esperé en silencio a que mi padre terminara de hablar con Simone, alejando el sonido a mi alrededor y concentrándome en mis pensamientos, tenía que

salir de ahí y encontrar a Michaela para encerrarla en un lugar donde nadie la pudiera encontrar.

Michaela

—¿Quieres algo de tomar? —me preguntó Jack, acercándose a mi oído y alzando la voz, para que lo pudiera escuchar por encima de la música.

—Pide lo que quieras, yo invito —intervino David, antes de que yo pudiera responder. Se sentó junto a mí.

Jack levantó las manos en señal de rendición y comenzó a retroceder lentamente. Le lancé una mirada suplicante, rogándole en silencio que no me hiciera esto. Ya tenía demasiadas preocupaciones en la mente como para añadir a la lista la necesidad de mantener a David alejado, pero mis súplicas fueron en vano, Jack se giró sin el más mínimo remordimiento. Respiré profundo, tratando de no mostrar mi enfado, porque realmente esto se estaba volviendo todo un fastidio.

—Gracias, David, —Fabiqué mi mejor sonrisa—. Pero no es necesario, solo pediré una *Sprite*.

Giré la vista para observar a nuestros compañeros del instituto, que ya estaban bailando, debo decir bastante emocionados. Los únicos en la mesa éramos Jack, quien a pesar de estar interesado en Lilli, no le quitaba la mirada a las piernas de Sofía, que estaba junto a él luciendo divina con un diminuto vestido de lentejuelas que marcaba sus maravillosas curvas y dejaba a la vista sus tonificados muslos, y yo que me encontraba al otro extremo y, por supuesto, David estaba junto a mí... sin darse por vencido, y sin querer notar mi aspereza, continuó.

—En caso de que quieras algo. —Puso lo que suponía para él era una mirada sexy—. Cualquier cosa, solo pídemelo.

Casi me ahogo tratando de ocultar mi propia risa, pero en ese momento, alargó la mano hacia mí, poniéndome nerviosa. No sabía qué era lo que pretendía con esa mano, pero antes de que lo averiguara, una voz gruesa y masculina habló detrás de mí.

—Si quieres conservar esa mano —empezó diciendo—, yo la mantendría para mí mismo.

Me giré enseguida y observé a un hombre alto y muy guapo. Su cabello parecía castaño y unos ojos que en la penumbra del lugar parecían oscuros, tenía una sonrisa resplandeciente, que lo hacía ver muy sexy, llevaba puesta una camisa de botones y manga corta que dejaba a la vista sus brazos tatuados y bastante musculoso, sinceramente se parecía a Alessandro y el solo pensamiento me hizo tragar en seco y quedarme sin palabras, pero la verdad nadie era como él, no tenía comparación.

«Gracias a Dios», me dije a mi misma, ocultando el anhelo en mis pensamientos, pero aun así no pude pronunciar palabra, por lo menos él había logrado que David retrocediera, observándolo con odio, pero no dijo nada. Vi al misterioso hombre empezar a pasar la vista alrededor de la mesa y posar su mirada sobre Sofía, la observó de pies a cabeza, era como quien mira su cama después de un día largo en el trabajo, por lo menos fue con lo único que se me ocurrió compararlo, la vio con anhelo, como si se le hubiera quitado un peso de encima, como quien ve su hogar y siente tranquilidad.

—Sofía, *faccia da gallina, ce en andiamo* —dijo en italiano, con un tono de fastidio que distanciaba mucho de la forma en que la miraba.

Vi como Sofía tragó en seco y lo miraba incrédula, pero al escucharlo decir las palabras que yo no entendía, que al parecer ella sí, algo en su mirada cambió, fue como ver a la Sofía que discutía preocupada por su hermano el fin de semana anterior, antes de que volviera a ser la misma mujer fría y superficial.

—*Sei sempre lo stesso stronzo* —respondió ella, sorprendiéndome.

Era como si hubiera dos personalidades en ella: la fría y hueca que todos conocíamos, y una inteligente y astuta que pocos habían visto. Lo noté en el momento en que vi a Jack y algo cambió en su mirada cuando se giró para verla con admiración. Era como si ya no solo contemplara su hermoso físico (porque había que aceptarlo, Sofía era hermosa), sino que también reconociera a un ser pensante. Y al parecer, eso le gustaba y mucho, porque la miró de una manera que nunca lo había visto hacer con nadie.

El hombre apuesto se cruzó los brazos en el pecho y la observó fijamente, pero no con molestia, era más bien con diversión, mientras que ella lo miraba con odio y eso lo hizo ensanchar su sonrisa.

—Michaela, nos vamos —ordenó el desconocido con la mirada aún fija en Sofía, pero dirigiéndose a mí. No entendía, estaba segura de que no lo conocía en absoluto. Luego se giró para ver a David—. Dale gracias a Dios que fui yo quien vio que intentabas tocarla —empezó a decirle—, sino, en el mejor de los casos, ya no tendrías una mano, pero esa suerte no ocurre dos veces, así que, si te vuelvo a ver intentando tocarla, te mato.

Sentenció sin perder la sonrisa, mientras que David abrió los ojos de golpe, miró al desconocido con inseguridad, pero algo debió ver en él que terminó por levantarse e irse de la mesa con molestia. En el momento en que David se levantó de la mesa, mis ojos conectaron con un grandote que reconocería en cualquier parte, estaba justo detrás del desconocido, sentí como un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Ella no va para ninguna parte contigo —intervino Jack y yo quería gritarle que se quedara callado.

—¿Qué pasa? —dijo Sofía, distrayendo la atención de Jack, y no podía estar más agradecida por eso.

—No es seguro —fue lo único que respondió el hombre y, aunque parecía tranquilo, sentí la tensión detrás sus palabras y sé que Sofía también.

Noté cómo enderezaba su espalda y empezó a mirar alrededor con disimulo. Sin evitarlo, yo también hice lo mismo.

—No entiendo, ¿qué pasa? —preguntó Jack.

Una pregunta que, realmente, no sabía cómo responder e hice algo que jamás en mi vida pensé hacer, miré a Sofía tratando de buscar apoyo en ella. Nadie notó nuestro cruce de miradas, ni la complicidad en eso, jamás habíamos intercambiado más de dos palabras, pero lo que acabábamos de hacer se sentía natural, como si lo hubiéramos hecho un montón de veces...

—Nada, solo que somos gente menor de edad en un club en el que puede llegar la policía en cualquier momento —respondió en su usual tono despectivo—, pero no te preocupes, de seguro mi papi lo puede solucionar.

Dijo lo último mirando directo al hombre detrás de mí, quien volvió a sonreír como si supiera algo que nosotros no, y algo me hacía pensar que así era.

—Precisamente para que tu papi —dijo la última palabra imitando el tono de Sofía—, no tenga que intervenir y tu hermano no me mate, nos vamos ya.

¿Hermano?, eso quería decir que él conocía a Aless. Vi a Sofía tomar el bolso colgado en el espaldar de su silla y empezar a moverse sin objeción alguna, lo que solo indicaba que, si podía haber un verdadero peligro y con lo que había visto antes, recordé nuevamente a Aless masacrando a un pobre hombre en el *ring* de boxeo. En ese momento no estaba segura si era mejor ir con el extraño, o alejarme de él. Tragué en seco y tomé una decisión; definitivamente, Aless adoraba a su hermana y no iba a hacerle o dejar que le hicieran daño, así que, lo mejor era mantenerme junto a Sofía. Agarré mi bolso y me levanté de la silla.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Jack, incrédulo—. Tú llegaste conmigo y te vas conmigo —declaró este mientras se levantaba de la silla y tambaleándose al caminar hacia mí. Algo en él se veía diferente, tal vez su mirada, pero, definitivamente, tenía que ser la situación.

Intentó poner su mano en mi hombro, pero una mano tatuada lo bloqueó.

—Otro que quiere perder la mano. —Giró los ojos con aburrimiento.

Jack miró su mano con sorpresa y estaba a punto de decir algo, en el mismo momento en el que vi al hombre llevar su mano a la parte de atrás de su pantalón. La respiración se me quedó trancada en el pecho y el miedo se apoderó de mí, dejándome paralizada. En ese instante, Sofía puso su mano en el brazo del extraño.

—Déjalos hablar —le susurró en forma de súplica, a pesar de que, claramente, el hombre no le caía bien.

Él la observó por un segundo de forma sublime y asintió con la cabeza hacia nosotros. Ahora qué le iba a decir a Jack para que me dejara ir sin ponerlo en peligro. Respiré profundo y me acerqué a él.

—¿Qué pasa aquí, Mica?, ¿cómo es que te ibas a ir con un desconocido, así sin más? —preguntó, lanzando una palabra tras otra, preocupado y, si no estaba mal, ofendido. Tomé una bocanada de aire.

—Jack —empecé pronunciando su nombre e hice una pausa por un segundo para pedirle al cielo que me iluminara—, sabes que te adoro y yo sé que tú a mí, sé que quieres lo mejor para mí y en este momento lo mejor es que me vaya con ellos. —Lo vi abrir los ojos de golpe y noté que los tenía dilatados, el ambiente a nuestro alrededor estaba muy pesado—. No voy a estar sola, Sofi también viene.

—¿Sofi, desde cuando es Sofi?, ¡si apenas y hablas con ella! —levantó la voz por encima de la música, sorprendiéndome y haciendo que el hombre detrás de mí se acercara, se escuchaba molesto y dolido.

—Sé que esto se ve raro.

Pensé en algo para explicar la situación sin decirle mucho, mientras que sentía al hombre junto a mí empezar a mover el pie con impaciencia.

—Jack, últimamente Mica y yo nos hemos acercado —intervino Sofía, hablando rápido —, estoy segura de que Mica después te lo explicará con detalles, pero por favor, por la seguridad de todos, déjanos ir por las buenas.

Prácticamente le suplicó, mientras que el extraño miraba a Jack con un odio palpable y yo sentía que iba a explotar ahí mismo, pero, para mi sorpresa, los rasgos de Jack se suavizaron.

—No entiendo nada —empezó diciendo.

—Se acabó el tiempo —anunció el hombre y observé a Sofía abrir los ojos y contener la respiración.

—Por favor —le pidió, pero este solo sonrió de medio lado, la movió detrás de él y puso la mano en mi espalda para que siguiera a Sofía. Jack dio un paso adelante y yo le supliqué con la mirada, pero en ese momento el grandote se interpuso entre mi mejor amigo y yo. Iba a arrancarle la cabeza a ese grandulón.

—No le van hacer nada —empezó diciendo el extraño en mi oreja—. Y va a ser mucho más fácil si nos vamos ahora, antes de que algo malo ocurra y de verdad sí termine lastimado.

Con esas palabras me tragué la rabia, la impotencia y me giré para seguir a Sofía. Caminamos hacia una puerta junto a los baños, que daba al parqueadero en la parte de atrás, que ahora solo tenía unos cuantos carros. Salí respirando el aire fresco de la noche, cerré los ojos y traté de alejar la mirada herida de Jack y la angustia que me estaba matando.

—Las tengo —dijo el hombre con el teléfono en su oreja.

Di un paso a Sofía y me acerqué a su oído.

—¿De verdad confías en él? —le pregunté.

Se mordió el labio con duda, aunque en su mirada había determinación.

—Es el mejor amigo de mi hermano —respondió, encogiéndose de hombros, sin contestar mi pregunta, y dejándome con la duda de si realmente había hecho lo correcto.

En ese momento, la puerta por donde acabábamos de salir se volvió abrir, dejando a la vista un hombre totalmente diferente al que había visto en el *ring*, con su cabello peinado, un traje a la medida, sin corbata, pero impecable, con un reloj que brillaba hasta donde yo estaba y aun así seguía despertando lo mismo en mí que cuando lo vi sudado, con su mirada llena de determinación y masacrando a otro ser humano

¡Dios mío! Necesitaba terapia y con urgencia.

Recordé que hace unos minutos lo había visto besar a otra y contuve el suspiro que estaba a punto de escaparse por mi boca, dejé de mirarlo como idiota y enderecé mi postura, él no debía afectarme ni para bien ni para mal. No me debía nada ni yo a él.

—¿Qué demonios hacen ustedes en un club? —preguntó entre dientes, mientras me jalaba del brazo hacia el interior de su auto.

—Tú llévate a Sofía —ordenó a su amigo, sin dejarnos responder su pregunta. Este, sin pensarlo, puso la mano en la espalda de ella dirigiéndola a otro auto, también como de película— Tú síguenos —terminó por ordenarle al grandote.

Me condujo hacia el asiento del copiloto, abrió la puerta con la misma cortesía de un caballero, aunque momentos antes me había arrastrado como un cavernícola. Luego, se giró para rodear el coche y entrar por el otro lado, pero justo antes de que lo hiciera, escuchamos a alguien gritar mi nombre. Deseaba con todas mis fuerzas despertar de esta pesadilla. “Ve al club, será divertido”, decían... solté un resoplido brusco por la nariz, frustrada. No entendía cómo Jack había llegado hasta aquí, observé a mi amigo correr hacia el carro y al lado de la puerta abierta vi cómo Aless comenzaba a abrir y a cerrar las manos como puños. Mi respiración se aceleró e hice lo único que se me ocurrió para salvar a Jack.

—Por favor, no lo lastimes —supliqué.

Él giró su cabeza hacia mí y su mirada se oscureció aún más, aunque no entendía por qué.

—Prometo no matarlo —fue lo único que declaró con los dientes apretados.

Sus palabras no me tranquilizaban en lo más mínimo y su rabia palpable tampoco; rabia que parecía haber aumentado por mi culpa y no entendía la razón. Lo vi caminar con firmeza hacia Jack, quien empezaba a hablar.

—Quién diablos...

Pero antes que terminara de hablar, Aless levantó su puño y le pegó entre los ojos llevándolo al piso inconsciente. Él no iba a matar a Jack, pero yo a él, sí.

—Ni se te ocurra bajarte del carro. — No había terminado su estúpida advertencia, cuando yo ya estaba caminando hacia ellos, me paré frente a él y levanté la mano; pero siendo mucho más rápido que yo, la sujetó antes de que siquiera la hubiera movido y me jaló haciendo que pegáramos nuestros cuerpos. Mi respiración se quedó trancada en mi pecho.

—No solo suplicas por el maldito —rugió—, sino que, además, me desobedeces y me agredes —terminó de decir entre dientes.

—Prometiste no matarlo —reclamé viendo a Jack tendido en el asfalto.

—Y no lo hice —dijo aun sosteniéndome junto a él—, aunque ganas no me faltan —susurró.

Me tomó del brazo y empezó a jalarme nuevamente hacia el auto.

—No podemos dejarlo aquí —me resistí.

—Ya quisiera, pero llamaría mucho la atención —dijo con molestia, justo en el momento en el que el grandote tomó a Jack por los brazos y lo cargó como un bulto que no pesaba nada, llevándolo a su camioneta.

—Espero que no le haga nada —empecé diciendo con molestia, pero luego agregué con más calma—. Es mi mejor amigo —le expliqué, tratando de que entendiera la importancia.

Me observó a los ojos y sentí que con tan solo la mirada me había atravesado hasta el alma, pero no dijo nada, solo se dirigió hacia el puesto del piloto, entró al auto, encendió el motor, mientras que las puertas se cerraban. Empezó a acelerar hasta que llegamos a ciento veinte kilómetros por hora en una calle de cincuenta.

Pasaron unos minutos en silencio, uno que ya no soportaba, así que decidí hablar.

—¿Cuál es el peligro? —pregunté con cansancio.

—¿Cuál es tu apellido? —preguntó, sorprendiéndome y sin responder mi pregunta.

—De Luca —contesté automáticamente, pero confundida con su pregunta y aún más con su reacción de molestia.

—Dijiste que tu padre había muerto —siguió diciendo—. ¿Cuándo murió?

—No entiendo qué tiene que ver eso contigo.

—Solo responde la puta pregunta.

Aunque quería mandarlo a la mierda por su altanería, escuché desesperación en su voz. Qué más daba si sabía el momento exacto en el que el mundo cambió para mí.

—El pasado febrero —respondí con la voz rota, como cada vez que llegaba a mí ese recuerdo.

—¿Cómo murió? —preguntó con un tono diferente, pero sin mirarme, así que no sabría decir exactamente qué se escuchaba diferente.

Respiré profundo, pensando si debía responder. Observé su reflejo y la tensión con la que apretaba el volante y pensé que tal vez eso era algo que necesitaba escuchar, no sabía qué pasaba conmigo y mi clara urgencia de cubrir cada una de las necesidades del hombre junto a mí, pero sin pensarlo más empecé a hablar.

—En un accidente de auto —empecé el relato—. Trabajaba en una empresa de bienes raíces en Chicago, creo que pasaba más tiempo allá que con nosotros, pero siempre estaba cuando lo necesitábamos. —Sonreí, recordando cada uno de los momentos que pasaban por mi cabeza y vi cómo su cuerpo se fue relajando un poco—. El golpe fue tan fuerte que dejó el cuerpo irreconocible. —Tragué en seco— Enterré a mi padre en un ataúd cerrado.

Espabilé varias veces, tratando de alejar las lágrimas e inexplicablemente sentí como si él, milagrosamente, me entendiera, pero no tuve tiempo de preguntar porque en ese mismo momento estábamos parqueando al frente de mi casa, tragué en seco observando al hombre junto a mí bajo la luz del auto, parecía de otro mundo: tan cerca y lejano a la vez.

Suspiré y llené mi vista de él, miré la entrada de la casa y vi a mi mamá parada frente a la puerta, apretando de forma nerviosa la pita de la bata que la cubría. La noche no dejaba de mejorar, ahora qué le iba a decir a mi mamá, que observaba cómo todos se bajaban de los autos: el grandote cargando a Jack en su hombro, a Sofia con el desconocido, y Alessandro y yo. Cerré los

ojos y respiré profundo. Estaba jodida. Tomé una fuerte respiración y, sin esperar la ayuda de Aless, me bajé del auto y comencé a caminar hacia la entrada.

A poca distancia de ella, volví a respirar con fuerza para tomar valor.

—Mami, sé que esto... —empecé a tratar de explicar, justo en el momento en que por primera vez escuché hablar al grandote.

—Señora —saludó inclinando su cabeza con respeto.

—Luigi —respondió mi madre, haciendo que la mandíbula me llegara al suelo—, que gusto verte. Aunque, sinceramente, hubiera preferido no tener que hacerlo. —Volví a cerrar la boca, ahora más que sorprendida, confundida—. Alessandro —saludó mi mamá al hombre junto a mí—, eres tal cual como Dante te describía. —Lo miró con adoración maternal—. Estaba tan orgulloso de ti, seguro que él y Angélica te acompañan desde donde quiera que estén.

Todo a mi alrededor se empezó a escuchar lejano y solo me concentré en la voz en mi cabeza llena de preguntas. No entendía, qué tenía que ver mi padre con Aless y cómo este y Sofía reaccionaron al escuchar el nombre de una mujer que nunca había escuchado, pero que, claramente, todos conocían.

—Señora —saludó Aless con respeto.

—Tía Lucy, Aless —intervino enseguida mi mamá, logrando dejarme boca abierta nuevamente y no solo a mí, Sofi y el desconocido también se veían sorprendidos—. Ya lo sabes, ¿no?

Aless asintió con tristeza.

—Pero me encargaré de que nadie más lo sepa —declaró él como una promesa.

Mi mamá cerró los ojos y respiró profundo, pero no dijo nada.

—Tú debes ser Sofía —dijo mirando directo a la mencionada—. Eres idéntica a Angélica, no solo por lo hermosa, sino por la mirada inteligente —continuó diciendo mamá y, para mi sorpresa, vi cómo una lágrima rodaba por la mejilla de Sofi y su cuerpo se relajaba.

Mi madre extendió los brazos hacia ella y la envolvió en un abrazo lleno de amor maternal, que si no fuera por lo irreal de la situación me hubieran dado celos.

—Sabes, cuando quedamos embarazadas al mismo tiempo, soñábamos con que Mica y tú fueran tan amigas como ella y yo —habló bajo, pero aun así logré escuchar—, aunque el destino tenía otros planes y tal parece que por más que queremos hacer los nuestros, siempre encuentra el camino para salirse con la suya. Su muerte fue muy dura para mí también. —terminó por decir, mirándome a los ojos por primera vez, pero antes de que hiciera cualquier pregunta, desvió la mirada hacia el hombre desconocido, dejándome con el desconcierto de su declaración.

—Gabriele. —Estiró la mano sonriéndole al apuesto hombre que también sonreía.

—Tía —dijo este, agarrando la mano de mamá con la sonrisa más encantadora en su rostro.

—Aunque esto es una situación que hubiera querido evitar —dijo mi madre, aun con Sofi en sus brazos y mirándonos a todos—, me pone feliz poder verlos otra vez.

Escuchamos un carraspeo detrás de nosotros y todo sucedió muy rápido, Aless me jaló detrás de él y junto a Gabriele se pusieron frente a mamá y Sofía mientras sacaban las armas que, sabía que traían escondidas en sus pantalones. Mi respiración se quedó estancada en el pecho y busqué a mi madre dispuesta a darle explicaciones de por qué traía unos hombres armados a casa, pero en el momento en que la vi, me di cuenta de que, tanto para ella como para Sofía, esto era una escena conocida. Recordé que ella conocía más de la gente que nos acompañaba que yo, y no sabía el porqué, pero eso me enfureció.

—Cazzo, Santino —gritó Aless molesto—, te pude haber matado.

—¡Merda! —susurró Gabriele frente a nosotras.

—Señora —saludó el otro grandote a mamá, ignorando a los hombres que aún nos tenían cubiertas.

—Santino —saludó mamá, pero esta vez no me sorprendió en absoluto. Es más, si me decía que era adoptada, yo lo tomaría como: ¿de verdad?, ¡Ah! okey.

Luego Santino se giró hacia Aless y Gabriele.

—Tu padre quiere hablar con ustedes.

Gabriele observó a Aless.

—Gab, puedes hacerte pasar por un amigo del imbécil —dijo señalando a Jack colgado en el hombro de Luigi—. Llévalo a su casa. —Señaló la casa conjunta y, nuevamente, no me sorprendió—. Hazte pasar por su amigo y di que bebió mucho o cualquier mierda.

—Como siempre, me toca el trabajo sucio— se quejó en tono de burla y antes de acercarse a un Jack inconsciente, se giró hacia mi madre—. Tía, no sé por qué perdimos contacto, pero estoy seguro de que sea cual sean las razones... valió la pena. —Me miró de reojo mientras tomaba la misma mano que ella había extendido hacia él y la besaba. Después trató de colocar de pie a Jack, pasó un brazo por sus hombros y lo haló caminando hacia su casa.

—Tía, sé que tienes que hablar con Michaela —empezó a hablar Aless una vez que Gabriele desapareció en el porche de la entrada de la casa de Jack—, pero me gustaría que Sofi se quedara aquí por esta noche.

Esta era otra orden, solo que esta vez estaba decorada con palabras bonitas.

—Claro que sí —respondió mamá sin pensarlo, y podría decir que hasta con ilusión—, no te preocupes.

Aless asintió con su cabeza y tomó su mano como Gab, pero antes dijo:

—Te juro que los mantendré a salvo.

No entendía a quienes se refería, o de quién tenía que mantenerlos a salvo, pero mamá sí.

—Lo sé, Aless, y confío en ti, tanto como en tu padre.

Sin más, puso un beso en sus manos, abrazó a su hermana susurrando algo en su oído y sin siquiera dirigirme una mirada se marchó, arrugando aún más mi corazón.

—Señora —se despidió del grandote que, creo que se llamaba Santino, mientras que el otro asentía con la cabeza. Dieron media vuelta y se marcharon a sus autos.

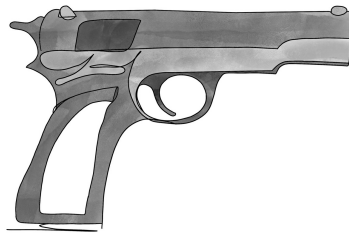
Cuando Gabrielle se unió a ellos, cada quien subió a su carro y arrancaron. Me giré para encontrarme con la mirada cautelosa de mamá.

—Pasemos —dijo, guiando a Sofía dentro de la casa y con la otra mano agarró la mía llevándome con ella.

Esta noche iba terminar totalmente al revés de cómo pensaba, porque era ella la que me debía muchas explicaciones.

CAPÍTULO 7

Lealtad



Alessandro

Vi por el retrovisor cómo las tres mujeres atravesaban la puerta. Sabía que de momento estaban seguras. Antes de llegar a la casa de la *piccolina* me desvié un poco para asegurarme de que nadie nos seguía. Ella no se dio cuenta, logré que solo se concentrara en responder a mis preguntas. Conseguí respuestas que yo no tenía idea de que necesitaba, pero que, al obtenerlas, la puta respiración se hizo más fácil. Sentí la tristeza en cada una de sus palabras y compartí el sentimiento, aunque ella lo desconociera. La pérdida del tío Dante había sido muy dolorosa para todos, pero más para ella que no conocía la verdad acerca de la vida de su padre. Entiendo que esa fue su forma de protegerla, pero la diferencia de conocer la realidad que te rodea es que al final sabes que la muerte siempre llega y no te agarra desprevenido, como a ella, que tuvo que enterrar a un cajón cerrado, mientras todo el resto pudimos verlo y llorarlo, nosotros robamos un derecho que era de ella, de la tía Lucy y de su otro hijo. La maldita ira me embargó por completo, quería arrancar el dolor que la consumía y quería evitarle el que sabía que venía, porque, claramente, había una verdad que tenía que conocer y yo también.

Atravesé el gigante portón negro y observé la vigilancia alrededor del enorme jardín: dos de mis hombres con perros, otros dos en la entrada que acababa de atravesar y más de ellos cuidadosamente esparcidos por el lugar. Estacioné el auto en el puesto habitual frente a la mansión con fachada minimalista de mi padre, había llegado antes que todos, generalmente, la única que hacía uso de ese lugar era Sofi, así que no me asombró ver la camioneta de Bruno en su lugar habitual, lo que me recordó que tenía un maldito castigo que implementar. ¿cómo permitió que Sofía terminara en el puto club? Respiré profundo y traté de calmar mi carácter.

A veces pensaba que era demasiado, pero hoy todo era malditamente excesivo, y no me refería a

un castigo ejemplar para el guardaespaldas de mi hermana, era tener que enfrentarme a mi padre después de haber estado equivocado respecto a él y a su actuar. Aun no sabía la verdadera historia de cómo y por qué pasaron las cosas, pero estaba seguro de que mi papá no era el puto traicionero que hizo creer a todos que era, y el haber pensado así de él, manchaba la poca consciencia que me quedaba y qué decir de afrontar la maldita realidad de quién era la *piccolina* y lo que significaba para mí, no solo como la cabeza de La Sacra Corona Unita, sino en lo personal.

Salí del auto y, antes de ir a la entrada principal de la casa, me dirigí a una pequeña caseta de estilo rural que se encontraba al lado porque allí se manejaba la seguridad. Dejé atrás los enormes ventanales de la casa principal, que dominaban el paisaje, y me enfoqué en encontrar a Bruno. Coloqué mi huella en el panel junto a la puerta, que se abrió automáticamente, y entré en una sala llena de pantallas de seguridad y equipos de última tecnología. Tres de mis hombres estaban allí, vigilando cada movimiento en las cámaras.

—Patrón — saludaron los tres al mismo tiempo. Estaban de pie, esperándome, ya al tanto de mi llegada por las cámaras.

—¿Bruno? —pregunté sin perder tiempo.

—En su cuarto con el doctor —respondió Carlos, uno de mis hombres más antiguos, y podría decir que leales.

Caminé a su búsqueda, preguntándome si tal vez por eso no había podido controlar a mi hermana. Cuando abrí la puerta de su cuarto, encontré al doctor tratando de controlar el sangrado que provenía de su mano derecha, di un paso al frente, notando la ausencia de tres dedos y su cara destrozada, apenas y podía abrir los ojos; también me di cuenta de que era reciente, por lo que no era una excusa para no haber cuidado a mi hermana como debía.

—Patrón —saludó el doctor que pertenecía a nuestra nómina. El doctor se encontraba sentado en la cama donde estaba atendiendo a Bruno, y se debatía entre seguir atendiendo al herido o levantarse a saludar con el respeto que debía, mientras que el herido empezó a intentar levantarse también.

Alcé una mano, deteniéndolos, y señalé con mi cabeza la mano ensangrentada para que siguiera con su trabajo.

—¿Qué pasó hoy? —pregunté mirando directo a Bruno, quien me veía con sus ojos rojos a causa de los golpes.

—Fue mi culpa, patrón —dijo con la voz entrecortada a causa del dolor.

—Claramente lo fue, pero ¿qué pasó? —dije entre dientes, conteniendo la ira, mientras me recordaba que, a pesar de lo ocurrido hoy, era un buen trabajador, un hombre leal y que muerto no serviría de mucho.

—Me dijo que era una fiesta de un compañero del colegio, nunca me había mentido, así que cuando llegamos pensé que alguien había rentado el lugar. Como es nuevo, no estaba en mi lista de lugares pertenecientes. Le juro, patrón... —empezó a tratar de decir cuando se vio interrumpido por un violento ataque de tos y, con un gesto de dolor, se abrazó las costillas,

intentando mitigar el malestar. Lo miré y me pregunté quién se me habría adelantado. Escupió sangre a un lado de la cama y trató de continuar, pero no me interesaban sus excusas. Lo hecho, hecho estaba.

—¿Quién? —pregunté.

—Yo —respondió una voz conocida a mis espaldas.

Me giré y me encontré con mi mejor amigo, lo miré de arriba abajo y no pude evitar preguntarme por qué, pero no lo iba a interrogar aquí delante de mis hombres, eso era quitarle autoridad.

—Vamos —corté la conversación—, mi padre nos espera.

Eso era todo por el momento, pero tenía la seguridad de que quedaba algo pendiente.

Cuando entramos al enorme estudio dentro de la mansión, Salvatore nos esperaba sentado en su silla detrás del escritorio de madera, Santino y Luigi estaban detrás de él en cada punta. Tomé uno de los asientos frente a mi padre y Gabriele tomó el otro. Con espacio abierto y luminosos estábamos rodeados de una estética moderna llena de lujos, con estanterías de madera noble que llegaban hasta el techo donde se exhibían libros de primeras ediciones. Las paredes de color neutro estaban adornadas con obras de arte de artistas reconocidos, todo reflejaba elegancia, dinero y poder, no porque mi padre fuera un amante del arte o de lo elegante, de seguro eso le importaba una mierda, pero era así cómo quería que los otros pensaran de él, y en este mundo, que te vieran de esa forma hacia una gran diferencia.

—En el momento en que decidí crear este imperio, traer parte de la Sacra Corona Unita a América, tu madre tenía seis meses de embarazo, tú fuiste una de las razones por las que decidí hacerlo —empezó a decir mi padre sin preámbulo alguno—, pero Dante no, él solo me apoyó de forma incondicional y decidió conquistar el mundo junto a mí. No quería familia y menos cuando sabía que el primogénito tenía que continuar con el legado, nunca le molestó la regla, no tenía planeado tener uno, hasta que conoció a Lucy. —Suspiró—. Luchó con un sentimiento con el que estaba poco familiarizado, no quería arrastrarla a esta vida, era joven e inexperta, él le llevaba veinte años, pero cuando sus padres la comprometieron en matrimonio, mató al pobre maldito y se casó con ella.

Todo estaba en silencio, ni siquiera los sonidos típicos de la noche se filtraron en la habitación, lo único que se escuchaba era el relato de mi padre.

»—Eran muy felices, fuimos muy felices —siguió el relato—. Tu madre consiguió una amiga leal e incondicional y yo era feliz de verlos a los dos felices, pero con el tiempo las ganas de Lucy de tener un hijo y no conseguirlo ante la negativa de su esposo, la hacían infeliz y Dante lo notaba; él, comprometido con la felicidad de su mujer, accedió y nueve meses después nació Michaela y, para completar la felicidad, tres meses después nació Sofía. Si me llegaran a preguntar cuál fue el momento más feliz de mi vida, diría sin miedo a equivocarme que fue en esos tiempos. Compartíamos reuniones familiares todos los domingos, éramos una gran familia feliz, a pesar de la oscuridad que habíamos creado, tal vez la misericordia de Dios sí existía.

En ese momento, sacó unas fotos de un cajón en su escritorio y las colocó frente a nosotros, sin dudarlas, las tomé en mis manos, mientras que Gab tomaba las otras. La primera que vi era una de las dos familias: mi madre cargando a Sofi, la tía Lucy a la *piccolina*, los padres detrás de ellas y

yo al frente, en medio de todos, debía tener unos once años, tal vez. Otra foto de Sofi y Michaela sentadas en el jardín, las dos apenas y se sostenían. Otra de los cuatro: Sofi, Gabriele, la *piccolina* y yo, y una última mía cargando a la *piccolina* en mis piernas, mientras la observaba con adoración. ¡Maldita sea! Había cosas que, a pesar del tiempo, no cambiaban.

—¿Qué pasó? —pregunté con intriga.

—Que la vida no perdona, que la justicia divina sí que existe y nos alcanzó. El martes, después de tomar esta foto. —Señaló en la que salíamos todos—. Los secuestraron, mataron a Leonardo y todo se vino abajo. Ya el último nivel jerárquico estaba consolidado, y los primogénitos con edad conocían la organización y sus responsabilidades, Michaela solo tenía ocho meses, así que Dante aprovechó para sacarla de la ecuación y yo lo apoyé. —Suspiró—. Si hubiera podido haber hecho lo mismo contigo y Sofía lo hubiera hecho, ¡maldita sea! Si me hubiera podido poner en tu lugar cuando te secuestraron lo hubiera hecho. —Se le quebró la voz, mientras yo alejaba la oscuridad que me embargaba solo con el recuerdo—. Pero ya era muy tarde y contigo adentro, era muy difícil sacar a Sofía, aunque la he resguardado lo más que he podido.

Mi padre creía que lo culpaba por haber ayudado a sacar a los hijos de su mejor amigo de este mundo de mierda, y a mi hermana y a mí no. Qué equivocado estaba, lo admiraba por su lealtad, por su sacrificio, pero antes de que se lo pudiera decir continuó.

—Llegamos a un acuerdo con Simone Rossi y con Alberto Franco: mientras que la familia de Dante, los De Luca, no disfrutaran de los beneficios de la organización ni conocieran de esta, sus hijos podían esperar a ser mayor de edad para cumplir con su papel. Cuando Dante se dio cuenta de que el tiempo se cumplía y ya no con un hijo, sino con dos y decidido a que no hicieran parte de la organización, ideó un plan. Sabíamos que no había posibilidad de acordar algo con Simone, la pérdida de Leonardo lo volvió insensato y egoísta, y tu padre no iba querer división en la Jerarquía —dijo mirando a Gabriele—, así que llegó a la conclusión de que, si no había representante en el último nivel jerárquico que unieran a Michaela y a Benjamín con la Sacra Corona Unita, no tenían por qué tener algo que ver con esta. —Suspiró con tristeza—. Solo había una forma, y mi único deber era apoyarlo porque lo entendía, lo único que me enloquecía era que, quién tenía que jalar el gatillo era yo.

—¿Por qué tú?

—Nadie podía sospechar las verdaderas razones, ¿no te parecería injusto que tú tuviste que perder un hijo sin posibilidad de salvarlo y que otro sí pudiera tener esa posibilidad? —dijo refiriéndose claramente a Simone—. Así que sembramos el rumor de que dos cabezas podían provocar división en la organización y confundir a las jerarquías inferiores para que ellos mismos plantearan la idea de una sola cabeza, y todos sabemos que la única forma de salir... es muerto.

Suspiré.

—¿Por qué no me dijiste nada, por qué dejaste que...

—¿Me odiaras? —terminó de decir la palabra que yo no pude, que me avergonzaba—. Era parte fundamental del plan, aunque eso me matara. —Cerró los ojos y respiró profundo—. El día en que tu madre murió, mi alma negra murió con ella, lo único que mantenía mi maldito corazón latiendo eran Sofía, tú y el apoyo de Dante. Cuando maté a mi mejor amigo y me

odiaste, mi maldito corazón se detuvo y lo único que me mantenía vivo era el proteger a Sofía, a la familia de tu tío y a ti. Dante y yo sabíamos que la única forma de lograrlo era que tú estuvieras en el poder, que fueras la cabeza de la organización y los dos estábamos seguros de que eres el mejor para eso.

Sentí el puto alivio envolverme.

—Ahora viene mi pregunta —intervino Gabriele por primera vez—. ¿Qué hago yo aquí? Porque, perfectamente, puedo ir a contarle a mi padre de esto.

—Y yo no te lo impediría —respondió mi padre—, pero sé, por experiencia, que en un mundo como este, en el que no se puede confiar en nadie, no se puede gobernar sin una mano aliada al lado y desde hace diecisiete años, cuando los vi regresar a casa, vi la alianza marcada entre ustedes. —Gabriele miraba a mi padre con el mismo respeto de siempre—. No te estoy pidiendo que traiciones a tu padre, tu familia, los Franco siempre tendrá la misma posición y respeto, pero si te estoy pidiendo que apoyes a tu amigo, lo va a necesitar y tú lo sabes. Mientras, trata de mantener a Michaela alejada. ¿Quién cuida a Sofía?, ¿quién maneja la empresa?, ¿quién limpia las cuentas? Este maldito condenado es muy bueno en lo que hace, es poderoso y respetado, pero no es omnipresente, ni omnipotente y para eso los tiene a ustedes. —Terminó por decir refiriéndose a todos los presentes.

Vi algo de sorpresa en la cara de Gabriele, pero lo disimuló enseguida y asintió con la cabeza. ¿Qué creía, que Salvatore no sabía que él era mi mano derecha en todo?

—Hoy logré disuadir a Simone sobre la aparición de Michaela en el club, pero es un lobo viejo y sé que no va estar tranquilo. Tenemos que idear un plan, pero antes quisiera saber, ¿cómo carajo supiste de ella? —preguntó, frunciendo el ceño mientras me observaba de manera fija.

—A mí también me encantaría conocer la historia —dijo Gab con burla.

Observé a Santino sonreír con picardía y a Luigi, que casi nunca mostraba emociones, alzar una ceja acusatoria, los miré con ira, haciéndoles borrar la expresión del rostro y empecé a contarle a mi padre cómo la conocí en la fiesta a la que fui en busca de Sofi, ahorrándole detalles innecesarios y centrándonos en el paso a seguir.

Michaela

Era completamente irreal. Estaba en mi cuarto con Sofía, una chica que asistió al mismo high school que yo, con la que nunca hablé porque éramos de diferentes círculos sociales y con la que, aparentemente, no compartía nada en común; pero las cosas habían cambiado, no solo estaba en mi casa y se iba a quedar a dormir, sino que mi mamá la quería como si fuera familia y, de hecho, compartíamos una historia que yo desconocía y ella también.

—¿Te parece esta? —pregunté colocando un pijama improvisada en la cama.

Nunca utilizaba pijama en sí, dormía siempre con suéteres largos de ropa que ya estaba vieja y pantalones cortos, a pesar de los intentos de mamá y de los muchos regalos de pijama de marcas reconocidas, para mí la primera opción era la más cómoda. Ahora mismo no sabía dónde estaban metidos los pijamas nuevos, quizás aún en la bolsa del almacén donde las compraron y, aunque

Sofía parecía de las que usaba lencería de las más fina para dormir, por lo menos la Sofía que solía conocer, no pareció importarle usar la camisa desteñida e inmensa que le podía llegar a las rodillas y un pantalón corto.

—Está perfecto —me aseguró, tomando la ropa de la cama y girándose para ponérsela.

Yo también me giré y empecé a colocarme mi propio pijama. Lo más raro de todo era que parecía que esto lo hubiéramos hecho una infinidad de veces antes, no se sentía incómodo, ni extraño; se sentía natural.

—¿Tú sabías algo de esto? —me atreví a preguntar cuando logré terminar de cambiarme.

Sofía respiró profundo y se giró hacia mí, observándome a los ojos.

—No —dijo con sinceridad—, la verdad es que nunca había escuchado sobre tu mamá, no tenía ni idea de que ella conociera a la mía, mucho menos que hubieran sido amigas

«Eso quería decir que la Angélica de la que hablaban era la mamá de ella y de Aless».

—Si lo hubiera sabido antes. —Se le quebró un poco la voz y la tristeza cubrió su rostro—. Me hubiera pegado a tu mamá como una larva solo para preguntarle sobre la mía. —Suspiró y yo con ella.

Entendía su dolor más de lo que ella se pudiera imaginar. Sin pensarlo di un paso hacia ella y la abracé. Algo totalmente inesperado, pero en el momento en que mis brazos la rodearon, ella envolvió los suyos en mí. Nos sostuvimos la una a la otra por unos segundos, en un silencio que se sintió reconfortante. Tenía muchas preguntas: quería saber sobre su mamá, ¿cómo había sido su relación?, ¿hace cuánto fue?, o si seguía doliendo como el primer día. Y, aunque no me debía importar, pues tenía quien lo consolara y se preocupara por él, no pude evitar pensar en Alessandro y preguntarme si le seguía doliendo. ¿Cómo había tenido eso que ver con el hombre en quien se convirtió? No solo me preguntaba eso, también me preguntaba ¿cómo había conocido a mi padre?, ¿qué había hecho para que mis padres lo apreciaran tanto? Suspiré y me alejé de ella sentándome en la cama.

—No entiendo nada de esto —dije pensativa.

—Yo tampoco —aseguró ella, sentándose junto a mí—. La única diferencia entre tú y yo —empezó a decir, aunque se detuvo en seco y me observó con duda, pero luego botó la respiración por la nariz y continuó—, es que en esta vida te acostumbras a que no todo es lo que parece, por eso hay pocas cosas que te sorprenden, y cuando algo lo hace, te vuelves una experta en esconder lo que de verdad sientes —terminó por decir.

Hablaba de su vida como si fuese completamente distinta a la de los demás, como si todo lo que mostraba al mundo no fuese más que una fachada, algo que ella controlaba, mientras ocultaba sus verdaderos sentimientos en lo más profundo. Me pregunté si el momento que acabábamos de compartir fue sincero, o solo lo sentí así porque ella quería que me sintiera de esa manera. ¡Dios mío!, me iba a volver loca.

—Tengo que buscar a mi mamá. —Me levanté de la cama y empecé a poner distancia entre nosotras, en ese momento no confiaba en mi propio criterio para juzgar a la gente—. Creo que tiene algunas respuestas que darme —dije en medio de un suspiro, y sonreí con cansancio.

Sofía imitó mi gesto.

Bajé las escaleras con el corazón martillando en mi pecho y las manos húmedas de sudor, temiendo una verdad que aún desconocía. Las palabras de Sofía resonaban en mi mente, cada vez más inquietantes ¿A qué clase de vida se refería? Una en la que no podías mostrar quién eras, donde debías ocultar lo que sentías. ¿Y qué tenían que ver mis padres en todo esto?

Al llegar al último escalón observé a mamá, esperándome, sentada en la enorme mesa de comedor y, aunque me observaba con tranquilidad, en sus ojos se ocultaba un temor que no entendía.

—Ven, cariño. —Señaló la silla junto a ella.

Caminé a su encuentro y tomé asiento. Ella tomó mis manos y las entrelazó con las suyas, y lo hizo con tanto amor que ignoró la humedad a causa del sudor.

—No sé si alguna vez te conté la historia de cómo tu papá y yo nos conocimos.

—Un montón de veces. —Sonreí con nostalgia—: en una cafetería en Chicago y un mes de café gratis.

Sonrió y suspiró.

—Lo que no te conté es que, al principio, a pesar de pagar por mi café y por todos los que tomé en el mes, él no quería acercarse a mí. —Fruñí el ceño confundida—. Tenía la idea de que era demasiado buena para encajar en la vida que él tenía.

Su declaración solo logró confundirme más—. No fue sino hasta que mi padre, tu abuelo, me comprometió en matrimonio con otro hombre que él decidió que yo le pertenecía. —Resopló, sonriendo y negando con la cabeza mientras que la mía giraba ante la mención de un abuelo que jamás conocí—. Quisiera decir que me rescató en un acto noble y de amor, pero no fue así.

—No entiendo nada —expresé con sinceridad.

—En su defensa, puedo decir que intentó hablar con el hombre con el que estaba comprometida y con tu abuelo. —Apretó los labios y negó de nuevo—. Pero estos no fueron sensatos. Dante tuvo que tomar medidas con ese hombre y mi padre me hizo elegir entre él y el amor de mi vida. —Tragó en seco y miró a la distancia—. Tu abuelo fue un hombre trabajador y responsable, jamás nos faltó algo en la casa, pero nunca fue afectuoso, ninguna muestra de cariño y mi madre, concentrada con el trabajo del hogar y criar cinco niñas, no tenía tiempo para algo más. Sinceramente creí que les estaba haciendo un favor, una boca menos que alimentar, era prácticamente lo mismo que ellos querían hacer entregándome a un desconocido, a diferencia que me iba con el hombre que quería. —Se giró para observarme a los ojos—. No sé si tomé la decisión correcta, pero sí la que quería y fui muy feliz con ella.

Declaró y me llenó de felicidad ver que, claramente, no se arrepentía de su decisión, y no pude evitar preguntarme si ella respetaría con quien decidiera yo compartir el resto de mi vida, sin importar quien fuera o a que se dedicara.

—¿Por qué papá creía que tú no encajabas en su vida?

Se quedó en silencio por un segundo antes de responder.

—Tu padre era un buen hombre para nosotros y para las personas que apreciaba, nunca te olvides de eso —empezó diciendo con determinación, como tratando de convencerme de algo que yo ya sabía—, pero la verdad es que no somos la misma persona con todos. Por ejemplo, no eres igual de amable con Jack, que como eres con otro compañero que no te agrada mucho, entonces nuestra forma de ser también depende de con quién estemos. —Me observó esperando a que comprendiera sus palabras. Respiró profundo—. Tu padre no era un agente de bienes raíces, Michaela, tu padre era un hombre muy peligroso, por lo menos, para muchos allá afuera.

Mi respiración se quedó estancada en mi garganta y todo empezó a cobrar sentido: quién era Alessandro, la gente que lo acompañaba, el mundo que lo rodeaba, un mundo diferente, como lo describió Sofía. Qué podía tener en común mi padre con eso.

—Peligroso, ¿cómo? —pregunté temerosa.

—Tu papá era la cabeza de una de las organizaciones criminales más peligrosas del mundo —terminó por decir la verdad—, él y su mejor amigo Salvatore eran las cabezas de la Sacra Corona Unita.

Me observó con detenimiento, analizando mi reacción, pero yo no tenía cómo reaccionar, el nombre de la organización no representaba nada para mí, pero tenía el presentimiento de que iba a significarlo todo. En el momento no sentía nada, estaba entumecida, tratando de absorber toda la información.

—Tu padre quiso mantenernos alejados de ese mundo. Al principio, ni siquiera se atrevía a que tuviéramos hijos. —Abrí los ojos de golpe, sorprendida y dolida. Ella apretó suavemente mis manos aun en las de ella—. Aunque fuera una de las cosas que más quisiera, le atemorizaba y tu padre no le temía a casi nada. —Mis hombros se relajaron, aliviada por sus palabras, pero aún llena de dudas y de incertidumbre. ¿Quién era mi padre? —. Cuando tu hermano y tú llegaron al mundo fue uno de los momentos más felices de nuestra vida, pero luego pasó una desgracia. —Hizo una pausa y miró a la distancia—. Secuestraron a Alessandro, a Gabriele y a Leonardo.

Mi corazón se detuvo por un momento ante sus palabras, pero me recordé que eso fue el pasado y que ellos estaban bien.

—Fueron momentos muy duros, hija, así que tu padre tomó una decisión: estaba determinado a mantenernos a salvo al costo que fuera. —Recordé las preguntas que Aless me había hecho en el auto y algo pesado se instaló en mi pecho.

—¿Cómo murió papá? —pregunté, ya con la respiración acelerada, volvió a apretar mis manos—. ¿Cómo? —pregunté con más determinación.

—La organización tiene tres reglas sagradas —empezó a explicar. Todo indicaba que el relato no me iba a gustar. Su respuesta había tenido que ser en un accidente de auto, así de simple, pero no.

—Quien entra vivo, solo sale muerto, es la primera. La lealtad es a sangre, es la segunda. Y la última, cada uno de los miembros de la última jerarquía harán partícipe a sus primogénitos para asegurar la continuación de la Sacra Corona Unita —las recitó de memoria y mi respiración se hacía cada vez más pesada—. Tu papá logró un acuerdo con la ayuda de Salvatore, el papá de Alessandro y Sofía, y la segunda cabeza a cargo —aclaró mi madre—. Tu no sabrías nada sobre

la organización hasta la mayoría de edad, mientras que no disfrutáramos ninguno de los beneficios de esta, y así fue. Pero no hay plazo que no se cumpla. —El peso en mi pecho se hizo inmenso—. Tu papá tenía claro las reglas y yo también. La única forma de salvarnos era desvinculándose y solo había una forma de hacerlo. —Mi mamá cerró los ojos y agachó la cabeza con un dolor que era palpable—. Nadie se podía enterar del plan, solo lo sabíamos Salvatore, Santino, Luigi y yo. —Respiró tomando valor—. Se sembró el rumor de que dos cabezas no era lo mejor para la organización, así que, la última jerarquía pidió que fuera una sola cabeza. Dante le suplicó a Salvatore que jalara el gatillo para que todo pareciera una traición, cuando en realidad era un favor y la liberación de nuestra familia.

La respiración no llegaba a mis pulmones, a pesar de que intentaba respirar, el peso en mi pecho me inmovilizó y empecé a ver luces cegando todo a mi alrededor. Me iba a morir. Mi padre hizo que lo asesinaran por mí, por nosotros. Fue mi último pensamiento antes de que todo a mi alrededor se desvaneciera.

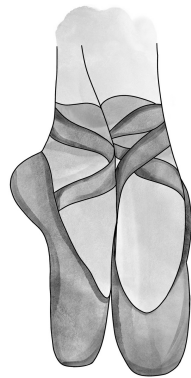
Mi cuerpo se sentía pesado, pero tenía la sensación que estaba levitando porque me estaba moviendo de un lado al otro sin esfuerzo alguno. Al principio me asusté, pero luego sentí un olor que recordaba de alguna parte y una superficie fuerte sostenerme llenándome de tranquilidad. Quería abrir los ojos y ver quién me sostenía, de dónde venía ese calor que me envolvía y acunaba, pero mis párpados se sentían muy pesados y me sentía muy cómoda como para esforzarme, así que dejé que la oscuridad me envolviera nuevamente.

Sentí algo, o alguien moverse junto a mí, mis pestañas empezaron a subir y a bajar mientras trataba de abrir los ojos. Todo a mi alrededor estaba oscuro, pero por el borde del *blackout* se filtraba algo de luz, de manera que pude reconocer mi cuarto, todo se veía igual: el escritorio, la puerta del closet, el estante lleno de libros, pero se sentía ajeno, era como estar en una piel que no era la mía. Todo lo sucedido se reveló en mi cabeza como las escenas de una película en cámara rápida y terminando en mi último pensamiento: “Mi padre hizo que su mejor amigo lo asesinara”. Espabilé varias veces alejando las lágrimas, respiré profundo y traté de jalar la sábana para ocultarme de todo, pero algo la sostenía estancada junto a mí. Me giré y me encontré con una cara hermosa, delicada y perfectamente simétrica, con un cabello corto que la enmarcaba, recostada sobre la almohada junto a la mía, Sofía dormía girada hacia mí. La sábana estaba enroscada en sus piernas y su brazo reposaba sobre el mío, como si me quisiera sostener en el lugar. Después de hablar con mamá no recordaba nada, solo una tranquilidad envolverme, pero no sabía cómo había llegado hasta mi cuarto, ni que más había pasado y ahora tenía pavor de moverme, tener que levantarme y afrontar mi realidad.

No pude sostener más las lágrimas que empezaron a bañar mi rostro, ni el subir y bajar brusco de mi pecho a causa del llanto desconsolado. Sentí la mano posada sobre la mía apretar su agarre, sin decir nada, Sofía me dejó llorar, su único consuelo fue el apretón de su mano y era lo único que necesitaba por el momento, porque me urgía vaciar todo lo que apretaba mi pecho. Lloré por el sacrificio de mi padre, por el dolor que le causó a mi madre y a mi hermano, por la vida que le tocó a Aless y la injusticia de haberme librado de ella mientras otros estaban atados a ese infierno, por la soledad de todos los que estaban en esa vida, porque odiaba y admiraba al hombre que disparó a mi padre y porque sentía que todo el sacrificio había sido en vano, porque como dijo mamá, no hay fecha que no llegue, ni plazo que no se cumpla, y sentía que, a pesar de los esfuerzos de todos, el mío había llegado.

CAPÍTULO 8

Tócala y muere



Michaela

Habían pasado dos semanas desde que me enteré de la desgarradora verdad. Si antes creía que mi vida se había dividido en dos después de la muerte de mi padre, había sido una pretenciosa. Desde aquella madrugada, dos sábados atrás, y con pocas horas de sueño, pasé de un estado de tristeza profunda a una rabia que me consumía contra el mundo y sus injusticias, pero, en especial, con mi padre, y esa era la peor parte porque él ya no estaba para reclamarle. Lo que me hacía sentir aún peor por tener esos sentimientos hacia una persona que había hecho todo para salvarme, pero es que, ¿acaso no tenía el derecho de decidir si quería ser salvada y pagar tan alto costo, o vivir condenada, pero sin tan enorme deuda acuesta?

—Mica, la borla va para otro lado —dijo Sofía, distrayéndome de mis pensamientos autodepresivos, tal y como había estado haciendo estas dos últimas semanas.

Ella se estaba quedando con nosotros desde entonces y, aunque quería soledad, su compañía no me molestaba en absoluto, no se afanaba en hacer conversaciones banales cuando lo único que quería era silencio.

—La pita de tu birrete —aclaró ante mi cara llena de confusión.

Descubrí que era una persona muy racional porque las pocas veces que pedí su opinión respecto a algo en particular, me iluminaba con la parte más lógica de todo el caos que nos envolvía; sin embargo, mostraba una simpatía sincera sin llegar a ser empalagosa.

—¿Crees que los otros primogénitos me odian por tener una oportunidad que ellos no? —pregunté una vez.

—¿Cómo te pueden odiar por algo en lo que no tuviste decisión? Te recuerdo que tú no sabías, ni sabes nada de la organización, además, a la mayoría de ellos les gusta esta vida llena de poder, lo único que no les gustó fue que no había sido decisión propia, así que por mucho te pueden entender. Ninguno de nosotros escogió el camino que está andando, pero por lo menos podemos decidir cómo recorrerlo —terminó por decir, dándome algo para reflexionar.

Del resto, se la pasaba con mamá, preguntando una y mil cosas acerca de Angélica, a las que ella contestaba encantada. También, se dedicó a ayudar a Ben con matemáticas, aunque estuviera en vacaciones de verano. Lo ayudó a entender cosas de su año pasado, no era la parte favorita del día de mi hermanito y no entendía cómo lo había convencido, pero no existía un día, desde que Sofía estaba en casa, en que no se hubiera sentado con ella a practicar sus estudios. A mí me daba la impresión de estar conociendo a una persona totalmente diferente de la que había visto en el colegio, y no podía negar que me agradaba mucho.

Otra de las cosas que había descubierto de ella: tenía un léxico de profesor de lenguaje de universidad. Una vez que abrí su maleta en busca de ropa para lavar, encontré una *Kindle*, la abrí emocionada esperando encontrar los libros de romance que tanto amaba, pero, sorprendentemente, me encontré con libros de lenguaje avanzado y economía para genios. Luego descubrí que para donde iba llevaba el aparato para leer, aprovechando cada espacio libre para utilizarlo. Traté de recordar si había sido homenajeadada en el colegio por sus calificaciones y descubrí que había pasado como una estudiante normal. Pasé una noche completa dándole vueltas al asunto, lo que me ayudó a distraer la mente, y llegué a la conclusión de que no me importaba. Mi madre me dijo en una ocasión que no somos los mismos con todo el mundo, que nuestra actitud depende de con quien tratábamos y a mí me gustaba la actitud de Sofi conmigo, ella y yo compartíamos una historia y, al parecer, también íbamos a compartir un futuro.

Ella me generaba calma en esta tormenta y era, sin duda, un apoyo incondicional, así que no la iba a cuestionar. La única parte que no me gustaba de ella era su hermano, del que, de hecho, no sabía nada desde aquel sábado. Según Sofía, después del ataque de nervios que me llevó al desmayo, Mamá lo llamó y vino a mi rescate en tiempo record, no lo dudaba, manejaba como loco. Llegó a casa con el médico de confianza, en su lenguaje, uno que estaba dentro de la nómina de la Sacra Corona Unita. Su padre y Gabriele me llevaron a mi cuarto y él no se marchó hasta un poco después de que salió el sol en el horizonte. Lo tuve tan cerca por un largo rato y no pude disfrutarlo, para colmo, desde entonces, no había tenido ninguna noticia de él y, aunque una parte de mi interior moría por verlo, la parte cobarde temía de su reacción hacia mí, la niña que cuidaron como porcelana, mientras a él lo rompieron completamente. No era justo. También temía de mi reacción al ver a su padre, Salvatore, ya que fue el mejor amigo de papá, según mi madre eran uno solo, ninguno se movía sin el otro y sí, yo entendía que lo sucedido fue petición de mi papá, pero eso no cambiaba el hecho de que había sido él quién disparó el arma.

Sofía misma giró hacia el otro lado la cuerda que desprendía el birrete de graduación, o como ella lo llamó: la borla, mientras que caminábamos en el pasillo del centro de convecciones de Evansville donde se iba a llevar la ceremonia de graduación del *High School*. Mamá caminaba junto a nosotras con Ben de la mano.

—Un momento —pidió—, necesito una foto de ustedes —dijo llena de emoción—. Algo que jamás pensé que tendría y menos en un día como hoy —susurró para ella misma.

Nos colocamos una al lado de la otra y sonreímos, en ese momento, vimos a Lilli y a Tiffany

pasar detrás de mamá y mirar a Sofía como si estuviera desnuda. Sabía que habían estado acribillando el celular de Sofía con mensajes a los que ella había respondido muy vagamente, también me enteré de que eran solo amigas en el colegio y en las fiestas donde fueron invitadas en común, pero nunca las llevó a su casa, ni iba a la casa de ellas, por obvias razones, prácticamente, todas las interacciones eran dentro de las cuatro paredes del enorme *High School* privado. Me entristecía pensar que Sofía llevaba una vida solitaria y me carcomía la conciencia solo de saber que así debió ser la mía. Sentí que pasó su mano por mi espalda y ensanchó su sonrisa, yo imité su gesto, porque si iban a hablar que hablaran con ganas.

—Una más —dijo mamá con el celular en la mano, aunque ya había tomado como cien fotos.

Observamos a las dos chicas torcer los ojos de tal manera que parecía que se iban a quedar metidos en su cabeza y sonreímos. Era mi primera sonrisa sincera desde aquella noche y se sintió bien, pero desapareció cuando vi a mi mejor amigo atravesar las puertas del enorme lugar.

—Creo que ya tengo suficiente material —declaró mamá, distrayendo mi atención de Jack, quien hablaba con sus padres.

—¿En serio? —preguntó Sofía de forma sarcástica, en un susurro que solo yo escuché, me imagino que sin querer herir los sentimientos de mi madre.

—Mejor me apresuro para tener un buen puesto. Date prisa, Ben —afanó a mi hermanito, quien estaba concentrado tratando de aflojar su corbata que claramente le incomodaba.

—Ahí voy, ma —dijo girando los ojos a sus espaldas.

—Nos vemos adentro —se despidió esta y tomó a Ben de la mano, prácticamente arrastrándolo para dirigirse a sus lugares.

Me giré para volver a ver a mi mejor amigo, llevaba la misma vestimenta que nosotras, solo que él lucía unas gafas oscuras que pensé que se quitaría dentro del recinto, pero no hizo ni el intento. Tal vez era algo que habían acordado todos. Mientras se acercaba, pensé con tristeza que así sería de ahora en adelante, no sabría nada de sus planes, no tenía derecho.

El domingo después de todo lo sucedido, Jack se presentó en mi casa con un círculo morado alrededor de cada ojo, cuando mamá abrió la puerta se hizo la sorprendida, aunque yo sabía que ella conocía a detalle lo ocurrido.

—¡Oh, Jack! —exclamó poniendo su mano sobre la boca—. Tienes que tener mucho cuidado por donde andas y no estar tomando bebidas con alcohol a tan temprana edad —declaró con fingida molestia, no era para nada el tono que me ponía los pelos de punta cada vez que se enojaba con Ben o conmigo.

Desde las escaleras donde estaba observando la escena en silencio, vi cómo Jack se sonrojaba por la vergüenza y la respiración se me empezó a acelerar por la rabia. Él resultó ser un daño colateral esa noche, pero no dejaba de ser injusto para él y para mí que, por primera vez en mi vida, me estaba viendo obligada a mentirle a mi mejor amigo.

Estaba claro lo crucial que era mantener este tema en total secreto. Lo único que mamá me había pedido era que nadie, absolutamente nadie, escuchara de mi boca algo sobre la Sacra Corona

Unita. No solo porque mantener la organización en la sombra era una de las razones de su poder, sino porque papá murió para librarme de un destino ligado a ella, involucrando a muchas personas en el proceso. No podía permitir que nadie más sufriera por mi culpa. Al final, quien no cree en el diablo es más propenso a ser tentado. Lo que me lleva a mi tercer punto, el que Jack lo supiera también lo ponía en peligro y en objetivo fácil para aquellos que querían arrancarme una verdad de la que se suponía que yo no estaba enterada.

Cuando me acerqué a él y vi sus ojos morados, las lágrimas se acumularon tras los míos. Lo estaba lastimando porque le iba a mentir, porque nunca más iba a poder ser totalmente sincera con él. Recordé el día en que murió papá y en cómo se quedó conmigo en la funeraria hasta que la cerraron, cómo me sostuvo el día que lo enterraron para que no me tirara en el hueco yo también y cómo la semana siguiente llegó todos los días con un helado diferente para consolarme. Lo quería tanto y sentía que lo estaba traicionando y que no tenía otra opción. Cuando me preguntó sobre lo ocurrido la noche anterior y que su último recuerdo fue verme subir al auto de un desconocido, tomé una respiración profunda para llenarme de valor, pero antes de que abriera la boca escuché a mis espaldas:

—Saliste corriendo hacia a Mica, que estaba en el auto de mi hermano —empezó a relatar Sofía en su usual tono de muñequita hueca—. Él caminó hacia tu encuentro, pero antes de que llegaras tropezaste con algo y, literal, te fuiste al piso de cara y te desmayaste. Fue impresionante e inquietante porque no creí verte tomar nada en toda la noche. —Alzó una ceja y lo miró de forma acusatoria.

—Solo tomé un mini cóctel gratis, no fue suficiente para emborracharme —se defendió enseguida, pero ella lo siguió mirando de forma incriminatoria—, de verdad fue solo eso y agua —siguió defendiéndose, aunque sus palabras empezaron a sonar dudosas hasta para él mismo, quien fruncía el ceño confundido—. Y al final, ¿cuál era el supuesto peligro por el que tenían que salir del club? —preguntó cambiando de tema, pero aún desconcertado.

—Que mi papá y mi hermano se enteraron que estábamos ahí, el dueño es amigo de la familia —le respondió ella enseguida y sin titubear—. Y como sabrás no tenemos edad para estar en un club —terminó de aclarar lo obvio.

—¿Y eso en qué involucra a Mica? No es como si tu hermano le fuera a pegar a ella.

Tragué en seco mientras unas imágenes de Aless dándome azotes en mi trasero invadieron mi mente. Sacudí la cabeza. «Terapia, necesitaba terapia».

—¿Te acuerdas que te comenté que Sofi y yo nos habíamos acercado en los últimos días? —hablé por primera vez, temiendo que, si continuaba en silencio, más pensamientos fuera de lugar llegarían a mí para volverme loca—. Descubrimos que mi mamá y su mamá fueron amigas, por lo que había una probabilidad muy alta que ella también se enterara.

—¿Fueron? —preguntó curioso.

—Mi mamá falleció hace diez años —dijo Sofía en su tono normal y Jack inmediatamente dio un paso hacia ella, pero ella dio un paso atrás, de manera disimulada, poniendo de nuevo distancia.

—Lo siento, no quería.

—No pasa nada. —La vi tragar saliva.

Increíblemente ella logró distraer a Jack y lo hizo dudar de su propia verdad. Terminó por decirle que Gabriele, el amigo de su hermano, le hizo el favor. Literalmente dijo así: “favor” de llevarlo a casa, mientras su hermano nos dejó a las dos en mi casa. Al final Jack dijo que no recordaba mucho y que, aunque sentía que una parte de la historia no encajaba, estaba feliz de que todos estuviéramos sanos y salvos. Él no tenía ni idea de que eso podía cambiar en cualquier momento.

Jack se apresuró a llegar hacia nosotras y nos envolvió en un abrazo que me llegó al alma, aunque a Sofía la incomodaba, lo supe cuando vi sus ojos abrirse de par en par y ponerse rígida. En estas dos últimas semanas él había tratado de acercarse a ella y aunque Sofi ya ni si quiera hablaba con su voz chillona y superficial delante de nosotros, todo era más cómodo y natural, era claro que ella lo veía como un amigo, aunque él estaba esperando algo más, algo que no iba a encontrar. Ella estaba lejos de su alcance, no porque fuera una plástica superficial en busca de un magnate que la pudiera comprar, sino porque su vida era diferente a la de él y ahora la mía también.

Me parecía que toda la situación le molestaba, al punto de que su actitud se había vuelto desconcertante. Una vez lo encontré en el baño de mi casa, tirado en el piso, sudando y temblando, cuando le pregunté al respecto dijo que no era de mi incumbencia y se fue sin decir más. Me tuve que recordar a mí misma que así era para no salir corriendo tras de él. Había empezado a poner algo de distancia entre los dos. Lo empecé a hacer de forma inconsciente, pero al caer en cuenta supe que era lo mejor, por lo menos para él. Podíamos ser amigos, pero no cercanos, no quería perderlo, pero tampoco ponerlo en peligro, así que eso era lo único que Sofía y yo le podíamos ofrecer: una relación de conocidos y muy a mi pesar, estaba funcionando porque cada vez lo veíamos menos.

Sofía puso la mano en su pecho y lo alejó con determinación, ocultando su incomodidad con su deslumbrante sonrisa y un saludo cordial.

—Hola, grandulón —lo llamó por el apodo que le colocó. Aunque ella y yo conocíamos verdaderos grandulones, fue un gusto ver su cara de felicidad la primera vez que lo llamó así—, ¿listo para lanzar el birrete? —Sonrió con encanto, pero antes de que respondiera un hombre desconocido, alto, rubio, de ojos oscuros y en traje, saludó.

—Buenas tardes, chicos. —No recordaba haberlo visto en ninguna parte y cuando observé a Sofía negar con su cabeza, supe que ella tampoco. Lo volví a observar, pero algo en él me llenaba de desconfianza.

—Soy el oficial Black —se presentó, dejándome en una sola pieza—, y me gustaría tener unas palabras con ustedes —dijo con una amabilidad que se sentía más falsa que los senos de Tiffany. Mi corazón se empezó a acelerar. Sofía, a mi lado, actuaba con la misma tranquilidad de siempre, aunque el miedo se pintaba en su mirada. Empecé a tratar de regular mi respiración para verme igual de tranquila que ella, cuando sentí un cosquilleo eléctrico recorrer mi cuerpo.

—¿Algo en que le pueda ayudar, oficial? —dijo una voz fuerte, a las espaldas del desconocido haciendo que una sensación de alivio me envolviera. Increíble que, como siempre, solo la presencia de Aless lograra ahuyentar todos mis miedos.

Alessandro

Entré al lugar que yo mismo diseñé hace algunos años. El centro de convenciones ultramoderno, con una arquitectura vanguardista y futurista que lo hacía destacar, aunque no podía dejar de pensar en que lo hubiera podido haber hecho mejor.

—Déjalo —dijo mi padre, quien caminaba junto a mí—. En las imperfecciones también hay belleza. Tienes que dejar esa costumbre de exigirte más, cuando siempre lo das todo —sentenció, como si fuera tan fácil, como si nunca me hubiera exigido ser el mejor: el mejor en la escuela, el mejor peleando, el mejor disparando, el mejor negociando, no se esperaba menos de la próxima cabeza de la organización.

Tragué en seco y alejé el pensamiento, recordando que para sobrevivir en esta vida no se puede ser otra cosa que el mejor. Asentí con la cabeza, crucé los brazos sobre mi pecho y me recosté sobre la pared junto a la pequeña puerta por la que habíamos entrado, mucho menos transcurrida que la puerta principal. Estábamos esperando a Santino y a Gab que, por alguna razón inexplicable, había insistido en venir.

Por mi parte, no me quejaba, ya que era la primera vez que iba a ver a la *piccolina* desde aquel sábado y su apoyo no iba a estar de más. Recordé estar sentado frente a mi padre, discutiendo entre todos, la mejor manera de hacer creer a la última jerarquía que Michaela no conocía nada acerca de la Sacra Corona Unita, tarea que no generaba complicación, porque hasta el día de ayer ella no conocía nada, cosa que, claramente cambió en las últimas horas, pero nadie más que nosotros teníamos por qué saberlo. Estábamos acordando decir que lo único cercano de la *piccolina* con nosotros era su amistad con mi hermana, que, por una maldita coincidencia de la vida, terminaron estudiando en el mismo *High School*.

Quedamos, a pesar de que yo no estaba tan convencido, en no acercarnos ni brindar vigilancia, ya que se vería sospechoso y hasta el momento no parecía que hubiera algún peligro. No estaba totalmente de acuerdo y me mataba saber que alguien se podía acercar a ella y que estuviera sola, pero tampoco podía negar que eso era lo más razonable. Terminaron de convencerme cuando el celular de Luigi sonó, lo agarró de su bolsillo y abrió los ojos de golpe al observar la pantalla, tenía sus emociones totalmente descontroladas, o algo grave había pasado porque, usualmente, el hombre es un témpano de hielo.

—Señora —respondió y algo en su tono me heló la sangre—, enseguida —terminó por decir finalizando la llamada. No sé en qué momento me puse de pie, pero estaba parado y agarrando el escritorio de mi padre como si mi vida dependiera de ello.

—¿Qué? —pregunté yo, antes de que cualquiera hablara.

—La señora Lucy —respondió, observando directo a Salvatore. Cerré los ojos y respiré profundo, si algo le estaba pasando a Michaela hoy iba a rodar sangre, y mucha—, algo pasó con Michaela, pidió un doctor.

—Cazzo —prácticamente gruñí mientras tiraba la silla detrás de mí y caminaba hacia la pequeña casa para mis hombres. No me importaba si Bruno se moría desangrado, hoy el único

trabajo del doctor era que mi *piccolina* se pusiera bien de lo que fuera que tuviera.

Para suerte de Bruno, cuando salí de la mansión con mi padre, Gab, Santino y Luigi detrás de mí, el doctor ya se estaba subiendo al auto. En el momento en que me vio se detuvo en seco, cuando yo prácticamente corría hacia él.

—Espero que tengas todo lo que necesitas ahí —dije gruñendo y señalé el maletín que llevaba en la mano—, porque si le pasa algo a la paciente a la que te voy a llevar por negligencia, la muerte será tu único anhelo —terminé por decir mientras señalaba mi auto.

Observé que mi padre ordenó a Santino y a Luigi quedarse atrás, mientras él subía al auto de Gab. La mansión estaba aproximadamente a quince minutos de la casa de la tía Lucy, pero bastaron ocho minutos para llegar hasta ella. Bajé del auto que apenas y alcancé a parquear, ni siquiera esperé a que las puertas se terminaran de cerrar cuando yo ya estaba abriendo la entrada principal con mi navaja mientras que el doctor corría detrás de mí, agitado y sudoroso.

Con el corazón palpitando como si hubiera consumido café y un gramo completo de cocaína, atravesé las puertas de la casa. Observé todo alrededor: la sala a mi derecha, unas escaleras al fondo, al lado la cocina y frente a esta un comedor, pero no pude detallar más nada porque en el piso junto a este, estaba Sofi con ojos alarmados viendo a la tía Lucy poniéndole un trapo a Michaela en la nariz, quien estaba tendida e inconsciente en el suelo. No lo pensé dos veces y corrí hacia ella, tomé su pulso y sentir su palpar calmó un poco el mío.

—¿Qué pasó? —pregunté antes de levantarla, no quería empeorar las cosas.

—Creo que fue la impresión de la verdad —respondió la tía Lucy, con algo que reconocía como remordimiento.

—No te preocupes, tía, va a estar bien —traté de reconfortarla y al mismo tiempo convencerme a mí mismo—. ¿Cuál es su cuarto? Aquí está el doctor para verla.

—¿Qué ocurrió? —preguntó mi padre, entrando a la casa con Gab junto a él. Me observaron con Michaela entre brazos, vi la preocupación en los ojos de mi padre y algo oscuro pasar por la mirada de Gab.

—Será mejor que guardes esa puta mirada para ti y que jamás en la vida vuelvas a verla así, porque me importa un demonio toda esa mierda de la amistad. Te mato —sentenció.

Mi padre me miró con recelo, la tía Lucy con algo parecido a la fascinación y Gab solo se puso pálido. Caí en cuenta de mi error—. Está desmayada, maldita sea —traté de sonar menos molesto, aunque no creía haberlo logrado. Pero mientras mi padre y la tía Lucy me observaban de la misma manera, Gab solo sonrió con su despreocupación normal.

—Yo no miro lo que es de mi amigo —dijo este, dejándome saber que solo fue una prueba y que, si antes lo creía, ahora estaba convencido. Si tuviera las manos desocupadas le hubiera sacado el dedo del medio y mandado al infierno, pero como en mis brazos tenía lo único que me preocupaba en el momento, lo ignoré y me giré hacia mi hermana, quien se ofreció a mostrarme el camino al cuarto. La coloqué con cuidado en su cama, Sofi se quedó afuera y el doctor entró detrás de mí.

—Si quiere se puede salir mientras la reviso —propuso el imbécil. Observé a mi

piccolina tendida en su cama con una camisa que apenas le cubría las nalgas, los pezones marcados en dicha camisa, dejando claro que no tenía *brasier* y una sonrisa asesina apareció en mi rostro—. No, no quiero y más le vale que el chequeo se rápido y eficiente.

No me despecué de ella ni un segundo, mi padre y la tía Lucy entraron para escuchar el diagnóstico del médico y responder unas preguntas, y ahí estuve con ellos. El doctor encontró signos de deshidratación y llegó a la conclusión de que sufrió un ataque de nervios que su cuerpo no soportó por la condición en que se encontraba. Me quedé en su habitación sentado junto ella, en su cama, que se veía muy pequeña para sostenernos a los dos, pero en el momento no había una puta cosa en el mundo que me pudiera alejar de ella, detallé su entorno: un escritorio ordenado, un pequeño estante lleno de libros con títulos ridículos que no reconocía, una puerta para el closet y otra para el baño. Todo decorado en tonos pasteles y, aunque en el momento todo estaba oscuro, la luz de la luna se filtraba por los lados de la persiana dando un poco de claridad que me permitía observarla.

Su perfil delicado, sus pestañas que reposaban en su cara, sus cabellos que se extendían en la cama, su figura menuda y al mismo tiempo llena de curvas, no era una persona bajita, pero comparada conmigo se veía frágil. La luz que se filtraba bañaba mitad de su cuerpo y lo encontré revelador, ella era un ser de luz y la oscuridad la estaba acechando y yo era parte de esa oscuridad por eso lo mejor era alejarme.

Con un peso extraño en mi pecho me levanté de la cama, dándole el lugar a mi hermana, me giré una última vez viendo cómo las dos se sostenían y juré en mis adentros salvarlas de este mundo, así fuera lo último que hiciera. Estaba en busca de mi padre, Gab y la tía Lucy, cuando en el pasillo me tropecé con un pequeño hombrecito que era el vivo retrato del tío Dante, ahora lo reconocía y me sentía como un imbécil por no haberlo hecho antes, pero no había forma de que siquiera me lo imaginara. Me observó desde su pequeña estatura con ojos soñolientos.

—¿Quién eres y qué haces en mi casa? —preguntó a la defensiva, despertándose por completo—. Te juro que, si le has tocado un pelo a mi hermana, te mato —amenazó, logrando que una enorme sonrisa se dibujara en mi cara, era tal cual, como el tío, lo llevaba en la sangre y, tal vez, con el tiempo podría llegar a ocupar el lugar que le correspondía, pero por ahora mi prioridad era que viviera su niñez—. Tranquilo, pequeño, no le he tocado un pelo a tu hermana.

«Lastimosamente», pensé con ironía.

—Pero está muy bien que la cuides, para eso son los hermanos —agregué.

—¿En serio? —preguntó sorprendido, mientras yo juntaba mis cejas y lo observaba curioso—. Es que mamá dice que no debo hablar así, que está mal —aclaró—, que mejor debo concentrarme en mejorar mis notas y yo odio las matemáticas. Mucho más desde que papá no está para explicarme —dijo lo último en un susurro.

—¿Cómo es tu nombre? —pregunté, para tratar de ganar su confianza.

—Benjamín —contestó seguro.

—Bueno, Benjamin, vamos a hacer un trato —empecé diciendo, mientras él me observaba con mirada curiosa—. Dime algo que quieras mucho, más que cualquier otra cosa. —Reflexionó por un segundo y luego dijo:

—Lo que más quiero en la vida ni tú ni nadie me lo pueden dar. —Y ya me podía imaginar a qué se refería, pero antes de que dijera algo continuó—: Pero hay algo que me gustaría mucho, quiero ir a ver jugar a Messi, su equipo viene a Chicago a finales del verano. —Además, era un puto negociante, con tan solo nueve años y tenía claro qué quería y qué no. Me agradaba el pequeño.

—Perfecto —empecé a decir, logrando que sus ojos se iluminaran—. Yo te llevo, pero —dije y la luz en sus ojos se apagó—. Benjamín, sabes que un trato tiene dos partes, ¿no? La mía es llevarte al partido y la tuya va a ser estudiar matemáticas una hora al día hasta que te niveles en las clases.

—¿Qué?! —prácticamente gritó.

—Sí, pero vas a tener una profesora muy especial —frunció las cejas con sospechas—. Mi hermana, pero como tú proteges a la tuya, yo protejo a la mía que es muy bonita, no podrás tocarla y tendrás que respetarla, solo hablarás con ella sobre las clases —dije tratando de llamar su atención.

—Creo que tienes la mejor oferta del mundo, amigo. —Escuché decir a Gab a mis espaldas y algo en su voz sonó diferente, pero luego agregó—: Yo no la rechazaría —continuó con su habitual sonrisa y tono despreocupado.

Benjamín observó a Gab, ahora junto a mí y luego miraba mi cara, indeciso.

—¿Qué dices, tenemos un trato? —presioné.

—Más te vale que las sillas del partido estén pegadas a la cancha —dijo aceptando mi trato y haciéndome sonreír y para mi sorpresa, a Gab también, unas putas sonrisas de verdad.

Después de dejar a Ben, Gab y yo nos dirigimos hacia mi padre y la tía Lucy. Terminamos de hablar lo acordado, no iba a haber ningún acercamiento desde ahora en adelante y que el único vínculo entre nosotros y la familia del tío Dante iba a ser Sofía. Después de abandonar la casa como si fuera un recinto sagrado que un demonio como yo no soportaba, me alejé. Desde ese día me concentré en los negocios y en tener sexo con cada mujer que encontraba, sexo rudo, cualquier cosa para sacarme de la cabeza unos ojos como una miel líquida que quemaba, pero ninguna mierda servía, me moría por tener la marca de su quemadura, cada mujer con la que estaba le ponía su rostro, no las dejaba ni hablar porque ninguna sonaba como ella y siempre con la cabeza hacia el suelo para no tener que verlas, hasta hoy.

Ahí recostado en la pared del centro de convección, recorrí el lugar con mi vista hasta que mis ojos se posaron sobre dos niñas vestidas con togas de graduación, una al lado de la otra, abrazadas, mientras la tía Lucy les tomaba fotos. Un calor extraño me recorrió el cuerpo, las observé sonreír y algo ligero invadió mi pecho.

—Parece que lo de amigas cercanas va bien —dijo Gab que acaba de entrar al lugar—. Nunca vi a tu hermana actuar así con alguien que no fuera de su familia.

—Así debió ser siempre —declaró mi padre.

—¿Es que acaso tú observas mucho a mi hermana? —pregunté para molestarlo, sabía a qué se estaba refiriendo. Cuando no dijo nada, agregué—. A ti también te trata así.

—Pensé que yo también era parte de la familia —respondió, mientras fingía ofenderse, pero no pude agregar más nada, porque en ese momento, el imbécil bueno para nada amigo de mi *piccolina*, llegó y puso sus brazos alrededor de ella y de mi hermana. Vi el cuerpo de mi hermana tensionarse, sabía que evitaba el contacto físico y una tristeza que no entendía bañó los rasgos de mi *piccolina*. Empecé a abrir y a cerrar los puños tratando de controlar la rabia y, sin pensarlo, empecé a andar hacia ellas.

—Yo mejor voy a buscar puesto —dijo mi padre a mis espaldas, desapareciendo con Santino. Asentí con la cabeza sin observarlo y respiré tratando de controlar mi ira, pero no fue hasta que vi un hombre con traje barato que reconocería en cualquier lugar acercarse a ellos, que empecé a ver rojo. El detective Black, uno de los lame culos del tío Simone estaba tratando de hablar con ellas y yo, solo quería cortarle la lengua por intentarlo.

—¿Algo en que le pueda ayudar, oficial? —pregunté, tratando de controlar la puta rabia hirviendo dentro de mí.

Este giró su cabeza y me observó con una sonrisa cínica que, felizmente, se la borraría con mis propias manos, pero respiré y aunque no sonreí, lo observé con pasividad, analizando y tratando de no mostrar ninguna alteración en mi rostro.

—Solo quería cruzar unas palabras con los chicos —trató de explicar de manera despreocupada.

—Pensé que para eso se necesitaba la presencia de un abogado —dije como un hecho y no como pregunta.

—De hecho, no —respondió el hijo de puta con deseos suicidas y me observó con el ceño fruncido, fingiendo consternación ante mi falta de conocimiento. Imbécil, claro que lo sabía, pero no contaba con que él también lo supiera—, todos aquí somos mayores de edad y podemos tener una conversación, es solo eso.

Observé a Gab situarse al otro lado del círculo que habíamos formado, entre mi hermana y Michaela, mientras que yo estaba al frente junto a Black y al imbécil amigo de las chicas que observaba todo en un silencio expectante.

—Entiendo —arrastré la palabra—, pero como se puede dar cuenta, estamos en su ceremonia de graduación —señalé a mi alrededor—. Mi hermana y sus amigos no están para eso justo ahora.

«Ni nunca, por lo menos mientras estuviera mis manos».

—Me doy cuenta y me disculpo por la interrupción —pretendió apenarse—. De todos modos, me gustaría... Se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón e inmediatamente imité su gesto.

Observé a Gab halar a Michaela hacia él mientras envolvía a mi hermana de forma protectora con su brazo y esa misma mano la llevaba hacia su arma. Todo pasó muy rápido y la mirada del

detective solo siguió sus propios movimientos, hasta que sacó una billetera que sostenía en su mano; la adrenalina que ya había empezado a correr hacía que sintiera el palpar del corazón en mis oídos. Me fijé en cómo el detective sacaba una tarjeta que dirigió hacia mí, junto con su mirada, actuando con rapidez arreglé la correa que reposaba mis pantalones y lo observé sin intención alguna de tomar el papelito en sus dedos; pasó un segundo que se sintió muy largo y nadie se movía, hasta que el idiota amigo de mi *piccolina* tomó la tarjeta.

—Dejarles mi tarjeta —terminó por decir Black, mientras subía y bajaba las cejas con suspicacia—, para cuando crean que es un buen momento para charlar.

—Gracias —respondió el imbécil con la tarjeta en la mano. Todos los demás permanecemos en silencio.

—Y felicidades —dijo el detective mirando directo a las chicas que estaban aún en la posición en la que Gab las había puesto: mi *piccolina*, con ojos vidriosos del miedo, pero con el rostro tranquilo, detrás del brazo de Gab y mi hermana con una sonrisa tranquila, pero sus hombros tensionados, envuelta en el otro brazo de mi amigo.

—Gracias —respondieron las dos con voz segura, como si por dentro no estuvieran temblando. Mientras que yo solo quería cortarles la lengua por intentar hablarles, y los ojos solo por mirarlas y ponerlas en esta maldita situación en el día de su puta graduación.

El detective inclinó su cabeza hacia Gab, luego hacia mí y se giró para marcharse. Lo observé detenidamente hasta que abandonó el lugar. Mi hermana se desinfló totalmente en los brazos de Gab, quien ahora estaba tensionado mientras que ella se recostaba en su pecho, pero la sostuvo en sus brazos, y mi *piccolina* dio un paso atrás mientras centraba su vista en las manos que movía de forma nerviosa, sin mirar nada más.

—Qué detective tan raro —el imbécil rompió el silencio—. ¿Quién viene a una ceremonia de graduación a querer charlar con unos chicos de nada en específico? — Se quedó pensativo—. Porque nunca dijo de qué quería hablar, ¿verdad?

«Alguien que quiere intimidar, que quiere que sepamos que están ahí». Pero no vociferé mis pensamientos en voz alta.

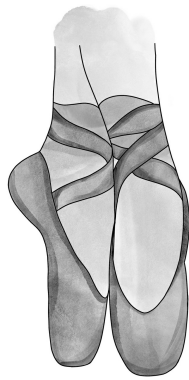
—De pronto es sobre nuestra visita al club —declaró mi hermana, tratando de distraer al idiota que estaba muy pensativo—. Juro que jamás vuelvo a ir a un lugar así, por lo menos hasta que tenga edad.

—Ya lo veremos —respondió él levantando una ceja en forma persuasiva haciendo que mi amigo frunciera el ceño. Nunca había sido testigo de un ligue de mi hermana, aunque estaba claro de que los tenía, pero evitaba la incomodidad de presenciar algo como eso, ya que me imaginaba que era tal cual como mi amigo se sentía ahora.

—Tranquilo, grandote —le pidió ella al imbécil que se le iluminó la maldita cara al escuchar el apodo. Me pregunté si a Michaela le gustaría mi sobrenombre para ella, pero alejé el pensamiento.

CAPÍTULO 9

Confidencias



Michaela

Por fin pude salir del salón donde se llevó a cabo la graduación, la cantidad de estudiantes y familiares que se acumulaban en las entradas habían convertido el simple hecho de abandonar el lugar en una misión imposible. Suspiré.

Empecé a mirar a mi alrededor con nerviosismo porque, aunque estaba en busca de mamá y de Ben, temía encontrarme con otra cara conocida, pero no pude divisar a nadie entre la cantidad de gente. Me moví incomoda con la toga que me llegaba hasta los tobillos y quité el birrete de mi cabeza ya algo cansada, solo quería salir de ese lugar. Caminé hacia los baños para quitarme lo que llevaba encima y solo quedarme con el vestido que llevaba bajo la vestimenta de graduación, escuché unos pasos alejándose, al fondo del pasillo donde se encontraban los baños, pero no vi a la persona que se marchaba. En ese momento, me encontré de frente con Sofi, que respiraba de manera irregular.

—Sofi, ¿estás bien? —pregunté, algo preocupada ante su estado.

La observé de arriba abajo: tenía las mejillas sonrojadas y su cabello, que siempre solía estar en su sitio, estaba algo despeinado. Puso su mano en su pecho y respiró profundo antes de hablar, tratando de recomponerse.

—Sí, todo perfecto —declaró, poniendo su sonrisa falsa, esa que unos meses antes creía que era real.

Quería preguntarle más, pero antes de que dijera algo, alargó su mano hacia mí.

—¿Tienes tu celular? —preguntó, confundiéndome con el drástico cambio de tema, así que solo asentí con la cabeza—. Porque Aless y papá ya se marcharon, pero tengo ordenes de darte el número privado de Aless, en caso de que el policía quiera tener otra charla.

Suspiré y giré los ojos. Sentía una mezcla de alivio y desilusión porque no iba a volver a ver a Alessandro hoy, pero, más que todo, detestaba que ese día el cual era para que Sofi celebrara con su familia, la hubieran dejado sola y que, además, se haya vuelto otro asunto mío. Dejé todos esos pensamientos carcomiéndome por dentro y saqué el móvil de mi pecho, y lo extendí hacia ella, quien me observaba de forma inquisitiva.

—¿Qué?, no tenía donde más ponerlo. —Se lo entregué y entré al baño a cambiarme.

Salí del cubículo con mi toga y birrete en manos, aliviada por usar solo mi vestido y me encontré con Sofi exactamente igual: con todo en mano. Me entregó mi celular y al verlo, me fijé en que el número personal de Aless ya estaba en mis contactos. No sé si eso me dio fastidio o emoción, creo que lo segundo... para que me voy a engañar. Salimos juntas en búsqueda de mi madre y de Ben, que nos esperaban en las puertas del salón que ya no estaban tan concurridas.

—¡Ahí están! —gritó mamá emocionada y nos envolvió a las dos en un fuerte abrazo—, ¡felicitaciones! —nos dijo con una calidez que inundó mi ser.

Recosté mi cabeza en su hombro porque tenía las manos ocupadas. Mi mirada se cruzó con la de Sofi y la de ella me pedía sutilmente aprobación, asentí y ella también se acercó a mamá y se refugió en su cuello, agradeciéndole. Después de unos segundos se alejó, observé nuevamente a mi amiga y ahora se encontraba igual de sonrojada que como la encontré hace unos minutos en el baño, pero esta vez, el sonrojo estaba acompañado de una sonrisa que hacía brillar su hermoso rostro.

—Desearía con todo mi ser que mi mamá hubiera estado hoy conmigo —empezó a decir Sofi con voz temblorosa—, pero sé que donde sea que esté, se encuentra feliz de que esté con ustedes.

Tragué en seco ante sus palabras y me disponía a abrazarla, pero mamá fue mucho más rápida: depositó en mi mano lo que llevaba en las suyas y la abrazó con cariño.

—¿Ya nos podemos ir? —preguntó Ben, que había estado a un lado, en silencio, observando la escena—, tengo hambre.

—Sí, claro —contesto mamá, quien prefería pegarse mil veces en el dedo pequeño del pie, que escuchar que alguno de sus hijos tenía hambre—¿Quieren sushi?

—Me encanta la idea, es uno de los alimentos con más nutrientes como el omega 3 y vitaminas, y es bajo en calorías —empezó a hablar Sofi muy emocionada, hasta que notó que la mirábamos sorprendidos. La vergüenza cubrió su rostro. Me coloqué a su lado, pasé una mano por su espalda y la atraje hacia mí, abrazándola de medio lado.

—Es fabuloso tener la capacidad de guardar todo ese conocimiento supremamente útil —declaré con sinceridad, mientras mamá afirmaba con la cabeza y la sonrisa volvió aparecer en el rostro de mi amiga—. Vamos, que yo también tengo hambre.

Todos empezamos a caminar hacia el auto de mamá, para que nos llevara a disfrutar de una

velada donde, por unos momentos, no teníamos que pretender que no éramos lo que somos, no teníamos que cuidarnos con cada palabra que pronunciábamos y, al mismo tiempo, podíamos fingir que todo estaba bien, que no había nadie allá afuera acechándonos.

—Y después podemos llegar a casa a ver películas —continúe.

—Pero ya toca una película de ciencia ficción, algo que nos ponga a pensar —replicó Sofi de inmediato. Negué con la cabeza.

—No hemos terminado con los clásicos de rom-com. —La observé girar los ojos.

Al principio, se había opuesto rotundamente a ver las películas románticas clásicas con nosotras, pero después de notebook, quedó enganchada, estaba segura de que le gustaban, solo se estaba haciendo la interesante. Esta vez fui yo quien giró los ojos antes de que mamá interviniera a su favor.



Transcurrieron exactamente diecisiete días desde nuestra graduación y desde la última vez que vi a Alessandro. No es que los hubiera estado contando, pero quién puede olvidar el día que se graduó del *high school*, nadie. Aunque para mí, todo pasó como un borrón después del encuentro con el detective, el miedo, la sensación de seguridad, la ansiedad ante lo que podía pasar y luego la desilusión porque no volví a ver a Alessandro, no por mí, por supuesto que no, sino por Sofía que no tuvo la compañía ni de su hermano ni de su padre en un día como ese.

Ella había pasado cinco días en su casa y, aunque hablábamos y nos enviábamos memes todo el tiempo, la extrañaba muchísimo. No recuerdo cómo era mi vida antes de que ella llegara, pero entendía que necesitaba estar en su casa por un tiempo. No podíamos levantar más sospechas de las que ya existían, y también intuía que su ausencia tenía que ver con su creciente aburrimiento ante los constantes intentos de Jack por acercarse a ella de una manera más íntima. Sin embargo, hoy por fin regresaba. Estaba en la pequeña sala del patio trasero cuando escuché unos pasos acercándose hacia mí

—¿Estás sola? —preguntó observando alrededor de forma cautelosa.

—Sí —respondí, sabiendo perfectamente que la pregunta exacta era: ¿Jack está contigo?

La situación ya se estaba convirtiendo en algo muy incómodo para ella, que no quería ser grosera con él, pero ya no encontraba otra forma cordial de decirle que no quería salir a comer ni a bailar, al cine o, prácticamente, a ningún lugar a solas con él. Yo no conocía esa parte tan intensa de Jack, esa versión de él era totalmente nueva para mí y como yo estaba en la mitad, decidí ser Suiza, no opinaba, no comentaba ni ayudaba en nada. La vi soltar la respiración por la boca y relajar su postura.

—Salió con sus amigos del equipo de *basketball* —terminé de tranquilizarla.

—Menos mal. —Suspiró—. No lo tomes a mal —se disculpó enseguida—, pero la última vez casi le toca intervenir a Bruno y eso equivalía a que mi hermano se enterara y no queremos eso. —fruncí el ceño confundida.

Bruno era el guardaespaldas de Sofía y raramente se involucraba en la vida de ella, era un cuidador silencioso, pero si algo le parecía peligroso iba a intervenir a matar, más aún, después de que la última vez perdió dos dedos por no cuidarla bien. Me estremecí igual que cuando Sofía me contó las consecuencias para él, de que ella hubiera estado en un club de la organización, el remordimiento la atormentaba. Nada de esto era un juego y Jack tenía que entenderlo.

—No entiendo, ¿qué fue lo que hizo para llamar la atención de Bruno? —pregunté.

—Me agarró por el brazo, pero no de manera juguetona, me estaba lastimando. —Levantó la ceja de forma pensativa—. Últimamente es como si no tuviera control de sus actos, fue agresivo y se veía raro, como agitado —terminó de declarar mientras se sentaba a mi lado.

—¿Cuándo pasó eso? —pregunté, sin entender cómo no sabía nada.

Jack estaba cruzando la raya y no tenía ni idea de las consecuencias que podía traerle esa actitud con Sofía.

—El día que regresé a mi casa, me lo encontré cuando estaba subiendo al auto. —Sacudió un poco la cabeza—. Pero bueno, ya pasó, esperemos que no vuelva a ocurrir. —Luego me miró de forma fija—. Y tú, ¿cómo estás?

«¿Cómo estoy?», repetí la pregunta en mi cabeza y suspiré.

—¿Qué te puedo decir? —tragué en seco, tratando de pasar todo lo amargo que estaba sintiendo—. Sigo en mi autoconfinamiento, tratando de entender muchas cosas que, obviamente, no voy a poder porque no tengo toda la información. Mamá sabe muy poco y preguntarle a tu hermano es en vano porque él no va a ser, precisamente, un libro abierto, además, estoy tratando de superar el odio que siento por la humanidad, por el hecho de no entender —terminé la retahíla que fue expresar mis sentimientos, lo que se sintió liberador, aunque al parecer para Sofi era algo chistoso, porque la escuché reír.

—Sabes que la humanidad no tiene la culpa de nada de lo que te está pasando, ¿verdad? —dijo con una sonrisa, mientras yo hacía un puchero—. Para ser sinceras, hay problemas muchos más graves en la humanidad. —Inclinó un poco su cabeza, como cada vez que iba a decir un comentario híper duper inteligente—. Como los ochocientos veintiocho millones de personas muriéndose de hambre en el mundo, más o menos, o las cincuenta y seis guerras que se están desarrollando en este momento. —Luego fijó la vista en mí y agregó—. No quiero decir que lo tuyo no sea importante. —Sonó avergonzada—. Simplemente que todos tenemos problemas con los que lidiar y el mundo no tiene la culpa de eso.

—Entonces, en mi caso, ¿quién tiene la culpa? Ilumíname con tu sabiduría, Einstein, porque necesito a alguien a quién reclamarle, decirle unas cuantas palabrotas y porque no, manotear un poco.

—Primero que todo, no me llames Einstein. —Sonó un poco molesta, y me di cuenta que estaba empezando a desquitarme con ella, quien menos tenía la culpa de nada y quien estaba tan jodida como yo o peor, porque con ese hermano...

—Lo siento —me disculpé.

—No tienes porqué disculparte, solo, por favor, no me llames así —pidió en un tono más

amable—. Y no tengo la respuesta para eso. —La miré confusa—. De quien tiene la culpa —aclaró—, porque, a veces, nadie la tiene, pero sí te puedo ayudar a saber.

La miré sorprendida y espabilé varias veces, no había sido capaz de preguntarle nada, no quería causarle problemas, pero no estaba dispuesta a desaprovechar su ofrecimiento. La vi sonreír ante mi sorpresa.

—¿Estás segura? —pregunté, aunque no quería hacerlo, pues quería que me contara todo, pero tampoco quería ponerla en una situación complicada.

—Si te digo que no, ¿no me preguntarías?

—No —respondí con sinceridad—. Sé que es una situación difícil para ti y que hay muchas cosas que no puedes decir y lo entiendo. El hecho de que hayas sido un apoyo ha sido suficiente.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunté curiosa.

—Por apreciarme por lo que soy y no por lo que sé o por lo que tengo —declaró solemne, confundiéndome aún más, pero antes de que dijera algo, continuó—. Realmente, creo que el saber te puede ayudar a sanar un poco y pasar este estado autodepresivo —dijo como si tuviera una enfermedad contagiosa—, y las dos sabemos que ni mi papá ni Aless van a decirte nada.

Asentí, sabiendo que, como casi siempre, ella tenía la razón.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó en ese secuestro que hizo que mi padre quisiera alejarnos de la organización definitivamente? —pregunté sin rodeos, ella alzó una ceja y respiró profundo—. Es que antes sí estaba dispuesto a que hiciéramos parte de esa vida y luego ya no, algo debió haber pasado.

—Sí, pasó —contestó de inmediato—, no sé exactamente los detalles, pero sé que querían a la próxima cabeza de la última jerarquía.

—¿Cómo así jerarquía? —la interrumpí.

La observé botar la respiración por la boca y bajar los hombros.

—Ok, empecemos por el comienzo, La Sacra Corona Unita es una organización criminal italiana desde hace más de cuarenta años, también se le conoce como la cuarta mafia.

—Sofi —la interrumpí con delicadeza—, podríamos ahórranos la cátedra y los detalles innecesarios, por favor. —Sonreí con amabilidad.

—Sí claro. —Asintió firme con la cabeza—. El punto es que esta se compone de tres jerarquías.

Fue así como empezó una larga explicación de cada una de las Jerarquías, haciendo énfasis en las tres reglas de oro.

—Con tan solo 11 años, Aless estaba empezando su formación para ser la próxima cabeza y decidieron que tenía que ascender a través de cada una de las jerarquías, en ese

momento era solo un Pricciotti, junto con Gab y Leonardo, por lo que escuché —siguió su relato—. Y la Bratvá estaba luchando por terreno, como ahora, no es que la cosa haya cambiado mucho, pero en aquel entonces escucharon que ya se conocía la siguiente cabeza, sin saber exactamente quién era, se los llevaron a los tres, que siempre estaban juntos, entrenando o trabajando en la organización, ellos creían que si aplastaban la cabeza se moría el animal. Les pidieron que les dijeran cuál de los tres era el siguiente, o que les dijeran dónde encontrar la bodega con mercancía. No tengo los detalles exactos, pero sé que mataron a Leonardo con trece años.

En ese momento se me escapó un gemido de asombro, estaba tan perdida en su relato, que no me dio tiempo ni de ocultar mi reacción

—Pasaron tres días en manos de esos desgraciados y no es que nosotros seamos mejores, pero solo con la angustia de mamá cuando me lo contó, sé que debió ser horrible.

Sentí unos celos injustificados de que ella hubiera podido contar con una mamá que le contará y explicará, pero recordé que esa mamá ya no estaba y que ella se estaba tomando la molestia de contarme lo que más nadie había querido, que se había convertido en una amiga considerada, valiente y leal, lo que aparentemente, yo no era y me dieron ganas de ahogarme con mi propia lengua, ya que con mis pensamientos no podía.

—Aless y Gab llegaron con la espalda desgarrada, según me explicó mamá, como si les hubieran quitado pedazos de piel, le quitaron las uñas de los pies.

Mi corazón se llenó de dolor y de angustia por unos niños que ya eran adultos, pero que, no cabía duda, de lo mucho que sufrieron. Lágrimas inundaron mis ojos por la forma egoísta de mi padre para salvarme de una realidad que al final terminó encontrándome y por lo que padeció Aless que, claramente, había generado consecuencias en su actual ser, alejé el recuerdo de su mirada centrada en destruir a un hombre contra un *ring*.

—A Gab le quitaron el dedo pequeño del pie izquierdo, por arrancarle la uña, y a Aless le partieron las costillas, prácticamente no podía ni caminar —se le entrecortó la voz y la observé tragar grueso—. Hoy en día, vivo con el miedo de que algo así vuelva a pasar. —Bajó la mirada—. Mica, sé que tu padre no tenía derecho a tomar esa clase de decisión, pero lo entiendo —terminó por declarar—. Por eso es la insistencia del tío Simone de que el trato se cumpla a cabalidad, no comparto sus formas, pero entiendo que, si él perdió a su hijo primogénito, entonces pueda pensar que no es justo que el hijo de otro se salve.

—Ese es el punto, Sofi —la interrumpí por primera vez—, mi papá tomó una decisión egoísta, esperando que la verdad no me alcanzara y me dejó sola, asumiendo las consecuencias de su decisión, tratando de huir de una verdad que llevó atada.

—Te entiendo, créeme que lo hago, pero quiero que tu entiendas, Mica, que en esta vida todos jugamos un papel, uno que no escogimos y a ti te toca empezar a hacer el tuyo.

—¿Cuál es ese papel?

—El de la ignorante —declaró contundente—, tú no sabes nada, no has escuchado nada. Solo por cosas de la vida nos encontramos en el mismo *High school* y nos hicimos amigas, yo sin saber quién eres y, especialmente, tú sin saber quién soy.

—¿Y quién eres, Sofi? —no pude evitar preguntar.

—Yo soy la que juega el papel de estúpida —dijo con tristeza.

—¿Por qué? —Me escuché desesperada, y lo estaba, pero por entender.

—Porque hacer el papel de la inteligente es muy peligroso.

—¿Cómo así?

—Digamos que, en este mundo, ser rápida con los números y la mente, te da una ventaja y, ¿quién no quiere tener una ventaja?, pero yo no quiero ser una ventaja, yo solo quiero ser yo, pero tampoco puedo. —Cerró los ojos con tristeza—. A veces, hasta se me olvida quién soy. —Respiró profundo y volvió a abrir sus ojos—. Pero cuando estoy contigo lo recuerdo, cuando estoy con la tía Lucy y con Ben. —Sonrió con nostalgia—. Como cuando lo hacía con mamá.

—Siempre vas a contar conmigo para recordarlo —le dije con sinceridad y determinación.

—Y eso es exactamente lo que yo te ofrezco, conmigo puedes ser tú, para que nunca olvides quién eres, de dónde vienes y a qué perteneces. —Suspiró—. Esos son recordatorios importantes. —Una lagrima resbaló por su rostro—. Alguna vez te dije que tal vez no escogimos nuestro camino, pero si podemos elegir cómo recorrerlo y con quién —dijo lo último en un susurro—, porque es una vida solitaria, pero podemos escoger pocos acompañantes. —Extendió su mano hacia mí—. Si la pregunta es quién soy, la respuesta es tu amiga y tú, ¿quieres ser la mía?

Empecé a llorar de forma silenciosa mientras agarraba su mano, agradecida por tener a alguien en quien confiar, en una vida llena de engaños, trampas y pretensiones. Lloré por empezar a jugar un papel que no había escogido, pero que se me fue impuesto y lloré por última vez la decepción de un padre, el engaño y la culpa, era hora de levantarme y seguir adelante. En ese momento, decidí apropiarme de las cartas que me había dado la vida y jugar la mejor partida.

Estábamos sujetando la mano de la otra, encontrando un consuelo que necesitábamos y pérdidas en nuestros propios pensamientos que no nos dimos cuenta de que ya no estábamos solas. Escuché un carraspeo en la entrada del patio y me giré alerta, pero solo me tropecé con la mirada de Jack.

—Qué hermosa escena —declaró irónico.

No lo pensé, me levanté y empecé a caminar hacia él, tenía que advertirle que debía parar esa situación con Sofi, pero cuando llegué a él, me sorprendió tomándome del brazo de forma brusca y me acercó a su pecho.

—Parece que en ella confías lo que en mí ya no —gritó en mi oreja, luego me tiró en una silla junto a él y empezó a caminar hacia a Sofi.

Jack intentó agarrarla de la misma forma en la que me sujetó a mí, pero ella fue más rápida, se levantó del lugar y dio unos pasos hacia atrás ganando algo de distancia.

—Cálmate, Jack —le empezó a decir—, no sé qué te pasa, pero no estas actuando de manera correcta.

—Dime, Sofía, ¿cuál es la manera correcta de conseguir que salgas conmigo?, ¿cuál es la manera correcta para que mi mejor amiga siga siendo la misma y no me oculte cosas? —empezó a subir aún más la voz hasta que terminó gritando—. ¿De qué manera puedo lograr no sentirme

tan rechazado?

Sus palabras estaban impregnadas de dolor y angustia. Sus ojos parecían estar inyectados de sangre, se veía agitado y desaliñado. Algo en mí se rompió al verlo y escucharlo.

—¿Cuál es la manera, ah? —seguía gritando, me observaba tirada en el pequeño sillón y a Sofi del otro lado de la mesa en medio de la sala—. La manera para no sentirse rechazado hasta por tus propios padres, por la chica que quieres y, ahora, por lo único que tenía, mi mejor amiga.

Cerré los ojos y respiré profundo, ya no más llanto, tenía que ser fuerte y empezar a asumir mi papel, tratando de no lastimar a la gente que me importaba en el proceso.

—Yo nunca te he rechazado y nunca lo voy a hacer, Jack —empecé hablar, logrando que se centrara solo en mí—, tú eres mi mejor amigo y siempre lo serás. Créeme, solo quiero que estés bien, es lo único que busco.

Su respiración se empezó a calmar un poco y su vista se empezó a enfocar, algo estaba mal en él, estaba segura, el Jack que yo conocía jamás actuaría de esa manera.

—¿Entonces por qué estas actuando así? —preguntó con dolor—, ¿por qué ella no puede salir conmigo? —preguntó como un niño inseguro.

No entendía lo que estaba sucediendo con él, pero traté de explicarle como lo haría con Ben.

—Jack, no podemos obligar a la gente a que nos quiera como nosotros queremos ni a que actúen como nosotros deseamos —empecé a tratar de explicar—. Sofi te quiere como un amigo y eso está bien, nunca te ha hecho creer algo diferente y te ha respetado como tal. —Él miró a Sofi detenidamente—. Y, a veces, nuestros amigos tienen momentos en los que necesitan soledad para rearmarse y seguir adelante, todos pasamos por situaciones difíciles, y eso no significa que estemos siendo rechazados.

Se quedó en silencio por un segundo y su cuerpo empezó a vibrar.

—Sí, si lo hacen —empezó a hablar de nuevo—. ¡Me rechazan! —gritó—, pero ya no más, yo merezco el mundo.

En ese momento, empezó a caminar hacia Sofi y yo hacia él para impedirlo, pero se movía muy rápido y ella se quedó como paralizada. Jack estaba a punto de poner sus manos sobre ella cuando escuchamos el sonido de un disparo, vimos a Bruno y a mamá en la puerta del patio, este tenía un arma que desprendía un cable que estaba sujetado en Jack mientras lo electrocutaba. Jack cayó inconsciente al suelo.

—Escuché los gritos y pensé que lo mejor era intervenir —explicó mamá.

—¿Pero electrocutarlo? —pregunté preocupada mientras me agachaba junto a él.

—Fue lo menos peligroso que encontré —se defendió Bruno—, además, el chico está drogado hasta las trancas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté llena de preocupación.

—Estaba igual que la vez pasada: temblando, agitado, sin control de sí mismo.

—Sospechaba que algo ocurría, desde hace un tiempo comencé a pensar que no se encontraba bien—declaró Sofi.

—Será mejor llevarlo adentro — dijo mamá a Bruno, quien asintió con la cabeza y cargo a Jack como si fuera un bebe, sin importar su 1,80mts de estatura.

Cuando colocaron a Jack en el sofá de la sala, me giré hacia Bruno.

—Puedo pedirte que nadie se entere de esto —supliqué con mi mejor cara de ternero degollado.

—Lo siento, señorita, pero ya he informado —se disculpó, encogiéndose de hombros justo en el momento exacto en que el celular de mamá empezó a sonar.

Alessandro

Estaba en una reunión de contaduría, todo se escuchaba aburridísimo, pero era mi deber asegurarme de que los números estaban claros y que el dinero proveniente de la organización se había mezclado con el de la compañía sin problemas, ese era el trabajo de Gab y era el mejor en ello, pero mi trabajo era supervisar y, también, era el mejor en lo que hacía.

Estaba viendo el informe por escrito mientras Jonás, de contabilidad, un hombre de unos cincuenta años, que sostenía la falsa creencia de que hacía el trabajo de Gab y mucho mejor, cuando la realidad era otra, pero no nos importaba lo que creyera mientras las cosas resultaran como queríamos. En el momento él estaba en lo suyo, relatando lo que todos estábamos viendo en los informes, no decía nada que nos sorprendiera o que no supiéramos, pero justo en medio de eso, mi celular personal empezó a vibrar; al principio, dejé que se fuera directo al buzón de voz, seguro que era mi padre y podía llamarlo después del *show* del payaso de contaduría, pero el celular volvió a vibrar.

Cuando tomé el aparato en mi mano y observé la pantalla, mi corazón se aceleró. Estaba al tanto de que Michaela tenía mi número, como también sabía que ella debía llamar solo en caso de emergencia y eso fue lo que me hizo levantar de la mesa de juntas como un resorte sin siquiera disculparme por dejar el lugar. Era conocedor, por medio de mi hermana de que estaba tomando las cosas mejor, que había retomado su vida, que estaba saliendo de nuevo, volviendo a sus clases de baile y estaba viendo para aplicar a Juilliard. También me sentía más tranquilo porque el tío Simone, al no encontrar más nada sospechoso de ella, había perdido interés y estaba dedicado a implementar las muestras gratis de droga en cada uno de nuestros *clubs* alrededor de todo Midwest para generar el consumo desmesurado, así que no entendía qué podía estar mal, sin más rodeo acepté la llamada.

—Michaela —respondí, y sentí el órgano en medio de mi pecho acelerarse al escuchar su respiración entrecortada al otro lado de la línea. Algo no andaba bien.

—Aless... —la voz de mi *piccolina* llegó en un susurro quebrado—. Ayúdame... por favor... —El sonido de su súplica me atravesó como un cuchillo, ella no debería suplicar por eso, ni por nada.

La rabia empezó a arder en mi interior. Michaela, pidiendo ayuda. Mi mandíbula se tensó al

tiempo en que mis manos se cerraban en puños, buscando control. Estaba a punto de destrozar todo a mi alrededor.

—¿Qué pasa? —pregunté, tratando de aparentar una puta tranquilidad que no sentía y fallando totalmente en el intento.

—Entraron... —susurró, con la voz temblorosa—. Están destrozando todo... gritaban mi nombre mientras destruían el lugar, siguen llamándome...

La sangre me martillaba en los oídos. Cada palabra de mi *piccolina* se incrustaba en mi mente, alimentando la furia que crecía imparable. Quien quiera que fueran los malditos, iban a morir.

—¿Dónde estás? —pregunté, caminando rápido hacia Amelia sin perder un segundo.

—En el estudio de baile, queda en...

—Sé dónde está —la interrumpí, no podíamos perder ni un segundo.

Detrás de mí, escuché pasos apresurados. Me giré de golpe, listo para reventarle la cara a quien se atreviera a molestarme en ese momento, pero me encontré con Gab. Resoplé, tratando de no perder el control, y seguí caminando con él a mi lado.

—¿Sabes quiénes entraron? ¿Cuántos son? —le pregunté, intentando obtener información útil mientras el tiempo seguía corriendo en mi contra.

—No... no lo sé... apenas escuché sus voces, me escondí... pero siguen aquí, Aless. —se quedó en silencio por un instante, y cuando volvió a hablar, su voz era apenas un murmullo—. Y... tengo miedo.

Sentí como si me hubieran arrancado el aire de golpe. Me giré y, sin pensarlo, estampé el puño contra la pared más cercana, dejando un agujero en el yeso. Respiré hondo, tratando de contener la furia. Necesitaba claridad. Tenía que pensar con la cabeza fría.

—Está bien, *piccolina*, está bien tener miedo... —intenté tranquilizarla, aunque yo mismo no encontraba clama alguna, estaba ardiendo por dentro. Gab me miraba con sorpresa, pero en ese momento, me importaba una mierda lo que pensara—. Voy para allá. Todo va a estar bien. ¿Dónde estás escondida?

—En los cambiadores... al final de los *lockers*... hay una puerta del color de la pared... no parece una puerta, no se nota... es donde guardan las cosas de aseo...

—Muy bien, *piccolina*, lo hiciste perfecto —intenté infundirle algo de calma—. Ahora, necesito que me des un segundo.

—¡No me cuelgues! —me interrumpió de golpe—. No me dejes, por favor... —Volvió a suplicar con un dolor que sentía como propio, me estaba destrozando.

—Jamás te voy a dejar, Michela —sentencié, con una determinación que no permitía dudas. Sentí cómo su respiración se volvía más rápida—. No voy a colgar, pero necesito arreglar cómo llegar hasta allá. ¿Lo entiendes?

—Sí... lo entiendo...

—Buena chica. Aguanta un segundo más.

No alejé el celular ni un milímetro de mi oreja. Cada segundo que escuchaba su respiración, cada pequeño ruido de fondo era un recordatorio de lo que estaba en juego. De ahí nadie iba a salir vivo.

—Necesito el helicóptero listo en cinco minutos en la azotea —le ordené a Amelia, quien abrió los ojos de golpe.

—¿Cinco minutos? —preguntó, con sorpresa.

—Sí. Y si no está listo para cuando suba a la maldita azotea, tú y quien esté a cargo del puto aparato están despedidos. ¿Entendido? —grité, con la rabia quemándome por dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó Gab, hablando por primera vez.

—Michaela está en peligro —respondí, fue lo único que necesitó escuchar, se alineó conmigo en un instante, mientras que Amelia hacía lo imposible para que el helicóptero estuviera listo. En ese momento, agradecí rodearme de personas que sabían cuándo actuar con eficiencia y sin hacer preguntas.

Escuchaba la respiración agitada de mi *piccolina* al otro lado del teléfono, cada inhalación parecía una súplica de ayuda que se robaba mi propio aire, haciendo que la respiración se me dificultara. Sentía el pulso en mis sienes, cada latido me recordaba que el tiempo se estaba acabando. Subí con Gab por el ascensor, que me parecía el más lento del planeta en ese momento, y en cuanto llegamos a la azotea iniciamos una rápida carrera para llegar al helicóptero que nos esperaba más que listo.

—Sigues oculta, ¿verdad? —pregunté, mientras mis nudillos se volvían blancos sobre la palanca cíclica.

—Sí... —su voz era apenas un susurro—, pero sé que están cerca... los escucho caminar... Aless, por favor, tengo mucho miedo...

Un silencio incómodo se apoderó de la línea. Podía escuchar sus lágrimas contenidas, trataba de mantenerse valiente, pero sentía su angustia y era como un cuchillo que se clavaba en mi pecho.

Golpeé el cíclico con fuerza, la impotencia se acumulaba en mi pecho como una tormenta. Tenía que llegar a ella lo más pronto que me fuera posible.

—*Piccolina*, escucha con atención... —le dije con una firmeza falsa—. Si no te han encontrado hasta ahora, no creo que lo hagan, pero no se van a ir, los malditos saben que estás ahí y está bien, porque yo me encargare de ellos y te sacaré sana y salva, ¡te lo juro!

El helicóptero rugía en el fondo, pero la hora y media que me separaba de ella era una condena.

—No me cuelgues, Aless. No me dejes... —pidió, casi en un gemido. Cada palabra suya era una puñalada, una súplica que me rompía el alma.

—Jamás te voy a dejar, *piccolina* —respondí, sintiendo cómo mi garganta se cerraba. La promesa quedó flotando en el aire, ya que no estaba seguro de llegar a tiempo, pero ella necesitaba escucharla, y, más que nada, yo necesitaba creer lo que le prometía. Tomé aire antes

de continuar—. Pero tengo que colgar para volar este maldito helicóptero, y llegaré a ti en menos de lo que piensas. Solo aguanta, por favor. — Me escuché suplicar y yo nunca lo hacía, por nada ni por nadie, claro, eso fue ante de conocer a Michaela.

Corté la llamada, mientras observaba a Gab hablar por teléfono con Luigi y Santino que, lastimosamente, también estaban en Chicago, les ordenó tomar el *jet* para que se encontraran con nosotros, no era conveniente que nadie más estuviera involucrado, de todos modos, no era necesario porque yo mismo iba a acabar con todos. Luego de que terminara la llamada el silencio que se instaló fue más aterrador que cualquier palabra.

Después de una hora y treinta y cinco minutos, el helicóptero aterrizó en un claro fuera de la ciudad, a una distancia prudente del estudio de baile de Michaela. Gab y yo nos miramos, sabiendo que no podíamos acercarnos demasiado sin levantar sospechas. Necesitábamos un auto, y lo necesitábamos ya. Bajamos rápidamente del helicóptero y corrimos hacia la carretera principal. El sol de la tarde de verano brillaba en el cielo. Los pocos autos que pasaban por esa área lo hacían a toda velocidad, pero así tuviera que lanzarme encima de uno, no importaba, lo que fuera para llegar a mi *piccolina*.

Gab divisó un sedán negro acercándose, discreto, nada llamativo. Hice una señal rápida y nos pusimos en la mitad de la carretera. El conductor, sorprendido, frenó en seco, a un centímetro de donde nos encontrábamos y el claxon resonó en la soledad de la calle. Camine de forma apresurada hacia la puerta del conductor, mientras que Gab se quedó al frente impidiéndole el paso.

—¡Al suelo! —le grité mientras sacaba mi arma. El hombre, pálido como un fantasma, levantó las manos temblorosas sin ofrecer resistencia. Abrí la puerta del auto de un tirón y lo saqué con brusquedad, lanzándolo hacia el arcén.

—Por favor, no me hagan daño... —balbuceó el hombre, retrocediendo asustado. Sus ojos, grandes y aterrados, no dejaban de moverse entre mi rostro y el arma que sostenía.

—Cállate y no te muevas —le gruñí, metiéndome al asiento del conductor. Gab ya había tomado el asiento del copiloto, revisando rápidamente el tablero.

Puse el auto en marcha. El motor rugió y aceleré sin mirar atrás, dejando al tipo en la carretera, aún con las manos alzadas. Mi corazón latía rápido por la incertidumbre de lo que me esperaba, no fui capaz de llamar de nuevo a mi *piccolina*, no quería ponerle en riesgo por el timbre del celular, si no lo llevaba en vibrador, el sonido más mínimo podía revelar su escondite, así que me contuve.

—¿Lo tenemos todo? —pregunté, sin apartar los ojos del camino. Gab estaba trasteando con su laptop, desconectando las cámaras de seguridad alrededor del estudio de baile.

—Desactivadas. Nadie sabrá que estamos ahí hasta que sea demasiado tarde —respondió, en voz baja pero firme.

Pisé el acelerador con fuerza, el auto rugió mientras las luces de la ciudad comenzaban a aparecer a lo lejos. Cada minuto contaba. Mi mente solo estaba enfocada en llegar al maldito estudio, en deshacerme de esos hijos de puta y llegar a mi *piccolina*.

Cuando finalmente nos acercamos a la academia de baile, aparqué el auto robado en una esquina alejada, fuera de la vista de la entrada principal. Mi respiración se volvió más pesada, y sentí cómo la adrenalina se acumulaba en mi cuerpo, lista para explotar.

—Esto apenas empieza —dije, mientras Gab asentía a mi lado. Ambos salimos del auto con las armas listas.

Cada paso que dábamos hacia la academia se sentía como la cuenta atrás de una bomba. Sabía que, cuando entrara allí, no habría vuelta atrás.

Al llegar, notamos que el estudio de baile que se erguía frente a nosotros estaba destrozado. Los cuadros colgaban torcidos, con los marcos rotos; los espejos, que antes reflejaban a los bailarines, ahora eran astillas en el suelo. Vidrio, polvo y escombros cubrían cada centímetro del lugar, como si un huracán hubiese pasado arrasando con todo a su paso. Lo más perturbador de la escena eran las personas tiradas en el piso sin vida, una mujer con hueco en la cabeza, en medio de la destrozada recepción, a unos pasos de ella había un hombre, al parecer de la misma edad de Michaela y al otro lado una mujer mayor, cuya cara estaba irreconocible y cubierta de polvo. Sostuve la respiración, lo más importante era que ninguno de los cuerpos pertenecía a mi *piccolina*. Gab y yo avanzábamos en sincronía, cubriéndonos las espaldas mutuamente, una sola respiración equivocada podía alertar a los enemigos.

El ambiente era sofocante, la tensión subía como el calor en el verano: pegajoso y opresivo. Cada paso era una danza con la muerte.

De repente, una risa desgarró el silencio desde uno de los salones al fondo.

—Sabemos que estás aquí, preciosura —gritó una voz áspera, con una maldad palpable.

El sonido hizo que todo mi cuerpo se tensara. La sangre me hervía en las venas.

—Tarde o temprano tendrás que salir —dijo otra voz, con un tono burlón que me hizo apretar los dientes hasta que dolieron.

Gab y yo nos detuvimos en seco, nuestras miradas se cruzaron, y sin decir una palabra, entendimos lo que había que hacer. Nos pusimos uno a cada lado de la puerta de vidrio destrozada, Señalé cuatro con la mano hacia Gab, indicándole la cantidad de hombres que había logrado ver en medio del caos. Le hice un gesto para que se moviera al otro lado, con la intención de acorralarlos entre los dos. Los hombres se reían, convencidos de que tenían el control, ignorantes del caos que estaba por desatarse, seguían gritando, tratando de asustar a mi *piccolina*, cuando los que se iban a cagar en los pantalones y a suplicar sin resultado alguno eran ellos.

Nos movimos como sombras en la oscuridad, la mirada de Gab estaba afilada. Cada músculo de mi cuerpo estaba tenso, listo para atacar.

En medio de las risas, uno de los hombres golpeó una mesa con su bota, dejando caer varios pedazos de vidrio al suelo. El sonido reverberó en el salón, pero fue lo último que escuchó antes de que mi brazo se enroscara alrededor de su cuello como una serpiente. Su cuerpo se quedó rígido de la sorpresa, pero no tardó en comenzar a patear, buscando aire. El segundo hombre apenas tuvo tiempo de levantar su arma antes de que Gab le apuntara a la cabeza.

Los otros dos giraron bruscamente, sus ojos estaban abiertos de par en par, llenos de terror. Ahora era mi turno.

Fue entonces cuando uno de los hombres me llamó.

—Patrón, no sabíamos que usted vendría —dijo el hombre que reconocía como uno de los guardaespaldas del tío Simone. Qué equivocado estaba al pensar que el maldito lobo viejo había perdido interés.

—Yo tampoco pensaba que ustedes tenían órdenes de venir a molestar lo que es mío —dije entre dientes con una rabia que se podía sentir, mientras apretaba más el cuello del hombre entre mis manos y Gab disparaba a una mano y luego la otra del hombre frente a él.

—Eso es por tratar de agarrar lo que no es tuyo —dijo Gab con determinación, mientras el hombre gritaba de dolor y los otros palidecían.

—No sabíamos —empezaron a lamentarse todos.

Saqué un cuchillo de mi bolsillo.

—¿Eras tú el que gritaba? —nadie dijo nada, malditos cobardes—. Como nadie dice nada, asumiré que sí.

Presioné sus cachetes para abrir su boca mientras tomaba su lengua entre mis dedos y de un solo corte, se la arranqué. Escuchar sus lamentos fue música para mis oídos. En ese momento, uno de los hombres que estaba fuera de nuestro alcance, el que había permanecido en silencio, sacó un arma de su pantalón y comenzó a disparar. Una bala me rozó el hombro. Dejé atrás al tipo que sangraba por la boca y, sin perder tiempo, pisé con fuerza la mesa que antes habían pateado, levantándola para usarla como escudo mientras avanzaba hacia el que disparaba. Él retrocedía, pero aceleré el paso hasta quedar frente a él. Con la mesa como protección, le di un golpe directo en la cara, y con la otra mano, donde mi navaja brillaba, hice un corte rápido y profundo en su costado. Vi su rostro torcerse de dolor mientras intentaba dar otro paso hacia atrás, pero terminó desplomado en el suelo, incapaz de moverse. Sabía que había tocado un nervio crucial. La sangre empezó a brotar de su cuerpo, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en mi rostro.

Me giré justo a tiempo para ver a Gab, con una precisión escalofriante, hundir su cuchillo profundamente en el pecho del hombre que aún sangraba por la boca, justo bajo el esternón. Se apartó antes de que la sangre empezara a bañar el torso tembloroso del tipo, que intentó inútilmente detener la hemorragia. Gab me miró con su típica sonrisa arrogante y me guiñó un ojo. Maldito.

—Solo estábamos siguiendo órdenes —se justificó el último hombre que quedaba de pie.

—¿Sí? —pregunté con ironía, mientras me giraba hacia él y limpiaba la navaja en mi pantalón, aunque, realmente, necesitaba saber quién—. ¿Quién ordenó meterse con lo que es mío? —grité

—La señorita Francesca —prácticamente escupió con su cara pálida por el terror.

Maldita Francesca, esto le iba a salir caro a la puta desgraciada.

—¿Simone sabe algo? —pregunté, sin importarme fingir desinterés, ninguno de ellos iba

a salir vivo de aquí.

—No se hace nada sin que el señor lo sepa —dijo el mismo hombre.

—Por tu colaboración —saqué mi arma y le disparé en la cabeza, mi benevolencia era una muerte sin sufrimiento.

—Eres el hombre más compasivo que conozco —se burló Gab.

Estaban los cuatro hombres sangrando en el piso, cuando Luigi y Santino entraron al lugar.

—Quiero todos los cuerpos quemados, y este lugar debe estar como antes, como si nadie hubiera entrado—. Di un paso y luego retrocedí—. Para las víctimas, quiero que inventen una coartada para su desaparecimiento y que nadie sepa que murieron y, menos aquí.

—Entendido, patrón —dijo Santino, mientras Luigi asentía.

—Voy por Michaela, prepara el carro para irnos de una vez —le dije a Gab, quien, sin decir nada, solo se marchó a hacer lo dicho.

Caminé hacia los cambiadores, siguiendo la línea de los *lockers* hasta el último. En la pared, solo se veía la manija de una puerta que se camuflaba perfectamente con el color del muro. La intenté abrir, pero estaba cerrada por dentro, mi *piccolina* era una nena inteligente. De un solo jalón desbloquéé la entrada del pequeño closet de aseo, no se veía nadie, pero cuando vi hacia una esquina en el piso, un bulto rosado temblaba, mi *piccolina* estaba abrazando sus piernas y enterrando la cara en sus rodillas mientras su cuerpo se sacudía del temor, una escena que termino de destruir la poca calma que me quedaba. Me agaché junto a ella.

—Tranquila, *piccolina*, soy yo. —Pasé una mano bajo sus rodillas, la otra detrás de su espalda y me levanté del suelo con ella en mis brazos. Su cuerpo se relajó ante mi tacto—. Estoy aquí y todo estará bien, te lo prometo.

Al escucharme, comenzó a llorar de manera desconsolada, escondiendo su cara en mi cuello, la acerqué más a mí, sujetándola a mi pecho y empecé a caminar con ella hacia el carro, tenía que sacarla de aquí lo más pronto posible.

CAPÍTULO 10

Conspiración

Francesca

—¿Estás segura de que ese era el lugar donde iba a estar?

—Ya te dije que sí. —Crucé la pierna y acomodé mi postura en la silla que siempre me resultaba incómoda, pero teníamos que hablar del tema y el lugar más seguro en la casa era el estudio—. Su amiguito pasó por su dosis esta mañana y después de tener una seria conversación sobre su verdadero valor. —Me reí solo con recordar lo estúpido que sonaba el pobre imbécil, mientras le indicaba cómo complacerme con su lengua—. Y de darle unos cuantos consejos, dijo que su amiguita estaba actuando como si nada hubiera pasado y que llevaba una semana practicando en el estudio de danza al que asistía. Después de dejarlo hablar como una hora más. —Giré los ojos con desespero, por lo menos había ganado un buen orgasmo y él unas buenas clases de sexo oral—. Lo presioné por la dirección.

Después de enterarme de la existencia de la estúpida niñita y de la probabilidad de que Alessandro estuviera interesado en ella, empecé a investigar, la información es poder y yo quería poder destruirla. Lo primero fue revisar las cámaras del día de su vista a *Tentazione* donde me encontré con la sorpresa de que todas las grabaciones desde que ella puso un pie frente al enorme *club* hasta que se fue, habían desaparecido, pero bastaron solo quince segundos para verla saliendo del callejón, junto al *club*, con un muchachito con cara de imbécil que la seguía como un cachorro mientras ella lo llevaba a rastras. Mi padre la reconoció y yo empecé a investigar quién era el idiota.

—¿Estás segura de que te dio la dirección correcta?

—Sí —le aseguré, conteniendo mi ira. Me molestaba que creyera que, por ser mujer, no actuaba con la perfección que él buscaba—, antes de gastar el tiempo de nuestros hombres y recursos, llamé al lugar donde, con mucha amabilidad, me dieron excelentes referencias de la señorita Michaela De Luca.

Tal vez yo no era su adorado primogénito, pero era lo mejor que tenía: eficiente, inteligente e implacable, tal como me había enseñado, aunque a veces parecía que nada era suficiente. Ya era hora de que aceptara que era mucho mejor que el inepto de Valerio, pero todo era en vano, pues para él lo único que valía era que yo no era Leonardo.

—No sé si siga siendo buena idea seguir gastando mercancía en el inepto amiguito de la hija de Dante. —Frunció el ceño pensativo—. Hasta ahora no ha servido para nada.

—La información del estudio fue correcta. —Suspiré, sabiendo exactamente al punto al que quería llegar—. Como te dije, yo misma la confirmé. Pero del resto, dice que la niñita esa no ha dicho nada que hubiera podido cambiar en su vida y lo he tenido frente a mí, sobrio, drogado y, aun peor, necesitado de droga y lo único que dice es que sabe qué hay algo diferente, pero no

sabe qué.

—Eso no nos sirve para un carajo —dijo entre dientes

—Crees que no lo sé —dije igual de frustrada.

—La muerte de tu hermano no puede ser irrespetada, su vida valía más que la de esa pobre estúpida. —Eso era lo único que le importaba—. Tienes una semana más para sacarle la verdad al amiguito —ordenó—. Por ahora, envía a alguien al estudio a averiguar por qué no podemos comunicarnos con nuestros hombres.

«Sería muy sospechoso», pensé

—Creo que mejor voy a hacer una visita inesperada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mi padre con cautela.

—Voy a visitar a Alessandro. —Sonreí—. Si algo pasó, él es el único que puede estar involucrado.

—Ten cuidado —advirtió mi padre mientras tomaba un puro de la elegante caja en su escritorio—. El muchacho no es ningún idiota y si esa niña significa algo para él, va a matar por ella.

—La única que debe significar algo para él, soy yo —informé indignada y me levanté de la incómoda silla dispuesta a marcharme, pero antes escuché.

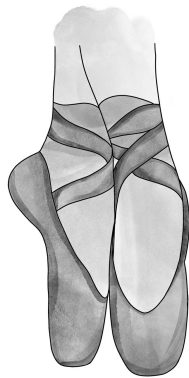
—Lo dudo.

Me giré para mirarlo y mi padre estaba con una sonrisa que me hirió hasta el alma, pero, como siempre, no lo demostré nada y me retiré imitando su sonrisa.

Una loba sabe lamer sus heridas a solas y prepararse para ganar la batalla y yo iba a ganar la mía, porque esa imbécil no era nadie y si lo era, iba averiguarlo, porque yo, como Alessandro, también sabía matar.

CAPÍTULO 11

Complicidad



Michaela

Cuando Alessandro me tomó en sus brazos fue el momento de mi quiebre, empecé a llorar desconsolada y sin pausa, para mi decepción, justo después de haberme prometido a mí misma no llorar más, pero el miedo de estar encerrada, el temor inmenso de que me atraparan, o peor, de haberme quedado ahí en esas cuatro paredes consumida por la oscuridad, fue desgarrador y terminó por romperme completamente.

Yo salí, como toda la semana a practicar en la academia, aprovechando que no había clases, estaba preparando mi rutina para aplicar para *Juilliard*, decidida a concentrarme en mi futuro y no atarme al presente, pero después de un tiempo de estar en *relevé*, *plié*, girando y sudando al ritmo de la música, escuché unos vidrios romperse. Los gritos de las otras personas en la academia me hicieron pensar, irónicamente, que había tenido "suerte" de estar ensayando justo el día en que decidieron atracarla. Pero esa idea se desvaneció en cuanto escuché a unos hombres llamarme por mi nombre, y uno de mis mayores temores comenzó a hacerse realidad. No sé cómo lo hice, pero dejé todo tirado y me encerré en el closet de los implementos de aseo, por algún milagro divino alcancé a tomar mi celular y en medio de la oscuridad del pequeño cuarto, y toda temblorosa, llamé a la única persona que me podía ayudar.

Después de un tiempo que me pareció eterno, ahí estaba en sus brazos, llorando desconsolada y sin tener una remota idea de qué pasaba a mi alrededor, solo sentía el movimiento mientras Aless me cargaba, el viento fuerte golpearme y luego el sonido de un carro, y ahí creo que perdí el conocimiento, hasta ahora, que escuchaba el fuerte sonido del viento y el ruido fuerte de un motor. Traté de moverme.

—Tranquila, *piccolina*. —Escuché la voz fuerte de Aless tranquilizarme, a través de unos aparatos en mis oídos—. Estamos en el helicóptero camino a mi apartamento en Chicago. —Ante sus palabras intenté alejarme de su agarre, pero no lo permitió, me mantuvo firme sobre sus piernas y abrazada por sus fuertes brazos—. Está bien, *piccolina*, necesitas descansar, ya después tendremos tiempo. —Empezó a sobar mi cabeza, haciendo que olvidara cualquier pregunta o duda que tuviera y dejándome en un trance que me llevó a un profundo sueño.

Luego, volví a tener lucidez, cuando escuché a una mujer levantar la voz. A pesar de que estaba envuelta en unas sábanas muy suaves, recostada en una cama demasiado cómoda y con un cansancio que me consumía, el sonido no pasó desapercibido.

—¡Después de pasar tantas noches juntos, ¿me sales con esto Alessandro? —gritó.

—Si por cada vez que tienes sexo con alguien tuvieras un compromiso, serías la mujer con más propuestas de matrimonio en el mundo. —Escuché decir a Aless en voz calmada y sin preocupación, se escuchaba totalmente opuesto a la mujer.

—Pero juntos vamos a ser la cabeza de la organización, la nueva generación —dijo la chica más calmada y de forma persuasiva.

Lo último que escuché fue la risa de Aless, una que le podía poner los pelos de punta a cualquiera, antes de que el cansancio siguiera cobrando su cuota nuevamente y los párpados pesados se cerraran completamente.

Espabilé varias veces mientras me estiraba, estaba sobre una superficie dura, pero que se sentía muy cómoda, cubierta en unas sábanas muy suaves y con un olor a pino y hombre que me encantaba. Respiré profundo y abrí un solo ojo, pero no logré enfocar nada, me quejé, todo estaba oscuro, seguro mamá había bajado el *blackout*, abrí el otro ojo y me concentré en observar a mi alrededor para encontrar mi celular o el libro que me estaba leyendo, si era muy temprano, podía quedarme un poco más en mi habitación disfrutando de la lectura, pero cuando todo se empezó a enfocar, me di cuenta de que a mi alrededor no había nada conocido. No estaba mi escritorio, o los cuadros con fotos, ni nada conocido, definitivamente no estaba en mi cuarto.

Temerosa, levanté un poco la cabeza para observar mejor el lugar, cuando algo debajo de mí también se movió, contuve la respiración, por supuesto, esta tampoco era mi cama, es que ni siquiera estaba en una cama, porque al ver la superficie que me sostenía me encontré con un pecho donde se observaba cada músculo marcado y bien ejercitado, la superficie totalmente cubierta de tinta con la palabra *forza* encima de lo que parecía ser un león, pero no podía estar segura, solo observaba el dibujo de la melena porque el resto estaba debajo de mí y el miedo inmenso de estar encima de algún desconocido apretó mi garganta.

Tomando valor, subí la mirada, vi su cuello marcado con dos serpientes, recorrí la mandíbula cuadrada y perfecta cubierta por una pequeña barba y en medio, unos labios voluminosos, una nariz gruesa, pero perfecta para sus rasgos fuertes y terminé por encontrarme con unos ojos marrones, rodeados por un aro negro que los hacían resaltar, pero no era solo eso lo que hacía su mirada inquietante y al mismo tiempo hermosa, era la intensidad. Boté la respiración por la nariz, aliviada, Aless no era un hombre que hablara mucho, o que se pudiera descifrar con facilidad, pero su mirada estaba llena de una fuerza, una fuerza que hablaba por sí sola.

—Hola —dijo debajo de mí, con el torso totalmente descubierto y no pude evitar

preguntarme si el resto de su cuerpo estaba igual.

—Hola —saludé con la voz entrecortada.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño y causando que unas pequeñas arrugas marcaran su frente.

—Nada —respondí demasiado rápido y tragué en seco.

—*Piccolina*, tus ojos se abrieron de golpe y el ritmo de tu corazón se aceleró.

Bajé mi mirada y me di cuenta de que ya no tenía ni el leotardo, ni las mallas, ni nada de mi uniforme para bailar. Solo tenía una camisa blanca de hombre y, al parecer, sin nada abajo. Mi pecho estaba totalmente recostado al suyo, al punto que, obviamente, sentía los latidos de mi corazón, debía moverme, más aún cuando sentí algo erigirse bajo la pierna que tenía encima de él, pero mi cuerpo no reaccionaba, o si lo hacía, pero no de la forma que debía. Un calor me empezó a inundar de adentro hacia afuera y, por primera, vez en mi vida, sentí un peso en mi entrepierna. Él tampoco hacía nada por moverme, en lo único que podía pensar era en que debía hacer algo para descargar el peso en mi eje.

Negué con la cabeza y bajé la mirada, pero él puso sus dos manos en mi cintura y me subió totalmente encima de él, haciendo que mi ingle quedara encima de su faro, el que se sentía largo y duro, pero no sabría decir, jamás había visto, ni sentido uno, esto era realmente lo más íntimo que había estado con otra persona y era todo nuevo para mí.

—Mírame —ordenó—, cuando no hablas con palabras, tu mirada me lo dice todo. —Lo observé a través de mis pestañas, tratando de controlar mi respiración.

Me observó de esa forma con la que creía que podía ver hasta mis pecados y aun con sus manos a mi alrededor movió mis caderas haciendo que me restregara sobre su dureza, logrando que un placer desconocido y maravilloso me invadiera entera, cerré los ojos y se me escapó un pequeño gemido. Volví abrir los ojos para verlo observarme con fascinación.

—Ojos en mí —ordenó y repitió el movimiento.

Me esforcé por no cerrar los párpados mientras la maravillosa sensación me invadía nuevamente haciéndome temblar, pero esta vez no se detuvo, seguía llevando mis caderas mientras mi vagina se restregaba sobre su pene y unos pequeños jadeos desesperados salían de mi boca, lo único que nos separa era la tela, pero presionaba hacia abajo haciendo el contacto más fuerte y directo, al punto de que todo mi centro palpitaba. Yo gemía suave y bajo, mientras que él gruñía de forma dura, salvaje, y me encantaba.

Después de unos minutos repitiendo el movimiento y disfrutando del placer que me invadía, algo se empezó a desprender de mis adentros haciendo vibrar mi cuerpo por completo, un éxtasis me invadió, dejando una sensación de satisfacción y placer únicos, el peso en mi entrepierna había desaparecido y me había dejado liviana y saciada. Estaba segura de que había tenido mi primer orgasmo. Una enorme sonrisa se dibujó en mi rostro, haciendo que Alessandro sonriera también, una sonrisa de verdad que lo hacía ver más hermoso de lo que ya era y con una sensualidad que me hacía querer repetir lo que acabábamos de hacer.

—Algo bueno debí haber hecho para que sonrías así —dijo muy seguro de sí mismo,

como siempre.

Metí los labios dentro de mi boca tratando de sostener la sonrisa, él no necesitaba que nadie resaltara los talentos que tenía.

—Nada fuera de este mundo —mentí, fingiendo desinterés, como si mi interior aún no estuviera vibrando después de tan espectacular orgasmo.

—Ah, ¿sí? —preguntó, con algo oscuro en su mirada—, ¿de modo que si meto mi mano en tu entrepierna no voy a encontrarte toda mojada por el orgasmo que te acabo de dar y dispuesta a darme más?

Sin esperar una respuesta, una de las manos que sostenía mis caderas empezó a descender hasta mi eje. Mi respiración se quedó estancada en medio del pecho y la expectativa de lo que venía hizo que sintiera mariposas en el estómago. Siempre que leía o escuchaba este término no lo entendía porque cómo alguien va sentir un animal en el estómago, al menos de que tuviera parásitos, pero el aleteo estaba ahí, desprendiéndose en mi abdomen por la emoción, nunca había querido que alguien me tocara, aunque en ese justo momento me moría porque Aless pusiera sus manos en mí, pero cuando sus dedos tocaron mis labios...

—¿Aless? —Escuchamos una voz conocida llamar desde algún lugar en el apartamento.

—¡Cazzo, Gabriele!

Escuché a Aless gruñir, tal como un animal, lleno de rabia y no pude evitar reírme. La situación era cómica, después de nuestro primer encuentro, que parecía ser hace mucho tiempo, no habíamos cruzado muchas palabras y estábamos aquí metiéndonos manos después de todo ese tiempo para que alguien nos interrumpiera. Al verme reír, su boca se inclinó un poco, aunque nada como la sonrisa después del orgasmo, se veía igual de sexy.

—No sé qué te puede causar gracia —dijo con humor y estaba a punto de responderle que el talento de su amigo de bloqueador de polvos, cuando escuchamos a Gabriele de nuevo.

—Aless, ¿en dónde carajo estás? —preguntó desde afuera del cuarto.

Aless respiró profundo y maldijo de nuevo entre dientes en un idioma que no entendía y yo contuve el aliento y apreté las piernas, teníamos compañía y tenía que controlarme, pero estar encima de él, sentir su dureza en mi eje y escucharlo maldecir en otro idioma no ayudaba. Me sentía excitada, como nunca había estado en mi vida, todo de Aless me atraía, era como testosterona pura solo para mí.

—Ya no es tan gracioso, ¿no? —dijo con burla, levantando una ceja y yo no pude evitar fruncir mi boca haciendo un puchero—. ¡Ahí voy! —le gritó a Gab, mientras pasaba su mano con delicadeza por mi rostro, no pude evitar inclinar mi cabeza hacia su mano, disfrutando de la caricia.

Me movió de su pecho y empezó a levantarse mostrándome su musculoso cuerpo en todo su esplendor, solo tenía un calzoncillo que ocultaba un bulto entre sus piernas, del resto podía ver cada músculo marcado, todo cubierto de tinta, no podía encontrar un espacio limpio y traté de ver cada tatuaje queriendo saber si había una historia detrás de cada uno, pero empezó a caminar hacia un closet en el fondo del cuarto.

Él era un hombre grande y lleno de fuerza, una fuerza que me atraía a él como un imán, muchas personas comparan a los hombres atractivos con dioses o príncipes, esa comparación me parecía poco acertada para él, ellos son demasiado limpios y buenos, yo compararía a Aless con un guerrero titán sucio, sangriento, sin temor a nada, extremadamente atractivo y lleno de una fortaleza implacable; tragué la poca saliva que tenía en la boca, que ahora estaba seca y sedienta por el hombre frente a mí, en ese momento, decidí que Gabriele no me caía bien, respiré profundo y empecé a levantarme yo también.

Como sospeché desde un comienzo, solo tenía una camisa blanca de hombre y nada más, empecé a buscar a mi alrededor, pero no veía mi ropa por ninguna parte, caminé hacia la puerta del cuarto buscando.

—¿Para dónde crees que vas así? —preguntó Aless cuando salió del closet, ya con un pantalón negro y una camisa blanca como la que llevaba yo—. Tú así no sales a ninguna parte —ordenó.

—Disculpa, pero eso es algo que tú no decides —le debatí.

Aunque en realidad no pensaba salir así a ningún lugar, no me parecía correcto que ordenara cosas de esa manera.

—Sí te disculpo —respiré profundo y giré los ojos—. Y claro que decido, nadie pone sus ojos sobre lo que es mío —declaró, dejándome sin habla. ¿Suya?, me cuestioné y quería preguntárselo a él también, pero antes de que dijera algo, continuó diciendo—. Agarra la ropa que quieras de mi closet y baja.

Volvió a ordenar antes de desaparecer por la puerta, boté la respiración por la boca llena de frustración, por no saber cómo actuar con él, por no entender algunas de las pocas cosas que decía, por su forma de ordenarme que detestaba y me encantaba al mismo tiempo y por la carga sexual que no pude soltar. Terapia, definitivamente necesitaba terapia.

Escogí un pantalón como el de Aless, pero en un acto de rebeldía escogí una camisilla blanca, que no dejaba ver nada, pero con la que se podía notar que no llevaba *brasier*, «chúpate tus órdenes».

Salí del cuarto y descubrí que estaba en un segundo piso, caminé por un pequeño pasillo que me llevé a una baranda con la que podía ver hacia abajo, en medio de ella estaban unas escaleras a las que me dirigí de inmediato, empecé a bajarlas observando a mi alrededor, el elegante lugar decorado de forma minimalista, todo en blanco y gris, y en el fondo una pared de vidrio que permitía ver las luces de la ciudad de Chicago, estábamos en un rascacielos, eso era seguro y la vista era asombrosa, pero no pude seguir detallando a mi alrededor porque ahí, en medio de la sala, sentados en el enorme sofá de cuero gris, estaban mi mamá, Ben, Sofi y un hombre que se parecía a mi papá, por lo que supuse era Salvatore; en la barra de la enorme cocina estaba Aless hablando con Gab y en una esquina del lugar Santino y en otra esquina Luigi, o al revés. El hecho es que estaban todos reunidos y debía haber una buena razón para eso.

—¿Qué pasó? —pregunté, llamando la atención de todos.

Alessandro

El encuentro con Francesca me había drenado por completo. Cuando mis hombres me avisaron que estaba abajo, no tuve más opción que dejarla entrar; de lo contrario, levantaría sospechas. Aproveché que Michaela dormía para recibirla como si nada hubiera pasado, como si no deseara encerrarla en una cueva oscura, cortar sus talones para dificultarle caminar y dejar que su sangre atrajera a los animales, para que la devoraran viva o se desangrara lentamente.

Verla histérica, buscando una atención que jamás recibiría de mí, me resultó placentero. Es cierto que pasamos algunas noches juntos, pero solo fue sexo ocasional y conveniente. Ella estaba ahí cuando necesitaba liberar energía, y ambos obtuvimos lo que queríamos. Ella disfrutó, y yo conseguí lo que buscaba. Nunca fue más que eso. No estaba precisamente en celibato, ya se había acostado con medio Chicago, lo cual me venía perfecto. Mientras ella gritaba y reclamaba algo inexistente, yo la observaba tranquilo, disfrutando en silencio de su humillación.

Tras un día largo, solo quería acostarme un rato, aunque el sueño rara vez venía fácil. Relajarme en la cama, vaciar la mente y, con suerte, ganar tres horas de descanso solían ayudar. Pero al subir a mi habitación, el panorama cambió todos mis planes. Pensaba ducharme e irme a la habitación de invitados, que nunca usaba, pero al ver a mi *piccolina* en medio de mi cama, vestida solo con la camisa blanca que le puse al llegar, no pude apartar la vista. Traté de ser un caballero, algo que no solía ser, pero fue imposible no notar sus curvas, sus caderas anchas, su culo redondo, sus pechos perfectos. La cargué y la recosté en mi cama. Tras todo el estrés y la adrenalina, estaba como desmayada. No creo que recuerde nada del trayecto hasta aquí.

No me alejé de ella ni un momento. La obligué a tomar un poco de Coca-Cola para que el azúcar le devolviera energía y evitara un posible ataque de pánico. Intenté controlar mis impulsos de llevarla a un lugar apartado, donde nadie pudiera encontrarla ni dañarla, aunque, en realidad, el mayor peligro para ella en ese momento era yo. La vi, con sus manos bajo su rostro, recostada en mi almohada, sus largas pestañas descansando sobre su piel. Mi camiseta le llegaba a medio muslo, apenas cubriéndole las nalgas. Todo el autocontrol que había logrado mantener se desvaneció. Corrí al baño y me di una ducha de agua helada, calmando mi necesidad inmediata, pero no mi obsesión por la *piccolina* en mi cama. Cuando salí, me puse unos calzoncillos y me metí en la cama junto a ella. Inmediatamente, aún dormida, soltó la almohada que abrazaba entre sus piernas y me agarró a mí. Así, terminé en sus brazos, en lugar de ella en los míos.

Un movimiento sobre mí me sobresaltó, y mi primer impulso fue alcanzar el arma en mi mesa de noche, pero sentí el roce de unos pechos contra mi pecho, y un pequeño gemido hizo que mi cuerpo reaccionara antes que mi mente. Me desperté con una erección, buscando quién era. Abrí los ojos y encontré a Michaela con medio cuerpo sobre el mío, somnolienta y sin idea de dónde estaba. No podía verse más hermosa. Parecía que mi cuerpo la reconocía antes que yo mismo me diera cuenta. Me quedé quieto, observando cómo sus ojos revoloteaban y sus pestañas revelaban su iris de color miel, que se oscurecía hacia el centro, pasando de miel líquida a un marrón chocolate. Algunas pecas adornaban sus mejillas, y sus labios rojos y carnosos, sin rastro del maldito Botox, eran perfectos. He visto a muchas mujeres hermosas, de toda clase, pero ninguna se comparaba con lo que tenía frente a mis ojos. Maldición, necesitaba levantarme y alejarme antes de hacer algo de lo que nunca me arrepentiría, pero que me haría adicto a ella para siempre. Por primera vez, no quería ser egoísta.

Sin embargo, en ese momento, ella levantó su mirada nerviosa. No sé si me lo imaginé o quise

creerlo, pero cuando me reconoció, sus rasgos se suavizaron. Sin embargo, sus ojos se abrieron de golpe, su corazón, pegado a mi pecho, aceleró, y sus pupilas se dilataron. Supe que todo se iría al carajo.

En lo sexual, siempre había sido egoísta. Mi único objetivo era mi propio placer, y aunque mis acompañantes disfrutaban, no eran mi prioridad. Para su suerte, en mi búsqueda de liberación, ellas encontraban la suya. Pero lo que ocurrió con Michaela fue distinto. Cuando vi su rostro sonrojado y su respiración agitada, no pensé en otra cosa más que en satisfacerla. Escuchar sus gemidos y ver su rostro lleno de placer al alcanzar el orgasmo me complació profundamente, tanto que estuve a punto de venirme en mis calzoncillos. Ni siquiera habíamos tenido sexo y ella ya me llenaba como nunca antes. Afortunadamente o desgraciadamente, fuimos interrumpidos por el maldito de mi mejor amigo antes de llegar a más. Bajé, dejando atrás a mi *piccolina*, convenciéndome de que era lo mejor para ella. Tomé las escaleras de dos en dos, apresurándome, y me encontré con Gab en la cocina robándose una de mis cervezas; el muy maldito, tenía que hablar con los de seguridad para que siempre que Michaela estuviera aquí, consultaran antes de dejar entrar a alguien, quien quiera que fuera. Pero que mierda estaba diciendo, ella no iba a volver a estar aquí, abrí y apreté los puños llenos de ira viendo a mi supuesto amigo, pero antes de que lo mandara a la mierda sonó el timbre del ascensor dejando a la vista a mi padre, a la tía Lucy con Ben y a Sofi. Ya todos estaban al tanto de la situación y les aseguré que Michaela estaba bien, pero con lo alteradas que estaban la tía Lucy y mi hermana, debí suponer que esto pasaría.

—Santino y Luigi vienen subiendo —anunció mi padre.

Perfecto, más gente. Seguí caminando hacia el tumulto inesperado en mi sala, cuando sentí a mi amigo junto a mí.

—Cambia esa cara —susurró—. Todos estaban muy preocupados por tu *piccolina*.

Se burló el muy maldito, mientras yo me giré bruscamente y estiré la mano dándole en toda la mandíbula, pero el muy imbécil solo se llevó la mano al golpe que estaba seguro le iba a dejar un buen morado por un par de días, se encogió de hombros y se rio.

—¡Alessandro! —regañó mi padre.

—Jamás en la vida la vuelvas a llamar así, ni mucho menos vengas a mi casa sin avisar —le dije a mi amigo, mirándolo a los ojos, sin importarme una mierda mi alrededor. Nadie más que yo llamaba a Michaela de esa manera.

—¿Por qué? antes he venido sin avisar y nunca había pasado nada —siguió tentándome y levanté de nuevo la mano, cuando...

—Aless, ¿cómo está Mica? —Escuché a mi hermana preguntar, poniendo su mano en mi brazo para hacerme retroceder.

Miré a mi estúpido mejor amigo sonriendo con burla, en el momento en el que el ascensor volvió a sonar con la llegada de Luigi y Santino, recordándome que no estábamos solos y, aunque me importaba una mierda, no quería que mi hermana me viera así, ni Ben, y por el respeto que se merecía la tía Lucy me alejé. Caminé hacia mi padre, que estaba parado en medio de la sala junto al resto de gente.

—Solo fue un juego entre amigos —expliqué.

—Un pequeño juego que va a dejar un buen golpe —dijo mi padre girando los ojos.

—¡Quiero pegar como tú! —señaló Ben, brincando emocionado.

—Ben, golpear no es un juego —reprendió la tía Lucy, agachándose para quedar al nivel del niño—. Estoy segura de que Alessandro se equivocó y lo lamenta. —Luego levantó la mirada y me observó suplicante.

—Claro que no es la forma —dije entre dientes, mientras la tía Lucy asentía con la cabeza en forma de agradecimiento. Después se levantó y me envolvió en sus brazos.

—Gracias, Aless —dijo mientras me abrazaba y papá palmeaba mi hombro haciéndome sentir que de verdad había hecho algo bueno, pero la verdad era que, si para salvar a Michaela tenía que matar, destrozar o armar la tercera guerra mundial, todo iba a arder y eso no era nada noble, pero ahí, en los brazos de Lucy, me sentí generoso de verdad.

—Mamá, ¿por qué le agradeces? —preguntó Ben, interrumpiendo el momento incómodo.

—Porque ayudó a tu hermana con algo muy importante, cariño —le respondió esta, mientras me soltaba y miraba al pequeño quien empezaba a afirmar varias veces con la cabeza y giró su vista hacia mí.

—Tú me dijiste que las hermanas eran para cuidarlas, gracias por cuidar la mía —dijo Ben, sorprendiéndome. Incliné mi cabeza hacia él, sin decir más nada.

—Como les dije por teléfono, Michaela está bien, solo exhausta por el susto y la descarga de adrenalina —respondí la pregunta que mi hermana había hecho, dejando la incómoda situación atrás—. Hablé con el doctor y me dijo que era normal y que la dejara descansar y así ha sido.

—¿Puedo subir a verla? —preguntó la tía Lucy

—Claro, no hay ningún problema —respondí, aunque no creía que la tía Lucy, a pesar de estar muy agradecida conmigo, tomara muy bien lo que acababa de pasar entre su hija y yo. Así que agregué—: Pero estoy seguro que está por bajar.

Lugo me giré hacia a Gab, sin mirar a la tía Lucy o a mi padre. Ya suficientes explicaciones estaban dando. Llegué a la barra de la cocina, donde se encontraba mi amigo, que, a pesar de ser un imbécil, era mi mano derecha y empecé a contarle mi discusión hace unas horas con la maldita de Francesca y su osadía de llegar hasta aquí.

Traté de concentrarme en mi conversación con Gab y no pensar en la *piccolina* medio desnuda en mi cuarto, me concentré en pensar lo arrepentido que estaba de haberle dado el código de acceso a mi *penthouse*, el maldito había interrumpido uno de los mejores momentos de mi vida. Después de su orgasmo, Michaela tuvo la osadía de mencionar que había sido algo muy común y estaba a punto de darle una clase sobre la diferencia de extraordinario y común, pero cuando llegué a sus labios vaginales y sentí algo de lo mojada que estaba, escuché la voz de mi amigo llamarme, sino fuera por la sonrisa de mi *piccolina* y lo frustrada que se veía cuando dejé el cuarto, Gab estuviera herido, gravemente herido, porque solo le di un golpecito, se merecía

mucho más.

Estar con Michaela era una montaña rusa de emociones y ahora mismo cuando todos nos giramos al escuchar su pregunta y la vi con uno de mis pantalones y una de mis camisillas en la que se le marcaban esos deliciosos pezones, quería cargarla y encerrarla en mi habitación mientras que la llenaba de placer y dolor, placer por lo hermosa que se veía en mi ropa y azotarla por tener la osadía de dar un vistazo de lo que era mío, pero estábamos rodeados de gente y, aunque a mí me daba igual, eran su familia, así que mientras la tía Lucy la envolvía en sus brazos y Ben por las piernas, caminé hacia el closet de chaquetas junto a la puerta y saqué un *hoody*, luego me acerqué a ella y antes de que mi hermana también la abrazara, sin preguntar, se lo pasé por la cabeza, ganándome una mirada despectiva de su parte y el asombro de todos los presentes, pero nadie se atrevió a decir nada.

—Es hora de que comas —ordené y puse mi mano en su espalda, guiándola a la cocina.

Observé a mi padre mirarme como si le hubiera dicho que era marica y no porque pensara que fuera algo malo, sino porque es algo que no esperaba de mí y a todos los demás con la boca abierta, hasta Luigi tenía las cejas arriba y me valía una mierda. La única que no parecía sorprendida era la tía Lucy, quien enseguida me apoyó.

—Aless tiene toda la razón, cariño —le dijo a su hija, caminando junto a nosotros.

—No tengo hambre, mamá.

—Vas a comer —intervine en tono fuerte, ganándome una mirada fulminante de ella, como si quisiera hacerme daño, o como si pudiera. Me dieron ganas de reír, pero era más importante alimentarla que mi retorcido sentido del humor—. No tienes qué comer mucho, pero sí algo para que tu estómago se acentúe, han pasado veintidós horas desde que te saqué de la academia.

La observé levantar las cejas asombrada, yo también me había asombrado de todo lo que dormimos. Ayer me acosté con ella alrededor de las once de la noche, de manera que dormimos más o menos once horas seguidas, cuando, normalmente, solo dormía máximo cuatro horas al día.

—Mica, Aless tiene razón —dijo la tía Lucy.

—Está bien, pero no voy a comer sola —sentenció ella—, es medio día y puedo apostar que ninguno de los aquí presente ha probado bocado. —Miró alrededor, demorándose un poco más en mi padre.

—¡Perfecto! —dije sin pensar—, Ordenaré comida para todos —dije mientras caminaba hacia uno de los cajones de la cocina, donde guardaba menús de restaurantes de la organización.

Jamás, en los seis años que llevaba viviendo en este *penthouse* había tenido una comida familiar, valoraba mucho mi privacidad, pero aquí estaba yo ordenando comida para todos los presentes solo para que ella comiera, estaba totalmente jodido.

Después de una hora de espera, mientras que Michaela, con voz temblorosa relataba su parte de la historia y yo contenía mis ganas de demoler una de las paredes del apartamento con mis propias manos, el ascensor sonó y Bruno salió de él con paquetes de comida en la mano y la dejó

en la cocina; Lucy salió a hacerse cargo de todo, mientras que el resto tomaba asiento en la mesa. Me senté en la punta esperando que mi padre y Gab se sentaran a mis lados y, aunque Gab así lo hizo, mi papá me sorprendió dándole el puesto a mi *piccolina*.

—¿Por qué no te negaste? —le preguntó ella a mi padre, sorprendiéndome aún más.

Mi padre la observó por un segundo, tratando de entender a qué se refería y subió las cejas de golpe al caer en cuenta.

—Si yo no lo hubiera hecho él hubiera encontrado otra manera —empezó a explicar, creo que, por primera vez en la vida, se justificaba—. Y sabiendo que de todas maneras lo iba a hacer, mejor tratar de que fuera lo menos doloroso. —Tragó en seco y agregó—: Por lo menos para él.

La tía Lucy, que terminaba de acomodar los platos, puso su mano en el brazo de mi padre en forma de consuelo y al parecer apoyo. Michaela los observó, miró a Salvatore a los ojos detenidamente y dijo:

—Gracias, no debió ser fácil.

Antes, solo me parecía lo más bonito que mis ojos habían visto y ahora me parecía eso y valiente, agradecida e inteligente.

Nunca antes le habían pedido respuestas a mi padre, mucho menos obtenido alguna y para mí fue más difícil ver la verdad que para ella, lo que me hacía respetarla.

Todos disfrutamos de un almuerzo que se sentía muy familiar. Cuando Salvatore mencionó que antes del secuestro disfrutábamos de esto todo el tiempo, me pregunté porque no recordaba nada, porque ni siquiera me acordaba de Michaela y al parecer Gab tampoco. Pero llegué a la conclusión de que cuando sufres traumas tan fuertes y más aún a tan corta edad, tu vida se vuelve un antes y después del suceso y me di cuenta de que no recordaba nada del antes, pero en el momento estaba disfrutando del ahora, que era como poder bajar las defensas un poco y rodearse de algo de cariño, que tal vez no tenía mucho para dar, pero el poco que había eran para las personas que me rodeaban en ese momento. Reímos, hablamos del clima, de lo lindo que estaba Chicago, halagaron nuestro trabajo en la empresa, sorprendiendo a Michaela con la información de que era el CEO de MasterCraft Contractors y bebimos vino, por lo menos los que podíamos.

Estaba siendo un almuerzo de maravilla, hasta que papá habló.

—Sabemos que Simone está tramando algo —dijo en medio de la conversación, llamando la atención de todos. —y solo somos tres puestos en la última Jerarquía y, aunque la palabra de la cabeza de la organización vale más, tener un puesto de nuestra parte, es importante.

Por la forma en la que estaba hablando, sabía que lo que iba a decir no me iba a gustar. Lo miré con sospecha.

—Por eso creo que es momento de atar ese puesto y no hay nada que ate más que la familia.

—Explícate —exigí.

—Creo que es hora de que tu hermana se comprometa en matrimonio —dijo, sin ni

siquiera mirarla ella.

—¿Es una puta broma?! —pregunté, mientras me levantaba de la silla de un brinco y esta caía al suelo detrás de mí.

—No, es la jugada más inteligente—dijo Salvatore, tranquilo, sin ni siquiera levantar la voz; al contrario de mí que quería acabar con el mundo.

Empecé a respirar fuerte. Mis puños comenzaron a abrirse y cerrarse.

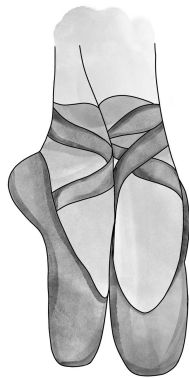
—¿Y qué somos para ti?! —grité—. ¡Un puto juego de ajedrez!

Se levantó de la mesa en toda su grandeza y me preparé para recibirlo, pero en ese momento pasaron muchas cosas. Michaela se levantó y caminó hacia mí y con solo poner su mano en mi maldito pecho, fue como agua para mi fuego y mi mirada se dirigió de inmediato hacia ella. La tía Lucy haló a mi padre para que se sentara de nuevo, quien sorprendentemente cedió y la última y más sorprendente, fue mi hermana.

—Está bien —logramos escuchar su susurro, haciendo que todos la observáramos.

CAPÍTULO 12

Aliados



Michaela

Estaba mirando el techo de mi cuarto. Luego de haber dormido casi un día completo lo último que tenía era sueño, y eso no era nada bueno porque en ese momento, rodeada del silencio y oscuridad, lo único que se escuchaban eran mis pensamientos. Mi cabeza tenía una mezcla de imágenes, de lo sucedido en la academia, no sabía que había pasado con las otras personas que estaban ahí ese día y tampoco me atrevía a preguntar. La tristeza apretó mi pecho, ese lugar donde antes podía expresar mi creatividad libremente, jamás se iba a sentir igual, empecé a alejar esos recuerdos tratando de ser valiente y no concentrarme en olor a productos de limpieza y en la oscuridad que recordaba vívidamente; entonces, aparecían imágenes mías y de Aless, la forma en la que me tocaba tan firme y posesiva, su forma de verme como si pudiera consumirme y los comentarios que no terminaba de entender, llenándome de dudas y confusión. Suspiré tratando de alejar los miedos y dudas de mi cabeza y me centré en pensar en la persona que dormía profundamente junto a mí, muy a pesar de lo decidido el día de hoy.

Regresamos a Evansville en el *jet* privado de Salvatore, y en el recorrido me senté junto a Sofi. No dije nada, no tenía nada qué decir, la decisión ya estaba tomada y ella aceptó, pero quería ser su apoyo, así como ella lo había sido para mí.

—Está bien, Mica, siempre he sido consciente de que esto pasaría y mejor alguien conocido a un loco sin conocer —dijo al verme observarla como tonta y, para mi sorpresa, realmente se veía tranquila.

—Si necesitas ayuda para escapar, cuenta conmigo —fue lo que respondí a pesar de su tranquilidad.

—No hay un lugar en este mundo donde no nos puedan encontrar —declaró, respirando profundo—, además, creo que es la primera vez que no quiero. Se quedó pensativo por unos minutos—. ¿Crees en el destino? —preguntó y yo asentí con la cabeza, sabiendo que, aunque habían tratado de alejarme del mío, me había encontrado—. Yo no creía, pero estoy empezando a creer que todas las explicaciones lógicas, pueden tener un margen de error.

Terminó por decir, en el momento en el que anunciaban que teníamos que prepararnos para al aterrizaje y ahora estaba durmiendo plácidamente junto a mí. No sabía si estar más tranquila o preocuparme, pero, por lo menos, le había dejado claro que, para lo que fuera, podía contar conmigo.

Eran tantas cosas inciertas que hacían que mi pecho vibrara y que mi mente estuviera totalmente despierta. La intranquilidad me invadía. Respiré, tratando de calmar mi acelerado corazón y observé el celular en la mesa de noche, sin pensarlo dos veces lo tomé, abrí la aplicación de mensajes y empecé a escribir.

Yo:
¿Estás dormido?

Sostuve la respiración cuando apareció enviado, pero no había respuesta. Si creía que hablar con él iba a ser fácil, estaba totalmente equivocada, al parecer, el hecho de que hayamos compartido un momento íntimo no significaba nada entre nosotros, o tal vez solo estaba dormido. Boté la respiración fuerte por la nariz y me disponía a volver a poner el celular en la mesa junto a la cama, cuando vibró en mi mano.

Alessandro:
Tú deberías estar dormida.

Giré los ojos, pero no pude evitar sonreír. Siempre era tan autoritario, pero en el momento no me importaba, lo importante era que me había respondido.

Yo:
“Debería”, es la palabra clave.

Alessandro:
Prueba “TRATAR”, como palabra clave.

Suspiré, exasperada.

Yo:
Ya lo hice, pero no funcionó. Además, ¿por qué quieres que duerma, si tú no estás dormido?

Alessandro:
No necesito tantas horas de sueño, tú necesitas descansar.

No pude evitar preguntarme qué lo acechaba en la noche que no lo dejaba dormir; sobre todo,

teniendo en cuenta la clase de vida que llevaba. Mi corazón se arrugaba solo de pensarlo y sabiendo que, difícilmente, compartiría alguna debilidad conmigo, claramente se creía más poderoso que Superman.

Escribí:

Yo:

Tengo miedo de que al cerrar mis ojos la oscuridad me consuma, como cuando estaba escondida en ese armario. Miedo de pensar en lo que me acecha en la calle y en lo que puede pasar si me encuentra.

Me atreví a compartir mis miedos, esperando que, si yo lo hacía tal vez él también compartiera los suyos, pero aquí las palabras claves eran: tal vez.

Alessandro:

Jamás te va encontrar, no lo voy a permitir.

Escribió y aunque no lo escuché, estaba segura de que sus palabras estaban llenas de convicción. Sin embargo, no siempre iba a poder estar.

Yo:

¿Y cuando no estés?

Alessandro:

Para ti siempre voy a estar, *piccolina*.

Todo dentro de mí se derritió al leer la forma en la que me llamaba, era raro porque lo había escuchado llamarme así últimamente, jamás me decía Mica, me llamaba Michaela, quizás, por todo lo que había pasado en las últimas horas él decidió llamarme de una forma más íntima y no le había prestado mucha atención, pero ahora mismo sabía que lo adoraba.

Yo:

En algún momento no vas a poder estar, *Leoncino*, y ni siquiera me sé defender yo misma. Entiendo que tienes muchas ocupaciones, eres el CEO de una de las empresas constructoras más importantes del país y, además, eres la cabeza de la organización.

No quería que sintiera que debía dejar todo de lado cada vez que yo lo necesitaba; como dijo Sofi, esta era mi realidad y tenía que empezar a jugar mi papel en ella y no quería ser siempre la damisela en apuros. Habían pasado unos segundos y observaba los puntitos aparecer y desaparecer de la pantalla, que señalaba que estaba escribiendo, hasta que el celular vibró. Tomé la llamada enseguida.

—Hola —susurré y observé a Sofi que seguía dormida.

—Dime como me dijiste en el mensaje —ordenó.

Cuando nos despedimos en su apartamento y me dijo: te cuidas, *piccolina*, Sofi escuchó y en el avión me dijo su significado: pequeñita o nenita. Sabía por la entonación que era italiano, se parecía mucho al español que hablaba mamá y me decidí a buscar un nombre en el mismo idioma que lo identificara y por el león en su pecho, la fuerza que lo caracterizaba, el rey de la

manada y un guerrero por naturaleza, decidí decirle *Leoncino*.

—Sabes que existen las palabras por favor y gracias, ¿verdad? —Fingí estar molesta, cuando en realidad me encantaba que me llamara en medio de la noche solo para pedirme eso.

Sabía que Aless podía ser cualquier cosa, menos un romántico empedernido, aunque esto se parecía mucho a un acto de aquellos, estaba segura que para él no era nada de eso.

—Dilo —volvió a ordenar. Suspiré.

—*Leoncino* —lo llamé y la línea se quedó en silencio—. Sé que mi pronunciación...

—A nadie más vas a llamar así, ¿entendiste? —ordenó interrumpiéndome.

Ese hombre y su manía de mandar a diestra y siniestra. Entendía que estaba acostumbrado a eso, por Dios santo, era la cabeza de una de las organizaciones criminales más poderosas y peligrosas en el mundo, además, y no menos importante, el CEO de una de las compañías más importantes de América, pero yo no era su empleada y tenía que entenderlo.

—Y ¿cómo por qué?, ¿porque lo dices tú? Pues...

—Sí y porque es mío y nadie toca o usa lo que es mío —volvió a interrumpirme—. Te quiero lista mañana a eso de las tres, Luigi va a pasar por ti para que empieces tus clases de defensa personal, eso te va a ayudar a sentirte más segura. —Cambió de tema dejándome sin habla—. ¡Ah! y dile a mi hermana, ella también las va a tomar. Ahora a dormir, *piccolina* —ordenó y terminó la llamada, dejándome con la palabra en la boca.

En mi cabeza todo quedó confuso con tanta información, y mi cuerpo se encontraba cargado de emoción por las clases de mañana.

Giré mi cabeza para encontrarme con la mirada llena de sospecha de Sofi, como si ella supiera algo que yo debería saber y no sabía.

—¿Mi hermano? —preguntó.

—¿Por qué deduces que es él? —la cuestioné. Nunca le había dicho nada acerca de su hermano, bueno, no había mucho qué contar, por lo menos hasta hace unas horas, antes era solo confusión y fuertes palpitaciones.

—Porque ya debe tener tu celular interceptado, a estas alturas ya debe saber hasta cuando vas al baño. —Boté fuerte la respiración por la nariz, confusa de cómo debería hacerme sentir eso, era mi privacidad, pero antes tenía que saber algo.

—¿Por qué crees que tu hermano haría algo así? —pregunté mientras me concentraba en acomodar la sábana, no sabía si Sofi podía ver el sonrojo en mi rostro en la oscuridad, pero mejor prevenir.

—Porque para protegerte necesita saber qué haces y donde estás, cada segundo del día —dijo pausadamente, causando una decepción que no entendía, era claro que solo lo hacía como parte del protocolo de seguridad. Miró mi rostro y luego fue ella la que empezó a alisar la sábana—. Y porque jamás lo había visto actuar de esa manera con otra persona. —Abrí los ojos de golpe y ella subió su mirada chocando con la mía—. Ponerte el *hoody* para cubrirte, aceptar un

almuerzo con todos para que comieras y responderte en la madrugada no es nada común en él y no pasa desapercibido.

Un calor extraño recorrió mi cuerpo al oírla, quería decirle tantas cosas y preguntar otras tantas, pero no sabía ni por dónde empezar.

—Mica, es mi hermano y lo amo, pero tú eres mi amiga y siento que debo decirte. —Respiró por un segundo, parecía estar midiendo sus palabras y eso me llenaba de nervios porque sabía que cualquier cosa que pudiera decir no iba a ser bueno—. Todos los hombres en este mundo están desequilibrados, por decir lo menos. Analíticamente las personas que están expuestas a esta clase de vida no están del todo equilibradas mentalmente, así que no actúan como los demás, no sienten cariño igual que los demás, no odian igual que los demás y no aman igual que los demás. —suspiró—. Todo lo hacen con más fuerza e intensidad, sin importar qué. Son egoístas, posesivos, vengativos y agresivos con quien tengan que serlo, porque con ellos todo es a muerte.

—Entiendo, pero...—Traté de decir que su hermano y yo no éramos nada. De mi boca no salió palabra alguna, el simple pensamiento se sentía como una mentira y una traición—. No sé qué pasa con tu hermano que, aunque mi cabeza me grita que me aleje, mi cuerpo no quiere, y lo peor es que no tengo idea de que le pasa a él conmigo. —Puso su mano sobre la mía y apretó.

—Te entiendo, Mica, créeme que lo hago. —Suspiró—. Mira, la ciencia dice que los hombres son personas con hábitos arraigados. Es decir, una vez que son hinchas de algo, lo son para toda la vida, la cerveza que les gusta siempre va a ser su favorita, los amigos que escogen, casi siempre, son de por vida. —La miré totalmente confusa—. Es como si tuvieran tres cajitas en la cabeza: una de me gusta, otra de no me gusta y una de por ratos, y apenas identifican a una persona la meten en esa cajita y es muy difícil que la saquen. El problema es identificar en qué cajita te metieron y si tú estás de acuerdo en estar en esa cajita. —volvió a suspirar y me pareció que ella había analizado la situación para ella misma, y después de las últimas noticias, no me asombraría—. Porque para estar con un hombre de esos, sin importar las consecuencias, tú también debes tener algo de desequilibrio en ti.



Era nuestra segunda semana consecutiva yendo a clases de defensa personal. Nuestra profesora, una mujer musculosa, que cuando la conoces te intimida a más no poder, pero cuando empiezas a tratar con ella te das cuenta que no mata ni una mosca, literalmente, estaba metida de lleno en el amor por la naturaleza, al prójimo, empezando por el amor y el cuidado del cuerpo. Después de pasar la lección de caídas, estábamos en la propia defensa personal, nos estaban explicando cómo debíamos incorporarnos nuevamente evitando el mayor daño posible después de ser atacadas y así estar listas para defendernos. Solo habían pasado nueve días de clases y a Sofi ya se le empezaban a tonificar los músculos, yo, en cambio, terminaba como una gallina en caldo: desplumada y sudada.

En todos estos días no había pasado una noche sin que hubiera hablado con *Leoncino*, nunca hablábamos de un tema específico, siempre eran cosas que nos había pasado en el día o de cómo, últimamente, a pesar de tantas plataformas digitales no teníamos nada que ver en la televisión. También conversábamos de las ventajas de los libros, aunque sus gustos literarios eran muy

diferentes a los míos. Pero ayer le envié una foto que me había tomado Sofi ese mismo día, después de que uno de los ayudantes de nuestra profesora me tirara al suelo por las piernas y me dejara toda despelucada, roja de agitación y sudada de la cabeza a los pies y solo me respondió “nos vemos pronto”. No entendía muy bien qué significaba eso y me preocupaba que no volviera a contestar mis mensajes porque hablar con él después de lo cansada que llegaba de los entrenamientos, me ayudaba a descansar mejor y alejar la oscuridad e incertidumbre que me acechaba en las noches de insomnio.

Sofi y yo estábamos sentadas en el sofá de mi casa, esperando que Luigi pasara por nosotras.

Un hombre silencioso y que amedrentaba, pero una vez que empezabas a conocerlo te dabas cuenta que era todo un caballero, nos abría y cerraba la puerta, cargaba nuestras maletas de deporte sin protestar y siempre que nos veía salir golpeadas y acabadas de la clase, nos llevaba por malteadas. Empezaba a amar al grandote, pero también era consciente que eso era solo una versión de él y era únicamente para nosotras y que la otra versión no me iba a gustar, realmente esperaba nunca tener que conocerla.

—¿Te duele mucho el morado en la pierna?

—Nada que el hielo y una pastilla de Tylenol no puedan solucionar. —Sonreí con complicidad, sabiendo que ella estaba igual de golpeada y eso era todo lo que había hecho todo el día, tomar Tylenol y ponerse hielo.

Estaba segura de que estaba a punto de darme la explicación científica de los beneficios del hielo en los golpes, cuando escuchamos el timbre de la puerta.

Después de que mamá le ofreciera el cielo y la tierra a Luigi, en cuanto a comida y que él, como siempre, se negara, estábamos en el Hummer blindado, que creía que lograba llamar más la atención que ayudarnos a pasar desapercibidos, pero después de mencionárselo a Aless una noche en nuestro intercambio de textos, dijo: “antes que la puta discreción, lo más importante es la bendita seguridad”, sus palabras textuales y quien podía discutir con ese hombre. Aunque esta vez, para mi sorpresa, el enorme vehículo no terminó al frente del gimnasio donde habíamos estado tomando nuestras clases, si no en el aeropuerto de Evansville.

Observé a Sofi junto a mí que se veía igual de confundida y luego me encontré con la vista de Luigi por el espejo retrovisor.

—Andando que todavía nos falta una hora y media de viaje. —Fue lo único que dijo mientras bajaba del auto y abría la puerta a mi derecha.

Después del recorrido en el jet privado, nos montamos en otro Hummer y llegamos a las puertas de un enorme edificio, pensé que teníamos que buscar dónde aparcar, pero Luigi solo paró la camioneta en toda la entrada, abrió la puerta para nosotras, tendiendo su enorme mano para ayudarnos a bajar, y entregó las llaves a otro hombre grandote, pero, por supuesto, no tanto como él. Sofi se acercó a decirle algo mientras yo estaba embobada con mi alrededor.

Entramos a un *lobby* que destilaba imponencia y elegancia, todo se veía tan limpio y brillante. Caminé hacia el recibidor donde dos rubias me observaron de arriba abajo, esperando a que les dijera algo que ni yo sabía, pero a penas Sofi estuvo a mi lado...

—Señorita Lombardo —la saludaron. Había estado tan distraída con mi alrededor que no me había dado cuenta del reconocimiento en la cara de Sofi.

—Señor Balanta —saludaron a Luigi que estaba situado detrás de mí y me sorprendió de sobremanera que su apellido no fuera italiano como lo era el de la mayoría de personas que pertenecían a la organización, hasta lo que sabía hasta ahora—. El señor lo está esperando.

En ese instante cualquier pensamiento acerca del apellido de Luigi, del magnífico diseño del edificio en que me encontraba o la forma en la que me observaban las dos paliduchas, quedaba opacado frente a lo que estaba notando. Mis ojos se fueron directo a las letras en la pared tras las dos recepcionistas “MasterCraft Constructors”, estábamos en la empresa de Aless.

Tomamos el ascensor del fondo y Luigi oprimió un botón y escribió lo que parecía una contraseña antes de que el elegantísimo aparato empezara a subir. La pared de atrás era completamente de vidrio, permitiendo que observemos la ciudad de Chicago a medida que subíamos. Íbamos por el piso setenta y no pude evitar empezar a ponerme nerviosa, Sofi puso su mano en mi brazo y apretó con suavidad.

—Al principio, puede ser bastante impactante —fue lo primero que dijo desde que entramos. Me parecía que la respuesta de Luigi a la pregunta que le había hecho no le había gustado para nada y la mantuvo distraída—, pero te aseguro que según las proporciones, medidas y configuración estructural el edificio es uno de los más seguros, incluso, en casos de terremotos.

La miré y, a pesar de la tensión que cubría cada músculo de mi cuerpo, no pude evitar sonreír y pensar en lo maravilloso que era poder tener tanta información en tu cabeza y lo triste que era no poder mostrarle al mundo tan asombrosa capacidad.

—Estoy segura de que así es, solo que como tú dices, al principio es impactante, creo que nunca había estado en un edificio tan alto.

Escuchamos el gruñido de Luigi a nuestras espaldas y nos giramos al mismo tiempo para encontrarnos con los suéteres de nuestros atuendos de ejercicio en las manos del grandote. Al principio íbamos a las clases en pantalones cómodos y camisetas holgadas, pero al pasar el tiempo y ver que se nos dificultaban los movimientos, Sofi, muy inteligente, sugirió que lleváramos licras y camisas de deporte, las cuales eran estrechas y cortas como las que llevábamos, que eran un top ceñido al cuerpo, estilo camisilla y a tres dedos bajo los senos, del mismo color de nuestras licras negras. Estábamos vestidas iguales, lo que nos pareció increíble y divertido, nunca había tenido una amiga para hacer esta clase de cosas y con Sofi se sentía tan bien, además, no creía que fuéramos mal vestidas ni nada, pero ahora que Luigi nos daba los suéteres de arriba, no podía evitar dudarlo.

Fui yo la primera en tomar la prenda de la mano del grandote y luego Sofi con una mirada llena de odio, en el momento justo que las puertas del ascensor se abrieron en el piso noventa y ocho.

Luigi salió antes que nosotras, que estábamos poniéndonos el bendito suéter, pero se quedó junto al ascensor y señaló para que siguiéramos hacia otra recepción, tragué en seco esperando encontrarme con otra rubia petulante como las del primer piso, pero para mi sorpresa me encontré con una señora de alrededor de cincuenta años que levantó la cabeza de la enorme pantalla de computador frente a ella y nos miró con ojos amables.

—Bienvenidas, el jefe las estaba esperando —dijo con sincera cordialidad—. Mi nombre es Amelia y estoy a su servicio —siguió diciendo, pero esta vez mirándome solo a mí, claramente, Sofi sabía quién era.

—Mucho gusto. —Extendí mi mano hacia ella—. Mi nombre es Michaela. —La vi abrir los ojos con sorpresa, pero tomó mi mano entre la suya y sonrió con amabilidad.

—Un gusto. ¿Algo que les pueda ofrecer?, agua, soda, jugo...

—Yo estoy bien, Amelia, gracias —dijo Sofi y luego abrió los ojos como cuando va a decir algo muy inteligente, pero en lugar de eso, dijo—. Solo necesito ir al baño.

—Señorita Michaela —se dirigió a mí esperando que yo le pidiera algo.

—Solo Mica y no, gracias, estoy bien.

—Entonces acompáñeme por aquí, por favor. —Se levantó de su escritorio y se detuvo en seco al observar a Luigi parado junto a la pared del ascensor. Se sonrojó un poco, pero vi el movimiento de su garganta cuando tragó y se recompuso enseguida. Me giré con la excusa de despedirme para medir la reacción del grandote, pero su cara era tan inexpresiva como siempre, solo giré mi mano y él inclinó su cabeza—. Señorita Sofía, usted sabe dónde están los baños. —Siguió en su papel sin volver a mirar a Luigi.

—Sí, muchas gracias, Amelia, me reuniré con mi hermano apenas termine con mi asunto.

La forma en que dijo “asunto”, parecía que se refería a cualquier cosa menos ir al baño, pero no comenté nada.

Me limité a seguir a Amelia hacia unas enormes puertas de madera con un letrero al lado que decía: “Arquitecto Lombardo, CEO”. Volví a mirar a mi alrededor y mi pecho vibró con orgullo, estaba segura de que Aless era el tipo de hombre que conseguía todo lo que se proponía, mi *Leoncino*. Volví a mirar a Amelia que me observaba con interés y asintió con la cabeza, como si supiera lo que estaba pensando y estuviera de acuerdo, luego jaló la elegante manija larga y de madera abriéndome la puerta y la cerró cuando yo estaba adentro.

Me encontré con un hombre de traje impecable, con corbata, sin una arruga a la vista, que cubría cada músculo bien definido de su delicioso cuerpo, solo se le notaban los tatuajes en su cuello y manos. Destilaba elegancia, grandeza y poder, pero cuando llegué a su rostro vi la cara del guerrero que sabía que era, entendí que solo era una apariencia, pues su mirada intensa, sus rasgos afilados, su barbilla cuadrada y su vibra de peligro no era algo que me pudiera ocultar y me encantaba.

Estaba al frente de otra pared de vidrio y su fuerza era más poderosa que la de la enorme ciudad detrás de él. Sentí mis piernas debilitarse y respiré profundo, luchando por mantenerme firme y no mostrar en mi rostro lo que me hacía sentir, sabía que de seguro mis orejas estaban rojas, pero el cabello suelto ayudaba a ocultarlas. Me concentré en su mirada y vi pasar algo oscuro e intenso en ella que no sabría describir con palabras.

—Hola...

—¿Así ibas a tus clases? —dijimos al mismo tiempo. Por un descuido, no había

terminado de cerrar el suéter que debía cubrir mi top de ejercicio, dejándolo a la vista. Me llamó la atención que usara el pasado al referirse a mis clases, pero antes de que preguntara empezó a caminar hacia mí, logrando que la respiración se me empezara a acelerar por los nervios, pero no unos nervios malos, más bien unos por la expectativa. Caminaba como un león asechando a su presa, definitivamente no me había equivocado con el apodo. Tragué en seco y respiré tratando de controlarme.

—Te pregunté algo —regañó, haciéndome girar los ojos—. Así que te comportas como una verdadera *piccolina*, será que me va a tocar enseñarte modales. —La intensidad de sus palabras acariciaron mi cuerpo de una forma increíble, haciéndome apretar las piernas y sostener la respiración. Pasé la lengua por mis labios para humedecerlos y poder hablar, pero eso solo logró que su mirada se tornara más salvaje.

—Últimamente —respondí—. Pero me imagino que no es por eso que estamos aquí, sería...

—Qué te he dicho sobre de que nadie mira o toca lo que es mío—me interrumpió, dejándome sin palabras—. Llámame como lo hiciste en el mensaje —exigió.

Abrí y cerré los ojos ante la sorpresa de la petición, pero Aless con su mirada fija en mí, llena de tanta intensidad que desvanecía en mí la más mínima intención de discutirle, solo quedaban las ganas de complacerlo.

—*Leoncino* —dije casi en un suspiro, haciendo que él cerrara los ojos y respirara profundo, como saboreando el momento, si eso era posible.

—De ahora en adelante, solo vas a entrenar conmigo y créeme que yo te puedo enseñar lo que ninguna otra persona puede, ni podrá nunca.

Me pareció que no estaba hablando de las clases, ni del entrenamiento.

Subió sus manos y las pasó con suavidad sobre mi rostro, viajando desde la mejilla hasta la boca, trazó mis labios con sus dedos, pero no se detuvo ahí, siguió bajando por mi barbilla, acariciando mi cuello hasta llegar a uno de mis senos, pero ahí no me acarició, abrió su enorme mano y apretó con su palma haciéndome gemir, luego puso su otra mano en mi boca y mientras masajeaba mi seno metió un dedo entre mis labios.

—Chupa —ordenó.

Me empecé a sentir tan excitada que no dudé ni un segundo en hacer lo que me dijo, no sabía qué estaba haciendo y se sentía oscuro y sucio, pero quién ha dicho que solo lo claro y limpio es bueno, en la oscuridad es donde podemos descubrir nuestros verdaderos matices y disfrutarlos con la libertad que nos da la penumbra, así que me dejé llevar. Disfruté de su roce firme y posesivo en mi pecho, no era una caricia, pero se sentía mejor. Mientras que chupaba con ahínco haciéndolo gruñir, de un momento a otro se alejó dejándome con las piernas débiles y con mi eje totalmente mojado.

—Eso es para que te quede claro a quién perteneces —declaró contundente, haciéndome estremecer, no por sus palabras, sino por lo cierto que sonaban—. Pronto llegará Gab y mi hermana —dijo en el momento en que tocaron la puerta.

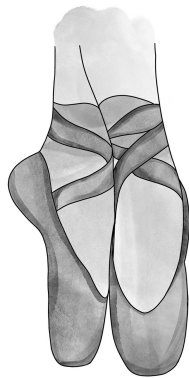
A pesar de que no estábamos haciendo nada inapropiado, salté hacia atrás poniendo aún más distancia entre nosotros cuando Sofi apareció, pero estaba tan distraída y podía decir que se veía ofuscada, que no se dio cuenta de mi reacción.

—Es increíble que nos hayas hecho venir hasta aquí para enseñarnos a pelear, solo porque en la clase en Evansville hay hombres —dejé de mirar a Sofi, quien estaba junto a la puerta para girar mi cabeza rápidamente hacia Aless, ante ese pequeño pedazo de información que no tenía.

—Pues créelo. —Escuché decir, pero no a Aless sino a Gab que atravesaba la puerta en ese momento.

CAPÍTULO 13

Pérdidas



Michaela

Había sido nuestro segundo entrenamiento con Aless y Gab. Al principio todo se veía bastante incomodo, pero cuando Aless me tiró al suelo y empecé a rodar para pararme a atacar con lo poco que había aprendido, empezó a ponerse divertido, también observé a Sofi con una sonrisa en la cara cuando trataba de pegarle a Gab, era como un juego, aunque sabía que tenía que tomar cada clase muy en serio, en algún momento nuestras vidas podrían depender de lo aprendido, no estaba de más divertirse.

Tampoco podía negar que Aless y Gab eran extraordinarios profesores, no solo en defensa personal, se notaba que eran excelentes luchadores así que trataba de repetir al pie de la letra cada instrucción, lo que empezó a dar frutos cuando tumbé al piso a Aless y Gab empezó a aplaudir burlonamente desde una esquina, en ese momento me sentí poderosa, pero cuando él puso sus manos en mis caderas y apretó, la situación se invirtió. Los aplausos y el sonido de la voz de Gab quedaron como un susurro al fondo de mi cabeza, estaba sudada y con la respiración agitada, pero lo único que registraba era el tacto de Aless en mi cuerpo.

Desde el día anterior en su oficina no había tenido ningún acercamiento de este tipo y verlo en ropa de deporte con sus tatuajes totalmente expuestos, con el sudor en cada músculo de su cuerpo y en posición de ataque me tenían babeando y totalmente frustrada; contuve la respiración en el momento que volvió a apretar sus manos de forma firme y una sonrisa se expandió en su rostro, esta era su forma de decirme que, así yo estuviera encima de él, seguía siendo él, quien tenía el control. Giré los ojos, pero no pude evitar devolverle la sonrisa.

Gab se acercó a nosotros pidiendo su turno, Aless me giró con sus manos colocándose encima de

mí y haciéndome sentir como una estúpida, por creer que tenía el mínimo control en algo, antes de decirle a su amigo que nunca, que agradecería que lo dejaba luchar con su hermana porque sabía que era como una para él, palabras que hicieron vacilar la sonrisa en la cara de Gab por un segundo, aunque sin decir una palabra más se giró para seguir entrenando con la susodicha.



Era jueves por la noche y estaba lloviendo a cántaros, no había forma de convencer a Aless que nos dejara regresar a Evansville, de modo que estábamos sentados en medio del gimnasio alrededor de unas cajas de pizza que había subido Luigi. Gab vivía en el piso de abajo de modo que no tenía ningún afán por irse y no podía negar que la estábamos pasando bien, al parecer Sofi había bajado las defensas con Gab, las había tenido arriba desde que empezamos a entrenar, y ver las interacciones entre él y Aless, o mejor dicho como Gab lo provocaba era muy gracioso.

—¿Luigi ya comió? —se me ocurrió preguntar.

—No tengo ni idea —contestó Aless observándome de forma meditativa.

Ya habíamos terminado de comer y aún quedaba una caja de *pizza* entera, de modo que me levanté y tomé la caja de *pizza* para bajársela a los de seguridad.

—¿A dónde crees que vas? —me sorprendió Aless jalándome por el brazo, no había escuchado que se hubiera levantado, era todo grandote, pero se movía como si no pesara nada, no se sentía.

—A llevarle comida a los de seguridad —dije después de recuperar el aliento por el susto.

—De seguro ya comieron —dijo frunciendo el ceño.

—Aless, está lloviendo a cántaros, no pueden moverse de su lugar de trabajo, ¿cómo puedes saber si ya comieron? —lo miré de reojo.

—¿Y a ti que más te da? —preguntó con rabia. Giré los ojos y respiré profundo.

—Aless, no se trata de eso —empecé a tratarle de explicar, era increíble que para unas cosas fuera tan maduro, tan hombre, pero para otras se comportaba como un niño—. Se trata que son personas que trabajan para ti, que son leales a ti y que darían la vida por nosotros. No es lo más humano que por lo menos nos preocupemos por su bienestar.

Me observó por un segundo sin decir palabra, pero luego caminó hacia un closet junto a la puerta y sacó un *hoody* de los suyos y empezó a andar hacia a mí nuevamente, sabiendo lo que venía. De forma nerviosa me corrí hacia atrás.

—Estoy toda sudada. —Traté de evitar que me colocara el buzo, aunque el sudor ya se había secado un poco, no debía oler muy bien, pero él solo se siguió acercando y pasó la prenda por mi cabeza. Suspiré.

—Ni creas que vas a salir por esa puerta así vestida.

—Aless, estamos en pleno siglo veintiuno y las mujeres nos vestimos como nos da la gana.

—La mía no —dijo de forma rotunda, confundíendome nuevamente, pero antes que lo acribillara a preguntas puso su mano en mi espalda—. Vamos, voy contigo.

Después de sorprender con la comida a Luigi, Santino, Bruno y a otro señor mayor que no conocía, y disculparme porque estaba segura de que esa sola caja de pizza no alcanzaría para satisfacer a todos esos grandotes, sobre todo a Santino y Luigi, regresamos al piso, con un Aless refunfuñando a mis espaldas por unas razones que no conocía y sin ver a Sofi y Gab cerca.

Me giré y lo miré de la misma forma y abrí la boca para preguntarle qué carajo le pasaba, pero antes que dijera algo dio un paso adelante haciendo que su nariz rozara mi frente y pasó su brazo por mi espalda acercándonos más. Levanté los ojos, lo observé a través de las pestañas y traté de controlar el temblor en mi cuerpo, no quería que pensara que era por miedo, más bien era como un frenesí que me envolvía ante su tacto, su aliento en mi cara, su olor a hombre que me embriagaba, pero algo difícil de explicar.

—No sé qué me pasa contigo —dijo con una mezcla de rabia y confusión—, pero te quiero solo para mí. —Aspiró profundo en mi cabeza, oliéndome—. Quiero que tu preocupación sea solo por mí, quiero que tus pensamientos sean solo para mí, ser el dueño de tu cuerpo y de... —iba a decir algo más, pero en ese momento observándome a los ojos, en vez de seguir hablando acercó su boca a la mía y me besó.

No fue un beso inexperto, no fue un beso suave y romántico como esperaba que fuera mi primer beso, en el momento en que sus labios rozaron los míos fue una explosión incontrolable. El roce de labios de forma fuerte iba empujándonos el uno al otro. Introdujo su lengua sin pedir permiso y empezó a explorar con la mía, con su mano firme en mi cabeza me mantenía en mi lugar, «ja, como si quisiera moverme», mientras que me consumía completamente, fue como una bomba en mi interior. Tenía los pelos de punta y una sensación de éxtasis comenzaba a iniciar desde mi barriga y bajaba hasta mi parte más íntima causándome una pulsación extraña, poniendo mis pezones erguidos y mi corazón palpitando a todo timbal. Después de unos segundos empezó a alejar su boca de la mía y me observó con intensidad antes de decir.

—Y yo siempre consigo lo que quiero. —En ese momento entendí que no tenía que desearlo más, porque de alguna manera absurda se había convertido en el dueño de todo mi ser y aunque él no lo hubiera pedido, también de mi corazón.

—No sé quien estuvo antes —continuó—. Y no lo quiero saber, para qué acabar con la vida de una memoria que te haré olvidar con facilidad.

—Nadie ha estado antes —susurré, interrumpiéndolo, haciendo que abriera los ojos de golpe y luego los cerrara respirando fuerte y profundo. A pesar de que quiso quitarle importancia al comentario, la forma en que apretó los puños decía más que cualquier palabra.

—Y nadie estará después. Terminó por declarar, mientras en un acto inesperado me abrazó fuerte junto a su pecho.



Prácticamente hiperventilando abrí la puerta del cuarto destinado para Sofi y para mí, pero para mi sorpresa cuando entré me tropecé con la cara de Gab haciendo que no pudiera evitar el grito que se escapó de mi boca. Mientras yo venía entrando, él venía saliendo y mi corazón

casi huye de mi pecho, terminé de entrar y cerré la puerta tras de mí observando la cara de Sofía parada frente a la enorme cama, estaba pálida con los ojos abiertos de par en par, pero no fue hasta que escuchamos los golpes en la puerta y las palabras apremiantes de Aless, que mi corazón abandonó el lugar. Aless no iba a pensar nada bueno de encontrar a su hermana y a su mejor amigo en el cuarto a solas y por la reacción de ambos, podía jurar que rezando no estaban. Sofi parecía a punto de desmayarse y, por primera vez, presenciaba una parte de Gabriele que no conocía; no tenía una sonrisa en la cara, no tenía nada gracioso para decir, se paró frente a Sofi y en su cara solo se observaba una concentración y una determinación que solo había visto la vez que Aless prácticamente acabó a golpes a un hombre en el ring.

—¿*Piccolina*, todo bien? —preguntó Aless de nuevo con exigencia y giró el pomo de la puerta que, gracias a Dios, antes de girarme ya había asegurado.

—Sí, todo bien —empecé a hablar, tratando de sonar natural, no como si mi corazón fuera a mil por hora—, solo que me pegué en el dedo pequeño del pie y duele muchísimo.

—Abre la puerta —exigió mientras todos nos mirábamos en el cuarto sin hacer ruido el respirar.

—Sofi se está bañando.

—No voy a entrar al baño —declaró con fastidio, podía verlo girar los ojos.

En ese segundo pasaron muchas cosas, Gabriele jaló a Sofi hacia el baño y cerró la puerta con suma delicadeza, no sonó ni el clip cuando la ajustó, y enseguida escuché el agua corriendo. Sabía que lo primero que iba a hacer Aless apenas entrara era verme el pie, respiré profundo e hice algo unimaginable, pero lo que pasaría si Aless viera la verdad en toda esta situación era más increíble que lastimar yo misma mi dedo pequeño del pie con la mesa de noche. Respiré profundo y me tragué el grito de dolor, de los nervios me había excedido un poco al punto que tenía unas gotitas de sangre.

—Michaela, si no abres la puerta ya, la tiro —gruñó.

Me acerqué cojeando hasta la entrada del cuarto y moví la manija dejándolo pasar. Observó mis ojos cristalinos por las lágrimas sin derramar, a causa del dolor y luego se agachó para mirar mi pie, que empezaba a hincharse un poco, luego miró nuestro alrededor y observó con atención. La respiración se quedó en algún lugar de mi pecho, de los nervios se me olvidó hasta el dolor.

—¿Cómo fue?, ¿con que te pegaste? —preguntó, como si quisiera destruir lo que hubiese sido.

Su actitud iracunda ante lo que era una situación tonta, hizo que una carcajada saliera de mi pecho, de los mismos nervios de pensar que si supiera la realidad de las cosas, su temperamento lo harían querer destruir todo y no lo podía permitir, menos porque las personas involucradas eran importantes para mí y peor aún, para él también. “No pudimos escoger nuestras vidas, pero si con quién compartirlas”, dijo inteligentemente Sofi una vez y esta había sido nuestra elección.

—No entiendo a qué se debe la risa —dijo después de que me tranquilicé un poco.

—Es que parece que quisieras quemar y destruir a aquello con lo que me tropecé.

—Y así es —dijo sin vacilación y se volvió a concentrar en mi pie—. ¿Quieres que le diga a mi hermana que te deje entrar para que te echés agua fría en el pie?

Los ojos se me abrieron de golpe, menos mal que Aless todavía observaba el pie, sino se hubiera dado cuenta de que algo estaba mal con Sofi.

—No, no la quiero incomodar —dije tratando de pensar una excusa, pero en vez de eso a mi cabeza vino una solución—. ¿Podría utilizar el baño del pasillo?

No había terminado de hablar cuando él ya me tenía en brazos, pero no me llevó al baño del pasillo, sino al de su cuarto.

—Necesito bañarme —dije en el momento que ayudó a sentarme en su cama—, seguro que después de una ducha se va a ver mucho mejor —señalé mientras observaba la horrible hinchazón.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —preguntó algo inquieto.

Pero nada se debía sentir como el éxtasis que me corría por el cuerpo. Había sido un manjar de emociones: diversión en la práctica, excitación, nervios, deseos, placer y amor en mi primer beso con Aless, nervios, ansiedad y miedo cuando Aless estuvo a punto de atrapar a Gab y ahora emoción y temor de saber que me voy a duchar en el baño de Aless, voy a estar totalmente desnuda a la distancia de una puerta de él.

Alessandro

Había estado a punto de partir la maldita puerta del cuarto de invitados al saber que mi *piccolina* estaba herida del otro lado, solo quería estar junto a ella y ayudarla, además de que su voz sonaba angustiada y nerviosa. No fue nada carnal, nada como el beso que nos dimos unos minutos antes, en el que quería consumirla por completo y controlar no solo su boca sino su cuerpo y sus pensamientos, hacerla mi útere y jugar con ella como me diera la maldita gana. Fue como mi extraña actitud de antes, cuando me dijo que nunca había habido alguien antes, en vez de cargarla y tomarla ahí mismo en el mesón de la cocina para marcarla como mía, la abracé; tenía la convicción que se merecía algo mejor para la primera vez de su vida, me parecía que eso era algo importante para las mujeres y quería que ella siempre tuviera lo mejor, un pensamiento algo abrumador para un ser tan egoísta como yo. Ella despertaba en mí una maraña de emociones contradictorias que, en este momento, no intenté descifrar.

Ahora mismo mientras que escuchaba el agua de la ducha correr dentro de mi cuarto, fue la tarea más dura de autocontrol que había tenido, porque, a pesar de que quería que su primera vez fuera algo decente, en ese momento el baño me parecía bastante elegante, me había costado una buena cantidad de dólares y era un lugar con muchas facilidades para el objetivo, pero mientras me debatía en seguir mi instinto o mi razón, el líquido dejó de correr y pude respirar para pensar con claridad.

Mientras esperaba y mi mente volaba en una cantidad de fantasías que quería hacer realidad, me cambié a mi pijama y la esperé sentado en la cama con un pequeño botiquín de primeros auxilios que guardaba en mi mesa de noche, uno que nunca utilizaba porque el de diario, que estaba

mucho más equipado, estaba en el baño; para esto solo necesitaba una crema para el dolor y la hinchazón, y una curita. Michaela salió del baño con mi camisa, que llegaba a media pierna y una toalla enrollada en su cabello mojado, tenía todavía unas gotas en su cuello que se deslizaban hasta su pecho haciendo visible la tentación. Qué tan malo podía ser una probadita, pero cuando me disponía a ir hacia ella, dio un paso adelante y se quejó del dolor. Me tragué mi libido y me acerqué, pero para cargarla y ponerla en mi cama junto a mí para curarla.

—Mañana voy a llevar a Ben a ver un partido de su jugador de futbol favorito —le dije, mientras ponía la crema en su dedo haciendo que se encogiera un poco.

No sabía si su molestia y tensión era por el dolor en el pie, o porque no quería que su hermano se mezclara con una persona como yo, y aunque el simple pensamiento me hacía querer encender el mundo, la entendía. Michaela seguía sin decir nada, así que cuando terminé de colocar el medicamento levanté la cabeza y me encontré con su mirada curiosa y su frente fruncida.

—No comprendo —terminó por decir.

Entonces empecé a contarle la forma en que conocí a su hermano, del que cada vez que hablaba los ojos se le llenaban de adoración y el trato que había hecho con él, como sabía que mañana era su cumpleaños y la tía Lucy le estaba preparando una fiesta sorpresa, me pareció la ocasión perfecta para llevarlo mientras preparaban todo. No sospecharía nada y podrá cumplir con mi palabra como él había cumplido con la suya.

—Gracias, *Leoncino* —fueron sus palabras después de contarle toda la historia—. Para Ben ha sido muy difícil lo de papá, sé que eso le ayudará mucho.

Terminó por decir y luego me dio un pequeño beso en la mejilla, pero se sintió tan potente que me calentó el cuerpo que ausente de alma permanecía frío. Suspiré y la cargué para llevarla a su cuarto, pero cuando se dio cuenta a donde nos dirigíamos, dijo:

—¡No puedes llevarme al cuarto! —gritó, sorprendiéndome—, es que dejé un reguero en tu baño.

Explicó en un tono más calmado, haciéndome mirarla con sospecha, me recordó el tono de nerviosismo que tenía antes de que entrara al cuarto. Me apresuré al lugar, pero solo me encontré con mi hermana leyendo, que no parecía nada sorprendida al verme llevar a Michaela entre brazos. No pude evitar preguntarme qué pensaba, pero no dije nada, me limité a poner a mi *piccolina* en la cama y desearles las buenas noches a las dos. Mañana iba a ser un día largo.



Escuché, no solo el grito de Ben junto a mí, sino de todas las personas del estadio cuando Messi apuntó el gol en el mismo momento en que el árbitro pitaba para finalizar el encuentro. Todo el mundo empezó a movilizarse para salir del lugar, tomé a Ben del brazo, quien me observaba con una sonrisa brillante mientras avanzábamos. Solo éramos él y yo, no necesitaba a nadie más y hoy cada quien tenía una tarea que cumplir. Bruno y Luigi con Sofi y Michaela que estaban consiguiendo un regalo para Ben, Santino, que llevaba un tiempo detrás de Simone; Gab al frente de la compañía, alguien tenía que hacerse cargo, y mi padre y la tía Lucy alistando todo para el festejo en la casa de los De Luca. Tenía exactamente dos horas para llegar puntual a la

fiesta sorpresa de Ben, en una hora tendrían que empezar a llegar los amigos del pequeño que podía levitar de felicidad en este momento. Aunque envidiaba mucho la inocencia de Benjamín y la nube de felicidad en la que vivía, yo a su edad ya tenía un par de años dentro de la organización y más sangre en la conciencia que la de un sicario de décadas; sin embargo, no me veía en una posición diferente, esta era mi vida y sentía que había nacido y me habían criado para eso.

Cuando llegamos al parqueadero, al espacio donde había dejado mi auto y con el bip sus puertas se elevaron, escuché de nuevo el “wow” salir de la boca del niño sin reparo alguno. Nos subimos a nuestros puestos y cuando giré la llave para arrancar el motor una llamada se conectó al Bluetooth del carro.

—Alessandro. —Escuché la voz de mi padre a través del equipo de sonido del auto.

Aunque su voz parecía calmada, había algo en ella que hizo que me pusiera alerta automáticamente, empecé a observar a mi alrededor, utilicé los espejos, pero no lograba ver algo fuera de lugar.

—Padre —respondí.

—Hijo, eres un orgullo para mí —empezó, logrando confundirme totalmente—. Y sé que no lo digo muy a menudo, pero te amo. —Eso fue lo que logró que mi corazón empezara a latir con furia—. Tú y tu hermana son lo más importante.

—¿Aless, estas con Ben? —preguntó la tía Lucy con su voz quebrada, haciéndome tragar en seco.

Observé al niño que había olvidado que estaba sentado junto a mí.

—Sí —fue lo único que pronuncié—, está escuchando.

Quería preguntar muchas cosas, pero también sentía que no había tiempo.

—Ben.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó igual de confundido que yo.

—Hijo, no hay tiempo, escúchame —empezó—, quiero que sepas que te amo, que mi amor por ti y por tu hermana es lo más grande de este mundo, que puede traspasar barreras y espacios. —Suprimió un sollozo y respiró—. A veces las personas que amamos no están a nuestro lado, pero eso no quiere decir que no estén, cuando el amor es tan grande una parte de esa persona se queda con nosotros, nunca lo olvides. —La escuché tragar duro—. Y tampoco olvides que, a pesar de las circunstancias, aunque veas a tu alrededor todo oscuro siempre trata de ser la luz, nunca dejes que la oscuridad te consuma. Díselo a tu hermana también y recuérdale que, aunque no parezca, siempre tratamos de hacer lo que creíamos que era lo mejor para ustedes.

Terminó por decir, mientras que yo estaba maniobrando mi celular observando las cámaras que había instalado alrededor de la casa de Michaela, dándome cuenta de que la puta imagen estaba congelada.

—¿Mamá? —intentó hablar Ben, pero la tía Lucy lo interrumpió, pero esta vez

hablándome.

—Aless, no los dejes solos, tú lo puedes lograr, naciste para eso y recuerda que lo correcto muchas veces no es lo que nos dice la cabeza sino el corazón. Las personas más exitosas en la vida, no son las más inteligentes sino las más apasionadas —terminó por decir, con su voz entrecortada, pero decidida y haciendo que me preguntara qué demonios pasaba.

—Hijo —volvió a hablar Salvatore—, deja a tu hermana tomar sus propias decisiones, es lo correcto y todo quedará en familia. —Le acababa de ordenar casarse con alguien y ahora me pide que la deje tomar decisiones, no entendía una mierda.

—¿Qué puta mierda pasa?

—Tal vez nos equivocamos, tal vez teníamos que prepararnos todos para cumplir con nuestro destino y así enfrentar los de afuera, unidos y no escondidos, así es como somos más fuertes.

Esas fueron sus últimas palabras, porque en el momento que intenté preguntar de nuevo escuché una puerta estrellarse con la pared, seguido del sonido de dos disparos y unas palabras que, verdaderamente no entendí, ya que habló en lo que me parece era ruso, solo entendí cuando uno dijo:

—Malditos, prefirieron quitarse la vida —declaró con acento.

Cerré los ojos y dejé que un dolor familiar recorriera mi cuerpo, recordé el día que perdí a mi madre, la diferencia era que en ese momento me sentí impotente, no había nada que hubiera podido hacer para salvarla, no había una persona o ente o lo que fuera a quien pudiera matar. Me sentía inútil por no haber estado ahí para mi padre, quien me había enseñado y dado todo, sin importar sus errores, sabía que era un hombre que dio todo por su familia y por quienes quería de verdad, pero había otra diferencia, esta vez sí tenía alguien a quien matar, una venganza que planear, iba a acabar con una organización completa y dejé que el solo pensamiento me reconfortara, por lo menos por ahora.

Escuché un suspiro entrecortado a mi lado y me fijé en el niño junto a mí. Y pensar que hace algunos minutos había dicho que envidiaba su inocencia y felicidad. Ahora, después de escuchar por teléfono el momento en que su madre jaló del gatillo para evitar caer en manos de unas de las organizaciones no solo peligrosas, sino asquerosa que nos rodeaba, un enemigo letal, la nube se había reventado.

Apreté su mano, no tenía nada que decirle, sabía que un lo siento no serviría de nada, pero me iba asegurar que supiera que no me quedé con los brazos cruzados. Pisé el acelerador, tenía que llegar al aeropuerto, estábamos a una hora y pico en avión de aquí a Evansville, así que empecé a hacer llamadas.

Me bajé de la camioneta y me encontré con Gab, no lo había podido contactar por teléfono, pero ahí estaba junto a Santino y para mi sorpresa Amelia en la entrada de la casa, que, por supuesto, estaba vacía, ya no había nadie, los muy malditos se habían ido. Gab palmeó mi espalda, Amelia apretó mi brazo y Santino cayó por primera vez, solo inclinó su cabeza, pero alcancé a ver el dolor en su rostro, era un hombre leal, mi padre y el tío Dante lo habían salvado a él y a Luigi de la hambruna y la miseria y ellos le dedicaron su vida. También vi el pesar en el rostro de mi

mejor amigo, lágrimas en los ojos de mi secretaria y el subir y el bajar rápido del pecho de Ben que estaba haciendo todo lo posible por reprimir el llanto y parecer fuerte. Entendí que esta no era solo mi pérdida, sino la de todos y el sentimiento se instaló en lo profundo de mi ser cuando vi la camioneta que manejaba Luigi, aparcarse junto a mi auto. Bruno fue el primero en bajarse, pero él no abrió la puerta de las chicas, fue Luigi quien se bajó después y abrió la puerta donde vi a mi hermana, Luigi tomó unas bolsas y se las pasó a Bruno, ayudó a mi hermana a bajar del enorme vehículo y luego ayudó a Michaela.

Observé a las dos chicas mirarme desde la distancia, la cara de Luigi arrugarse al vernos a todos ahí y a Bruno observar con detalle. En ese momento sentí cómo la responsabilidad de unas muertes que, irónicamente, no estaban atadas a mis manos, se instalaba en mi pecho con un peso tan grande que no entendía como no acabe tirado al suelo, quisiera decir que por milagro o por suerte, pero no creía en ninguno de los dos; menos cuando quienes verdaderamente merecían esos beneficios que suelen decir que tiene la gente, no los tenían. Esa tarde Ben no celebró su cumpleaños, no se escuchó la canción del *happy birthday*, me tocó escuchar los gritos de Michaela al ver a su madre con un hueco en la frente, sin vida y tirada en el piso, vi a mi mejor amigo recoger a mi hermana desmayada del suelo, cuando presencié la escena y lo peor del asunto es que no me pude quedar con ellas, esa tarde tenía que hacer arreglos, iba a ser una noche de caza e iba a destruirlo todo si era necesario

Después de que Michaela, Sofi y Ben se fueran con Bruno, Amelia, Carlo y dos hombres más hacia la mansión aquí en Newburgh donde las debía estar esperando el médico; Gab, Santino, Luigi y yo empezamos a planear la búsqueda de la porquería de Ivanov, seguro no esperaban un ataque tan pronto, nadie sabía de lo sucedido, solo nosotros, el factor sorpresa era clave y teníamos unos topes que nos serían de mucha ayuda.

Después de tres malditas horas, parqueamos afuera de uno de los restaurantes más reconocidos de Chicago, según uno de nuestros infiltrados, Egor Ivanov estaba en una cena con el gobernador, como si eso le pudiera servir de alguna protección. Solo nos bajamos Gab y yo del auto, entramos al restaurante y estudiamos nuestro alrededor, estaban en una sala privada, pero a través del vidrio insonoro que dividía el lugar del resto del restaurante pudimos ver al gobernador con dos de sus escoltas e Ivanov con tres, muy seguramente habían más esperando por él afuera, no le servirían de mucho.

Empecé a sentir la adrenalina correr por mis venas y dejé salir mi rabia libremente, caminé hacia la sala ignorando a la *Hostes* del restaurante, el gobernador tenía un vaso de lo que creí era whiskey en la mano e Egor tenía un cigarrillo en la boca. Me paré detrás del primer escolta y con un cuchillo corté su yugular, hoy fue un buen día para él, no tenía tiempo de matarlo como merecía. Gab cortó el cuello del otro guardaespaldas al otro lado de la mesa y puso el arma con silenciador al último hombre de la Bratva que quedaba, mientras yo tomaba una silla y me sentaba en medio de Egor y el gobernador.

—Gobernador Taylor —lo saludé y vi al hombre con los ojos abiertos de par en par presenciando la escena frente a él—, qué pena interrumpir su reunión, pero lastimosamente tengo que llevarme al señor Ivanov. —Todavía no había mirado al hombre en cuestión, solo vi el momento que su guardaespaldas intentó sacar su arma y Gab disparó en su cabeza dejando los sesos esparcidos por el suelo del elegante restaurante—. Espero que eso no sea un problema.

—En absoluto —respondió el gobernador con la voz entrecortada.

Por primera vez desde que entré al lugar me giré para observar la cara del asesino de mi padre y no vi más que un maldito cobarde al que se le había drenado todo el color del rostro de lo cagado que estaba, el borde de mi boca se levantó en una risa retorcida y llena de malicia, en el momento que tomé el cigarrillo de su boca, miré el cigarro en mi mano y luego la cara del maldito asesino y dije:

—Está prohibido fumar en lugares cerrados. —Y le puse el cigarrillo en todo el ojo.

Sus gritos llenaron el lugar, aunque el gobernador estaba perturbado no le dijo nada a sus guardaespaldas, sabía que no le convenía y el viejo de unos sesenta y pico de años empezaba a suplicar y eso que apenas estábamos empezando.

Las sombras se alargaban, creando figuras fantasmagóricas en las paredes sucias y descascaradas del antiguo almacén abandonado. El silencio era absoluto, roto solo por el tenue goteo de una tubería oxidada en algún lugar del edificio olvidado por Dios y no pude evitar sentirme como en casa, el infierno me daba la bienvenida, con la única diferencia de que era yo el que iba a jugar a ser el diablo.

Santino y Luigi se habían encargado de los hombres fuera del restaurante y Gabriele estaba junto a mí con una mirada gélida, pero llena de resolución que reflejaba la mía propia. Frente a nosotros, atado a una silla de madera, estaba la cabeza de la Bratva y asesino de mi padre, teníamos claro lo que esto podría significar, una guerra se avecinaba, pero eso no nos detuvo. Alargué la mano y tomé el balde de agua fría que estaba en el suelo junto a mí y lo arrojé sobre el viejo el cual se estremeció y abrió los ojos desorientado y aturdido. La luz de la única bombilla colgante reveló su expresión de terror al darse cuenta de dónde estaba.

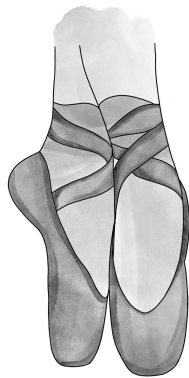
—¿Qué... que es esto? —balbuceo

—Es tu fin —respondió Gabriele, antes que yo dijera algo y sonrió de esa manera escalofriante con la que solía atemorizar a sus víctimas—, tu cuenta de cobro por todo el maldito dolor que causaste.

Egor intento hablar e implorar, pero siempre he sido más de hacer que de decir, así que dejé salir libremente la ira que me envolvía y lo golpeé con tanta fuerza que sentí el traquear de su mandíbula al romperse. Observé a Gabriele sacar su preciosa navaja con su risa intacta y empezó a hacer cortes precisos en la piel del maldito viejo provocándole un dolor agónico, mientras yo no dejaba de golpear. Los gritos y suplicas borrarón el silencio, causando melodía para nuestros oídos, porque disfrutamos cada segundo del concierto hasta que la vida se desvaneció de los ojos de Ivanov, dejando un cuerpo inerte colgando de las cuerdas que lo mantenían en la silla.

CAPÍTULO 14

La calma en la locura



Michaela

Otra vez estaba destrozada, parada en medio de una iglesia, rodeada de un montón de gente que no conocía, tan solo distinguía unos cuantos rostros de vecinos, aunque mi vecino más querido no estuviera aquí. A pesar del público que me rodeaba, el desánimo de la soledad se hacía aún más profundo. Ninguna de las personas que de verdad podrían entender un poco el dolor que me acribillaba por dentro, estaban aquí. Aun cuando la situación era desgarradora teníamos que seguir actuando nuestro papel. Apreté la mano de Ben tratando de darle un poco del consuelo que ni yo misma encontraba. Todavía no terminaba de creer que ya no estuviera, todavía no asimilaba su pérdida ni su ausencia, solo estaba concentrada en ser lo que Benjamín necesitaba y para eso tenía que dejar de un lado el dolor inmenso y luchar contra la rabia que quería nublar mis sentidos, ahora tenía que actuar con mucha inteligencia.

En el momento en que vi a mamá tirada en el piso de su habitación con un hoyo negro en su frente, sangre en el suelo, alrededor de su cabeza y unos ojos abiertos... sin vida, algo dentro de mí se murió, eso fue exactamente lo que sentí, mientras un llanto inconsolable se desbordaba de mi pecho, sin poder detenerlo. A un lado, con el rabillo del ojo, observé a Sofi desplomarse al piso. También vi cómo Aless se apresuraba a tomarla entre sus brazos, pero Gabriele la levantó primero y Alessandro se lo agradeció, su mirada estaba llena de preocupación, pero sus facciones no solo estaban cubiertas de dolor y preocupación, también vi remordimiento, lo sabía porque era lo que veía en el espejo cada vez que juzgaba a papá por lo que había hecho y pensé que, precisamente, de esto era de lo que nos había estado protegiendo, pero luego escuché el llanto desconsolado de mi hermanito y dejé a un lado mi sentir y pensar para concentrarme en él. Fue el recordatorio que necesitaba de que no era solo mi dolor y empecé a tranquilizarme.

Unos minutos después nos encaminamos a la inmensa casa donde vivía Sofi, aunque últimamente había pasado más tiempo en mi casa, empezaron a pasar por mi cabeza imágenes de nosotras con mamá en el comedor compartiendo la comida o solo hablando, cuando veíamos una película de romance las tres, a pesar de que Sofi lo veía algo ilógico, lo disfrutábamos muchísimo y mi pecho se apretó, pero contuve el llanto porque tenía a mi hermano dormido entre mis brazos y no quería levantarlo. Estuve esperando que Alessandro se acercara y me abrazara, me consolara, solo entre sus brazos quería permitirme ese momento de debilidad, pero no se acercó ni a mí, ni a Sofi, solo caminó una vez hacia Ben, se agachó a su nivel y mirándolo a los ojos le prometió que él se iba a encargar de todo. Ben solo asintió sin entender muy bien el significado de sus palabras, pero yo lo entendía perfecto y eso me puso los pelos de punta, aunque también me brindó un poco de un consuelo que no entendía; luego solo nos vio partir con Amelia, Bruno y tres hombres más de los que no conocía ni el nombre. No se despidió, ni me dirigió la palabra y eso hizo que me sintiera aún más sola.

Cuando traspasamos el monumental portón de la casa, que hasta ahora solo había visto desde fuera, me impactó la presencia de numerosos vigilantes tanto en la entrada como en el camino que conducía hasta la puerta principal. La rabia volvió con más fuerza. No pude evitar pensar que tal vez si papá no nos hubiera ocultado la realidad de nuestras vidas, podríamos haber estado más preparados: vigilantes y guardaespaldas con nosotros, estar entrenados para defendernos y para saber cómo actuar en estas situaciones. Pero no, con la excusa barata de protegernos escogió el camino cobarde y también lo escogió por nosotros, y estas fueron las consecuencias.

El padre había pedido que nos levantáramos a orar, pero estaba tan perdida en mis propios pensamientos que no me había dado ni cuenta de que seguía sentada en la banca. Cuando sentí a Ben jalar de la mano que tenía sostenida, lo observé y observé mi alrededor fijándome en los rostros de personas que no conocían realmente a mamá, que no sabían que amaba ver las novelas Colombianas, leer libros de romance con vaqueros, cocinar para nosotros, que había dejado todo por papá, aunque él la había dejado creyendo que con él enterraba una verdad para salvarnos, pero luego esa verdad creció como un árbol grande y frondoso que todos podían observar y que al tratar de talarlo cayó sobre mamá y también se la llevó. En ese momento la presa que había estado conteniendo dentro de mí se liberó, me levanté de un salto de la banca y me puse en medio de la iglesia, frente al ataúd de mamá.

—¡Fuera, largo, lárguense! —empecé a gritarle a todo el mundo como una loca.

En ese momento solo quería vivir mi dolor y estar rodeada de personas que verdaderamente lo entendieran.

Todo el mundo me observaba, algunos con cara de pesar, otros con molestia y otros con incredulidad, pero cuando Luigi y Bruno se pararon junto a mí empezaron a salir despavoridos. Me acerqué de nuevo a la banca y agarré la mano de Ben que para mi sorpresa me sonrió; de manera triste levantó su boca en forma de apoyo y lo jalé hacia al centro del recinto y miré al padre que me observaba con miedo.

—Continúe —ordené, tratando de imitar el tono que Aless utilizaba.

Lo vi tragar en seco mientras que observaba al grandote y semigrandote junto a mí antes de seguir con la ceremonia.

Mientras el padre hablaba, Ben y yo estábamos junto al ataúd de mamá con Luigi y Bruno a nuestras espaldas. Detallé a mamá acostada en el cajón. Ella era hermosa, de una manera única, con su cabello oscuro alrededor de su rostro, un rostro angelical, con sus ojos cerrados y sus largas pestañas reposando debajo de ellos, su nariz respingona, unos labios que eran rosados y ahora estaban pálidos bajo el pintalabios que le colocaron al prepararla para el entierro, su cuello largo y elegante, pero ella era más que eso, también era inteligente, amorosa, comprensiva, no se había perdido ningún momento importante para nosotros y ahora ya no estaba, ni iba estar. Las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro sin control y mientras el padre seguía leyendo una parte de la biblia lo interrumpí, dirigiéndome más que al cuerpo ante mí, al alma que sabía debía estar en un lugar mejor.

—Gracias —empecé, creía que era la palabra más adecuada, aunque no me parecía suficiente—, por estar siempre, por darnos lo mejor de ti e impulsarnos a ser la mejor versión de nosotros mismos. —Se me entrecortó la voz, las lágrimas seguían cayendo, pero respiré profundo—. Trataré de dar siempre lo mejor de mí para parecerme así sea un poco a ti, te lo prometo.

Terminé por decir cuando los sollozos empezaron a salir de mí sin control. En ese momento, sentí una mano en mi espalda y me giré esperanzada, pero no me encontré con unos ojos oscuros que parecían negros, no, me encontré con unos ojos verdes llenos de compasión y comprensión. Sofi empezó a llorar conmigo y nos envolvimos en un fuerte y sentido abrazo que solo se sintió completo cuando sentimos unas manos pequeñas rodearnos a las dos. Ben, Sofi y yo terminamos envueltos en un abrazo, rodeados por Gabriele, Luigi, Santino y Bruno en medio de la iglesia, frente al cajón donde reposaba mamá. Las palabras del padre sonaban lejanas y poco consoladoras, porque sentía que el verdadero consuelo era quienes me rodeaban en el momento, aunque faltaban dos de las personas más importantes, estaba aprendiendo que en el mundo en el que nacimos aunque no teníamos muchas personas en las que confiar, los momentos que teníamos con esas pocas personas eran contados y prestados, porque aunque todos teníamos asegurada la muerte, en nuestro mundo era una sentencia que nos podía alcanzar con más facilidad y de la peor manera, así que me regocijé de las personas que me acompañaban en el momento y me fortalecí con su presencia para afrontar lo que seguía.

Una semana después del entierro de mamá habían ocurrido un montón de cambios que a penas y estábamos asimilando; para empezar, nos mudamos a Chicago, Ben, Sofi y yo vivíamos en un apartamento elegante y muy acogedor. Al principio, pensé que Aless quería mantenernos separadas a Sofi y a mí, pero decidió que era más fácil manejar la seguridad si estábamos todos juntos y desde entonces siempre estaban con nosotros o Luigi y Bruno, o Santino y un hombre de mayor edad del que aprendí que su nombre era Carlo, también sabía que alrededor del edificio había más seguridad, lo que debía confesar que me tranquilizaba mucho, aunque esa serenidad era efímera, porque solo con recordar que no había visto a Aless desde el día de la muerte de nuestros padres y la desaparición de Jack unos días después, era suficiente para empezar a hiperventilar.

Todavía recordaba la cara de la mamá de mi mejor amigo cuando en plena mudanza llegó a la casa a preguntar por su hijo, llevándose la sorpresa de que llevaba semanas sin verlo; desde el día del accidente de la pistola eléctrica no lo había vuelto a ver, pensé que con su actitud tan extraña lo mejor por el momento era mantener la distancia, era la única manera de garantizar su seguridad, pero ahora me sentía como una mierda porque sabía que se sentía solo y yo me había

alejado más, aunque había sido por una buena causa, él no lo sabía y ahora llevaba unos días desaparecido y eso me tenía con los nervios de punta y con la conciencia carcomiéndome.

En vista de que no podía contactar con Aless, hablé con Gabriele que venía a vernos a menudo, bueno él fingía que venía a vernos a todos cuando en realidad su concentración solo estaba en Sofía. No entendía qué pasaba ahí, esperaba que ella tuviera un día la confianza suficiente para contarme, pero aproveché una de sus vistas para prácticamente suplicarle que averiguara qué pasaba con Jack, no me sorprendió su poca disposición de ayuda, entendía que mi amigo era una situación difícil de manejar algunas veces, pero esto era un caso de vida o muerte así que agradecí mucho cuando a regañadientes aceptó ayudarme.

Estaba en mi nueva habitación organizando algunas cosas del par de cajas que me quedaban por desempacar cuando sentí que tocaron la puerta, fruncí el ceño preguntándome quién podría ser, Sofi y Ben no tocaban y ninguno de los grandotes subía a las habitaciones.

—Adelante —respondí, esperando a ver quién entraba.

Para mi sorpresa, la cabeza que se asomó en la entrada de mi cuarto fue la de Amelia.

—Señorita Michaela, ¿puedo entrar? —preguntó.

—Claro que sí, Amelia —le respondí de inmediato, aunque no pude evitar el recelo en mí—. Y, por favor, solo llámame Mica.

Inclinó la cabeza en un gesto de disculpa mientras entraba a la habitación y se detuvo frente a mí, que permanecía sentada en el suelo rodeada de cajas. El palpitar intenso de mi corazón resonaba en mi pecho, respiré y traté de calmar a mi acelerado corazón. Amelia no estaba aquí para hacerme daño, ni a mí ni a los míos, nadie la hubiera dejado entrar hasta aquí si así fuera, si hubiera una mínima sospecha. Me dije, pero luego recordé que ninguno pensaba que pudieran ir hasta mi casa a tratar de hacernos daño y así fue, el corazón se me volvió a acelerar, pero Amelia me sorprendió de nuevo en el momento que se sentó en el piso junto a mí y suspiró como tomando valor. Incliné un poco la cabeza y la observé curiosa, pero no pregunté nada, ni la apresuré.

—Lamento venir hasta aquí a molestar en un momento como este —empezó a hablar por fin—, pero siento que el señor Alessandro necesita ayuda y tengo el presentimiento de que usted es la única que puede ayudarlo.

Alessandro

Sentado en el centro del gimnasio, con la respiración agitada, observé el caos y la destrucción que me rodeaba, era la segunda vez esa semana que había destruido una parte del *pent-house*, la primera fue después del entierro de papá. Después de estar rodeado de caras hipócritas, de que todos mostraran un afecto falso al que iba ser la próxima cabeza de la organización, lo único que me ayudó a mantenerme firme fue la imagen triste de mi hermana que seguía jugando su papel, la presencia de mi mejor amigo y mano derecha junto a mí y las dos o tres personas leales que nos rodeaban, pero cuando todo terminó y ellos se marcharon a acompañar al único ser que me podría dar algo de consuelo, me desmoroné. No quería estar solo, pero tampoco merecía la calma que Michaela me podría dar, así que los seguí, y en silencio presencié desde lejos el momento en el que mi *piccolina* se quebró. Como ordenó a todo el

mundo salir del lugar, vi a todos mirarla sin hacer nada, yo me disponía a entrar y mandar a todos a la mierda, en el instante en que ella alzó su cabeza y los observó con determinación. Luigi y Bruno se colocaron a su lado para apoyarla y la gente empezó a salir despavorida, sabía que, incluso sin el apoyo de ellos, la gente se hubiera empezado a marchar porque ella tenía esa autoridad que nadie podía pasar desapercibida, aunque ella misma no lo supiera.

Observé desde la distancia cómo lloraba sin consuelo, abrazada con Ben y mi hermana en el momento en que fueron bajando el féretro de la tía Lucy a un hoyo negro sin retorno. En ese instante empecé a ver todo de color rojo, comencé a empuñar las manos, traté de controlar mi respiración y mi furia, pero su desconsuelo me enloqueció.

Regresé a mi auto y arranqué el motor abandonando el lugar a toda velocidad, alcancé a llegar al apartamento antes de que un pobre desamparado se me cruzara en el camino, bloqueé el ascensor para que nadie pudiera acceder al apartamento, subí a mi habitación y dejé salir la rabia. Destrocé completamente el cuarto, la cama y las mesas de noches. Las plumas de las almohadas llenaban el lugar y las paredes estaban llenas de huecos, nada a mi alrededor se salvó, destrocé hasta las puertas arrancando la madera con mis uñas y, gracias a eso, llevaba varios días en el cuarto de invitados, quisiera decir que, durmiendo ahí, pero apenas y había cerrado los ojos por unas cuantas horas. Desde entonces, me había recluso en el pent-house, sin lograr calmar la furia que me consumía. Al bajar al gimnasio en un intento por despejar mi mente, la ira se desató incontrolablemente sobre el saco de boxeo. No pude detenerme hasta que el caos se apoderó de la sala. Miraba todo a mi alrededor aun consumido en la miseria cuando escuché a la distancia el timbre de la puerta y pensé quién en esta puta vida se atrevía a llamar a mi apartamento, claramente, tenía que ser un suicida. Tratando de usar eso que la gente llamaba misericordia, ignoré el sonido y seguí respirando con fuerza, cuando...

—Aless, sé que estás ahí. —Escuché la voz que me paralizó —. Abre la maldita puerta —maldijo, logrando que una esquina de mi boca se estirara un poco en un intento de sonrisa.

Guiado por el sonido de su voz y por una mierda rara que sentía en el pecho, me levanté del piso y caminé hacia la cocina donde estaba el aparato del timbre.

—No fingía estar ausente —dije —, pero no quiero hablar con nadie —declaré, no estaba seguro de poder hablar con alguien sin herirlo.

Tenía un montón de llamadas perdidas de Gab, de Amelia y de Sofi, y no me había comunicado con ninguno porque no llevaba claro qué decirles o qué hacer.

—¿Ni siquiera conmigo? —preguntó con la voz ahogada.

Empecé a pensar si en algún momento podría llegar a lastimar a mi *piccolina* y la respuesta en mi cabeza fue automática y clara:

«Nunca».

Convencido, desbloqueé el ascensor y la dejé subir.

Escuché el timbre anunciar su llegada y sostuve la respiración. Yo estaba en un pantalón de deportes y sin camisa al frente del mesón de la cocina, con los brazos doblados en el pecho para contenerlos, no de lastimarla, sino de querer acercarme, tocarla y abrazarla, aunque no para

consolarla, más bien buscando en ella el consuelo que tanto necesitaba, pero no lo merecía. La observé salir del ascensor con un vestido de flores blancas y una chaqueta de jean que la cubría del frío que se empezaba a sentir los últimos días del verano, observé sus piernas largas, sus curvas marcadas en el vestido, llegué a su rostro y vi la consternación en él. Sus ojos del color de la miel derretida me miraban atentos, su cabello largo con rizos rebeldes en las puntas caía sobre su espalda. Luego de detallar su belleza solo me quedó apretar el agarre de mis manos.

Ella también me estaba detallando y tomó todo de mí no andar hacia ella y abrazarla. No lo merecía, pero entonces fue ella la que empezó a andar con determinación, llegó frente a mí y me envolvió en sus delicados brazos. La respiración no fluía con normalidad en mí, cerré los ojos con fuerza y respiré profundo sumergiéndome en su aroma: ella olía a calor y a coco, no sabía si el calor era un olor real, pero era a lo que ella olía y me dejé sumergir en ese aroma que me tranquilizaba. Saqué mis brazos, que estaban aplastados entre los suyos, y la rodeé con ellos apretándola hacia mí, esperando que nunca se fuera de mi lado, pero en el momento que moví mi mano, ella notó los colores en ella, se soltó un poco de mi agarre y tomó mis manos entre las suyas.

—Aless, ¿qué pasó? —preguntó y empezó a mirar alrededor del apartamento como si pudiera encontrar al causante de mis manos destrozadas. Boté la respiración fuerte por la nariz.

—Nada —dije en tono despreocupado y la atraje de nuevo hacia mí, rodeándola con mis brazos.

Sabía que no se había comido mi mentira, pero no discutí más, solo volvió a abrazarme con fuerza. Nos quedamos así por unos minutos que me llenaron de tranquilidad y claridad, todo empezaba a encajar de nuevo y sentí que cuando ella se asomaba en mi locura era la cordura que necesitaba, ella era el centro de mi universo, y me deleité en eso.

—Aless —empezó a decir mientras alejaba su rostro y lo levantaba para mirarme a los ojos, pero seguía en mis brazos—, quiero que sepas que nadie piensa que tú tengas la culpa de algo. —Tragué saliva algo incómodo e intenté abrir la boca para decir algo, pero ella continuó sin permitirlo—. *Leoncino*, eres el hombre más poderoso que conozco, el más fuerte y capaz —empezó a decir con sinceridad haciendo que mi pecho se expandiera—, pero no eres omnipresente, no puedes estar en todos lados, no puedes leer la mente de las personas, no puedes salvarnos a todos y nadie, absolutamente nadie, te exige eso, o te culpa por algo. Son muchas responsabilidades y tú lo estás haciendo de maravilla y nadie se atreve a decir lo contrario y si hubiera alguien le rompería la cara.

No pude evitar que una carcajada saliera de mi pecho, escuchar a Michaela amenazar a alguien, así fuera inexistente era muy gracioso. Cuando logré controlar la risa y volver a observarla, vi que me miraba maravillada, con los ojos dilatados, abiertos de par en par y sin pensarlo dos veces la levanté del suelo sosteniéndola por el trasero, mientras ella enroscaba sus piernas en mi cintura, subí una mano a su nuca y atraje su rostro al mío de forma firme, ella colocó sus brazos alrededor de mi cuello y antes de que nuestros labios chocaran, sacó su pequeña lengua rosada y la pasó por mis labios de forma tentativa y muy seductora, mi pene despertó de inmediato. La escuche contener un gemido.

—No lo hagas —ordené.

—¿Qué? —preguntó con la frente fruncida.

—Cohibirte, conmigo no —declaré—, conmigo puedes ser tú y ser libre de sentir y hacer lo que te plazca. Si quieres gemir, hazlo, me muero por oírte —dije, justo en el momento en que movía mis caderas rosando mi faro con su entrepierna y haciéndola gemir de nuevo en forma suave.

Tomé sus dulces labios en mi boca y mordisqueé con delicadeza, uní nuestros labios e introduje mi lengua para empezar a recorrer su boca y rozar su lengua. Nos besamos de manera salvaje mientras nuestras caderas seguían la danza que dirigía nuestras bocas, tenía mi pene totalmente erecto y palpitaba cada vez que mi *piccolina* gemía suavemente. Nos separamos solo cuando me estaba quedando sin oxígeno, la observé con los ojos cristalinos y dilatados, su boca se veía hinchada y sus ojos destilaban confianza. Esta mujer era mía, me pertenecía para siempre. El simple pensamiento me llenó de un frenesí que me consumió. Saqué mi lengua y la empecé a pasar desde atrás de su oreja, bajando por su mentón hasta llegar a su cuello; llegando ahí, aspiré su aroma haciéndola estremecer y luego chupé con fuerza tratando de marcar su immaculado cuello. Gimió con más fuerza, mientras yo chupaba con más ahínco, quería que todo el mundo supiera a quién le pertenecía.

—*Leoncino* —dijo en un jadeo—, por favor —suplicó de la misma forma.

—Dime lo que quieres, *piccolina* —ordené de forma firme, con mis labios aún en su cuello.

—Por favor —repitió.

—¿Por favor qué?

—Hazme tuya —dijo en el mismo tono demandante que yo había utilizado.

Saqué mi cabeza de su cuello y la observé de manera detenida. Su respiración era agitada, su rostro estaba sonrojado y sus ojos me miraban suplicantes. Pensé que quería que su primera vez fuera especial y pensé cómo este momento era un regalo para los dos, con la vida que llevaba y la guerra que se avecinaba no sabía si iba tener un mañana para crear algo especial, así que decidí hacer del momento algo especial. La bajé al piso dejándola un poco desconcertada, subí las escaleras corriendo, desapareciendo de su vista. Tomé el colchón, una de las pocas cosas que se habían salvado de mi habitación y una sábana del armario; bajé las escaleras y, sin mirarla, caminé hasta la sala, moví la mesa de la mitad y coloqué el colchón y la sábana encima, corrí a la cocina y tomé unas cuatro velas blancas de un cajón y un encendedor, bajé las persianas con el control lo que nos dejó a oscuras y regresé a la sala, puse las velas alrededor del colchón y corrí hacia a mi *piccolina*.

—Quiero darte lo mejor de esta puta vida, no te mereces menos, pero también es cierto que no tenemos asegurado el futuro, yo menos. —Puso sus manos en mis brazos y apretó, como si con ese gesto pudiera mantenerme con ella. Se disponía a decir algo, pero puse un dedo en su boca—. Así que voy a dejar de esperar el mejor momento y voy a convertir este momento en el mejor, te lo juro, mi *piccolina*.

Escuché su respiración entrecortarse, luego sentí su boca abrirse y sus labios rodear mi dedo antes de chupar con suavidad.

«Mi *piccolina* traviesa».

Después de soltar mi dedo, se empujó hacia mí para que sus labios tocaran los míos, la volví a levantar mientras masajeaba su trasero y ella me besó con desespero. La llevé entre brazos al colchón en medio de la sala, me arrodillé y la coloqué en medio de este. La miré y sonreí mientras caminaba hacia la punta del colchón más alejada, sus ojos se abrieron con sorpresa, pensaba que iba a tomarla ahí, pero tenía otros planes. Mi cuota romántica se había acabado con las velas.

—Quieres que te haga mía —recordé en la forma como lo exigió. Afirmó de forma repetitiva y entusiasta—. El punto es que tú ya eres mía, siempre lo has sido y siempre lo serás —dije la verdad—, ahora que, si quieres que tengamos sexo, que sea yo el primero en tu inmaculada vagina lo vas a tener que pedir de forma correcta.

La observé tragar saliva en seco y abrir los ojos con asombro, pero también vi excitación, le gustaba la idea, mi pene palpitó en mis pantalones.

—Lo que quieras —dijo de forma ahogada.

Cerré los ojos y respiré profundo disfrutando de su redención hacia mis deseos.

—Quítate todo —le ordené observándola con determinación.

Se demoró unos segundos para obedecer mientras que su cerebro registraba el hecho, pero apenas lo captó se deshizo de su chaqueta dejándola tirada en el piso y luego de una forma devastadoramente lenta levantó su vestido por la cabeza quedando solo en lencería blanca. Era lo más hermoso y sexy que había visto, pero ella parecía totalmente ignorante ante sus atributos y eso la hacía más atractiva, si era posible. Michaela tenía una belleza delicada y etérea, con unas curvas que hacían que su cuerpo se asemejara a un violonchelo. Su apariencia era casi irreal, como sacada de un puto sueño. Maldita sea, ahora me había vuelto poeta.

—El *brasier* también —seguí ordenando.

Estiró su mano hacia su espalda y desabrocho el *brasier* que cayó en el colchón dejando al descubierto sus hermosos y redondos senos. Tragué en seco en el momento en que observé su piel ponerse de gallina ante mi escrutinio.

—¿Así? —preguntó con inocencia, haciéndome respirar para controlarme, sino iba a ser yo el que caminara hacia ella y la tomara.

—Ahora te vas a poner en cuatro y vas a gatear hacia mí, pidiéndome que te tome.

Sus ojos se volvieron a abrir y su respiración se estancó, pero sin tener que repetirlo se colocó en cuatro y empezó a andar hacia mí.

—*Leoncino*, hazme tuya... por favor —la súplica salió de sus labios humedecidos por su deliciosa lengua, mientras gateaba.

Tomó todo de mí no agarrarla en ese momento y hacerla más mía de lo que era, pero quería disfrutar el momento, la espera. Verla en cuatro, con su cabello suelto, sus tetas al aire, sus ojos como la miel dilatados de excitación, su culo divino a toda vista y suplicando por mí era lo más maravilloso que había visto en mi puta vida. La tomé del tobillo y la halé hacia a mí, se le escapó

un pequeño grito cuando la agarré, pero luego sonrió con picardía. Cómo iba a disfrutar esto con mi *piccolina*.

Separé sus piernas de par en par, corrí su ropa interior hacia un lado y acerqué mi rostro a su entrepierna para observar de cerca su vagina: era rosada y perfecta. Pasé mi nariz desde la punta de arriba, pasando por sus labios y aspirando profundamente, absorbiendo su aroma único, hasta llegar hasta su ano. Se tensó por un segundo, pero cuando me alejé de su hueco trasero se volvió a relajar. Sonreí, no tenía ni idea de cuánto iba a disfrutar cuando la tomara por ahí, pero hoy no.

La miré a la cara desde mi posición y saqué mi lengua pasándola por sus labios mientras observaba su reacción, su boca formó una “o” y empezó a respirar de forma agitada, con sus ojos llenos de pasión. Subí una mano a un seno y empecé a masajear, mientras con la otra mano separaba los labios y posaba mi boca en su clítoris, chupando con determinación. Alejé mi mirada de ella y me concentré en devorar su vagina mientras escuchaba los gemidos un poco más fuertes salir de ella. Llegué a su abertura y, antes de meter mi lengua para prepararla para mi pene y hacer que el dolor fuera lo más leve posible, porque estaba consciente de que dolería, y por eso necesitaba al menos reducirlo. Pero antes de continuar, pregunté:

—¿Cuántas veces te has masturbado pensando en mí? —La volví a observar esperando su respuesta, pero para mi sorpresa negó con su cabeza.

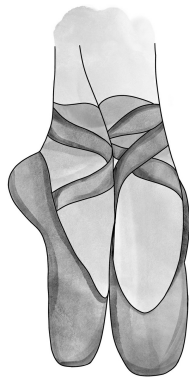
—Lo que pasa —empezó a explicar ante mi cara confusa—. Es que quería que fueras tú y solo tú, el primero en tocarme y estar dentro de mí.

Su respuesta me complació de una manera que no tenía explicación lógica, no tenía palabras, así que, en lugar de desgastarme en eso, volví a meter mi cabeza entre sus piernas mientras introducía mi lengua dentro de ella. Empezó a gemir al ritmo de mi lengua, mientras yo la penetraba sin piedad, mis manos subieron a jugar con sus senos y mi lengua saboreaba cada parte de sus adentros, estaba a punto, lo sentía con el palpitar de sus paredes.

—¡Aless, Aless! —empezó a decir justo en el momento en que reventaba en el orgasmo. Saqué mi lengua de ella y fui a su clítoris para morderlo, haciéndola gritar con el placer que la atravesaba.

CAPÍTULO 15

Decisiones



Michaela

En el momento que sentí los dientes de Alessandro en una de las partes más suaves y delicadas de mi cuerpo, me rompí en mil pedazos con un orgasmo que me hizo estremecer, cerré los ojos con fuerza y dejé que la sensación me atravesara. Cuando abrí mis ojos nuevamente y lo vi a él, sobre mí, observándome con algo parecido a la adoración, todo dentro de mí se derritió, él tenía el poder de hacer cortocircuito dentro de mi cabeza y dejarme sin capacidad de pensar, pero ahora mismo no quería pensar, solo sentir y disfrutar del momento.

—¿Estás bien? —preguntó con su voz gruesa, esa voz que hacía que las piernas me temblaran y perder mi raciocinio para solo seguir sus comandos, pero igual lo hizo de una forma tan dulce que mi respiración se entrecortó.

—Perfecta —respondí con sinceridad.

—Qué bien, porque apenas estamos empezando.

Declaró justo en el momento en que puso su cabeza en mi cuello y empezó a besarlo y a chuparlo con suavidad mientras se restregaba en mí y sus manos viajaban a través de mi cuerpo. Empezó a recorrer cada superficie, apretando, chupando y besando y yo inexperta solo pude hacer lo mismo, él ya estaba sin camisa, así que empecé hacer lo que siempre había querido... recorrer con mis manos cada parte de su tallado cuerpo; tracé con mis dedos sus músculos, rasguñé su espalda dura, tracé los dibujos y letras de sus tatuajes, descubrí que su cuerpo no era tan impecable como parecía, estaba cubierto de cicatrices y marcas, lo que solo lograba hacerlo imperfectamente perfecto. Detallé detenidamente sus rasgaduras como si las estuviera

memorizando y con mis uñas acaricié su cabeza y cabello, todo sin despegar mi boca de la suya. Mi respiración entrecortada, su aliento en cada parte de mi cuerpo y el deleite de su tacto eran una mezcla de placer exquisito. Llegué al borde de sus pantalones y empecé a jalar de ellos con desespero para quitarlos del camino, él sonrió en mi boca y me ayudó con el esfuerzo necesario para bajarlos llevándose el calzoncillo con ellos para dejarlos a un lado en el piso. Quedó totalmente desnudo encima de mí, lo único que nos separaba era la delicada tela de mi ropa interior, pero sin aviso solo escuché la rasgadura de la tela que nos separaba y sentí la delicia de su dureza rozando mis labios.

Alargué mi mano tratando de tocar la longitud de su falo. La respiración se me quedó estancada en el pecho cuando sentí su protuberancia tan gruesa, suave y sin poder definir su tamaño porque mi mano no alcanzaba a rodearlo. Apreté un poco mi agarre y lo observé cerrar los ojos y contener la respiración, pasó su mano por detrás de mi cabeza y me atrajo hacia él.

—Piccolina, quería dilatarte al máximo —habló entre dientes, con su nariz tocando la mía—, tratar de que fuera lo menos doloroso para ti, pero no creo aguantar más —declaró haciéndome contener la respiración.

Disfruté el poder que tenía sobre él, viendo cómo lo descontrolaba. Pasé mi lengua desde el borde de su boca hasta su cuello, imitándolo, con la intención de enloquecerlo como él me hacía a mí. Un gruñido ronco salió de su pecho justo antes de que, con un movimiento rápido, tomara mi cabello en una coleta con su gran mano. Con la otra, me hizo girar, y terminé de rodillas, completamente desnuda. Su mano seguía firmemente enredada en mi cabello, obligándome a levantar el rostro para verlo sobre mi hombro, mientras su otra mano bajaba por mi espalda, alzando mis caderas.

—*Piccolina*, eres lo más hermoso que he visto en mi vida —declaró haciéndome estremecer.

Pensé que irónicamente podía decir las palabras más dulces cuando me tenía como su amante en la cama, pero no me molestaba, yo quería ser lo que él quería que fuera, siempre y cuando me siguiera calentando el corazón de la forma en que lo hacía.

Empezó a pasar su pene por mi vagina, que en la posición en la que estaba quedaba totalmente abierta para él. Una electricidad deliciosa empezó a atravesar mi cuerpo mientras que restregaba su grueso miembro entre mis labios, untándolo de toda mi humedad; estaba tan mojada que había dejado una mancha en la sábana debajo de nosotros, pero no había en mí ni gota de vergüenza ante el hecho, la sensación de el momento era tan fuerte que en mi cabeza no había espacio para otra cosa. Él, gigante y poderoso, totalmente desnudo, con su cuerpo marcado tanto por la tinta como por manos ajenas, justo detrás de mí sosteniéndome por el cabello, jalándolo y manejiéndome a su antojo. Yo era una muñeca y él mi dueño para hacer conmigo lo que quisiera y lo peor o lo mejor de la situación era que no podía, no quería poner alguna objeción ante el hecho. Me encantaba.

—Respira profundo —ordenó en el momento en que sentí la cabeza de su miembro en mi abertura.

Obedecí sin recelo y contuve el aliento mientras se deslizaba dentro de mí. Estaba totalmente mojada y aun así sentía cómo su miembro se forzaba para hacerse espacio en mi estrechez,

porque no había forma de que no encajara. Llegó hasta lo más profundo de mi ser y sentí un dolor atravesarme haciendo que me tensara. Aless se quedó quieto por un momento permitiendo que me adaptara a su pene dentro de mí, pero mientras que con una mano mantenía el agarre en mi cabello, con la otra empezó a sobar mi clítoris haciendo que empezara a olvidar el dolor y me mojara más. Si era eso posible. Sentí mis músculos empezar a ceder y él también porque empezó a moverse, al principio con delicadeza, salía un poco y volvía a entrar, pero cuando mi vagina estaba totalmente moldeada a su tamaño empezó a moverse con ritmo, empeñándose hasta lo más profundo, tocando un punto que hacía que se desprendiera una sensación de electricidad cada vez que chocaba; cuando salía, jalaba de mi cabello para atraerme de nuevo, sentía como si me estuviera cabalgando y yo empecé a disfrutarlo.

—Levanta la vista, *Piccolina* —ordenó.

Cuando miré hacia el frente me encontré con un espejo gigante que tenía a un lado de la sala y pude observar la imagen que parecía una obra de arte, una estatua de algún museo. Él, musculoso y poderoso detrás de mí, con su cara llena de determinación y unas gotas de sudor deslizándose por su frente, parecía una fiera, maneándose cada vez que me traía hacia él para penetrarme, mientras que mis senos, llenos de chupones, saltaban al ritmo que me movía, mi cuello con moretones y mi cara sonrojada. La sola imagen hizo que yo me empezara a mover buscando su penetración, haciendo que él mismo acelerara el ritmo. Me empezó a penetrar más fuerte y rápido, haciendo que sus testículos chocaran con mi clítoris. Empecé a gemir fuerte sin contenerme, disfrutando del momento, hasta que sentí que algo se iba a desprender de mí y esa sensación de urgencia.

—¡Aless! —dije con la voz entrecortada, temerosa de lo que estaba creciendo dentro de mí—, siento que...

—¿Qué, *piccolina*? —preguntó apremiante, pero sin disminuir el ritmo.

—Que... —Tragué saliva—, que me voy a orinar.

Lo escuché resoplar y aceleró sus investidas haciendo que la sensación se intensificara.

—Disfrútalo, *piccolina*.

Cerré los ojos justo en el momento que de mis labios se escapó un gemido profundo, una corriente eléctrica me atravesó y sentí como un flujo salía de mi vagina con fuerza. Escuché a Alessandro gruñir a mis espaldas, penetrarme una vez más y quedarse en mi profundidad, sentí su pene palpar mientras un líquido caliente me llenaba.

Abrí mis ojos nuevamente y lo observé en el espejo: su respiración estaba agitada, pero la determinación en él era aún más fuerte. Aless salió despacio de mi interior y se desplomó sobre la cama, tirando de mí hasta que caí a su lado.

—Michaela, si alguna vez tuviste la oportunidad de huir, esa ventana se cerró hoy, porque te has convertido en mi droga, en mi mundo. Y como todo adicto, haré lo que sea necesario para poseerte, para dominarte —murmuró entre dientes.

Sentí un suave ronquido acompañado con el soplo de una respiración en mi cuello, pero no me asusté, sentía que, independientemente, si era la realidad o un simple sueño ahí era donde

pertenecía. Espabilé un par de veces tratando de abrir los ojos para observar a mi alrededor y mis ojos dieron nuevamente con el enorme espejo que había sido el único testigo de la noche anterior. En el reflejo pude observarme totalmente desnuda entre los enormes brazos de Aless, uno lo tenía cubriendo mis senos y el otro sosteniéndome por las caderas, como si me fuera a escapar. Al parecer me poseía hasta en los sueños.

Había pasado tan solo unas horas desde que me tomara de la forma más deliciosa posible, no entendía cómo algunas mujeres decían que la primera vez siempre era horrorosa, o tal vez lo mío solo fue suerte, pero después de quedar exhaustos quitó la sábana llena de líquido que estaba sobre el colchón, líquido que salió de mí y que estaba, combinado con mi sangre y su semen, la tiró al piso junto a nosotros y tomó una sábana que tenía en el sofá de la sala para cubrarnos a los dos con ella, mientras me sostenía entre sus brazos.

Tuve la oportunidad, por fin, de preguntarle sobre los tatuajes, me dijo que la mayoría solo eran imágenes que le gustaban, el león por su rugido, la fuerza porque era lo que siempre necesitaba; las serpientes en su cuello, porque cuando quería podía ser veneno puro; me dijo que solo había cuatro tatuajes que significaban algo, uno en la parte de atrás de cada hombro con las reglas sagradas de la Sacra Corona Unita: “Quien entra vivo, sale muerto” y “Lealtad a sangre”.

También me dijo que después de la reunión que tendría, iba a tener uno nuevo, como cabeza de la última jerarquía y así de toda la organización. Un tatuaje que tenía en su brazo izquierdo, un lazo en forma de “e” cursiva y junto a él un ala formándose, me explicó que era el símbolo del cáncer de mama, por el que murió su mamá, y que, generalmente, era rosado, pero el de él, como el resto de todos sus tatuajes, era negro, pero estaba más delineado que el resto. Me comentó que fue la amargura que le trajo la tragedia, pero que por lo menos le dio un ángel, el cual era el significado del ala formándose. Y por último me explicó las cadenas en sus muñecas, con las manos separadas solo parecen dos cadenas en cada mano, pero cuando unía sus manos, eran dos cadenas rotas por la mitad; me dijo que significaba la vida a la que fue encadenado y aun así supo hacerla suya y liberarse.

Un poco cohibida también le pregunté sobre las cicatrices, pero él me aseguró que podía preguntarle lo que quisiera. Me contó que la mayoría de ellas eran de atentados sin mucho éxito, disparos, cortes con navajas, hasta de granadas y que las más marcadas eran solo el recordatorio de que la vida es ahora porque el mañana no estaba asegurado, refiriéndose al secuestro que vivió de niño. No quise preguntar más abusando de mi suerte, solo escuché con atención lo que quería compartir conmigo. Aless también hizo sus preguntas: que por qué decidí bailar y yo intenté explicar que eso me unía a las raíces latinas de mamá. Me preguntó a qué le tenía fobia y primero pensé en decirle que, a las cucarachas, pero con los peligros que nos rodeaban me parecía una respuesta estúpida y vacía, entonces pensé en decirle que perder a las personas que amaba: Ben, Sofi, los grandotes que se habían ganado mi corazón, hasta Gab y, por supuesto, él; pero me pareció una respuesta muy compleja, así que fui con lo estúpido, aunque cuando le dije cucarachas no me vio muy convencido, pero no preguntó más. Lo último que recuerdo fue sentir sus labios en mi frente antes de que el cansancio me ganara.

Una vejiga llena me trajo de nuevo al presente, intenté moverme despacio, pero en el momento que estaba tratando de salir de su agarre, él lo apretó y me giró para quedar cara a cara. Lo observé y no pude evitar pensar en todo lo que habíamos hecho, fue todo tan íntimo, rudo, dulce, sucio, perfecto; me llené de vergüenza y no pude sostenerle la mirada, bajé la vista y lo observé a

través de las pestañas. Respiró profundo y me observó con intensidad.

—Después de que ayer me suplicaste que te tomara, ¿hoy estás tímida? —preguntó alzando las cejas, todo engreído.

Giré los ojos, pero aún sin mirarlo de frente. —Él sacó su lengua y la pasó por mi cuello.

—Hoy sabes mejor que ayer —declaró haciéndome sostener la respiración y abrir los ojos de golpe—, tu olor ahora también tiene el mío.

Volvió a lamerme, pero esta vez subió al borde de mi boca y delineó mis labios, que se abrieron de inmediato para él. Me besó de forma pausada, suave, pero llena de pasión, mi pierna se movió para rodear su cintura, pero un ardor en mi parte íntima me detuvo a mitad del camino.

—¿Estás bien? —interrumpió el beso para preguntarme.

—Quisiera decir que sí, pero me arde y me duele una parte que jamás pensé que dolería —bajé la pierna de nuevo y tragué en seco—. Me da pavor hacer pipí y me estoy orinando.

Me observó con preocupación, frunció su ceño de forma pensativa y se levantó de forma ágil, se puso el bóxer y luego se agachó para tomarme en brazos y empezó a caminar hacia lo que parecía era su cuarto. Cuando abrió la puerta con el pie, me quedé de piedra al ver el lugar destrozado, no debía asombrarme tanto, ya había visto el estado de sus manos.

—Tengo problemas controlando mi carácter —dijo en tono de disculpa, aunque yo sabía que no lo era.

Pasé mis dedos para acariciar su cuero cabelludo, era una forma de decirle que no lo juzgaba, nunca lo haría, sabía por todo lo que había pasado y toda la responsabilidad que tenía. Lo observé estremecerse un poco ante mis caricias antes de que me bajara en el piso del baño.

—Siéntate —ordenó, señalando el retrete—, trata de hacer pipí.

Me senté y esperé para que se saliera, pero él no se movió del lugar.

—Si tú estás aquí, no voy a poder hacer —dije apresurada porque sentía que la vejiga se me iba a reventar.

—Michaela —empezó en un tono exasperado—, ayer lamí cada parte de tu bendito cuerpo, soy la única persona que te conoce completamente, eres mía para siempre y te da pena usar el baño delante de mí. —Giró los ojos—. Solo para que lo sepas, todos orinamos.

Le devolví el gesto, pero ya no podía contenerlo más y el líquido empezó a salir. Un ardor poco familiar me quemó haciéndome retorcer, pero no podía parar mi necesidad. Después que vacié mi vejiga y con la cabeza baja sin ser capaz de mirarlo, vi una mano extendida hacia a mí con un pañito húmedo.

—No te lo restrigues solo pásalo a golpecitos, secando.

Volvió a ordenar mientras abría la llave para llenar la tina. No pronuncié palabra, en el momento no tenía mucho que decir, solo lo observaba maravillada y algo confundida, era un hombre que con sus manos había destrozado vidas, al que muchos le temían y conmigo era tan considerado y

cuidadoso que no había en mí una fibra de miedo hacia él.

Cuando la tina se llenó lo suficiente, me dio la mano para ayudarme a entrar en ella, metí un pie, luego el otro y empecé a sentarme. Al principio, el golpe de agua tibia fue incómodo, pero luego ayudó a que se fuera calmando un poco el ardor; me relajé, cerré los ojos y disfruté del alivio; en el momento que volví a enfocar mi vista, esperaba estar sola, pero me asombré aún más al descubrir a mi *leoncino* detrás de mí sentando en un banco, que no tenía ni idea de dónde había salido. Sin decir palabra, tomó un poco de *shampoo* en su mano y empezó a sobarme el cuero cabelludo, puse mis manos en sus muñecas y jalé con intención de invitarlo a que se uniera a mí, sin pensarlo dos veces se quitó el bóxer y se metió en la enorme bañera conmigo haciendo que el agua saltara por los bordes, se sentó tras de mí y me acomodó en su pecho, con mi espalda pegada a él. Fue el baño más alentador y relajante que había tenido, no tuvo nada sexual y aun así se sentía más íntimo. Él limpiándose y cuidándose, mientras yo le devolví el favor con inmenso gusto, tocando cada parte de su cuerpo con curiosidad y desespero.

Aless se había cambiado en una camisa negra y un pantalón de deporte, yo robé uno de sus bóxeres y una camisa negra igual a la de él.

—Voy a la cocina a buscar algo para el dolor —dijo después de verme mover con dificultad. El roce al caminar era incómodo.

Asentí con la cabeza y lo vi pasar la puerta destrozada desapareciendo de mi vista.

Alessandro

Pisé el último escalón mientras que trataba de recordar dónde tenía el Tylenol, en el kit de primeros auxilios que tenía en mi baño había unas pastillas para el dolor, pero eran muy fuertes, era para una clase diferente de dolor y pocas veces usaba las pastillas convencionales. Llegué a la cocina y puse la mano en el cajón donde creí estaba la bendita medicina cuando escuché el timbre del ascensor sonar. Maldita sea después de dejar entrar a mi *piccolina* olvidé bloquear el puto aparato. Traté de recordar quién estaba vigilando abajo mientras instintivamente moví mi mano detrás de mis pantalones para descubrir que no había nada, la pistola que siempre llevaba conmigo estaba en la mesa de noche del cuarto de invitados, junto con mi celular y la billetera, Caminé rápidamente hacia un cajón junto a la nevera donde guardaba otra arma, antes de que el ascensor se abriera completamente dejando entrar al intruso.

Juro por Dios que si es Gab voy a partirle una o dos costillas, abajo debían estar Antonio y Federico, que también iban a tener serios problemas; pensé en Michaela y aunque estaba un poco atormentado por lo adolorida que estaba (algo con lo que no estaba muy familiarizado), también me llenó de tranquilidad saber que la incomodidad no la iba a dejar bajar, pero cualquier sensación de serenidad se evaporó cuando al abrirse las puertas del ascensor quedaron al descubierto Simone, Francesca y Valerio, toda la familia Rossi. Mis músculos se tensionaron automáticamente preparándose para atacar, pero respiré y empecé a abrir y empuñar la mano tratando de calmarme, necesitaba pensar con claridad. Sonreí como si no tuviera ninguna pena en el mundo, que era como me sentía hacía algunos minutos antes de que vinieran estos hijos de puta a dañarlo todo.

—Vaya, Los Rossi en todo su esplendor —saludé con la sonrisa intacta—. ¿A qué se

debe semejante sorpresa?

Simone, con la astucia de un viejo lobo, no respondió de inmediato. En su lugar, recorrió la habitación con la mirada, fijándose en el colchón en el suelo y las sábanas arrugadas a un lado. Podía casi oler el rastro de sexo en el aire, y una rabia diferente, irracional, comenzó a arder en mi interior. Sentí que estaba profanando un recuerdo precioso del momento en que mi *piccolina* y yo nos unimos por primera vez, uno de esos pocos instantes que atesoraba con especial cuidado, y su presencia estaba manchando todo. Me dieron ganas de córtale el cuello ahí mismo, pero no podía, por lo menos no por ahora, tenía que esperar la investigación de Santino. Simone empezó a caminar hacia mí con sus hijos puntuándolo a los lados y se detuvo frente a la barra de la cocina que nos separaba, inclinó un poco la cabeza, observé su cabello pintado de negro para ocultar las canas, sus entradas prominentes haciéndolo ver más frentón, las arrugas marcando sus ojos negros como la noche, una nariz puntiaguda y un bigote alargado marcando su maldita boca. Me dieron ganas de jalarlo hasta dejarlo sin ningún pelo, pero no sabía si antes o después de cortarle la garganta y dejarlo ahogarse con su propia sangre.

—Alessandro —empezó a hablar con su exagerado acento italiano. Era de descendencia italiana y había vivido sus primeros años de vida en Florencia, pero nada en comparación de su larga vida en América, así que su acento solo era una patética forma de intimidar—. Celebrando antes de recibir la corona.

La cara de Francesca se llenó de ira y Valerio frunció el ceño claramente ajeno a la conversación, era un puto pelele. Analicé la pregunta y pensé que lo mejor era hacer pasar a Michaela como la diversión de una noche, ella iba a ser la diversión de todas mis noches hasta que muriera, estaba seguro, pero ellos no necesitaban saber eso, el hecho que me estuviera metiendo con la amiga de mi hermana no significaba que ella supiera nada, esa era la mejor opción, además con un poco de suerte ni se enterarían que era ella.

—¿Qué puedo decir? —dije de forma petulante—, soy una persona segura de sus capacidades.

—No estés tan seguro, quedan muchas preguntas por resolver —empezó y yo tragué en seco, no por temor, pero sí desesperado por finalizar esta extraña reunión antes de que mi *piccolina* decidiera bajar—. Todavía no entendemos qué hacía tu papá en la casa del difunto Dante y con su viuda, por qué la Bratva sabía que estaba allá y porque la señora decidió quitarse la vida, ¿qué podría saber ella para tomar esa clase de decisión?

Terminó su cuestionario y aunque no se merecía una maldita respuesta, lo mejor era cortar esto de raíz y echarlos de inmediato. Lastimando la herida abierta al recordar que la razón por la que la Bratva había llegado hasta ellos era por mí, me concentré en mis enemigos dentro de la organización que descuidé los de afuera y definitivamente tenía que tenerlos a todos vigilados, no se me podía escapar nada, no iba a morir nadie más por mis descuidos. Estaba a punto de responder la pregunta cuando escuché:

—¡Aless! —Los tres giraron la cabeza hacia la voz que me llamaba desde no muy lejos en las escaleras, mientras que yo maldecía en mi interior. Tenía que haber bloqueado el puto ascensor, iba a matar a los hombres que estaban vigilando por dejar subir al maldito viejo y sus crías. Tomé la pistola entre mis manos y caminé hacia la escalera bloqueando la vista de los tres entrometidos, estaba deseando que Micahela tuviera algo que la cubriera sino iba a tener que

sacarles los ojos a estos malditos y manchar el piso de mi *pent-house*, que ya estaba bastante estropeado, cuando escuché a Francesca hablar.

—Pareces una fiera defendiendo a su cría —habló por primera vez desde que había pisado el apartamento, destilaba veneno y malicia—, espero que valga la pena —terminó de decir tratando de ocultar la rabia en su voz y fallando totalmente.

—Yo quiero saber si vale la pena —intervino Valerio y yo respiré profundo, ensanchando mi espalda mientras llenaba de aire los pulmones, una buena distracción para no hacerle un hueco en la frente al idiota de Valerio.

El único que no decía nada era Simone, que solo miraba detrás de mí esperando a ver con qué se iba a encontrar. Supe en el momento exacto que mi *piccolina* estaba en la cima de las escaleras, vi el odio en la cara de Francesca, el deseo en la de Valerio y algo mucho más oscuro, pero no ajeno para mí, nublar las facciones de Simone.

—Creí escuchar voces —dijo mientras bajaba despacio las escaleras.

—No te equivocaste —respondí sin mirarla, no pensaba darles la espalda a estos malditos.

—Buenos días —saludó cordial, con inocencia, totalmente ajena a lo que estaba pasando. Yo solo quería tomarla y llevarla al otro lado del mundo, lejos de tanta maldad.

—Mírala —fue lo que dijo Simone sin responder el saludo—. Sin ninguna cicatriz, ni una sola marca en su cuerpo,

con las manos limpias y la conciencia sucia —declaró entre dientes con desprecio.

—No tiene la puta conciencia sucia —dije de la misma manera que el viejo, en el momento en que Valerio también habló.

—Sí, vale la pena. —Y dio un paso adelante con intención de tocarla.

En ese segundo pasaron muchas cosas, las puertas del ascensor se abrieron con Antonio y Federico, y yo apunté con la pistola que tenía en mi mano oculta en mi espalda y le disparé en las dos piernas a Valerio, quien gritó del dolor y cayó al piso.

Simone sacó su arma apuntándome en la cabeza, mientras yo me imponía ante una Michaela totalmente anonadada, observé a mis hombres sacar las armas y apuntar a Simone; y a Francesca agacharse a ayudar a su hermano.

—¡Te atreves a lastimar al único hijo que me queda! —gritó el viejo lleno de ira.

—Jamás vuelvas a intentar acercarte, es mi primera y única advertencia —le dije a Valerio, ignorando totalmente a Simone que ya tenía las pistolas de mis hombres apuntándole la cien.

Me giré hacia Michaela, pasé mi mano por debajo de sus rodillas y la cargué entre mis brazos.

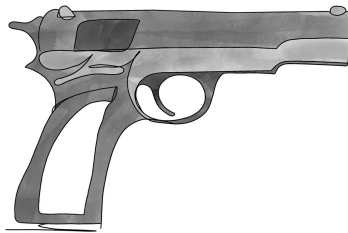
—¡Sáquenlos de aquí! —grité dándoles mi espalda, mientras que alejaba a mi *piccolina* de la escena.

—Esto no se va a quedar así, Alessandro, y más te vale que el escogido para casarse con tu hermana sea Valerio.

Escuché cada vez más lejos, mientras caminaba hacia el cuarto de invitados y alejaba a mi *piccolina* del maldito infierno que tenía que poner bajo control, pero no iba a dejar que el fuego la alcanzara, ni a ella ni a mi hermana.

CAPÍTULO 16

Decisiones



Alessandro

Después de pasar la mañana tratando de tranquilizar a Michaela, tarea que no fue fácil porque se enteró de que había conocido a los Rossi. El temor que sentía por Simone era tan grande como la aberración que sentía por Francesca, lo que ocasionaba que yo no quisiera otra cosa que hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Logré que se tomara las pastillas para el dolor y durmiera un poco mientras planeaba todo lo de la reunión en unas horas.

Llamé a Santino quien me aseguro que estaba tras la pista de una prueba determinante para acusar a Simone de alta traición. También, arreglé algunas cosas con mi equipo de seguridad, que gracias a Michaela estaban vivos e intactos. Mi hermana le contó lo que Gab le había hecho a Bruno y me suplicó que los exonerara de la culpa; inútiles con suerte porque no había forma de que le dijera que no. Odiaba que ella suplicara por la seguridad de otros, todas sus súplicas eran para mí y, aunque la ira me impulsaba a matarlos por su falla y por hacer que mi *piccolina* suplicara por otra persona, sabía que ella nunca se enteraría de que ya no estaban con nosotros. Sin embargo, quería ser merecedor de su confianza, y eso era más importante que satisfacer mis deseos asesinos. Por último, llamé a Gab para contarle lo sucedido, él estaba tras la pista de la desaparición del imbécil amigo de Michaela, tenía que quitarle esa costumbre de rogar por otros, tenía que entender que hasta las palabras que salían de su boca eran mías, pero, realmente, buscar al niño también era importante para nosotros. Algo me decía que su desaparición estaba relacionada con la organización.

Después de hablar con Gab pensé en las últimas palabras de Simone, y sobre mi cadáver Sofía se iba a casar con Valerio, ya que conocía con claridad que era un estúpido que se creía inteligente y no había nada más peligroso que eso. Recordé también las últimas palabras de mi padre:

dejarla escoger. Pero eso estaba fuera de la mesa, lo único que podría hacer era escoger lo que consideraba que era mejor para ella. Pensé en la relación de Sofi y Gab, siempre se habían llevado bien y empecé a medir mis posibilidades.

Más tarde, después de dejar a mi *piccolina* en la seguridad del apartamento que compartía con mi hermana, me puse en marcha hacia la casa de campo donde realizábamos las reuniones de la última jerarquía. Respiré profundo, organizando las ideas. Hoy iba a hacer mi juramento e iba ser nombrado la cabeza oficial de la Sacra Corona Unita, pero antes iba a tener que enfrentar a Simone y compartir las decisiones tomadas.

Aparqué junto a la entrada de la casa y no pude evitar recordar a papá y al tío Dante. Este era su lugar de reunión y también el lugar donde todo había acabado. El lugar estaba lleno de todos los hombres de seguridad, Simone prácticamente trajo un ejército. Me reí por lo bajo. El tío Alberto no se quedaba atrás, de mi parte, solo tenía a Santino, a Luigi, a Carlo, a Gab y tres hombres que siempre vigilaban el lugar y no era porque necesitaba de su protección. Simplemente o pertenecían a la última jerarquía, o tenían que ser testigos de mi juramento, aunque hubiera preferido mil veces que por lo menos Luigi se hubiera quedado con Michaela y Sofi, pero las cosas eran como eran, por lo menos hasta ahora.

Resoplé. Tomé una bocanada de aire y desplegué las puertas de mi SSC, salí del auto y saludé a los hombres con un movimiento de cabeza y empecé a andar hacia la casa. Atravesé la entrada y caminé hacia el estudio donde se realizaban las reuniones. A ese cuarto solo entraban los pertenecientes a la última jerarquía y, al parecer, era el último en llegar. A mano derecha estaba sentado Simone seguido de Francesca y, para mi sorpresa, Valerio. Esperaba que se hubiera tenido que quedar en una maldita clínica, pero aquí estaba más blanco que la cal y con expresión de dolor. Al lado izquierdo estaban los Franco: Alberto, seguido de Gab y de Claudio. Las dos puntas de la mesa estaban desocupadas, una que antes pertenecía al tío Dante y la que era de papá. Caminé hacia el que iba a ser mi lugar y me senté. Me disponía a saludar cuando...

—Una persona que no tiene respeto por los miembros de esta organización no se merece ser la cabeza de ella —declaró Simone contundente—, disparaste a mi hijo por la puta hija de Dante.

Apreté tanto mis dientes que escuché el momento en que traquearon. Observé a Alberto vernos con asombro, pero no dijo nada. “Inteligencia”, era la palabra que repetía en mi cabeza. Sonreí fingiendo despreocupación.

—Buenas tardes para ti también, tío Simone —dije con sarcasmo.

—Deja la payasada, ¡por un demonio! —dijo, tratando de controlar su tono—. Además, qué hacía la hija de Dante en tu casa, se supone que ella no iba a hacer parte de esta vida, pero tampoco iba a saber de ella y gozar solo de los beneficios.

—Respecto a lo primero —empecé haciendo lo que malditamente detestaba, dar explicaciones—. Sería al revés, ¿dónde está su respeto para él que va a ser la próxima cabeza de la organización? Presentarse en su casa sin avisar e intimidar a su visita no está muy bien visto, pero no voy a poner en tela de juicio tu lealtad a la organización ni a mí. —Los observé a los tres para luego detenerme en Simone—. Sí saben que, como cabeza de La Sacra Corona Unita, su lealtad me pertenece —no hice una pregunta; fue una afirmación. Aun así, los vi asentir con la

cabeza, aunque de manera algo reacia—. Yo empezaría por enseñarle modales en casa. —Señalé a Valerio—, porque sale y se encuentra con locos que se los enseñan de forma poco cordial en la calle. ¿Cómo sigues de los disparos en las piernas?

Le pregunté con una risa cínica, provocando que se impulsara hacia mí, solo para chocar con la mano de su hermana en su hombro. Su rostro se arrugó de dolor ante el brusco movimiento.

—Veo que no muy bien —continué.

—¡Maldito!

Sonreí.

—Con respecto a Michaela, del único beneficio que está gozando es de mí —dije prepotente—, y para eso no tiene que saber más nada.

—Eso ya lo veremos —esta vez fue Francesca la que habló con una seguridad que no me gustaba en absoluto.

Estaba a punto de preguntar a qué mierda se refería, cuando Santino me puso un celular en la mano. Miré detenidamente la foto, reconociendo el lugar, el cuarto de atrás de esta misma casa y luego con asombro a la persona, después leí la nota.

Han estado dándole droga para que soltara información, el pobre idiota no sabía nada, pero fue él quien dijo dónde encontrar a Michaela. Lo han tenido por cuatro días y no ha dicho nada.

Respiré hondo y volví a poner mi expresión astuta. Debajo de la mesa, abría y cerraba el puño con rabia, sintiendo cómo la ira me consumía sin poder liberarla.

Los muy malditos habían capturado al pelele amigo de Michaela y hasta donde sabía de Sofi también. Estaba seguro de que lo habían presionado de alguna forma para hablar sobre ella porque, por lo que había investigado del imbécil y lo poco que había visto, no habría hecho algo para lastimar, por lo menos no intencionalmente. Suspiré, ahora sabía lo que seguía, cómo iba a terminar esta mierda y mi *piccolina* me iba a detestar por eso.

En el momento, Alberto estaba hablando algo sobre la importancia de la unión dentro de la jerarquía para fortalecerlos. Sabía que el tío Alberto, como todos, jugaba un papel de hombre tranquilo, incapaz de defenderse por sí solo, un hombre que solo servía para los números; no me lo creía. En sus ojos, aparentemente pasivos, había un brillo lleno de astucia y una oscuridad con la que estaba familiarizado y, aunque Gab no hablaba mucho de su familia, sabía que algo no estaba bien, desde siempre y hasta las fechas más especiales: navidad, acción de gracia y cumpleaños, él prefería pasarlo conmigo y mi familia que en su puta casa y no me molestaba en absoluto compartir eso con él, era de las pocas personas por las que haría, casi cualquier cosa, pero, definitivamente, algo con Alberto no encajaba, aunque en este momento me convenía tenerlo de mi lado.

—Estoy de acuerdo contigo, tío Alberto —dije, intentando dibujar una sonrisa en mi rostro—. Por eso, para empezar esta nueva era de la Sacra Corona Unita, que estoy seguro de que, después de los números que les voy a presentar les va a entusiasmar tanto como a mí —dije, porque el dinero siempre era una de las mejores ataduras para las personas. El trabajador promedio no deja el trabajo que detesta por respeto a su jefe, no lo deja por el dinero. Pero antes

de eso tenía un maldito asunto que zanjar —. Por eso me gustaría saber a qué te refieres con: “Ya lo veremos”, Francesca.

Se acomodó en su asiento enderezando su postura. Ella era una mujer hermosa, inteligente, astuta y también tenía un aura fría que te mantenía siempre en la desconfianza. Solo pensaba en ella y en lo que quería, tal vez porque nadie más lo había hecho porque su padre se dedicaba a lamentar la muerte de su hijo mayor y el desperdicio de hijo que le quedaba, haciendo caso omiso a la hija que tenía. Simone menospreciaba a las mujeres, las subestimaba, todos sus hijos fueron con mujeres diferentes que después aparecían misteriosamente muertas, era un hijo de puta detestable. Por eso a ella no le quedó otra opción que pelear con uñas y dientes por ganarse un puesto, mientras cuidaba de ella misma, lo que admiraba, pero lastimosamente la convirtió en una mujer fría, egoísta, manipuladora, haciendo que cualquier admiración se convirtiera en desprecio.

—Tenemos pruebas de que el acuerdo que había hecho tu padre y el tío Dante fue todo un engaño. —Incliné un poco mi cabeza y la observé con desdén.

—Así —empecé a mover la cabeza de arriba abajo—. ¿Cuáles serían esas pruebas? —pregunté, fingiendo ignorancia.

—¡Qué entre! —ordenó desde su asiento.

Todos observamos cómo se abría la puerta del lado izquierdo de la habitación, y dejó a la vista a dos hombres de Simone halando a una persona con una bolsa de tela en la cabeza, lo movieron a la punta de la mesa contraria a la que estaba sentado, uno de los hombres dejó al que suponía era Jack con su compañero mientras buscaba una silla en la esquina, la traía hacia ellos y sentaba al muchacho.

—Esta es nuestra prueba. —Se disponía a ordenar que le quitaran lo que le cubría la cabeza.

—Un momento, Francesca —la interrumpí—, quiero que quede claro una cosa, vamos a ver quién es esta persona y lo que quiere decir, pero. —Hice una pausa intencional—. En caso de que no haya nada que encontrar de la memoria de mi Padre y el tío Dante, habrá consecuencia por traición, por espiar a nuestras espaldas, por conspirar en contra de los que eran la cabeza de la Sacra Corona Unita y contra mí —declaré contundente, tratando de contener mi ira.

La observé contener un poco la respiración ante mi amenaza, pero luego respiró recomponiéndose y agregó:

—Lo aceptamos —dijo, ganándose la mirada de ira de su padre, parecía que quería cortarle la cabeza a Francesca, pero luego esta agregó—, pero en caso de que se compruebe lo que decimos, quiero a la hija del tío Dante muerta.

Golpeé con los puños la mesa, haciéndola temblar y ganándome la mirada asustada de todos los presentes, el único que había sido testigo de mi rabia desbordada había sido Gab, que por primera vez intervino.

—Nos parece una decisión justa, cada lado pagará las consecuencias de las fallas —declaró viéndome con intensidad en una súplica de confianza, lo que él no sabía era todo lo que

me costaba hacer eso cuando Michaela estaba de por medio, ahora era yo el que quería cortarle la cabeza a Francesca. Asentí con la cabeza, sin poder articular palabra.

—Quítenle la bolsa —ordenó Francesca, se paró y caminó hacia Jack, quien la miró con un odio y desprecio que me eran muy familiar, tenía la cara golpeada, los ojos inyectados de sangre, la boca tapada con cinta gris y los dos hombres lo tenían sujetado por los hombros. Francesca haló de un solo golpe la cinta de su boca, haciéndolo retorcer del dolor. Giré los ojos.

—Este es uno de los amigos más cercanos de Michaela, se llama Jack. Pero eso tú ya lo sabes —dijo con desprecio. No respondí nada—. Dado que el día de tu última pelea en el club de Evansville, sacaste a tu hermana y a Michaela del lugar de manera desesperada, ¿me pregunto a qué se debía el afán? —hablaba con cinismo—. Luego te presentas a la graduación de ellas, alejando a un policía que quería conversar con ellas. Extraño que el policía también quería hablar con Michaela si ella no tiene conocimiento de nada. —Esto no iba a ser tan difícil como había pensado—. Además, hoy que nos presentamos en tu apartamento nos encontramos con la susodicha, totalmente cómoda como si no fuera la primera vez que estuviera ahí. No me puedes decir que ella no sabe nada. Dime, nos vas a mentir hoy, que es el día de tu juramento —terminó por decir, mientras todas las miradas de la mesa se giraron hacia mí.

Hoy era el día del juramento de mi deber hacia la organización, lo que ella no sabía era que esas palabras se las llevaría el viento en el caso de que Michaela estuviera de por medio, por ella podría quebrantar mi palabra, mi ser, mi deber. Me paré y caminé junto a Jack para observarlo de cerca.

—Veo que has estado consumiendo algunos de nuestros narcóticos, me pregunto si has pagado por ellos y quién te los ha dado —pregunté de la misma forma acusatoria en que Francesca había hecho sus ridículas preguntas—. Quisiera empezar por decir que, como expliqué desde un comienzo, jamás he negado mi interacción con Michaela, por un juego sucio del destino, terminó siendo amiga de mi hermana, que, por supuesto, tampoco tiene ni idea de quién es ella. —Suspiré malditamente cansado de justificar mi actuar, pero ahora tenía que seguir mintiendo—. Me pareció una mujer hermosa y quería conocerla, al principio, sin saber quién era, si lo hubiera sabido jamás me hubiera acercado, pero cuando mi padre me lo contó ya era muy tarde. —Esa era la única verdad que diría.

—Mujer, por favor, es una niña —intervino Francesca.

—A veces, la madurez no está en la edad sino en el actuar; por ejemplo, en saber cuándo retirarse. —La miré directo a los ojos, mientras ella los giraba con rabia—. En total, ella es solo una buena amiga de mi hermana y lo único que sabe de mí es que soy el CEO de una de las mejores compañías de construcción de la región. —Se aproximaba uno de los momentos que sabía iba a ser un detonante entre Michaela y yo, pero el estúpido amigo se dejó meter en todo esto, no quiero decir que se lo merecía, pero él solo había tejido su pijama y se la había puesto—. O ¿hay alguna otra cosa que te haya mencionado Michaela sobre mí? —pregunté directamente a Jack.

—No —fue la única respuesta que salió de su boca, pero también vi el arrepentimiento cubrir su rostro.

—¿Hay alguna otra prueba que tengas en mi contra, en la del tío Dante o en la de mi

padre? —pregunté, sin poder ocultar mi ira y desprecio—. ¿Sabes que todo esto que han hecho es alta traición?, todo este número, regalando mercancía, dejándonos al descubierto frente a desconocidos, dudando de la palabra de los que eran la cabeza de la organización, de los fundadores de esta en América.

—Francesca asumirá las consecuencias de esto —declaró Simone desde su asiento, continuando con su papel de público cuando en realidad era el orquestador. Resoplé y lo miré lleno de ira—, pero primero tienes que deshacerte del muchacho, no se pueden quedar cabos sueltos en el camino. —Suspiré, frustrado, sabía que esto iba a suceder. —Si la hija de Dante no sabe nada, ya no importa, pero este no se puede ir con toda la información que tiene.

—Me haré cargo —dijo Francesca junto a Jack, que sacaba la pistola de sus pantalones apretados.

Jack me observó con súplica, pero no dijo palabra. Negué con la cabeza, sabiendo que a estas alturas y delante de todos los presentes no había nada que pudiera hacer para ayudarlo, la única benevolencia que tenía era darle una muerte rápida e indolora, de la que estaba seguro que Francesca no le iba a dar. Ella quería ver sufrir a Jack porque con eso haría sufrir a Michaela.

—Dile que lo siento, a las dos —fueron sus últimas palabras, porque antes de que Francesca apuntara a su garganta, como sabía que iba a hacer, para verlo morir despacio y ahogándose en su propia sangre; fui yo el que sacó su arma y le dio un tiro de gracia en la cabeza.

El cuerpo de Jack cayó sin vida en la silla que lo sostenía y algo en mí se oscureció aún más porque sabía que con esto también se iba a llevar una parte de la vida de Michaela, una parte que yo, con mis sucias manos, le había quitado. Respiré y levanté la cabeza para seguir con lo que venía.

—Sabes, tienes toda la razón, Simone —le dije, dejando el decorativo de tío a un lado, el viejo no era más que una escoria detestable para mí. Empecé a caminar hacia él, fingiendo estar pensando, aunque ya tenía muy claro mi siguiente paso—, hay que pagar las consecuencias.

Aún con mi pistola en mano, me coloqué justo detrás de él, apunté hacia Francesca. El muy maldito no dijo nada, pero cuando moví el arma hacia Valerio, que no había pronunciado una sola palabra, empezó.

—No me puedes quitar el único hijo que me queda.

La traición y el dolor marcó el rostro de Francesca. El miedo cubrió a Valerio, llenándome de una puta satisfacción, pero no, no era suficiente, así que moví rápido mi arma hacia el viejo y le disparé en el cuello, justo como Francesca había planeado hacer con Jack. Me habría gustado tomarme mi tiempo, desmembrarlo lentamente, ver cómo cada parte de su cuerpo se rendía al dolor, pero tenía un juramento que hacer. Al menos, tuve el placer de ver cómo sus ojos se abrían de par en par mientras llevaba su mano temblorosa a la herida, intentando decir algo. Sin embargo, no salían palabras, solo miradas desesperadas que buscaban ayuda en un lugar donde no existía esperanza. Verlo así, perdido y sin escape, fue increíblemente satisfactorio.

—Tómalo como un regalo —le ofrecí—, vas a poder reunirte con tu hijo y los otros quedan intactos. La hierba mala hay que cortarla desde la raíz —terminé por declarar.

El silencio se apoderó de la habitación, todos habían sido testigos de mi actuar, de una mano implacable y de la fuerza de mi poder. A Francesca le resbaló una lagrima por su rostro, pero no dijo nada, no se había movido de su puesto: al lado del cadáver de Jack que los hombres ya estaban sacando. Valerio, aún más pálido, observaba caer a su padre muerto y algo parecido al alivio se reflejó en sus ojos. Alberto se veía entre intimidado y satisfecho, los guardaespaldas presentes me miraban con una mezcla de miedo y respeto, y el resto, que me conocían lo suficiente no parecían sorprendidos.

—Sáquenlo de aquí y todos tomen su lugar —ordené y esperé mientras se hacía lo indicado—. Antes de tomar el juramento quiero decir que una de las últimas instrucciones que dejó mi padre antes de partir. —tragué en seco ante el recordatorio y, porque lo que iba a decir, no era de mi agrado—. Para fortalecer la unión en la jerarquía y así dentro de la organización, mi hermana debe casarse. —Todos seguían en silencio y viéndome con asombro—. Después de pensarlo creo que la mejor opción es la familia Franco —declaré, convencido de que era la mejor decisión, pero antes de que dijera el nombre, Alberto interrumpió.

—Es un gran honor para nosotros, Claudio estará encantando.

Me sorprendió, observé a Gab a la cara esperando a ver si decía algo, pero se quedó en silencio.

—Entonces está dicho.

—Solo pasará cuando Sofía haya acabado sus estudios —interrumpió Gab. Lo observé esperando que dijera más, pero no pasó.

—Claro que sí, pero haremos una fiesta de compromiso el próximo fin de semana —dijo Alberto.

No estaba muy convencido respecto a esto, pero después de todo lo sucedido lo mejor era aceptar, por lo menos por ahora.

—Así será.

—¿Eso es todo? —preguntó Gab, asentí con la cabeza—. Ha llegado el momento.

Todos nos pusimos de pie, un anhelo hambriento en nuestros rostros, complicado de descifrar por las diferentes reacciones. Aun así, Santino cortó con su navaja la palma de mi mano y yo proclamé mi juramento.

—La Sacra Corona Unita, mi razón de ser, mi ley de vida y mi prioridad absoluta. Un deber de por vida —terminé por decir de manera solemne, teniendo claro que no había hecho mi juramento y ya lo había quebrantado.

Michaela

Dejé a Ben en su cuarto y me fui a sentar en la sala, frente al enorme televisor que sonaba, pero al que no prestaba atención alguna, pues mis pensamientos se perdían en unos ojos tan oscuros que parecían negros, aunque después de verlos tan cerca sabía que eran de un marrón muy oscuro. Sonreí ante el recuerdo.

—Puedo preguntar a qué se debe esa sonrisa —preguntó Sofi. No me había dado cuenta que se había sentado junto a mí.

Me debatía internamente entre contarle o no, lo cierto era que nuestra amistad, a pesar de ser real y muy fuerte, era muy reciente y no quería que nada la estropeará, pero también sabía lo importante que era la sinceridad. Boté la respiración fuerte por la nariz.

—Debo decirte que eso es culpa de tu hermano. —Giró un poco la cabeza y me observó con sus ojos inteligentes, pero no dijo nada. Suspiré —. No sé cómo empezó, no fue algo que planeé, pero tu hermano despierta en mí una parte totalmente desconocida y no solo eso, él es mucho, mucho más.

—¿Lo quieres? —preguntó sin rodeos y, aunque querer me parecía una palabra pobre para descubrir lo que sentía por Aless, era la forma más fácil de explicarlo.

—Sí y mucho —dije sin revelar más—, espero que eso no interfiera en nuestra amistad.

—Mica, no creo que haya mucho que pueda interferir en eso. —Sonrió brindándome seguridad—, es más, si Alessandro se atreve a lastimarte de alguna manera, juntas lo enterraremos vivo, no va a ser una tarea fácil, pero juntas podemos —terminó por decir haciéndome reír.

—¿Y tú y Gab? —pregunté por fin.

—Es complicado. —Suspiró—, creo que es algo que ha estado ahí desde siempre, pero él no quiere perder la amistad de mi hermano. —Se encogió de hombros —, pero ahora que parece que nos va a tocar casarnos, creo que no tiene otra opción. —Sonrió.

Ahora entendía por qué la poca preocupación de Sofía al enterarse que se tenía que casar, porque el candidato elegido era el que ella quería. Sonreí.

—Es que la verdad no puedo ver mi futuro con otra persona que no sea él, Mica. —Se volvió a encoger de hombros en forma de disculpa.

—Créeme que te entiendo...

No había terminado de hablar en el momento en que Bruno y Lorenzo entraron al apartamento y golpearon la puerta tras ellos, con sus pistolas en la mano.

—Hacia la salida de emergencias —ordenó Bruno justo en el momento en que Lorenzo le apuntó en la cabeza.

Me llevé las manos a la boca ahogando un grito que Sofía no pudo detener.

—¡Bruno! —llamó al hombre que había sido su guardaespaldas la mayor parte de su vida, pero Bruno no contestó, ni contestaría más, estaba tirado sin vida en el piso junto a la puerta con un río de sangre cubriendo su espalda.

Las lágrimas inundaron mis ojos, pero una rabia, como nunca antes había visto llenó a Sofi. Ella empezó a caminar hacia Lorenzo, pero antes de que diera un paso más, la agarré del brazo, me

observó por su hombro mientras que entre lágrimas yo negaba con la cabeza. Lorenzo, un hombre que yo había visto antes tenía cara de loco, no me generaba confianza y no quería que lastimara Sofi, solo Dios sabía cuáles eran sus planes. Sofi suspiró, aceptando mi negación, pero no se quedó callada.

—Espero estar ahí en el momento en que mi hermano ponga las manos sobre ti —empezó con voz temblorosa por el llanto—, voy a disfrutar cada segundo que te vaya arrancando la vida —declaró y ahí comprendí que esta vida tiene el poder de oscurecer el alma de cualquier persona que se adentre en ella, porque la dulce Sofi no era la única que estaba deseando la muerte dolorosa de Lorenzo, yo también.

En ese momento tocaron la puerta haciéndonos saltar, la esperanza creció dentro de mí, pero Lorenzo abrió la puerta con mucha confianza como para creer que podría ser Luigi o Santino.

—*На побережье нет болот* —saludó en lo que parecía ser ruso.

—Buen trabajo —contestó el otro, sin hablar ruso, pero con acento. Luego sacó su arma y apuntó hacia nosotras.

Caminé para ponerme al frente de Sofi, pero esta no me dejó, nos abrazamos, mirándonos la una a la otra, preparadas para lo peor, pero en el momento que escuchamos el disparo ninguna de las dos había caído, nos giramos hacia ellos y nos dimos cuenta de que quien estaba tirado en el piso era Lorenzo.

—Mierda traicionera —dijo el hombre, que parecía ser el jefe, al cadáver—, encárguese de ellas —dijo a dos hombres tras él y salió por la puerta, dejándonos a solas con los dos desquiciados.

Sofi y yo nos miramos, conscientes de que, en el momento que saliéramos por esa puerta, había pocas posibilidades de que regresáramos. Los dos hombres con cara de locos se veían muy confiados como para creer que dos niñitas fueran capaces de tan siquiera pensar atacarlos. Traían un maletín que pusieron en el mueble, uno de ellos empezó a sacar cosas del interior de ese misterioso maletín, dándonos la espalda y el otro nos observaba con rabia.

Asentí con la cabeza mirando a Sofía de forma disimulada y di un paso al frente, con mi rodilla le pegué justo en la ingle al hombre que nos observaba con ira y con la palma de mi mano golpeé su nariz. Él gritó y cayó al piso, tumbado por el dolor; Sofía ya tenía al otro hombre por el cuello, pero este empezó a jalar para deshacerse del agarre de ella, que no tenía tanta fuerza como él, así que corrí a su ayuda: tomé una de las cuerdas que habían traído dentro de su maletín y empecé a enrollarla en su cuello, pasando por sobre el brazo de Sofía. Todo se me dificultaba porque ese hombre se movía sin parar. Cuando por fin terminé, le di una punta de la cuerda a Sofía, yo tomé la otra y entre las dos empezamos a jalar, apretando por el cuello al ruso con todas nuestras fuerzas.

Me sorprendió ver cómo se iba poniendo morado por la falta de oxígeno, y algo apretujó mi pecho, estaba a punto de quitarle la vida a alguien, pero la realidad era que, si no lo hacía, mi vida o peor, la vida de quienes quería, no se salvarían.

En ese momento escuchamos un disparo, estábamos tan concentradas en apretar que nos habíamos olvidado del otro hombre que había disparado hacia nosotras; al parecer, el disparo no

fue efectivo, o al menos eso creía hasta que sentí el ardor en mi pierna.

—Mica —gritó Sofía en el momento en que el hombre que teníamos por la cuerda cayó al suelo sin vida.

Un dolor comenzó a recorrerme el cuerpo, y un goteo de sangre se deslizaba por mi pierna derecha. Tenía que pensar que era una suerte no haberlo recibido en otro lugar peor, que hubiera sido a mí y no a otros, pero el dolor era tan fuerte que nublaba mi mente y la sangre salía sin parar poniéndome los nervios de punta. La vista se me nubló y no podía enfocar bien, pero espabilé, esforzándome por no abandonar a Sofi, sobre todo, porque en el momento en que vi hacia la puerta, observé a tres rusos más entrando al lugar. No podía dejar a mi amiga, que me sostenía, mientras que con sus manos trataba de parar el flujo sanguíneo de mi perna.

Sofi estaba susurrando algo en mi oído que no entendía, toda mi energía estaba en no desmayarme. Los hombres empezaron a caminar hacia nosotros, alejaron a Sofía de mí, lo que ocasionó que ella gritara y peleara desesperada para llegar de nuevo a mi lado, pero no podía en contra de dos inmensos hombres. El que creía que era su jefe se paró en frente de mí.

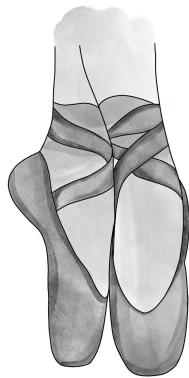
—¡Putá! —Me cacheteó tan fuerte que escupí sangre, pero no me dejé caer, me paré y lo miré a la cara con las pocas energías que me quedaban.

Las ironías de la vida, al principio le tenía pavor a los dos hombres más grandes que había visto jamás y ahora lo único que quería era que aparecieran, tenía un temor inmenso de lo que sentía por Aless y ahora lo único que pedía era tiempo para poder vivirlo. Cerré los ojos, pensé en mamá, en papá, y supliqué en silencio. Cuando levanté la vista hacia la puerta, como si me hubieran escuchado, ahí estaba mi *leoncino*, mi guerrero e iba a acabar con todo.

—Te van a matar —fue lo último que salió a escupitajos de mi boca antes de perder la conciencia.

CAPÍTULO 17

La traición



Michaela

Espabilé de forma suave una y dos veces. Los párpados me pesaban, aunque no entendía el porqué, debió haber sido una siesta muy larga, una de las que te levantas y no recuerdas ni qué día es. Pensé en Ben y en que tenía que levantarme para chequearlo, esperaba que Sofi estuviera en casa. Espera... Sofi. Abrí mis ojos de golpe justo en el momento que empecé a recordar, vi a mi alrededor para descubrirme en el cuarto de un hospital, estaba viva, ¿cómo estaban los otros?

Sentí el peso de algo en mi brazo, observé una melena castaña extendida en mi brazo: Sofi tenía la cabeza recostada en mí, estaba aquí y estaba bien. ¿Dónde estaban los otros?, ¿dónde estaba Ben y Alessandro? Traté de levantarme, pero mi movimiento despertó a Sofi.

—Mica —dijo con voz adormilada—, ¿estás despierta?

Vi un movimiento junto a la puerta del inmenso cuarto de hospital, Luigi estaba recostado a la pared, susurrándole a un celular que tenía en su oreja. Un alivio me recorrió el cuerpo, estábamos aquí y eso era lo importante.

—¿Ben? —pregunté con la voz seca.

—Está seguro con Carlo y otros hombres de seguridad.

—¿Alessandro? —volví a preguntar, al parecer lo único que podía pronunciar eran nombres.

—Está bien, todo está bien —dijo Sofi evadiendo mi pregunta—. Mica, perdiste mucha

sangre, te tuvieron que hacer una transfusión, llevas más de veinticuatro horas inconsciente, tienes que descansar —me explicó, tratando de evadir el tema de Aless.

—¿Qué pasa? —pregunté sin caer en su distracción.

—Nada —dijo sin dar más explicaciones, pero en ese momento entró Santino y me miró a los ojos.

—Bienvenida de regreso, dulzura.

Creo que era la primera vez que me habla directamente a mí.

—Gracias —respondí con alivio.

—Lástima que no todos corrieron la misma suerte —dijo llamando mi curiosidad.

—Santino —regañó Sofi y Luigi dio un paso al frente, pero de inmediato retrocedió, suspirando con resignación.

—¿Cómo así? —pregunté angustiada, pensando en Aless, que no estaba aquí. Las palpitaciones en la máquina que tenía conectada aumentaron.

—¿Todavía no te han dicho lo de tu amiguito?

—Santino, no es el momento —dijo Sofía en el momento en que yo también preguntaba.

—¿Jack?

—El pobre empezó a aceptarle droga gratis a Francesca. —¿Francesca?, la misma Francesca, no podía ser, él no sabía nada—. Y todo mientras trataban de sacarle información de ti, información que no tenía, pero sí dijo dónde encontrarte, gran error. —Enseguida pensé en la mañana que le había contado de mis prácticas en la academia para entrar a Juilliard—, al final sabía mucho. —La máquina seguía acelerándose—. No le dejó otra opción al jefe más que apuntar justo en la cabeza.

—¡No! —susurré con desespero, aunque realmente quería gritar.

En ese momento, las palpitaciones empezaron a disminuir, sentía como si mi corazón se hubiese detenido. Un dolor conocido se intensificó en mi pecho, Jack, mi mejor amigo quien siempre había estado conmigo, mi apoyo incondicional ya no estaba. Miré a Sofi en busca de respuestas.

—Los Rossi lo estuvieron presionando por información y Jack dijo lo que sabía, que no era mucho, pero era peligroso —dijo con pesar. Sabía que esto le dolía, pero también sabía que no tanto como a mí. Las lágrimas empezaron a caer de mis ojos hasta mis mejillas y mi cuerpo comenzó a temblar—. Lo secuestraron y presionaron a mi hermano para que actuara como nueva cabeza de la organización. —Cerró los ojos al pronunciar sus últimas palabras.

Respiré profundo y algo más despertó dentro de mí: odio un odio profundo y febril y no, no odiaba a Alessandro, sabía que en este momento se tenía que estar culpando por eso, no de la manera que lo haría una persona que hace el papel de víctima, era demasiado fuerte para eso, sino como el hombre que no se creía merecedor. Mi odio era por los Rossi, por tratar de acabar y destruir todo lo que me rodeaba, por el simple hecho de que yo tuve una oportunidad que uno de

ellos no, una oportunidad que yo no elegí y que se me fue impuesta y de la que me creían culpable. Jalé la aguja con suero conectada a mi mano y empecé a bajarme de la cama.

—¿Qué haces?! —preguntó Sofi.

—Necesito ver a Aless.

—Mica... —empezó, pero no la dejé.

—O me lleva uno de ustedes o me voy sola —dije decidida.

Sofi me observó de manera detenida.

—Yo la llevo —dijo Santino.

—Vamos todos —terminó de decir Sofi.

La salida del hospital fue una pesadilla larga y tormentosa, después de que el doctor me hiciera firmar unos documentos donde aceptaba mi responsabilidad por salir del hospital antes de tiempo. Se demoraron siglos en darme los papeles para dejarme ir.

Cuando por fin estábamos parqueando en uno de los clubs que, muy seguramente, pertenecían a la organización. Luigi, como siempre, abrió la puerta para nosotras, con su ayuda y la de Santino bajé del enorme aparato conocido como camioneta, seguida de Sofi. La brisa del otoño me arropó, haciéndome estremecer, Santino puso su abrigo sobre mí, sorprendiéndome. A pesar de haber sido tan duro dándome la noticia sobre Jack, se había comportado de una manera muy considerada conmigo y con Sofi, no nos quitaba la vista de encima, pero debía tener claro que ese era su trabajo.

Caminamos hacia la entrada del lugar, pero cuando el vigilante en la entrada vio nuestros rostros, trató de reírse ante nuestro intento de entrar en el lugar, hasta que se fijó en Santino y Luigi que se encontraban detrás de nosotros.

—Señores —dijo tragando en seco.

Entramos a un club muy parecido al de Evansville: oscuridad, luces robóticas, la música a todo volumen, una pista de baile llena y todo decorado de manera moderna y estilizada.

—Por aquí —dijo Santino llevando la delantera, mientras que Luigi nos cuidaba la espalda.

Agarré la mano de Sofi, teniendo un pésimo presentimiento frente a todo esto, pero tenía que ser valiente y no dejarme intimidar, sabía que Aless me iba a rechazar, pero tenía que hacer que entrara en razón, no por mí sino por él, tenía que dejar de cargar con culpas que le fueron impuestas.

Subimos con dificultad el recorrido de unas escaleras hacia el centro del lugar, hasta quedar encima de la pista de baile, allí había una puerta para entrar a un salón solo para privilegiados. Con Sofía a mi lado, Santino y Luigi detrás de nosotras, respiré profundo y abrí la puerta.

Las paredes del lugar vibraban por la música, el sitio estaba decorado con sofás de cuero negro, tenía sus propias luces, pero el lugar se veía más oscuro que afuera. Observé las rayas de polvo

blanco en la mesa del centro y vi a Aless y a Gab sentados en el sofá del fondo. Traté de volver a respirar, cuando observé que, con sus manos, Aless guiaba una cabeza con cabello corto y negro entre sus piernas. El aire no era suficiente para llenar mis pulmones, Aless tenía a alguien a sus pies haciéndole sexo oral. Sentí el agarre de Sofía apretarse, sin girar a verla sabía la razón, Gab estaba haciendo lo mismo.

Por más dolorosa que fuera la situación las piernas no me daban para moverme del lugar. Aless tenía los ojos cerrados disfrutando de cada embestida que le daba esa mujer. No sabía cuánto había pasado, pero en un momento determinado, la mujer a sus pies se paró y empezó a caminar hacia mí, que tenía los pies como pegados al piso... solo la había visto dos veces en mi vida y no necesitaba más para reconocerla, Francesca estaba frente a mí, levantó la mano y me pegó en la cara. Fue un movimiento tan rápido, que nadie lo vio venir. Ahogué un grito, mientras sentía la rabia consumiéndome. Sin pensarlo dos veces me giré hacia Luigi que era el más cercano a mí, en un movimiento rápido, que nadie esperaba, saqué su arma del bolsillo y me volví a girar y, tomando por sorpresa a todos, disparé... El ruido resonó en las paredes del exclusivo cuarto y miré con satisfacción la mano de Francesca sangrando, levanté el arma y apunté a su cabeza, pero antes de que hiciera algo peor, Sofía agarró mi brazo y me sacó del lugar.



Había pasado una semana desde que una oscuridad desconocida había despertado dentro de mí, desde que había presenciado la escena de Francesca con Aless, deseché la detestable imagen que me había perseguido hasta dormida y seguí concentrada en mi maleta. Hace tres días, después que los médicos aseguraron que, con terapia, en unas semanas, podría mover mi pierna con normalidad, ya que la bala no había afectado ningún músculo, recibí una notificación de la oficina de admisiones de la escuela de danza The Royal Ballet en Londres, avisando de mi aceptación. Había sido aceptada en una de las escuelas más prestigiosas de baile a nivel mundial, una a la que no había aplicado y que quedaba de alrededor de 6.385,55 kilómetros lejos de aquí, ¡qué coincidencia!, pero luego de hablar con Sofi, que después de enterarse de que tenía hasta que acabara sus estudios, antes de verse atada a un matrimonio sin amor y justo con el hermano de quien realmente quería, decidimos disfrutar ese tiempo al máximo juntas y lejos de acá. Hasta el momento nos íbamos Sofi, Ben, Santino, Luigi y yo, y me parecía una idea extraordinaria. Íbamos a empezar una nueva vida juntos, siendo quien se nos diera la gana.

Cerré la última maleta, miré la hora, para este momento la familia de Jack debía haber recibido las cenizas y un cheque que, aunque era suficiente para vivir toda la vida sin trabajar, nunca sería suficiente para compensar la pérdida. Limpié la lágrima en mi mejilla, hubiera querido llevar yo misma todo a su puerta, pero no me lo permitieron, no querían ninguna investigación en mi nombre, aunque yo era la verdadera culpable de todo. Volví a asentir esa oscuridad en mi pecho presionarme.

Dejé la habitación y caminé al cuarto de mi hermano. Ese día Sofi tuvo una cena en casa de la familia Franco con su prometido y aterradoramente con el hombre que quería, todos sentados en la misma mesa. Alberto quería que compartiera con Claudio antes de que Sofi se marchara por lo menos cuatro años, lejos y sin dejar rastro porque, a pesar de sus protestas, nadie, solo Aless y Gab sabían a dónde íbamos y como el acuerdo era que el matrimonio se llevara a cabo hasta que Sofi terminara sus estudios, por seguridad, no era necesario que Claudio supiera nada. Un gran alivio para ella y para mí al verla contenta, por lo menos por ese tiempo de libertad.

—¿Estás dormido? —pregunté en susurros al asomar la cabeza por la puerta.

—No —dijo entre suspiros, era muy pequeño para haber vivido todo esto.

Automáticamente, mis pensamientos se fueron hacia Aless, que desde los siete años había estado de narices en este mundo, tal vez esa era la razón de su forma de ser. No había dejado de culparme, por estúpidamente creer que un hombre como él podría haber tenido un sentimiento hacia a mí, al menos mínimamente parecido a los que yo tengo...o tenía por él. Terminaba las noches llorando por la culpa y por el anhelo de lo que quería que fuera y no fue. Él solo quería adueñarse de mí y cumplir sus deseos como estaba acostumbrado y, en alguna medida, lo había hecho, pero ahora tenía lo que me quedaba de vida para estar libre de él, olvidarlo y eso tenía que ser suficiente.

—Solo quería saber cómo estabas —le dije mientras me sentaba en su cama y empezaba a sobar su cabeza, se acomodó, acostándose en su espalda para mirarme, tapado con su sábana hasta el cuello.

—La verdad no sé —empezó a decir—, antes de que mamá... —Tragó en seco antes de decir las palabras—. Se fuera, me dijo que no importa la oscuridad que nos rodeara, siempre teníamos que ser luz —dijo sorprendiéndome—. Y estoy tratando, Mica, te lo juro, pero cómo cuesta.

Esta vez fui yo la que tragué en seco y cerré por un momento los ojos buscando la mejor respuesta.

—Ben, nuestra luz también puede titilar a veces, el hecho de ser una luz no quiere decir que siempre tengamos que estar brillantes y en nuestro máximo esplendor. También tenemos derecho a estar tristes, a tener rabia y a fallar, somos humanos, al fin y al cabo. —No sabía si era muy complejo lo que le estaba explicando, pero él parecía entenderme—, eso no quiere decir que no estemos tratando de ser nuestra mejor versión. —Lo vi pensar detenidamente mis palabras.

—Y a donde vamos, ¿vamos a estar juntos? —Sonreí ante la pregunta.

—Claro que sí, siempre tú y yo.

—Y Sofi, y Luigi, y Santino, y Gab, aunque a veces no me gusta cómo mira a Sofi. —Sonreí ante su comentario, había desarrollado un enamoramiento hacia mi mejor amiga—. Y Aless —terminó por decir, borrando mi sonrisa del rostro.

—Sí, vamos a estar en contacto, pero solo van con nosotros, Sofi, Luigi y Santino.

—Bueno, me alegra que Gab vaya a estar lejos de Sofi, pero voy a extrañar a Aless.

Estiré mis labios en una sonrisa y dejé atrás sus palabras, pronto Aless iba a ser solo un recuerdo lejano para él, entre todas sus ocupaciones y su novia no creo que le quede tiempo para contactar con Ben.

—Lo importante es que vamos a empezar de nuevo —terminé por decir mientras seguía acariciando su cabeza y él cerraba los ojos, hasta sumergirse en el sueño.

La historia de Michaela y Alessandro continuará...

EPÍLOGO

Día de la muérete de Salvatore...

Gabriele

Miré la tabla con números que tenía frente a mí, en la pantalla de mi computador, revisé que todo concordara, los números, para mí, eran como un juego, como un reto que me encantaba jugar y ganar, la precisión en el momento de mover los números para dar el resultado esperado y hacer que todo encajara, sin errores, era lo mío. Como en la vida, todas las fichas las movía a mi antojo y beneficio, asegurando que siempre me favorecieran a mí y a los míos. Sonreí al ver que todo estaba correcto.

En el momento en que me levantaba y tomaba el saco detrás de la silla, sentí el celular vibrar en mi bolsillo, pocas personas tenían mi numero privado y, lastimosamente, entre ese grupo había unas cuantas que deseaba que no estuvieran dentro de mi vida, ya que fueron parte de mi creación, esa historia de la abeja y la flor era imposible que no fueran parte, no existiría esta semilla, pero eso no quería decir que no pudiera eliminarlas. «Paciencia, paciencia», repetía en mi cabeza tratando de callar esa otra voz que exigía sangre y libertad. Respiré y saqué el celular, sorprendiéndome con el nombre que apareció en la pantalla.

No pude evitar recordar el día que nos enteramos de quién era en realidad Michaela, cómo nos reunimos en su despacho y nos dijo cómo Aless iba a necesitar ayuda con todo, incluyendo la seguridad de su hermana, cómo me miró a mí directamente en el momento en que esas palabras salieron de su boca, nadie más lo notó, pero yo sí. Ese mismo día cuando nos montamos en mi auto para llegar a la casa de Mica, me armé de valor y le pregunté por qué, no tenía que especificar a qué me refería, él lo sabía.

Sus palabras me impactaron y me llenaron de algo que casi nunca había sentido: esperanza: “Crees que no te observaba, no iba dejarte entrar en mi casa y estar cerca de mis hijos sino te conociera y te conozco, Gabriele. Sé que tu padre hizo de tu vida miserable y, también, hizo que la oscuridad te persiguiera, por eso ibas a esconderte a mi casa. Qué niño feliz quiere estar más en la casa de su mejor amigo que en la propia, Aless también sabe que hay algo mal, por eso nunca aceptó cuando le decíamos que era el momento de que regresaras a tu casa; sin embargo, siempre respeto tu privacidad, fuera de la familia, eres su relación más cercana y, aunque al principio me preocupaba, en este mundo es difícil confiar. Después de que regresaron de ese maldito secuestro lo vi en ustedes, esa incondicionalidad que yo mismo compartía con Dante. Entonces nosotros mismos fuimos introduciendo la verdadera maldad en ustedes y me di cuenta de que mi hijo tenía su propia oscuridad, y tener un verdadero amigo al lado siempre le iba ayudar, eras una mierda sonriente, aún lo eres, pero te ganaste mi confianza”.

Sus palabras me dieron justo en el maldito pecho, Salvatore era una de las pocas personas que respetaba, pero igualmente eso no respondía a mi pregunta y cuando se lo dije me volvió a

sorprender con su respuesta: “Crees que dejaría a mi hija en manos que no confío, como te dije, eres una mierda, con todos, menos con ella, pretendes serlo, pero no lo eres. No olvido una vez, hace unos años atrás, Sofía podría tener siete y tú diecisiete, estábamos en el despacho de mi casa revisando unos números que había hecho tu papá, en el momento estábamos esperando que tu padre diera la ganancia total por cada kilo vendido a quince mil dólares, descontando los gastos por venta, Sofía entró al despacho y vio el papel en el escritorio, los dos dijeron al mismo tiempo las ganancias exactas, todos volteamos a ver a Alberto, tú estabas junto al escritorio y tomaste a Sofía del brazo con delicadeza y la sacaste del cuarto, no sin antes cambiar unas cifras en el papel sobre la mesa, nadie lo notó, pero yo sí, que estaba a punto de hacer lo mismo, así que cuando tu padre volvió a revisar cayó en cuenta de que había un error, lo que lo llenó de una ira terrible, que escondía tras sus gafas y su aire de friki estudioso. Ese día supe que sabías el secreto de Sofi y que lo cuidabas como nosotros. Me aseguré de que te fueras por un mes completo de tu casa con Aless y que, al regresar, los dos se fueran directo a la universidad. En ese entonces mirabas a Sofi con un cariño de hermano, me imagino que por el mismo afecto que sientes por Aless, pero al pasar el tiempo esa mirada cambió y aunque sigues pretendiendo ser una mierda con ella, la observas diferente y, no te lo voy a negar, al principio me dieron ganas de matarte, era como si hubieras traicionado mi confianza, pero también observaba como la cuidabas sin que ella lo notara, como tu mirada iba más allá de una atracción física. Además, no escogería algo con lo que ella no estuviera de acuerdo”.

Terminó por decir justo en el momento en que parqueaba frente a la casa de Michaela, sin darme oportunidad de preguntar a qué se refería.

El celular en mi mano dejó de vibrar, me quedé perdido en el recuerdo por unos segundos, suficientes para que la llamada se fuera a buzón, pero inmediatamente empezó a sonar de nuevo, haciendo que me pusiera alerta, Salvatore Lombardo no era un hombre que buscaba, al contrario, todos lo buscaban a él. Tomé el celular enseguida.

—Gabriele.

—Señor.

Dijimos los dos al mismo tiempo.

—Júrame que vas a cuidar a mi hija con tu vida — dijo las palabras de forma apresurada.

Me quedé en silencio por un segundo, tratando de entender sin resultado alguno.

—No entiendo, señor.

—Júramelo, maldita sea — exigió.

—Lo juro —accedí de inmediato, de todos modos, no era algo que no hubiera estado haciendo.

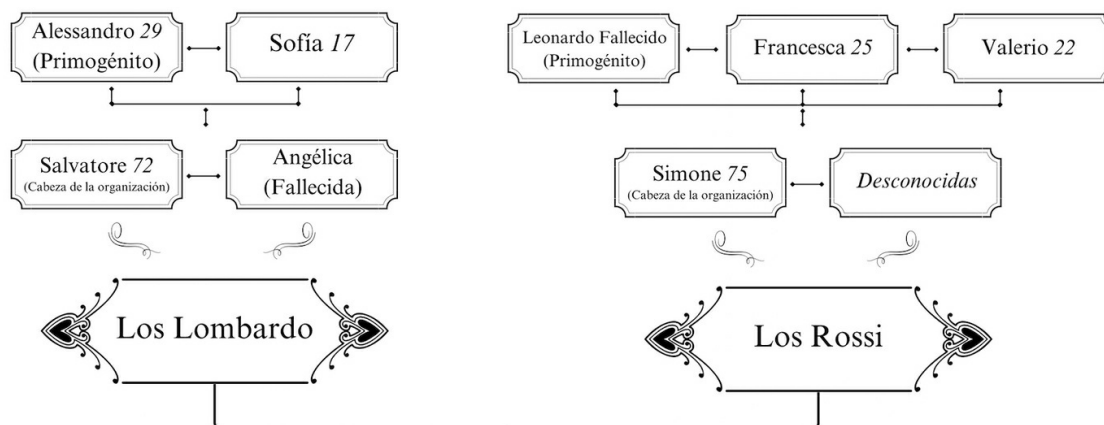
—Tienes mi bendición, hijo — terminó por decir, antes de que escuchara en la parte de atrás.

—Están en uno de estos cuartos, no han salido de la casa —dijeron con acento ruso y sabía que la Bratva los había encontrado.

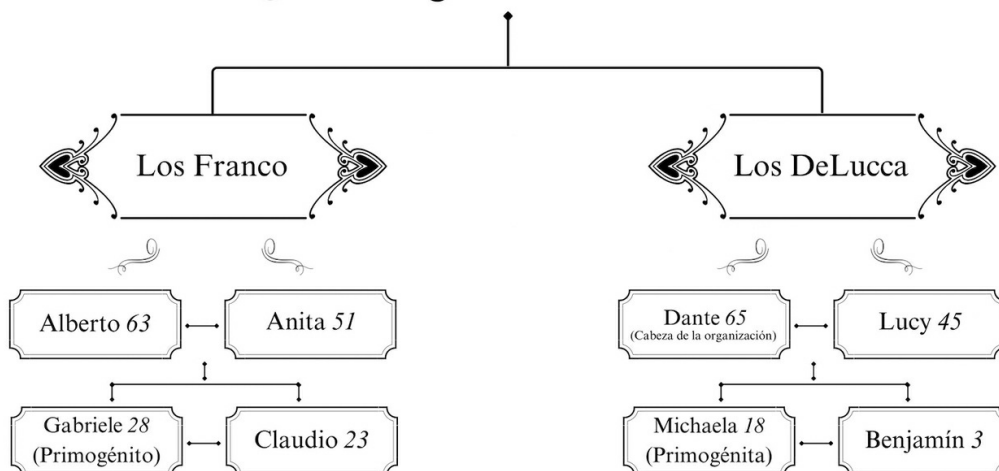
—Cuídate, hijo, y cuida a mi hija.

Fue lo último que dijo antes de desconectar la llamada.

En ese momento, la voz oscura ganó y vi todo rojo. El único hombre que había visto como una figura paterna, quien me abrió las puertas de su casa y de su familia ya no iba estar. Tiré el celular al piso, destrozándolo y salí como alma que lleva el diablo. Iba a ser un día normal, especial para el maldito mocoso que se atrevía a abrazar a Sofía y sonreírme en la maldita cara, pero bajamos las defensas y estas eran las malditas consecuencias, pero esto desataría una guerra que estaba feliz de liderar junto con Aless.



*Familia del último
nivel jerárquico de la
Sacra Corona Unita*



AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar agradeciéndole a Dios por darme el maravilloso don de transformar mis ideas en historias que toquen el corazón de las personas. Una de mis escritoras favoritas dedica todas sus historias al abecedario, porque esas letras han cambiado su vida; es una de mis dedicatorias preferidas. Sin embargo, también pienso que las letras, por sí solas, no tienen sentido; son las palabras las que pueden generar un cambio en nuestras vidas. A veces olvidamos el poder que encierran y lo que realmente significan. Por eso te agradezco a ti, que llegaste hasta aquí. Espero que hayas disfrutado esta historia tanto como yo al escribirla. Déjame decirte que esto es solo el comienzo.

Agradezco a mi editora: Andre, gracias por tu trabajo duro, tu acompañamiento, tu disponibilidad. Esta historia no sería ni la mitad de lo que es sin ti. Mil gracias.

Agradezco al grupo de lectoras betas: Joss, Saho, Adri y July, quienes llenaron mis tardes de alegría con cada opinión ingeniosa sobre la historia. Gracias por aportar ese toque fresco y a la vez siniestro a todo el relato, por las risas compartidas y por el amor a la lectura que nos une.

Gracias a mi *account manager* por guiarme y acompañarme en la travesía de promocionar mi libro. Isa, eres genial e ingeniosa. Tienes una mente llena de creatividad. Gracias por tu paciencia y ayuda incondicional.

Gracias a cada una de las bookstagrammers y booktokers que le dieron una oportunidad a este libro. Agradezco su tiempo, su maravilloso trabajo y el haber servido como faro para otros lectores con sus reseñas honestas.

Por último, pero no menos importante, gracias a mi esposo, Gordo: por cada consejo, por tu apoyo incondicional, por guiarme en lo desconocido, por hacer de manager y darlo todo para que este sueño se convirtiera en un objetivo familiar. Y a mis maravillosos hijos: gracias por comprender y por sacrificar parte de nuestro tiempo juntos para que yo pudiera seguir este camino. Los amo profundamente.

Como mencioné antes, esto es solo el comienzo, y espero que estés listo para lo que viene. Lo compartiré contigo a través de mis redes sociales:

@autora_pptrillos en Instagram y @autorapptrillos en TikTok.

Pronto tendrás noticias.

Con cariño,

Pau (Autora P.P. Trillos)

¿Te gustaría tener un vistazo de lo que se viene en el mundo “Quebrantable”?

Escanea el **código QR** a continuación para acceder a contenido exclusivo como capítulos inéditos, adelantos y mucho más de este mundo.



¡Escanea aquí y únete a mi comunidad!